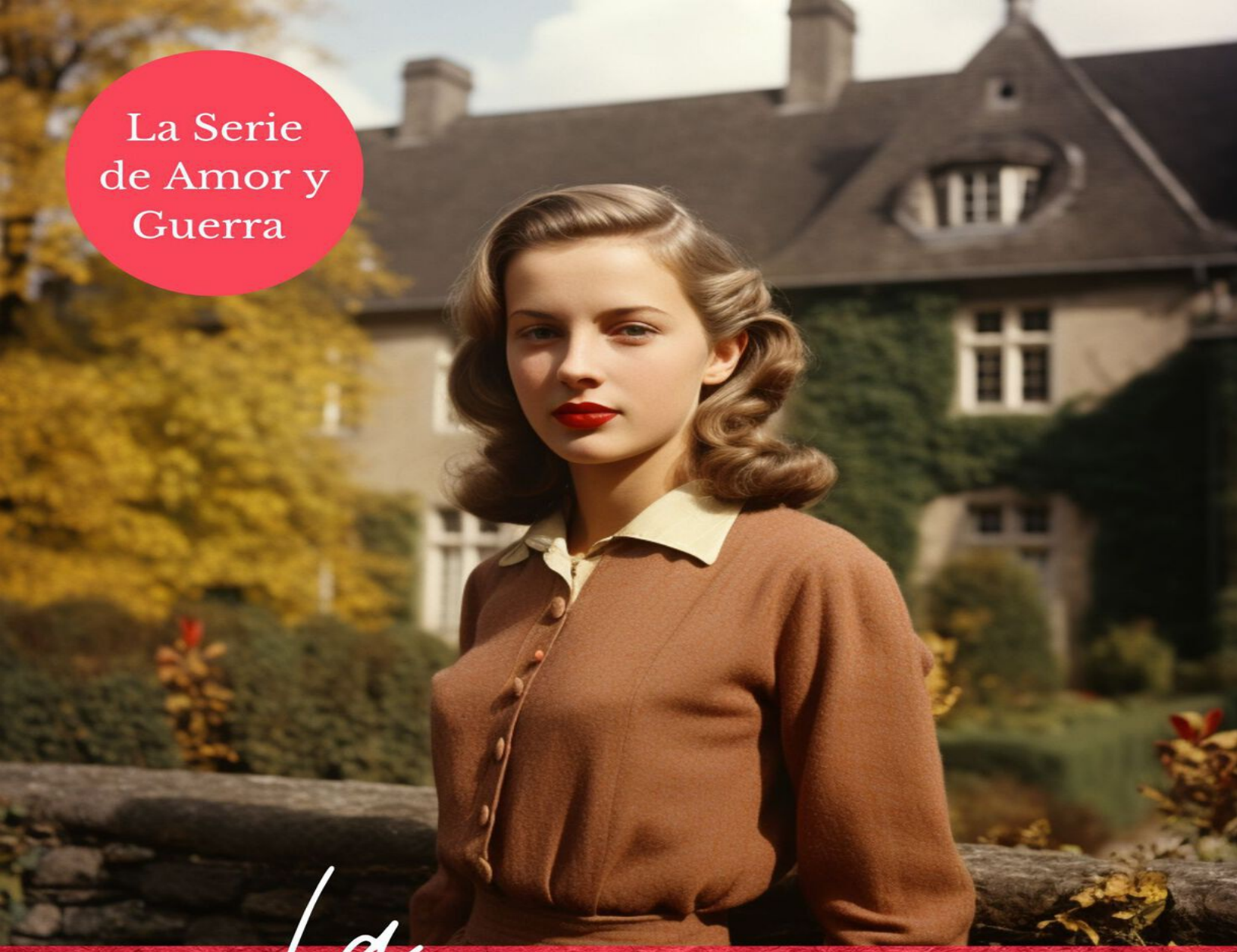
La Serie de Amor y Guerra



La Hija Perdida

R.P.G. Colley



La Hija Perdida

La Serie de Amor y Guerra

R.P.G. Colley

rupertcolley.com

Versión en inglés con derechos de autor Rupert Colley 2020

Versión en español con derechos de autor Rupert Colley 2024

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo la fotocopia, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa y por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves utilizadas en una reseña de libro.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes e incidentes descritos en esta producción son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales (vivas o fallecidas) o con eventos reales es pura coincidencia.

«Un bebé es la opinión de Dios de que el mundo debe continuar».

Carl Sandburg (1878 - 1967)

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Septiembre de 2001

Y así, el momento está casi sobre nosotros - el momento que he estado temiendo durante semanas, meses, quizás incluso los últimos veinte años. Miro al otro lado de la mesa redonda a mi hija, mi bebé, ahora toda crecida y en el umbral de la edad adulta, hablando emocionada sobre las residencias universitarias, sobre los otros estudiantes que ya ha conocido. —Las residencias incluso tienen una limpiadora que viene dos veces por semana —dice Tessa, entre bocados de fideos.

Todo es un poco extraño, incluso algo surrealista. Sentada aquí en este enorme restaurante en Leeds junto a Barry, mi ex marido, en este restaurante de cadena que parece no servir más que fideos, todas las variaciones que puedas imaginar, tratando de mantener la cordialidad por el bien de nuestra hija. Un televisor instalado en lo alto de la pared en la esquina del restaurante está transmitiendo un partido de fútbol. Puedo ver a Barry haciendo su mejor esfuerzo por ignorarlo mientras estira el cuello cuando cree que no lo estoy mirando. Sorbo mi vino, una copa grande de tinto. Percibí la desaprobación de Barry cuando lo pedí, pero vaya que lo necesito.

—¿Cuándo empiezan tus clases? —pregunta Barry. Debo haberle dicho esto ya media docena de veces, pero me muerdo la lengua. Tessa le cuenta con innecesario detalle las idas y venidas de su horario de primer año. Barry inclina la cabeza hacia un lado escuchando, haciendo su mejor esfuerzo por mostrar interés.

Tessa intenta comer y hablar al mismo tiempo, todo tan rápido, como si estuviera luchando contra un plazo, mientras yo picoteo mi comida. Es una chica con prisa, ¿y por qué no debería serlo? Su futuro la llama. Noto que mira a su derecha a una mesa llena de chicos, todos ellos apuestos, pero ni siquiera una belleza como mi hija puede desviarlos de su interés en el fútbol. A nuestro otro lado se sienta una pareja de ancianos, encorvados silenciosamente sobre sus cuencos, concentrados. Aparte de la pareja de ancianos, creo que Barry y yo debemos ser las personas más mayores aquí. Este es un restaurante para jóvenes; el lugar está repleto de ellos, hablando en voz alta, riendo, disfrutando de la comida fácil, la música estridente, los colores chillones.

Tessa pincha sus fideos. —No creo que pueda comerme todo esto.

—No hables tanto, entonces. —¿Sonó tan brusco como temo?

—Está emocionada, Liz.

—Sí, lo siento. —Le dedico una sonrisa—. Por supuesto que lo estás, cariño.

—Ah, y el bar de la universidad tiene cócteles a mitad de precio toda la noche los martes.

—Ten cuidado, sin embargo, Tess —digo, arrepintiéndome inmediatamente.

—Por favor, mamá, ahórrame las charlas de último minuto, ¿eh? —Extiende la mano hacia la mía.

—Lo siento. —Sus suaves dedos descansan en el dorso de mi mano.

—Ojalá hubiera ido a la universidad —dice Barry.

—Tú nunca fuiste a la universidad, ¿verdad, mamá?

Me pregunto por qué dijo eso; sabe perfectamente que no fui. Barry me lanza una mirada de reojo; sabe que el asunto siempre ha sido un pequeño complejo para mí. ¿Vi un rastro de sonrisa en su cara? Espero que no.

—Mi madre... no estaba muy entusiasmada —digo—. Era una época diferente entonces, especialmente donde vivíamos.

Barry se ríe. —Oh, vamos, Liz, difícilmente era la Edad de Piedra.

Ya hemos tenido esta conversación antes; no voy a caer en la provocación.

Un vitoreo estalla en la mesa de los chicos. Todos se ponen de pie, de puntillas, tratando de ver la televisión. Se chocan las manos y, uno por uno, vuelven a sus asientos con sonrisas en sus caras. Veo a la pareja de ancianos sacudiendo sus cabezas. Esta no es forma de comportarse en un restaurante. Me doy cuenta de que los envidio. No hablan, pero puedo sentir su comodidad el uno con el otro, una comodidad construida sobre cuarenta, cincuenta años de compañía, de unión. Quizás acaban de despedir a un nieto que se va a la universidad.

Barry también está sonriendo.

—¿Quién está jugando? —pregunta Tessa.

—Inglaterra contra Alemania —dice Barry—. Increíblemente, vamos ganando dos a uno.

Inglaterra contra Alemania. Un escalofrío frío me recorre. Esas palabras odiadas, el recuerdo, oh, tan lejano, pero aún vívido. Yo solo tenía once años, pero nadie había animado tanto a Inglaterra como yo, y no tengo ningún interés en el fútbol en absoluto; de hecho, lo odio.

El teléfono de Tessa se ilumina sobre la mesa. —Oh —dice—. Es Gabbie. —Lee el mensaje, su tenedor cargado de fideos suspendido en el aire—. Me está esperando. Será mejor que me vaya. —Coloca el tenedor en su plato. Se estira la blusa—. ¿Cómo me veo?

—Hermosa —dice Barry con una sonrisa.

Tiene razón, por supuesto; se ve hermosa, sus largas pestañas enmarcando sus ojos almendrados, sus labios de Cupido, la pequeña nariz respingona, la tez fresca. Demasiado maquillaje para mi gusto, pero esa es una batalla que perdí hace mucho tiempo. Aun así, es hermosa. Es mi hija, y me está dejando.

Revisa el contenido de su bolso, mira su teléfono de nuevo. —Bueno —dice con un suspiro satisfecho—, supongo que esto es todo.

Todos nos levantamos. Barry se ofrece a acompañarla de vuelta a las residencias.

—No —dice ella con firmeza—. Quédate y termina tu almuerzo. Estaré bien.

Sonrío para ocultar mi decepción. —Si estás segura, cariño. —Mis ojos pican, pero no debo llorar, no debo; sería injusto para ella.

Tessa sonríe, pero hay un destello de duda. Esto realmente es el adiós. Mi bebé se va. —Gracias por conducir, papá.

Los dos se abrazan. —Cuando quieras, mi amor.

Ella le planta un beso en la mejilla. —Necesitas recortarte el bigote, papá —le susurra al oído.

—Mamá. —Extiende sus brazos hacia mí. La abrazo, mi única hija, ahora más alta que yo, ahora una mujer por derecho propio. Sus brazos me rodean, y respiro ese aroma familiar, lavanda y coco, pero más que eso, respiro su esencia misma, mi única hija, mi niña.

—¿Me llamas esta noche, sí? —le pregunto.

—Claro.

—¿Lo prometes?

Me besa. —Lo prometo.

—Buena suerte, cariño —dice Barry con un guiño.

Tessa le devuelve el guiño. —Gracias, papá. —Nos mira a los dos, sus padres separados, reunidos por el día por ella—. Gracias por el almuerzo. Adiós.

—Adiós, cariño —dice Barry.

—Adiós, mi amor.

Y con eso, Tessa se da la vuelta y camina alegremente por el restaurante, revisando su teléfono, y sale. Lucho contra el impulso de tomar la mano de Barry. La observamos desde dentro mientras espera en el cruce peatonal, luego cruza la calle principal bañada por el sol de la tarde, y camina rápidamente cuesta arriba, pegada a las tiendas a su derecha. La vemos desaparecer entre la multitud, haciéndose cada vez más pequeña, pero aún podemos verla, apenas. Deseo que se detenga, se dé la vuelta y vuelva a mí. No me dejes, Tessa, no te vayas. Y entonces dobla una esquina, y se ha ido, y algo dentro de mí muere.

Barry y yo nos sentamos de nuevo. Me siento tan pesada. Termino mi vino e inmediatamente quiero pedir otro, pero no puedo enfrentar el sermón santurrón de Barry. Tenía tantas esperanzas de que encontrara una universidad en East Anglia, más cerca de casa, para que pudiera seguir viviendo en casa. Pero no, estaba decidida a hacer este curso en esta ciudad.

Barry suspira. —Veinte años. Se han ido. —Chasquea los dedos—. Así de simple.

La pareja de ancianos en la mesa vecina ha pagado su cuenta y ahora se está levantando y recogiendo sus abrigos y bolsos. Mientras se van, la mujer me guiña el ojo, un reconocimiento de algún tipo.

Los chicos en la mesa de al lado vitorean y gritan de nuevo, golpeando el aire. Barry se levanta de un salto, estirando el cuello. —¡Dios mío, hemos marcado otra vez! ¡Tres a uno! Tres a uno, Liz, contra Alemania. Jodidamente increíble.

—Sí, Barry. Increíble.

Barry permanece de pie, incapaz de apartar los ojos de la pantalla, mientras el recuerdo vuelve a mí... Entonces, como para reforzar la intrusión no deseada en mi mente, uno de los chicos, de cara a la televisión, extiende el brazo y grita Sieg Heil. Mi corazón se congela. Barry me lanza una mirada preocupada.

—Está bien, Liz, ignóralo.

—No está bien, cómo se atreve...

—No, Liz, ahora no, aquí no. Déjalo.

Tiene razón. Me trago mi ira, respirando profundamente, tratando de calmarme. El chico no puede tener más de diecisiete años, un chico de aspecto respetable, totalmente ajeno al efecto que ha tenido en mí. Debo mantenerme firme. No dejes que te abrume, Liz, me digo a mí misma. Pincho con el tenedor los fideos ahora fríos. —Necesito irme.

—¿Qué? ¿Ahora? —dice Barry, que ahora está de pie, mirando el fútbol—. Ya casi termina. Diez minutos más el tiempo de descuento. Este es el mejor partido...

—Por favor, Barry, necesito irme a casa.

Sus ojos van de mí a la pantalla del televisor y de vuelta. Con un suspiro exagerado, se sienta de nuevo. —Está bien, quizás sea lo mejor. Pediré la cuenta.

Capítulo 2

Conducimos los doscientos sesenta kilómetros de vuelta a casa mayormente en silencio. Inglaterra acaba de vencer a Alemania cinco a uno, y Barry está feliz. El hecho de que nuestra única hija se haya ido de casa para ir a la universidad parece no haberle afectado en absoluto. —Nunca pensé que viviría para ver este día —se dice a sí mismo, sacudiendo la cabeza con evidente asombro.

—¿Por qué? Es una chica inteligente. Lo sabes.

—No, me refiero... —Me mira de reojo, sin estar seguro de si lo estoy tomando el pelo o no. El silencio, decide, es la mejor opción aquí. Zigzaguea el coche entre el tráfico, maldiciendo ocasionalmente a otros conductores. Enciende la radio del coche, y la primera noticia es sobre el maldito fútbol. Gira el dial y encuentra una emisora de música clásica que está tocando un concierto para piano de Beethoven. Barry marca el ritmo en el volante. Beethoven, maldito alemán.

Después de varios kilómetros en silencio, Barry saca el tema que siempre temo. —Así que... —Incluso eso, el "Así que" alargado es suficiente para ponerme en alerta—. Así que, ¿cómo va la venta de la casa?

—Todavía la estoy vaciando, Barry.

—¿Ya la has hecho tasar?

—No.

—Joder, Liz. ¿A qué estás jugando? Creía que habíamos acordado...

—No me parece bien. Ni siquiera está muerta todavía.

—Ya sabes por qué, Liz; hemos hablado de esto cien veces. Sabes por qué. —Puedo ver cómo intenta contener su enojo. Tratando de refrenarlo—. Esta semana, ¿vale? Solo llama a los malditos agentes inmobiliarios y haz una cita. No es tan difícil, ¿verdad?

—No. —Oh, pero lo es, es jodidamente difícil.

Barry me lleva hasta la puerta de mi casa. Aparca y nos quedamos sentados en el coche por un momento. El sol se ha desvanecido pero el día sigue cálido. Vivo en una calle larga y tranquila en un suburbio exterior de Norwich. Vemos a un grupo de chicos jugando al fútbol frente a nosotros. Me pregunto si debería invitar a mi ex marido a entrar a tomar una taza de té. Quiero

hacerlo, desesperada por no enfrentarme a una casa vacía tan pronto.

Suspira. —Mira, Liz, necesitas relajarte un poco. Solo se ha ido a la universidad, no a la luna.

Pero es más que eso. Él me había dejado hacía menos de un año. Mi vida, tal como la conocía, se había derrumbado a mi alrededor. Me estremece pensar qué habría hecho sin Tessa. Y él me dice que necesito "relajarme un poco". No respondo, no sé cómo hacerlo sin derrumbarme.

Después de un rato, dice: —Mira, será mejor que me vaya. Les prometí a los chicos que los llevaría a comer pizza esta noche.

—Oh. Vale. Eso será agradable.

—Hmm.

Sus chicos, su nueva familia. Después de dejarme, Barry se juntó con la mujer con la que había estado teniendo una aventura, una mujer veinte años más joven con dos hijos de un matrimonio anterior. Barry tenía una nueva familia prefabricada. Y esta noche, los iba a llevar a comer pizza.

—Gracias por traerme —digo, abriendo la puerta del coche—. Que tengas una buena noche.

—Claro. Oye, Liz.

Me detengo, con los pies en la acera. —¿Sí?

—Cuídate.

Trago saliva. —Sí. Gracias.

Encuentro la llave de la puerta principal. Echo un vistazo atrás mientras Barry se aleja, haciendo una pausa mientras los chicos detienen su partido de fútbol y le hacen espacio para pasar.

Vivo en una casa grande, semiadosada de los años 30, de tres habitaciones. Hace un año, con los tres, estaba llena de vida. Ahora, al volver, es como si le hubieran arrancado el corazón. Se me cae el alma a los pies mientras giro la llave y entro. Tabby, nuestra gata atigrada con nombre poco imaginativo, viene a saludarme. Así que, ya ves, no estoy completamente sola.

Lo primero que hago es subir al dormitorio de Tessa. Me quedo en la puerta y observo la habitación familiar que ahora se siente tan diferente. Sobre su cómoda hay una foto enmarcada de los tres, tomada en unas vacaciones cuando Tessa tenía trece años. Sonríe a la cámara, con aparatos en los dientes, las pecas de sus hombros resaltadas por el sol. Éramos una familia pequeña, solo nosotros tres, pero feliz. Esa mujer, esa zorra, aún no había entrado en nuestras

vidas, no había robado a mi marido ni destruido todo lo que me era querido. Otra foto muestra a Tessa con su abuela, tomada, creo, hace solo dos años, en el ochenta y cuatro cumpleaños de mi madre. Nunca me ha gustado esa foto; había algo falso en la sonrisa de mi madre; de alguna manera la resumía.

Abriendo el armario, rebusco entre su ropa, la que dejó atrás. Abro sus cajones y veo un acogedor jersey rojo que siempre usaba en las noches frías y acogedoras. Me siento en la cama de Tessa y hundo mi cabeza en él, respirando el olor familiar y reconfortante de mi hija. Oh, Tessa, no tienes idea de cuánto te voy a extrañar.

Después de alimentar al gato, comer una comida de microondas pasable y encender la tele, finalmente me acomodo y me relajo. Veo las noticias. El presidente Bush y el primer ministro Blair están hablando; manifestantes protestan contra el aumento de los precios del petróleo y, por supuesto, la buena noticia es que Inglaterra venció a Alemania cinco a uno fuera de casa. Tal vez me dé un baño; tal vez ponga música a todo volumen; tal vez baile; tal vez camine desnuda por la casa. Ahora puedo hacer lo que quiera, nadie que me reprenda, sin un marido quisquilloso, sin una hija demasiado precoz para su edad. Solo yo y el gato. Soy libre. Libre. Pero todo lo que hago es ver la tele y, por el rabillo del ojo, mantener una constante vigilancia sobre mi teléfono cargándose, deseando que se ilumine, que suene. Dijo que llamaría. Ya son más de las diez y aún no ha llamado. Podría llamarla yo. Seguramente es mi prerrogativa como madre, pero no me atrevo a entrometerme en su primera noche fuera de casa. Me llamará cuando lo necesite, cuando esté lista. Tabby se acomoda en mi regazo, ronroneando.

Dos horas después, me voy a la cama. Nunca llamó.

Capítulo 3

Mi madre de ochenta y seis años vive en Woodlands View, una lujosa residencia de ancianos, y lo ha hecho durante más de un año ya. A solo veinte minutos en coche, suelo ir a visitarla dos veces por semana, una tarde después del trabajo y, si puedo afrontarlo, todos los domingos. Incluso me siento culpable por eso: ¿es suficiente? ¿Debería visitarla con más frecuencia? Pero todavía trabajo a tiempo completo. Me canso, y visitar a mi madre siempre es un asunto agotador. Mi madre había vivido sola en una vieja cabaña húmeda en un pequeño pueblo llamado Waverly en la costa de East Anglia. Hoy en día, lo llamaríamos "reducir gastos". Mi impresión predominante de la segunda casa era la de vivir en un lugar constantemente azotado por el viento y la lluvia torrencial, sin importar la época del año. Mi madre ha sido viuda durante unos cuarenta años. Es mucho tiempo para estar sola, pero nunca consideró encontrar a alguien nuevo, al menos no que yo sepa. No es por lealtad a mi padre, estoy segura. Mi madre no tiene lealtad a nadie, excepto quizás a sí misma.

La visitábamos solo una vez al mes, los tres. Nunca era algo que esperáramos con ansias. Tessa, una vez que cumplió quince años, se negó a ir. —Es tan aburrido —había dicho—, y ella es tan horrible.

—Tessa, cómo...

—Tiene razón, sin embargo —dijo Barry.

—Sí, pero estamos hablando de su abuela.

—Sí, una vieja bruja amargada y de mal genio.

—Barry, tú... —No sabía qué decir, a ninguno de los dos. Pero él tenía razón; ella estaba amargada. La demencia solo lo había exacerbado.

La residencia de ancianos son dos grandes casas eduardianas fusionadas en una. Alberga a unos quince residentes. Es martes por la tarde; el suelo aún está mojado después de un aguacero anterior, y el aire huele a fresco. Presiono el timbre junto a la puerta principal y la puerta se abre. Entro y respiro el familiar olor a desinfectante y comida de cantina. Una de las cuidadoras me saluda al pasar. Camino hacia la sala de estar. Varios residentes, en su mayoría mujeres, se sientan alrededor del perímetro, algunos mirando vagamente el televisor montado que está permanentemente encendido, todo el día, todos los días. Mi madre no está aquí. Camino hacia el invernadero y la encuentro sentada sola en un sillón mirando hacia el jardín, observando a un petirrojo picoteando un comedero para pájaros que se balancea desde una rama baja del olmo.

—Hola, mamá.

—¿Hmm? ¿Quién es?

—Tu hija. —Acerco una silla de respaldo duro y me siento junto a ella—. ¿Cómo estás hoy? —Se ajusta el chal; huele a jabón carbólico—. ¿Has almorzado?

—Oh, sí. —Procede a contarme con gran detalle lo que comió en el almuerzo. Cualquiera que escuchara pensaría que había comido en el Ritz. Todo es un disparate, por supuesto.

—Barry y yo llevamos a Tessa a su universidad el fin de semana. Estaba terriblemente emocionada.

—¿Tessa?

—Tu nieta.

—¿Cuántos años tiene ahora?

Mi madre a menudo pregunta sobre las edades de las personas. Si le pregunto cuántos años tiene ella, la respuesta varía de veinticinco a sesenta dependiendo de dónde se encuentre en los recovecos de su memoria en ese momento particular. Nunca tiene más de sesenta años.

Una cuidadora con un tatuaje ondulado alrededor de su muñeca se asoma y me ofrece un té. Le agradezco pero digo que no. No me quedaré mucho tiempo; rara vez lo hago.

Y así procedo a contarle a mi madre todo sobre nuestro último día con Tessa: las residencias universitarias, nuestra comida de fideos, el partido de fútbol, la despedida, el regreso a casa a una casa vacía. Al menos yo extrañaba a mi hija. Todavía puedo recordar cuando me fui de Waverly hace tantos años, con la maleta en la mano, el impermeable ajustado. Le pedí a mi madre que me llevara a la estación de tren local. Iba a tomar un tren hacia mi nueva vida y nuevo trabajo en Londres. Ella se negó, diciendo que tenía demasiado que hacer. Así que llamé a un taxi. Recuerdo estar sentada en la sala de estar, mirando las figurillas de porcelana que guardaba en la repisa de la chimenea, cosas horribles: niños victorianos con petos o niñas de mejillas sonrosadas con dirndls. En este, mi último día en casa, tuve que luchar contra el impulso de romperlas, todas y cada una de ellas. Oh, qué satisfacción aplastar con mi talón sus caras pequeñas y mezquinas y convertirlas en polvo. En cambio, me senté allí, pellizcando mis cutículas mientras vigilaba la llegada del taxi, esperando que mi madre se uniera a mí en esta ocasión trascendental de mi partida. Mi corazón se hundió cuando escuché que la aspiradora se encendía arriba. ¿Realmente tenía que hacer esto ahora? El taxi llegó y recogí mis cosas. Me detuve en la puerta principal y llamé escaleras arriba. —Mamá, ya me voy. ¿Mamá? ¿Mami? —Sin respuesta. Quería subir corriendo las escaleras y sacudirla, decirle que a pesar de todo seguía siendo mi madre y que la amaba. El profundo zumbido de la aspiradora parecía intensificarse. El taxista tocó la bocina. —¿Mami? Ya me tengo que ir. Mami... —Me rendí; ¿cuál era el punto? Me subí a la parte trasera del taxi, y mientras se alejaba de la cabaña, miré por la ventana trasera, mirando hacia arriba. La vi brevemente en la ventana de su dormitorio mirando hacia abajo al coche. Me vio y luego se

retiró, cerrando las cortinas. Y la odiaba.

Sigo hablando mientras mi madre espera que aparezca otro pájaro y tome su turno en el comedero. —Me imagino que ya ha hecho muchos amigos nuevos. Ya sabes cómo es ella, nunca tímida para presentarse, nuestra Tess. Por lo que puedo decir, tiene fiestas sin parar esta semana. Las clases no comienzan en serio hasta la próxima semana. Probablemente lo esté pasando en grande.

—Wo ist das Rotkehlchen? —dice en alemán.

Esto es un desarrollo reciente, este hablar en alemán, la lengua materna de mi madre. La evasión total de lo que había estado hablando, sin embargo, no es nueva. Me digo a mí misma que no es su culpa; la enfermedad es la culpable. Espero que si me lo repito lo suficiente, tal vez llegue a creerlo realmente.

—El otro día recordé algo. ¿Te acuerdas cuando tenía unos once años y me interesaba ese partido de fútbol, mamá? Inglaterra contra Alemania. Alemania Occidental, supongo que eran en aquel entonces. ¿Te acuerdas?

Por supuesto, ella no lo recordará. Incluso sin la enfermedad, probablemente no lo recordaría.

Otro residente entra deambulando con una taza y un platillo. El señor Charlton camina encorvado, viste una chaqueta beige y una corbata. Se ve elegante. Se viste igual todos los días. Parece que tuviera una reunión importante a la que asistir. Pero no es así. Simplemente camina por la residencia todo el día, deleitándose al ver cosas o personas que cree que ve por primera vez cuando, por supuesto, ya las ha visto mil veces antes.

—Ajá, señora Marsh, aquí está —le dice a mi madre como si realmente la hubiera estado buscando. La taza se inclina sobre el platillo—. Pronto será la hora del té. Espero que tenga hambre.

—Geh weg von mir, du alter dummkopf —dice mi madre, aún en alemán.

—Hola, señor Charlton —le digo.

—Hola. Y usted es...?

—Soy la hija de la señora Marsh. Encantada de conocerlo.

Satisfecho con esto, da media vuelta y se aleja por donde vino, con la taza y el platillo en un ángulo precario.

Mi madre señala hacia afuera.

—Ah, er ist zurück.

—¿Quién ha vuelto? Ah, el señor Petirrojo. Claro.

—Tenemos un comedero para pájaros en el jardín. Pongo migas de pan todos los días.

He escuchado esto varias veces, esta referencia intrascendente a su infancia dicha en tiempo presente. En los días en que está especialmente confundida, hablará de sus padres como si aún estuvieran vivos y ella fuera una niña pequeña en la Alemania de los años 20.

—Te gustan los pájaros, ¿verdad, mamá? —Miro mi teléfono, esperando un mensaje de Tessa. No hay nada—. Bueno, mamá —digo, poniéndome de pie—. Será mejor que me vaya. Ha sido encantador verte de nuevo. —Me inclino para besarle la mejilla, pero ella aparta la cabeza bruscamente. Me enderezo y me digo a mí misma que no debo sentirme herida; ¿qué esperaba? —. Vendré el domingo como de costumbre, si te parece bien.

—Er wird fett und isst immer.

Miro al petirrojo.

—Sí, tienes razón —digo—. Se pondrá gordo.

Me siento en mi coche, un pequeño Peugeot color óxido, y suspiro. ¿Por qué me molesto? ¿Quién se beneficia de mis visitas? ¿Era solo para mostrar al personal que era una hija cariñosa y atenta? Pero seguimos adelante, ¿no? Saco mi teléfono y le envío un mensaje a Tessa: Tu abuela te manda su amor. Ella verá a través de la falsedad, lo sé. Pero hacemos estas cosas, ¿no? Las pequeñas invenciones detrás de las que nos escondemos, haciendo las cosas que se esperan de nosotros. Esa capa de brillo que pintamos sobre todo para poder presentarnos al mundo como las personas que nos gustaría ser, que deberíamos ser.

Mi teléfono suena. Gracias. Devuélvele mi amor. xx.

Enciendo el motor, y me doy cuenta de que durante todo el tiempo que estuve con ella, mi madre nunca me miró. Ni una sola vez.

Otro mensaje: Te llamaré más tarde. xx.

Sonrío para mis adentros; por fin tengo algo que esperar con ilusión.

Capítulo 4

Hoy, por ser sábado, me obligo a volver a la antigua casa de mi madre en Waverly. Es un buen día, pero muestra los primeros signos del otoño. Me he preparado unos sándwiches y he llenado un termo con mi sopa de tomate casera. Estoy a punto de irme, desbloqueando el coche, cuando veo acercarse un coche familiar. Es el de Shelley, pero Barry lo conduce, probablemente la única vez en la vida de Barry estos días en que está al volante. Sonrío para mis adentros por mi pequeño juego de palabras. Shelley está en el coche con él y, sentados en el asiento trasero, sus hijos. Barry aparca rápida y torpemente, con la parte trasera sobresaliendo demasiado. Sale de un salto, pareciendo en todos los aspectos un hombre con prisa.

—Hola, Liz. ¿Te vas?

—A casa de mamá.

Eso lo detiene.

—Ah, vale. Bien. Ya debes estar casi terminando. Al final no tenía mucho.

—No.

—Esa tienda benéfica debe adorarte. En fin, no puedo quedarme. Solo quería coger mi bañador. Vamos a nadar. ¿Te importa?

Quiero decir que sí, mucho, de hecho, especialmente porque significa que estará en mi dormitorio. Todavía no estamos divorciados, solo separados, y aún tiene una llave de la puerta principal y cree que tiene todo el derecho de entrar a la casa cuando quiera. Casi me armo de valor para decir algo, pero ya se ha dejado entrar. Sonrío débilmente a Shelley, sentada en su coche, preguntándome si debería esperar a que Barry salga o si debería subirme al coche e irme. Pero entonces primero un niño, luego el otro, salen del coche de Shelley.

—Hola, tía Elizabeth —dicen ambos, casi al unísono.

—Oh, hola, Dylan, hola, Jake. —Me divierte que me llamen tía. Me pregunto de quién habrá sido la idea.

Shelley les grita desde dentro del coche.

—Volved aquí, ¿queréis? —Luego, quizás consciente de sonar como una vieja arpía, también sale del coche, emergiendo como la Reina de Saba—. Buenos días, Liz —dice, pasándose la mano por el pelo.

—Hola.

—Vamos a nadar. Natación familiar los sábados por la mañana.

—Barry me lo ha dicho. —La imagen de Shelley en bikini pasa por mi mente, y una pequeña oleada de odio surge dentro de mí.

—¿Cómo está tu madre?

—¿Eh? Ah, genial, sí. Está bien, considerando, ya sabes.

—Sí, por supuesto. —Por supuesto, lo que realmente quiere saber es si ya he puesto la casa de mi madre a la venta—. Y he oído que Tessa se lo está pasando bien.

—¿Ah, sí? Quiero decir, sí, así es. Oh, aquí está Barry. ¿Los encontraste?

—Claro que sí. —Agita su bañador en el aire, innecesariamente, viéndose bastante absurdo. Los recuerdo: no son sus pantalones cortos de natación, sino sus slips, "calzoncillos de paloma", creo que los llamó Tessa. Ha engordado desde que está con Shelley, y la imagen de su barriga colgando sobre esas diminutas cosas es demasiado para soportar—. Mejor nos vamos —dice, señalando a los chicos para que vuelvan al coche. Se vuelve hacia mí y duda, y no estoy segura de por qué—. Nos vemos —es todo lo que dice.

—Sí. Adiós. Adiós, Shelley. Dylan, Jake, divertíos.

—Lo haremos —dice Shelley, con demasiada suavidad, entrecerrando ligeramente los ojos.

—Trabaja duro —dice Barry, maniobrando para entrar en el coche.

—¿Qué?

—En casa de tu madre.

—Ah, sí. Por supuesto. —Suelto una risita forzada, una risita tonta.

Solo cuando se alejan conduciendo, me doy cuenta de por qué Barry había dudado: estaba a punto de besarme en la mejilla, como siempre solía hacer. No voy a sacar conclusiones de ello. Pero el pensamiento me sorprende. Habría dado cualquier cosa por ese beso.

*

Dos horas después, estoy en la casita. Ha empezado a llover, reflejando el estado de ánimo que siempre siento cuando visito mi (segundo) hogar de la infancia. De pie afuera, respiro el familiar olor del aire perfumado con salitre. Es un día templado, pero sea cual sea la temperatura exterior, siempre hace frío dentro de la casita. Abro todas las cortinas y dejo entrar la luz, abro un par de ventanas para intentar eliminar el olor a humedad. El lugar suena con eco, ya despojado de tantas cosas: piezas de muebles pequeños y los libros. Me preparo una taza de té y me siento, preparándome para la tarea que tengo por delante. Como dijo Barry, ya he despejado gran parte de todo, lo he empaquetado y entregado a la tienda Oxfam en el mismo Waverly. Me alegró ver que esas horribles figuritas, tan queridas por mi madre, ya se han vendido. Ya me había deshecho de todas las chucherías, los adornos de latón para caballos, las cosas de la cocina, los cuadros viejos, el tocadiscos y la radio, y cientos de otras cosas. No había mucho. Todo lo que queda, en esencia, son los objetos grandes y el papeleo, y seguramente esto último no tardará mucho en organizarse. En algún momento tendré que llamar a una empresa de vaciado de casas y deshacerme de las camas, los electrodomésticos y cosas por el estilo.

Bajo unos archivadores al salón y los apilo sobre la mesa del comedor, provocando una pequeña explosión de polvo. La mesa es de esas que se pueden extender cuando teníamos muchos invitados. Nunca los tuvimos. No recuerdo ni una sola vez. Me siento en el profundo silencio y abro la primera caja. Extractos bancarios. Cientos de ellos, que se remontan años atrás, los más recientes arriba. No necesito mirarlos; ya conozco el estado de las finanzas de mi madre desde que me convertí en su apoderada hace un tiempo. La siguiente caja consiste en facturas, nada más que facturas, y de nuevo, se remontan años atrás. Espero encontrar alguna evidencia de mi existencia, de mi infancia: boletines escolares, quizás, un certificado o dos. Definitivamente recuerdo haber ganado un par de cosas: una prueba de ortografía aquí, una carrera de cien metros allá y, especialmente, ganar el certificado de primer premio por mi ensayo sobre las sufragistas. Finalmente encuentro una caja con cosas vagamente interesantes: principalmente certificados de nacimiento y el certificado de matrimonio de mis padres.

Decido tomar mi sopa y sándwiches. Mientras como, sentada en el viejo sofá, echo un vistazo al lugar. No quiero vender la casa, aunque no estoy segura de por qué debería ser así. No tengo un afecto real por el lugar. De hecho, una vez que cumplí dieciocho años, y una vez que Tom se había ido, no podía esperar para irme. Pero sé que no puedo posponerlo más. Necesito el dinero para pagar la residencia de mi madre. Y Barry quiere su parte. Ese fue seguramente el peor error que cometí: permitir que mi madre dejara la casa tanto a mí como a Barry en su testamento.

Es hora de volver al trabajo. Me encuentro con un gran sobre de color beige. Lo recojo, paso mi dedo por su sequedad quebradiza. Se me seca la boca; mi corazón se acelera un poco. No hay nada aparentemente malo en este sobre, pero es como si mi subconsciente ya me estuviera advirtiendo. No hay nada escrito en el frente, pero está abierto; el paso del tiempo lo ha despegado. Dentro hay una tarjeta, del tamaño aproximado de una hoja A5 moderna. Mis ojos se abren de par en par al ver el odiado membrete: el águila alemana, sus enormes garras aferrándose a una corona, dentro de la cual está grabada la esvástica. Mis entrañas se vacían. «Puta alemana, puta alemana». ¿Cómo pudieron llamarme así? Solo era una niña; juro que la cicatriz de esa burla implacable aún podría rastrearse en los pliegues de mi corazón. ¿Qué hacía esta tarjeta entre los papeles de mi madre? La escritura está en alemán, escrita en gruesa letra gótica negra,

fechada el primero de diciembre de 1944, dos meses después de mi nacimiento, y contiene el número cincuenta y dos garabatos, ¿tal vez firmas? Solo sostenerla se siente mal; como si corriera el riesgo de ser descubierta de alguna manera. La casa de campo está más fría de alguna manera. Quiero cerrar las ventanas pero no puedo moverme. No puedo leer alemán, pero parece un recibo, aunque no hay ninguna suma de dinero involucrada. Es casi como una nota de entrega moderna. Parece una dirección. Sí, eso es: dos firmas, la fecha y una dirección en algún lugar de un sitio llamado Baden-Württemberg. Miro fijamente esta hoja de papel por un rato y me pregunto por qué tiembla tanto, como si hubiera cobrado vida propia. Pero no, me doy cuenta de que es mi mano la que tiembla. De alguna manera, sé con absoluta certeza que estas pocas palabras en este viejo trozo de cartón me conciernen y que es algo que necesito saber.

Capítulo 5

Domingo por la mañana, y ese trozo de cartulina sigue molestándome. Sé que la fecha, dos meses después de mi nacimiento, es significativa de alguna manera.

Un par de meses antes de que Tessa se fuera a la universidad, había comprado un ordenador y Tessa me lo había configurado y conectado a internet. Me enseñó a usarlo, sentándose pacientemente mientras yo intentaba entender esta maravillosa nueva tecnología. Mientras espero a que el módem se conecte, suena el timbre de la puerta. Tabby desaparece bajo el sofá, como es su costumbre cada vez que viene una visita. —¿Te importa si paso?

—Sí, Barry, si es necesario. Pasa.

Se deja caer en el sofá con un pesado suspiro, sentándose justo encima de Tabby. Estira la mano hacia la mesa baja, agarra mi guía de televisión y empieza a hojearla. —He oído un rumor de que tu hervidor no funciona —dice con una risita.

Barry es una de esas personas que creen que un chiste sigue siendo gracioso sin importar cuántas veces lo hayas dicho antes.

—¿Qué te trae por aquí, Barry?

—Oh, ya sabes, solo pasaba por aquí.

—¿Shelley te echó?

—No seas tonta. Dos de azúcar, por si lo olvidaste.

Pero debo ser tonta; eso es exactamente lo que soy, permitiendo que mi ex marido entre cuando quiera, siempre que le apetezca un descanso de su pareja mucho más joven y los niños. Dejo caer una bolsita de té en una taza y observo cómo hierve el agua. ¿Por qué no pudo encontrar una mujer que viviera al otro lado del condado en lugar de juntarse con una que vive a solo cinco minutos? Barry parece pensar que hemos pasado sin problemas de ser marido y mujer a viejos amigos. No he tenido voz ni voto en esto; nunca se me pidió mi consentimiento. Él simplemente lo asumió. Así que aquí estoy, haciéndole una taza de té mientras está tirado en mi sofá leyendo mi revista en mi casa. No puedo decidir si mencionarle el certificado o no. Él no habla alemán, siempre ha afirmado orgullosamente que no puede decir ni una sola palabra en ningún idioma extranjero, y que su dominio del inglés es sospechoso, otro chiste que se ha reciclado más veces que la ropa heredada de un niño. Pero necesito hablar de ello. ¿Con quién más puedo hacerlo? Ciertamente no con mi madre.

—¿Has sabido algo de Tessa? —grita desde la sala.

—Llamó anoche. Le está encantando.

—Eso es bueno.

Eso es todo lo que necesita saber. No le interesarán los detalles, sus nuevos amigos, la ciudad, el alojamiento, las clases, los profesores.

—Aquí tienes, tu té. —Estoy tentada de derramárselo encima, especialmente cuando me doy cuenta de que se lo he preparado en su taza favorita, una decorada con frailecillos. Soy mi peor enemiga.

—Gracias, cariño.

Toma un sorbo de su té y suspira con una satisfacción de "esto es lo que necesitaba". —Siempre haces el mejor té.

Qué gratificante.

—¿Cómo está Shelley? —pregunto. ¿Se ha roto una pierna? ¿Tiene alguna enfermedad infecciosa? ¿O es solo una uña rota?

—Ahora quiere que instale estantes de vidrio en el baño. —Dice la palabra "ahora" con gran énfasis, como si buscara mi simpatía.

Ah, así que por eso estás aquí. Sabía que tenía que haber una razón. Tengo que reconocer esto de Shelley: ha convertido a Barry, un hombre que nunca había usado un taladro en su vida, en todo un manitas. Más de lo que yo logré jamás. Pero obviamente, hay muchas cosas en las que Shelley es mejor que yo. Excepto, quizás, hacer té. De hecho, sé con certeza que es una cocinera terrible. La idea de Barry sonriendo con los dientes apretados ante otro plato quemado o a medio cocer me divierte enormemente. Pobre Barry. Más simpatía.

Después de una serie de trabajos sin futuro, Barry trabajó como agente inmobiliario durante un tiempo, de martes a sábado, y le pagaban bien por sus esfuerzos. Perdió su trabajo y ahora trabaja ocasionalmente en lo que puede conseguir. Antes le gustaba jugar al tenis de vez en cuando con uno de sus amigos, tomar una copa en el pub, una salida al cine, lo habitual. Todo eso se ha ido ahora. Ahora, es llevar a los niños aquí; llevar a los niños allá. Dios mío, espero que valga la pena, Barry; por tu bien, realmente lo espero.

—¿Cómo está tu madre? —pregunta.

—Está... está bien.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Por qué dudaste?

—Quédate quieto un momento.

Voy al escritorio y saco el certificado. —Encontré esto ayer —digo, pasándoselo—. Entre sus cosas.

Sacando sus gafas de lectura del bolsillo interior, lo mira entrecerrando los ojos. —¿Qué es?

—Eso es. No tengo ni idea.

—Es bastante espeluznante, ¿no?, con esa esvástica y todo. Número cincuenta. Mil novecientos cuarenta y cuatro, el año en que naciste. ¿Has intentado buscarlo en internet?

—Estaba a punto de hacerlo. Ven, puedes ayudarme.

Barry acerca una silla y nos sentamos juntos en mi recientemente empobrecido escritorio de ordenador. —Shelley tiene uno de estos ordenadores —dice—. Aunque el suyo parece mucho más nuevo. —Qué sorpresa.

Hago clic en un botón que abre Google, algo que Tessa me dijo que era mejor que Ask Jeeves, el buscador que había estado usando, y desde allí escribo la dirección tal como aparece en el certificado. Esperamos un momento antes de que se carguen los resultados de la búsqueda.

—Ahí —dice Barry—. Haz clic en el primero.

Tamborileó con los dedos sobre el ratón mientras esperamos.

—Oh —dice Barry—. Es un hotel. Míralo, es enorme. Parece precioso.

La imagen muestra un gran edificio con varios techos de paja a diferentes niveles, enormes chimeneas, ventanas arqueadas, escalones de piedra, situado en una vasta extensión de césped y rodeado de un bosque de pinos. El sitio web nos informa que el Hotel Cavalier, en el corazón de Baden-Württemberg, es un hotel de cuatro estrellas reconocido por su lujo y gastronomía.

—No me importaría pasar un par de noches allí —dice Barry. Recorremos todo el sitio web, aunque no lleva mucho tiempo, y miramos las fotos de las habitaciones principales, el comedor, el bar, los jardines—. Así que ya ves, cariño, no hay nada de qué preocuparse; es solo un hotel.

Vuelvo a la página de inicio y, acercándome, observo detenidamente la imagen. Algo en ella me atrae, me intriga.

—¿Liz?

—No. No podría haber sido un hotel entonces, no en el cuarenta y cuatro. Se usó para otra cosa.

—¿Pero para qué?

—No lo sé. Pero quiero averiguarlo.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—No, más que eso. Necesito averiguarlo.

Capítulo 6

Septiembre de 1943

Había sido un largo viaje desde Berlín. En tiempos de paz, habría tomado unas cinco horas, pero ahora, con tantas paradas imprevistas y retrasos, había tardado el doble. La calefacción del tren se había averiado, y Hannah mantuvo puesto su abrigo durante todo el trayecto. En ocasiones, tenía el compartimento para ella sola. Asegurándose de que nadie merodeaba por el pasillo, se fumaba un cigarrillo. Era una empresa arriesgada; sabía muy bien lo que la gente pensaba de las mujeres que fumaban en público, especialmente una tan joven como ella.

Por fin, el tren se detuvo en la estación de ferrocarril, una parada antes de la terminal en Weinberg. La noche acababa de caer, los últimos vestigios de luz diurna desaparecían en el horizonte. Hannah bostezó y se estiró, recogió su maleta y bajó del tren de un salto. La brisa fría le mordió la piel. Deambuló por la caseta de salida, tal como era, y salió a la plaza detrás de la estación. Vio a un anciano encorvado con una gran pluma en su sombrero, apoyado contra un carro, fumando, mientras el poni resoplaba. Él la miró. —¿Señorita Schiffer? —dijo, con voz áspera.

—Sí. Hola.

—Dese prisa; me estoy congelando las pelotas aquí —dijo, tirando su cigarrillo.

Ella subió al carro y tomó su lugar detrás de él. Él no se ofreció a llevar su maleta, ni se presentó. No le dio la bienvenida al pueblo ni le preguntó por su viaje. Hannah no estaba acostumbrada a tales malos modales, pero no importaba, pensó; tenía demasiado frío y hambre para preocuparse. Quería preguntar cuánto tardaba el viaje hasta la escuela porque se moría de hambre. Los sándwiches y el pastel casero que su madre le había preparado estaban lejos de ser suficientes y habían desaparecido hacía mucho tiempo. Pero no pudo. Se bajó el sombrero y se apretó la bufanda mientras el poni y el carro traqueteaban por el pueblo. El lugar estaba desierto, pero vio alguna luz ocasional detrás de las pequeñas ventanas de las casas pequeñas. Se preguntó si la gente de aquí estaba sujeta a las mismas raciones minúsculas que en Berlín. Siempre tenía hambre, pero esto era lo peor; le había dado dolor de cabeza.

Pasaron por el pueblo y siguieron un camino que serpenteaba a través de vastos campos, acres de nada en la penumbra del atardecer. Un viejo espantapájaros vigilaba un campo y la vio pasar. Metió sus manos enguantadas en lo profundo de su abrigo. A pesar del frío, Hannah sucumbió a su fatiga, arrullada por el suave ritmo del traqueteo de las ruedas en el camino irregular. El graznido agudo de los cuervos en un árbol solitario la despertó de golpe. Cuando la escuela apareció a la vista, sus piernas temblaban de frío y su estómago se contraía de hambre. La escuela estaba aislada, a un buen kilómetro del pueblo más cercano. Una gran bandera con la

esvástica colgaba sobre la entrada principal. El humo de la chimenea oscurecía el delgado filo de la luna.

El conductor detuvo al poni. No se movió, no habló. Hannah tomó su maleta y bajó con dificultad. —Gracias —dijo.

El conductor chasqueó las riendas y el poni respondió. Hannah los vio desaparecer en la curva.

La escuela tenía cuatro pisos de altura, ventanas arqueadas y, en el primer piso, un balcón. Estaba rodeada de prados y, entrecerrando los ojos en la penumbra, Hannah pudo ver el bosque de pinos a lo lejos. Pero ya no era una escuela, habiendo sido requisada como hogar de cuidado para niños evacuados con capacidad, según la líder de las Doncellas de Hannah en Berlín, para solo cuarenta niños.

Algo era extraño, no del todo correcto de alguna manera. Le tomó unos segundos darse cuenta de qué era: el silencio. Solo escúchalo, la absoluta quietud del lugar, interrumpida solo por una suave y fría brisa y el débil y suave burbujeo de un arroyo. Vaya, pensó, nunca había oído tal silencio. El aire era tan penetrante, tan fresco. Lo respiró, sintió cómo llenaba sus pulmones.

Así que este era su hogar ahora, se dijo a sí misma. Tenía que agradecérselo a su padre. Él había movido numerosos hilos para conseguir que su hija de diecisiete años se alejara de las bombas y el peligro. Necesitaban una líder de las Doncellas aquí en el campo para ayudar a cuidar a un grupo de niñas evacuadas. Despedirse de sus padres en la estación de Berlín fue quizás lo más difícil que había experimentado. Hace solo unas horas, pero ya parecía una eternidad desde que los tres estuvieron de pie en el andén dos en esa incómoda tierra de nadie de no querer irse mientras deseaba poder subir al tren y cerrar la puerta de golpe y marcharse. —Será solo por unos meses —dijo su padre en voz alta—. Solo hasta que ganemos la guerra.

—Bueno, eso tardará una eternidad, ¿no?

—Hannah —dijo él, bajando la voz—. Cuida tu lengua. Nunca se sabe quién está escuchando.

La puerta principal de la escuela se abrió, proyectando un haz de luz anaranjada. Aparecieron dos siluetas y comenzaron a caminar hacia ella. —¿Eres Hannah? —gritó una.

—Sí.

Las dos mujeres, de la edad de Hannah, tal vez un poco mayores, se acercaron y cada una le estrechó la mano y le dijeron que entrara al calor. Al igual que Hannah, ambas vestían los uniformes de líderes de las Doncellas. Una vez dentro, se presentaron. La más alta, con trenzas rubias, se presentó como Angela y la más baja y morena como Ella. —Las chicas están cenando —dijo Angela. A Hannah se le hizo la boca agua con el pensamiento; podía oírlas, el murmullo apagado de voces que venía de un salón contiguo—. ¿Debes tener hambre?

—Sí, un poco.

—¿Le gustaría ver su habitación primero o...?

—Preferiría comer primero —espetó ella, luego se sonrojó.

—Ah, ahí está Jan —dijo Ella—. Jan, ven aquí. Date prisa. —El hombre llamado Jan aceleró el paso y se apresuró a acercarse. Era joven, no mucho mayor que Hannah; su cabello era oscuro, con una sombra de barba—. Esta es la señorita Schiffer.

El hombre asintió.

—Lleva esta maleta a la habitación cuarenta y dos.

Hannah cruzó su mirada con la de él y se sorprendió por su asombrosa belleza, la profunda melancolía de sus ojos marrones oscuros. Él tomó la maleta de Hannah y se apresuró con ella.

—Ese es nuestro recadero —dijo Angela—. No debes hablarle a menos que necesites que haga algo.

—Está bastante bueno, ¿no crees? —dijo Ella.

Hannah no estaba segura de cómo responder.

—No, no lo está —espetó Angela—. No seas ridícula; es solo un polaco.

—Ni siquiera se llama Jan —dijo Ella en un tono conspiratorio—. No sabemos su verdadero nombre, así que simplemente lo llamamos así.

—En serio, no le hables —dijo Angela—. Bien, ¿comemos?

—Eso... eso estaría bien —dijo Hannah, tratando de mantener la compostura, mientras, por dentro, su estómago gritaba de hambre.

Capítulo 7

Sonó el despertador. Siete de la mañana. Al abrir los ojos, Hannah tardó unos segundos en recordar dónde estaba. Su habitación era diminuta, con solo una cama estrecha, un armario y una pequeña mesa con silla. El retrato de Hitler colgaba sobre su cama y, en la pared opuesta, una fotografía de la escuela, fechada en 1920. Encendió el calefactor eléctrico y, sentada con las piernas cruzadas, tiritó frente a él, tratando de entrar en calor antes de cambiarse al uniforme del día. Mirando la hora, decidió que tenía justo el tiempo suficiente para fumarse un cigarrillo. Abrió la ventana todo lo que pudo, se asomó y lo encendió. El calor que se había acumulado lentamente con el pequeño calefactor se desvaneció de inmediato. Pero esa era la elección que tenía que hacer: calor o nicotina. Al terminar el cigarrillo, estaba a punto de cerrar la ventana cuando vio al trabajador polaco empujando una carretilla llena de hojas por el césped. Él levantó la mirada. Sus ojos se encontraron. Se detuvo por solo un segundo. Ella le saludó con la mano, pero luego se quedó paralizada, recordando que no debía hacerlo. ¿Y si alguien la veía? Rápidamente, se retiró, cerrando la ventana con firmeza y en silencio detrás de ella.

Bajó a un comedor desierto. Los lugares estaban puestos en un par de mesas largas, con sillas a ambos lados, y un aparador cargado de pan y jamón. Otro retrato de Hitler, este enorme, colgaba sobre la chimenea. Angela y Ella aparecieron juntas, sus zapatos lustrados resonando en el suelo de madera mientras se acercaban.

—Buenos días —dijo Hannah—. ¿Hay algo que quieran que haga?

—No —dijo Angela—. Hay personal que se encargará de todo.

—Todos solían trabajar aquí cuando aún era una escuela normal —añadió Ella.

—Todo lo que tenemos que hacer es asegurarnos de que las niñas coman y se comporten.

—Pero siempre lo hacen —dijo Ella—. Son buenas chicas.

El comedor pronto se llenó con cuarenta niñas uniformadas, de entre trece y quince años, entrando de dos en dos y de tres en tres. Al pasar frente a las tres líderes, cada una de ellas se detenía, gritaba «¡Heil Hitler!» y seguía adelante.

Una vez que todas estuvieron sentadas, Angela se puso de pie en la cabecera de las dos mesas, frente a la chimenea. —Buenos días, niñas.

—Buenos días, señorita —respondieron al unísono.

—Inclinemos nuestras cabezas. —Esperó unos momentos, mientras descendía el silencio—. Oh,

Señor, te damos gracias por habernos reunido bajo la guía y el amor de nuestro amado Führer. —Levantó la mirada hacia las niñas con una sonrisa benevolente—. A comer, niñas.

*

Cuarenta niñas y tres líderes estaban de pie en círculo en el camino frente a la antigua escuela. La mañana era brillante pero el frío intenso. Angela y Ella tomaron sus lugares en el centro del círculo, junto al asta de la bandera, con las cuerdas en las manos. —¡Os saludamos, nuestro querido Führer! —gritó Ella. Cuarenta niñas con la espalda recta y la cabeza en alto extendieron sus brazos y gritaron: «¡Heil Hitler!». Entre ellas, las dos líderes izaron la bandera nacional. Una vez izada, retrocedieron y dirigieron la interpretación del himno nacional y la canción Horst Wessel. Sus alientos fríos flotaban en el aire, sus voces haciendo eco por los terrenos. Era, pensó Hannah, todo muy solemne.

Una vez terminado, Angela despidió a las niñas. Era hora, le dijo a Hannah, de sus abluciones y de arreglar sus habitaciones.

—¿Hacéis esto todas las mañanas? —preguntó Hannah, dando pisotones contra el frío—. ¿Esto de la bandera?

—¿Esto de la bandera? —dijo Angela.

—Lo siento, no quise decirlo así, yo...

—Si te refieres a si izamos la bandera y saludamos a nuestro Führer todas las mañanas, entonces sí, por supuesto.

—Llueva o truene —añadió Ella.

*

Esa noche, después de que las niñas se fueran a dormir, Angela, Ella y Hannah se sentaron en la acogedora calidez del dormitorio de Angela, el más grande de la escuela y el único con una chimenea de leña. Se quitaron los zapatos y aflojaron sus corbatas. La cena no había sido fácil para Hannah; tratando de meterse tanta comida como fuera posible, mientras permanecía educada y esperando que nadie lo notara. Ahora, después de la cena, se recostó en uno de los sillones de Angela y reprimió un bostezo. Esperaba que sus anfitrionas fueran fumadoras. No se atrevería a encender un cigarrillo hasta que ellas lo hicieran. No lo eran, pero tenían lo segundo mejor: vino.

—Lo tomamos prestado de la bodega —dijo Ella con una sonrisa traviesa—. Hay montones allí

abajo.

—¿Tomado prestado?

Ella soltó una risita, haciendo callar a Hannah.

Con las copas llenas, le preguntaron a Hannah sobre la vida en la capital. Sabían de las bombas. Había informes diarios en la radio. —Esos ingleses son unos bárbaros, bombardeando nuestras ciudades.

—Necesitamos más leña —dijo Ella—. Le diré a Jan que traiga un poco.

—Yo iré —dijo Hannah con indecente prisa, tal era su ansia por fumarse un cigarrillo rápido—. ¿Dónde lo encontraré?

Ella miró su reloj. —A esta hora, en su cabaña detrás. Ve por la cocina y sal. Lo encontrarás.

Hannah revisó su bolsillo en busca de su paquete de cigarrillos y una caja de fósforos. Encontró la cocina. Un par de ordenanzas que aún estaban lavando platos le indicaron el camino hacia afuera.

Vio la cabaña, una auténtica cabaña de leñadores con techo de chapa ondulada, construida sobre pilotes, con una débil luz en su ventana. Una escalera de cuatro peldaños conducía a la puerta. Hannah dudó; de alguna manera, no le parecía correcto molestarlo allí. Así que, en su lugar, fumó la mitad de un cigarrillo. Es solo un polaco, se recordó a sí misma, repitiendo las palabras de Angela. Fortalecida después de su cigarrillo, se acercó y, parada al pie de los escalones, llamó:

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

La puerta se abrió de inmediato, asomando él la cabeza. Al verla, salió pero permaneció en el escalón superior.

—Hola, sí. Eh, nos preguntábamos, ¿d-dónde podría conseguir algunos leños, por favor? Para la chimenea.

Él bajó de un salto y con un gesto de su cabeza, le indicó que lo siguiera. Llevaba solo un cárdigan sobre la camisa, pero si sentía frío, no lo demostraba. Cruzando los brazos sobre sí misma, ella tuvo que dar saltitos para mantener el paso de sus largas zancadas mientras seguía un sendero que conducía a las dependencias detrás de la casa. Es solo un polaco, sin embargo, alguna necesidad profunda y arraigada de ser educada se manifestó. —¿Lleva mucho tiempo trabajando aquí? —preguntó.

Él no dio respuesta. Tal vez no la escuchó. Llegaron a un pequeño granero. Hannah lo siguió adentro. Jan encendió una luz y allí, frente a ella, había una pila de leños perfectamente cortados. —Oh, eso es genial. Gracias. —Hannah fue a recoger un leño pero él levantó la mano.

—Aquí, permítame —dijo con una voz sorprendentemente suave.

—No, está bien. Puedo arreglármelas perfectamente, gracias.

Él se encogió de hombros con un gesto de "como quieras". Ella recogió tres leños, pero eran más pesados de lo que pensaba y uno se le escapó de las manos y cayó. Jan lo recogió y lo colocó encima de los otros. —Gracias —dijo ella. Él mantuvo su mirada por un momento, un segundo de más, y ella desvió los ojos—. Hace frío; necesito volver.

—Tome —dijo él, quitándose el cárdigan.

—No, no haga eso. Solo tendrá esa camisa. Estoy bien, de verdad.

Él asintió.

—Pero... gracias de todos modos.

Capítulo 8

La vida dentro de la antigua escuela pronto se volvió claustrofóbica. La rutina diaria rara vez cambiaba. Desayuno, izado de bandera e himnos, luego una mañana de actividades tediosas como cantar canciones de las Juventudes Hitlerianas, o escribir a casa o hacer manualidades, como tejer o pintar o dibujar. Uno de los nuevos trabajos de Hannah era posar como modelo. Se quedaba quieta durante una hora mientras una docena de chicas intentaban dibujar su imagen. Después, al mirar sus esfuerzos, no podía evitar sentir que solo una se había acercado a capturarla. Le gustaba cómo la artista había hecho que su cabello pareciera salvaje, sus ojos alertas, su sonrisa amplia. Hannah miró el nombre garabateado en la esquina inferior derecha del retrato. La artista se llamaba Greta.

Dos veces por semana, Hannah tenía que caminar el kilómetro hasta el pueblo local para recoger el correo. En esta primera ocasión, Ella la acompañó para que Hannah no se perdiera. El cartero, según Ella, se había unido a la Wehrmacht y actualmente estaba destinado en Francia. La cartera, demasiado ocupada dirigiendo la oficina de correos para hacer entregas, aún no había encontrado un reemplazo. El sol brillaba, pero no hacía nada para disminuir el frío. Hannah respiró el aroma de los pinos.

El pueblo consistía en solo unos pocos negocios: el racionamiento y la falta de hombres habían obligado a muchos a cerrar. Había un camión estacionado, pero ningún otro vehículo. El racionamiento de gasolina se había encargado de eso. Guirnaldas con esvásticas se extendían a lo largo de la calle principal. Ella llevó a Hannah a la oficina de correos y la presentó a la cartera. La mujer dejó caer una pequeña bolsa de tela sobre el mostrador.

—¿Algún borde negro? —preguntó Ella.

—Solo uno —dijo la mujer.

—¿Bordes negros? —preguntó Hannah.

—Cartas con bordes negros, significa que algún familiar ha fallecido. —Revisó las cartas—. Aquí está. Oh, vaya, es para la pequeña Greta.

—¿Greta? ¿La artista?

—Es buena en el arte. Tendrás que entregársela en persona y ayudarla cuando la abra.

—¿Yo?

—Ahora es tu trabajo.

—Pero no conozco a Greta.

—Pronto lo harás.

De vuelta al hogar, Ella le dijo a Hannah qué decirle a la desafortunada Greta, cómo abordar el tema y expresarlo en términos de una muerte digna y noble. —¿Y ella creerá esto? —preguntó.

—Por supuesto —dijo Ella—. Todas son buenas pequeñas nazis, ¿no?

Las chicas las esperaban en el comedor cuando Ella y Hannah regresaron con su bolsa de correo. Hannah iba a aprender que el ambiente siempre era el mismo: una mezcla de emoción, esperanza y temor. Era esto último lo que templaba su entusiasmo, lo que acallaba sus voces. Todas estaban tan desesperadamente ansiosas por recibir una carta con noticias de casa, pero todas temían que su carta pudiera tener un borde negro. Hannah aún no conocía todos sus nombres, así que dejó que Ella escaneara los rostros de las chicas. Ellas sabían lo que estaba haciendo y cada una se encogía cuando los ojos de Ella pasaban sobre ellas. Y entonces su atención se detuvo, y Greta se puso pálida.

Hannah se acercó a la chica, con la carta en la mano. —¿Greta?

Ella asintió.

—¿Nos sentamos lejos de las demás? Ven.

Greta, como la mayoría de las otras, llevaba el pelo en coletas con una raya en el medio. Hannah calculó que tenía trece años. Tan joven para perder a un padre. Se sentaron en un par de cómodos sillones en el extremo del salón, ignorando el bullicio de las chicas aliviadas ansiosas por sus cartas.

—¿Quieres que la lea primero? —preguntó Hannah.

Greta negó con la cabeza. —No, yo la leeré.

Hannah la observó mientras los ojos de Greta se movían de izquierda a derecha. Frunció el ceño, su delicado cuerpo se desplomó. —Vati —dijo en voz baja. Padre.

Hannah le tomó la mano. Greta se lo permitió. Qué pequeña, qué húmeda se sentía. —Lo siento mucho, Greta.

—Lo mataron en algún lugar de Rusia. —Miró la carta de nuevo—. Dice que murió por la Patria y por el Führer. —Su mano cayó; la carta se deslizó de sus dedos. Miró a Hannah—. Está con Dios ahora, ¿verdad?

—Sí, lo está. Está con Dios.

Se sentaron en silencio por un rato. El salón se vació, las chicas afortunadas corrieron con sus cartas, las decepcionadas ya resignadas. Siempre habría una próxima vez.

—Desearía poder ir a casa.

Hannah acarició la mano de la chica. —Lo sé. Creo que todas lo deseamos.

—No sé qué hacer ahora.

—Continúa haciendo lo que estás haciendo, Greta. Aprendiendo a ser una buena servidora de la nación, justo como lo fue tu padre. Sé fiel a tu Patria; sé fiel a ti misma, y tu padre estará orgulloso de ti.

Greta la miró, sus tristes ojos teñidos de comprensión.

Hannah continuó, sabiendo que Greta estaba absorbiendo sus palabras. —Todas tenemos que creer en el resultado final. Si no lo hiciéramos, ¿cuál sería el punto? Tenemos que creer y tenemos que ser fieles: a nosotras mismas, a las demás y a la Patria. Tenemos que hacer lo que consideremos correcto y verdadero. La verdad, más que cualquier otra cosa en el mundo, es lo más importante. Y sabemos quién es el más verdadero de todos.

—El Führer.

—Sí. El Führer.

Capítulo 9

Angela, Ella y Hannah estaban sentadas en el comedor, escuchando la radio mientras las chicas se cambiaban a sus uniformes de educación física. «Hoy Berlín sufrió daños más graves. Pero por su parte, el enemigo incurrió en grandes pérdidas. Nuestros valientes aviones de combate y cañones antiaéreos derribaron cincuenta aviones enemigos. A pesar de estos ataques, nuestro pueblo alemán se mantiene fuerte; la moral de nuestra gente no será quebrantada». Los pensamientos de Hannah se dirigieron a sus padres; rogaba a Dios que estuvieran bien. Ella puso su mano sobre la manga de Hannah. El locutor continuó. «En el frente soviético, nuestras tropas están llevando a cabo una retirada ordenada y honorable».

—Mierda, nos están haciendo polvo —dijo Ella.

—Ni un poco —dijo Angela—. Escuchaste lo que dijo. Retirada ordenada.

Ella y Hannah intercambiaron miradas de complicidad.

—De todos modos —dijo Angela—. Nuestro Führer sabe lo que hace. —Apagó la radio—. No nos defraudará.

Lo más destacado de la semana, cada martes por la tarde, era la visita de unos veinte chicos de las Juventudes Hitlerianas de un campamento en el mismo pueblo, a unos dos kilómetros de distancia. Acompañados por sus líderes, marchaban para otra ronda de solemne izado de bandera y canto. Luego, terminada la solemnidad, jugaban - fútbol o béisbol. Animaba muchísimo a las chicas, conocer y coquetear con los chicos. Ella también coqueteaba - evidentemente atraída por uno de los líderes de los chicos, un muchacho alto y rubio llamado Hans, un joven totalmente comprometido con la causa nacionalsocialista y la justicia de la guerra. Él parecía igualmente enamorado de Ella y pasaban tanto tiempo como fuera posible uno al lado del otro, hablando y riendo. Pero, para incomodidad de Hannah, el camarada de Hans, Wolfram, parecía haberse encaprichado con Hannah.

En este martes en particular, Hans, Wolfram y los chicos estaban acompañados por el Herr Müller, el líder de las Juventudes Hitlerianas del área, un hombre imponente de unos cuarenta y tantos años, calculó Hannah, con el cabello rapado, un gran bigote y un bastón con punta de plata bajo el brazo. Herr Müller y sus jóvenes líderes se pusieron en fila al borde de la línea extendida mientras sus pupilos jugaban al béisbol - chicas contra chicos, un encuentro que siempre sacaba a relucir el espíritu competitivo. Hannah notó que Greta estaba lanzando. Wolfram se colocó junto a Hannah. Inclinándose, susurró: «¿Echas de menos Berlín?»

Hannah se encogió de hombros. —Un poco, quizás.

—Hmm. ¿Y qué hay de tu novio? ¿Lo echas de menos?

—Yo no...

Herr Müller se volvió hacia Hannah. —Parece que se ha adaptado bien, señorita.

—Oh, sí, señor. Gracias.

—¿Sus padres aún están en Berlín?

—Sí, señor.

—Recuérdeme, ¿a qué se dedican?

Antes de que Hannah tuviera la oportunidad de responder, los chicos estallaron en una ruidosa explosión de vítores: uno de ellos había golpeado la pelota de béisbol con tanta fuerza que había caído en el arroyo.

—Bravo, bravo —dijo Herr Müller—. Nos quedaremos con esa.

Ninguna de las chicas se había movido: demasiado reacias, supuso Hannah, a mojarse los pies en el arroyo helado.

—¿Tenemos otra pelota? —preguntó Hans.

—No —dijo Ella—. Perdimos esa también.

Angela vio a Jan empujando su carretilla. Lo llamó. —¡Oye, Jan, ve a buscar la pelota! Se ha ido al arroyo —añadió, señalando vagamente en la dirección en que había ido la pelota.

Jan corrió hacia el arroyo, observado por todos, los niños ansiosos por reanudar su juego.

—Maldita sea, hombre, ¿quieres darte prisa? —gritó Angela.

—¿Quién es ese simio? —preguntó Herr Müller.

—Es polaco. Estaba en el campo de prisioneros, pero nos lo han prestado como nuestro hombre para todo.

—¿Por qué tarda tanto? —dijo Hans—. La pelota es roja brillante: no puede ser tan difícil.

—Está demasiado a la derecha —dijo Herr Müller.

Observaron con impaciencia mientras Jan trataba de encontrar la pelota, hurgando entre las hierbas con un palo. Los niños comenzaron un lento aplauso.

—El estúpido idiota —dijo Herr Müller—. Yo vi dónde cayó; iré yo. —Marchó a través del campo, sus botas dejando huellas húmedas en la hierba, su bastón firmemente sujeto bajo el brazo.

—Oye, chicas —dijo Hans—. Wolfram y yo vamos a ir a la posada del pueblo esta noche, el Ángel Dorado. ¿Os apetece venir?

—Oh, sí —dijo Ella.

—Absolutamente no —dijo Angela—. Tenemos que levantarnos temprano mañana por la mañana.

—Oh, vamos, Ange —dijo Ella—. Tenemos que levantarnos temprano todas las mañanas. Nos merecemos un poco de diversión.

—Las buenas chicas alemanas no beben.

—Vamos, no hay nada malo en divertirse un poco —dijo Wolfram—. Nos encontraremos allí a las nueve y prometemos que estarás de vuelta para la hora de dormir. ¿Qué dices, Hannah?

—¿Yo? Bueno...

Antes de que pudiera terminar su frase, escuchó la voz triunfante del Herr Müller resonando. —La encontré. —Levantó la pelota roja en el aire. Los niños vitorearon cuando la lanzó de vuelta. Hannah pudo ver a Herr Müller reprendiendo a Jan por no haberla encontrado y hacerle perder el tiempo. En cuestión de segundos, Herr Müller azotó a Jan en el costado de la cara con su bastón. Hannah se estremeció. Jan cayó hacia atrás, sujetándose la mejilla. Herr Müller se dio la vuelta y regresó furioso. Para cuando llegó a ellos, los niños habían reanudado su juego.

—Si quieres que algo se haga bien, hazlo tú mismo —dijo Herr Müller al llegar—. Maldito idiota.

—Bien hecho, señor —dijo Angela.

—Si tienes más problemas con esa escoria, me lo dices, ¿de acuerdo?

—Sí, señor.

Hannah mantuvo la vista en el juego, pero notó que Hans y Ella estaban hablando; sin duda planeando su encuentro. Luego, por el rabillo del ojo, observó a Jan caminar rápidamente hacia su carretilla, aún con la mano en la mejilla. Cuando se quitó la mano para examinarla, notó el vívido corte rojo en el costado de su cara.

*

Una hora después, estaban de vuelta adentro, disfrutando de media hora de tiempo libre antes de la sesión de manualidades de la tarde. Herr Müller, Hans, Wolfram y sus chicos, felices por su victoria, habían regresado a su campamento en el pueblo. Ella yacía en su cama, con sus pensamientos llenos de Jan y su corte. Nadie se ocuparía de ello; podría infectarse. Decidiendo que tenía que hacer algo, se escabulló hasta la cocina y sacó el botiquín de primeros auxilios de debajo del fregadero. Encontró un tubo de crema antiséptica y un rollo de tiritas, y asegurándose de que no hubiera nadie, salió sigilosamente.

Hannah llamó a la puerta de la cabaña y esperó. Jan apareció. Su boca se abrió de par en par al ver el corte. Parecía tan profundo, tan largo. Le ofreció el tubo y una tirita. —Pensé que podrías necesitar esto —dijo.

Él la consideró por un momento como si temiera una trampa. Bajó los escalones de un salto y tomó las ofrendas de Hannah. —Gracias —dijo.

—Es peor de lo que pensaba. No debería haberte hecho eso.

Él no respondió, pero ella pudo ver por sus ojos que estaba conmovido. Con un atisbo de sonrisa, regresó a su cabaña, cerrando la puerta tras de sí.

*

—Vamos, Hannah, será divertido. —Ella se había invitado a la habitación de Hannah. Las dos estaban ahora sentadas en la cama de Hannah, con las piernas presionadas una contra la otra—. Sabes que quieres ir.

—Ya oíste lo que dijo Angela.

—"Las buenas chicas alemanas no beben" —dijo Ella, imitando a Angela—. Ella no lo sabrá. Las dos diremos que estamos cansadas y queremos acostarnos temprano. Luego, a las ocho y media, nos escabulliremos. Los chicos nos traerán de vuelta y la santurrona de la señorita Angela no se enterará; estará acurrucada en la cama leyendo Mein Kampf. Vamos, Hannah, por favor. Podemos maquillarnos y beber un poco, y tú podrás fumar todo lo que quieras.

—Supongo.

—Y sabes que me gusta Hans, y ese Wolfram...

—¿Qué pasa con él?

—Oh, vamos, no me digas que no te diste cuenta. No deja de mirarte. Es simpático.

La idea de tener un par de horas fuera del hogar, de poder fumar y tener una conversación normal, le atraía. Estaba tan asfixiada por la rutina de este lugar, la misma gente, la rectitud de Angela. Y Wolfram, bueno, parecía bastante agradable. —De acuerdo, tú ganas. Iremos.

Ella chilló. —¡Sí! Gracias, Hannah, gracias. Será divertido, ya verás.

Capítulo 10

Hannah había imaginado que el Ángel Dorado sería una gran cervecería, abarrotada hasta el techo, llena de humo y voces alegres. En su lugar, era la posada más pequeña imaginable, con un par de mesas ovaladas donde hombres viejos de largas barbas bebían cerveza y jugaban al dominó. Hans y Wolfram se pusieron de pie al verlas, algo inestables, y les hicieron señas para que se acercaran. Les compraron una cerveza pequeña a cada una y les encendieron los cigarrillos. Se sentaron chico chica chico chica, Hannah al final, junto a Wolfram.

—Ya nos hemos tomado un par —dijo Hans.

—¿No me digas? —dijo Ella.

—Oh, ¿se nota? —dijo Wolfram.

—No es gran cosa este sitio, ¿verdad? —dijo Ella.

—Tal vez no —dijo Hans—. Pero aún podemos divertirnos, ¿eh?

—Sí. Claro.

—Un brindis —dijo Wolfram—. Por nuestro amado Führer y por nuestra victoria final.

Cuatro jarras con hoyuelos chocaron. Hannah pensó en Jan: esperaba que la crema y el yeso estuvieran ayudando a curar su corte.

Hannah notó que el brazo de Hans se deslizaba alrededor del hombro de Ella. Él se inclinó hacia ella y le dijo algo que la hizo reír. —Entonces —dijo Wolfram—. ¿Cómo es Berlín?

—¿Te refieres a entre los constantes bombardeos, los cráteres, los escombros, la falta de comida y el frío helador: pasando la mayoría de las noches en refugios antiaéreos?

—Bueno, sí, pero al final todo saldrá bien, ¿no? El Führer no nos fallará, lo sabes, cariño.

—¿Cariño?

—Todavía crees en la victoria, ¿verdad?

Por supuesto que no. Nadie lo hacía; ya no. —Sí, claro que sí, Wolfram. Entonces, ¿de dónde eres?

Intentó escuchar mientras Wolfram la deleitaba con la historia de su vida. Al menos aquí hacía calor, y podía fumar sin que la gente comentara. Los viejos estaban demasiado absortos en su juego, y no había nadie más a quien le importara. Wolfram hablaba sin parar, haciendo pausas solo para beber un trago y fumar su cigarrillo. —Mi hermano murió en el Norte de África hace dos años.

—Oh, lamento oír eso.

—Ah, no nos llevábamos bien. De todos modos, estaba orgulloso de morir por su país.

¿Y tú sabes eso, eh? —Estoy segura de que lo estaba.

—Sí. Brindemos por mi hermano. —Volvieron a chocar las jarras—. Oh, se me ha acabado. Iré por otra.

—No, no, está bien. Deberíamos irnos pronto.

—¿Qué? No digas tonterías; acabáis de llegar. Tenemos toda la noche por delante. —Se limpió la boca con el dorso de la mano—. Vuelvo en un minuto. —Se puso de pie y tuvo que hacer una pausa para estabilizarse—. No te vayas a ninguna parte —dijo, meneando el dedo.

Hans aprovechó la oportunidad para tambalearse hacia la barra y unirse a su amigo, los dos hombres con los brazos alrededor del otro, susurrando y riendo.

—¿Cómo va? —preguntó Ella—. Definitivamente le gustas.

—Sí, pero es tan aburrido. Es peor que Angela. Por favor, Ella, ¿podemos irnos?

—¿Estás bromeando? De ninguna manera, hermana. No ahora. —Ella hipó—. Perdón. —Se rió —. Oh, cielos, dame un momento; necesito ir al baño.

Pasó otra hora, tal vez dos. Wolfram, envalentonado por el alcohol, torpemente pasó su brazo alrededor de Hannah, dejando que su mano colgara peligrosamente cerca de su pecho. Ella trató de apartarlo, pero con su peso presionando contra ella, le resultó imposible desalojarlo. —Y mi hermana, está trabajando como enfermera en algún lugar.

—Oh, ¿en serio?

—Sí, enfermera. Aunque olvido dónde. —Wolfram parecía estar hablando con su pecho.

Hannah se cruzó de brazos. —Estás hablando muy arrastrado, Wolfram.

—¿Mmm? ¿Lo estoy? ¿Y qué?

Finalmente, cerca de las once, era hora de dejar el Ángel Dorado. Los viejos habían guardado sus fichas de dominó y se habían ido hacía rato, y el personal del bar estaba ansioso por irse a casa.

Hans y Ella lideraban la salida, colgados el uno del otro, riendo ruidosamente. Wolfram tenía dificultades para mantenerse en pie y Hannah tuvo que ayudarlo a levantarse. —¿Estás bien, Wolfram?

—¿Qué? Sí, sí, estoy bien. Maldita sea, ¿por qué esta habitación se tambalea tanto?

—Ven, dame tu brazo.

Él cayó sobre ella con todo su peso. —Demonios, Wolfram, eres pesado.

—Eres muy hermosa, cariño. ¿Alguien te ha dicho alguna vez... Mierda, creo que voy a... —Se tambaleó hacia el baño, zigzagueando entre las mesas, casi cayéndose sobre una silla.

—Más le vale no hacer un desastre ahí dentro —dijo el camarero.

—Bonita forma de comportarse un líder —dijo otro.

—Estará bien en un minuto —dijo Hannah con una débil sonrisa—. Lo siento. Acaba de enterarse de que su hermano ha muerto luchando por el Führer. Está muy alterado; eran muy cercanos.

—Oh. Ya veo. Está bien, lo dejaremos pasar entonces.

—Gracias. —Hannah miró a su alrededor. Hans y Ella ya estaban afuera. Esperaba que Ella estuviera bien.

Una eternidad después, Wolfram salió del baño, limpiándose la boca con la manga nuevamente.

El camarero lo miró. —Lamento lo de tu hermano, joven.

—¿Eh?

—Vamos, salgamos de aquí. Dame tu brazo. —No había forma, pensó, de que Wolfram o Hans pudieran acompañarlas a casa ahora, tendrían que volver por su cuenta.

Empujó la pesada puerta de la posada. El aire frío la golpeó. Con suerte, pensó, eso despejaría un

poco a Wolfram. Pero ¿dónde estaban Hans y Ella? Afuera, junto a la puerta, había un banco de madera. —Déjame sentarme un minuto —dijo Wolfram.

—No, Wolfram, hace demasiado frío.

—Solo un momentito.

Fue entonces cuando Hannah escuchó voces en el frío silencio: una especie de chillido, un grito. Su corazón se aceleró. —¿Ella? Ella, ¿eres tú? —Se apresuró a doblar la esquina de la posada y se encontró en un camino ancho entre la posada y los arbustos. Primero los oyó: Ella llorando, Hans maldiciendo en voz baja. Vio sus dos figuras silueteadas en la oscuridad, con los brazos extendidos, agitándose, las manos entrelazadas. Se encendió una luz desde el interior de la posada, y entonces lo vio todo: Hans, con los pantalones desabrochados hasta las caderas, Ella llorando, una mano en la cara, la otra tratando de zafarse del agarre de Hans. —Suéltame —gritó Ella—. Suéltame. Déjame en paz.

—Ella, ¿qué está pasando?

Hans la soltó y fue a subirse los pantalones, tambaleándose de izquierda a derecha, todavía maldiciendo pero riendo al mismo tiempo. Ella corrió hacia Hannah, con el lápiz labial corrido y el maquillaje de los ojos chorreando. —Hannah, gracias a Dios. —Abrazó a su amiga y miró hacia atrás a Hans tambaleándose en el camino, tratando de mantenerse en pie—. Espero que se ahogue —dijo Ella, limpiándose los ojos.

—¿Tu boca? Ella, ¿es eso...? ¿Te golpeó?

—Por favor, Hannah, larguémonos de aquí.

Capítulo 11

Hannah se despertó temprano, y la magnitud completa de lo ocurrido la noche anterior la golpeó. Juntas, Ella y ella habían logrado llegar a casa a tropezones. Parecía haber tomado horas, y hacía tanto frío. Habían seguido el sendero a través del bosque, tropezando en la oscuridad. Las ramas en el bosque las arañaban, sus sombras las rodeaban. Ella lloró todo el camino.

—¿Por qué te pegó?

—Él... él no me pegó —dijo Ella—. Me caí.

Hannah se detuvo en seco. ¿Había oído bien? —No te caíste. Sabes que no. ¿Por qué mientes?

—Me gusta, ¿vale? Hans no me pegaría. ¿Tú lo viste pegarme?

—Sí. Bueno, no, exactamente.

—Ahí lo tienes. Mierda, tengo tanto frío. ¿Cuánto falta?

Llegaron al hogar, exhaustas y congeladas. Se colaron dentro, callándose la una a la otra, subiendo las escaleras sigilosamente. Hannah intentó llevar a Ella a la cama, preocupada por su amiga, pero Ella la rechazó.

Más tarde, mientras yacía en la cama, los pensamientos de Hannah se dirigieron a Jan. Él no merecía que le pegaran así. Después de todo, solo era una maldita pelota de rounders. Solo esperaba que el corte no se hubiera infectado. Se despertó, y Jan seguía en primer plano en su mente. Quería ir a ver cómo estaban ambos: Ella y Jan.

Se vistió rápidamente, salpicándose la cara con agua fría. Miró por la ventana: el arroyo y el bosque de pinos más allá eran invisibles bajo el espeso remolino de niebla matutina, la hierba brillando blanca con la escarcha. Se deslizó por el pasillo, llegando a la habitación de Ella. Golpeó suavemente, luego, al no recibir respuesta, un poco más fuerte. —Vete.

—Ella, soy yo, Hannah.

—He dicho que te vayas.

—Como quieras —dijo Hannah en voz baja.

La cocina ya estaba llena de personal preparando los desayunos de las chicas, el ruido de platos y

cubiertos metálicos, el olor a jamón y café. Nadie le prestó atención cuando Hannah se escabulló y salió por la puerta trasera. El camino hacia la cabaña se había congelado. Esperaba que Jan tuviera algún tipo de calefacción allí; se congelaría sin ella. Se acercó pero se detuvo en seco al ver el candado que aseguraba la puerta al marco. Sí, estaba cerrada. Sin embargo, podía oír algo dentro, alguien moviéndose. —¿Jan? —llamó tan fuerte como se atrevió—. ¿Jan, estás ahí? El ruido dentro se detuvo. —Jan, ¿estás bien? Sin respuesta. Habría mirado por la ventana pero, al haber sido construida la cabaña sobre pilotes, estaba demasiado alta.

Volvió adentro, contenta de estar fuera del frío pero desconcertada. Nada tenía sentido: ¿por qué habían cerrado con candado la cabaña de Jan? ¿Por qué Ella se negaba a verla?

Se dirigió al comedor, topándose con Greta en el camino. —Hola, Greta, ¿cómo está mi artista favorita?

Greta soltó una risita. —Bien, gracias.

Hannah se sorprendió al encontrar a Angela ya en el comedor. Las chicas no debían desayunar hasta dentro de veinte minutos.

—Buenos días, Angela —dijo, tratando de sonar despreocupada.

Angela le lanzó una mirada despectiva. —Esperamos a Herr Müller justo después del desayuno. Nos reuniremos en mi oficina.

—¿Herr Müller? ¿Por qué?

—Bueno, naturalmente, él está a cargo de todo. Necesitamos decidir qué hacer después de los desagradables sucesos de anoche.

—Oh.

—Sí, oh, en efecto. ¿No os advertí a las dos? Ella me lo ha contado todo. Llamé a Herr Müller a primera hora y puedo decirte que no está contento. Ahora, si me disculpas.

—Angela, ¿puedo preguntar por qué está cerrada la cabaña de Jan?

Los ojos de Angela se entrecerraron como si no entendiera la pregunta. —Habría pensado que era bastante obvio dadas las circunstancias.

Hannah vio a Angela salir con paso firme del comedor y bajar por el pasillo. —¿Circunstancias? —se dijo a sí misma—. ¿Qué circunstancias?

*

La oficina de Angela, con paneles de madera, no había sido diseñada para reuniones. Hannah se apretujó en el banco y tomó su lugar junto a Angela. Herr Müller al lado opuesto de la mesa, sus ojos taladrándola. Colocó su bastón con punta de plata sobre la mesa. Nadie dijo una palabra, ningún saludo mientras esperaban a Ella. Müller golpeaba el extremo de su lápiz sobre su bloc de notas, ocasionalmente mirando su reloj. Hannah observaba el segundero avanzar en el reloj. Finalmente, rompió el silencio ofreciéndose a ir a buscar a Ella.

—No es necesario —dijo Müller—. Aquí viene.

Ella parecía haber pasado toda la noche llorando, sus ojos hinchados y rojos. Un moretón púrpura se extendía desde la comisura de su boca a través de su mejilla. Luchando por ocupar su lugar en el banco entre Angela y Hannah, se disculpó por su tardanza, pero Müller descartó sus disculpas. Ella le lanzó una mirada a Hannah, una mirada que Hannah no pudo descifrar del todo.

Angela puso su mano sobre la de Ella. —¿Has desayunado algo, querida?

Ella negó con la cabeza.

—Traeré algo de café.

—Estoy bien.

Müller se aclaró la garganta. —En ese caso, terminemos con esto. Luego decidiré qué hacer con él. Así que, con tus propias palabras, por favor, Ella, cuéntanos qué pasó anoche.

Ella miró de Müller a Hannah y viceversa. —Bueno, sé que no deberíamos haber salido, pero no tenemos muchas oportunidades de... de conocer chicos de nuestra edad. —Tosió, con la cara bastante roja de vergüenza—. Así que Hannah y yo fuimos caminando al pueblo y entramos al Ángel Dorado. Verá, habíamos quedado en encontrarnos allí con Hans y Wolfram. Y ellos nos compraron algunas bebidas. Lo siento.

—Por ahora dejaremos pasar eso —dijo Müller.

—Y nos pusimos a hablar. Principalmente yo con Hans y Hannah con Wolfram.

—Así que ustedes, ¿cómo se dice en la jerga?, ¿se emparejaron?

—Mmm. Sí, señor. Nos emparejamos.

—Y tú, Ella, te emparejaste con Hans. ¿Sí?

—Sí.

—¿Y cómo se llevaban ustedes dos?

—Bien. Agradable.

Müller golpeó la punta de su lápiz contra su bloc. Volviéndose hacia Hannah, preguntó: —¿Y qué hay de ti, Hannah? ¿Te llevabas bien con Wolfram?

—Sí, señor. Parece muy agradable.

—Hmm. Entonces, lo que no entiendo es por qué dos jóvenes agradables, y sé que son jóvenes muy agradables, ¿por qué no las acompañaron a casa?

Porque, pensó Hannah, estaban tan borrachos que apenas podían mantenerse en pie. Pero, ¿cómo podía decir eso? En su lugar, Ella habló. —Se ofrecieron, señor, muchas veces, pero les dijimos que no. Sabíamos que tenían que madrugar.

—Bueno, quizás, pero no más temprano de lo normal. Hans, por cierto, está aquí.

—¿Lo está? —Intentó contener su emoción—. ¿Está aquí ahora?

—Sí. Te está esperando en el comedor. Se enteró de tu percance de anoche y quería ver si estabas bien.

—Eso es muy amable de su parte.

—En efecto.

Hannah miró fijamente a su amiga, tratando de entenderla.

Herr Müller continuó. —¿Y así que caminaron a casa solas, solo ustedes dos?

—Sí, señor.

—Pero saben que hay un campo de prisioneros de guerra no muy lejos de aquí, ¿realmente pensaron que era seguro?

—Normalmente, lo sería.

Angela se aclaró la garganta. —Y, señor, son Doncellas; no están tan indefensas.

—Quizás no cuando se enfrentan a un chico alemán. Así que continúa, Ella. Llegaron y...

—Llegamos a la casa y le dije a Hannah que quería uno más...

—¿Cigarrillo?

—Sí, señor. Lo siento.

—¿Qué? —dijo Hannah.

—Así que Hannah entró, y yo me quedé afuera unos minutos más y fue entonces cuando sucedió.

—No —dijo Hannah—. Espera...

Herr Müller levantó la mano. —Esta es la historia de Ella. Por favor, ten la amabilidad de dejarla terminar. ¿Qué pasó exactamente, Ella?

Los ojos de Ella se humedecieron. —Simplemente apareció de la nada. Me empujó contra la casa y... y...

—¿Intentó forzarte? —preguntó Angela.

Ella asintió, sacando un pañuelo para secarse los ojos.

Hannah se volvió para mirarla, sus facciones arrugadas por la confusión.

Herr Müller continuó. —Ahora, Ella, piensa cuidadosamente. ¿Conocías al hombre que te atacó?

—Sí, señor, lo conocía.

—Su nombre, Ella.

Ella miró a Hannah. Hannah negó con la cabeza. —No, espera...

—No sé su nombre, señor, pero todos lo llamamos Jan.

Capítulo 12

El nombre Jan quedó suspendido en el aire, reverberando. Hannah no podía entender por qué Ella haría esto. Miró a Angela y al Herr Müller, la primera asintiendo sabiamente, el segundo tomando notas. Ella sorbió y se secó la nariz con su pañuelo.

Herr Müller se puso muy rojo.

—¿Cómo se atreve a forzar a una buena chica alemana? Una violación a Ella es como una violación a todos nosotros, a toda la nación.

Hannah tenía que decir algo, tenía que contarles lo que realmente sucedió. Se le secó la garganta por el esfuerzo. Balbuceó.

Herr Müller levantó la vista de su bloc de notas, con el lápiz suspendido sobre él.

—¿Qué pasa? ¿Quería añadir algo, Hannah?

—No. Sí. Quiero decir, no fue así.

—¿Cómo dice?

—Ella... quiero decir, Ella se equivoca. Ocurrió fuera de la posada, no aquí, en la posada. No fue Jan quien te atacó, Ella, tú lo sabes. Fue...

—Espere —la voz de Herr Müller retumbó—. ¿Qué está diciendo exactamente, señorita?

Angela se inclinó para verla por encima de Ella.

—Yo tendría mucho cuidado con lo que dices, Hannah. Mucho cuidado.

Hacía tanto calor en esta pequeña oficina ahora. El sudor se extendió por su espalda. Hannah se volvió hacia Ella.

—Díselo tú, Ella; diles la verdad.

—Ya lo h-he hecho. Ya te lo dije, fue Jan.

—Pero no fue él. Yo estaba allí, ¿recuerdas? Lo vi, fue Hans.

Hannah percibió las bruscas inspiraciones a su alrededor. La cara de Herr Müller se puso positivamente morada. Señalándola y agitando su dedo hacia ella, bajó la voz.

—¿Está sugiriendo seriamente que Ella fue atacada y casi violada por Hans?

Ella puso su mano en la manga de Hannah.

—No fue Hans, Hannah. Las dos bebimos demasiado, tú especialmente. Estás equivocada, de verdad que lo estás. Yo sé lo que pasó.

—Exactamente —dijo Angela—. Gracias, Ella. Entonces, Herr Müller, ¿qué sugiere que hagamos ahora?

—¿Todavía está encerrado?

—Sí.

—No, no, esto no está bien.

—Hannah, cálmate.

—Díselo, Ella. Diles la verdad.

Herr Müller entrecerró los ojos mirándola.

—¿Por qué está tan empeñada en defender a un polaco de todos modos? Primero, los polacos son nuestros enemigos y segundo, él no importa, es solo... solo un eslavo, un subhumano.

—Porque una mentira sigue siendo una mentira.

—No estoy mintiendo, Hannah. ¿Cómo te atreves?

—No puedo creer...

—¡Basta! —Müller golpeó la mesa con la mano—. Silencio. Usted... —dijo, señalando a Hannah —, no va a decir ni una palabra más. —Volviéndose hacia Angela, continuó—. Ya he avisado a la Gestapo. Están enviando a un par de oficiales. —Se levantó bruscamente, estirando las arrugas de su chaqueta. Cogió su bastón y golpeó su extremo contra la palma de su mano—. Pero primero, Angela, me gustaría tener unas palabras con ese pequeño bastardo yo mismo.

—Por supuesto, señor.

Hannah negó con la cabeza, incapaz de forzar su voz. Lo mataría, estaba segura. Herr Müller se dio cuenta.

—Y cuando haya terminado con esa mierda —gritó—, usted y yo tenemos que hablar, señorita.

Herr Müller salió furioso de la oficina, dando un portazo tras de sí. Angela se puso de pie.

—Angela, por favor, deténgalo.

—¿Yo? No tengo autoridad sobre Herr Müller. Te advertí que tuvieras cuidado, Hannah. Sabía que no escucharías. Ese es tu problema: eres demasiado obstinada. —Negó con la cabeza ante la insensatez de Hannah—. Qué chica tan tonta. —Miró el reloj—. Haré el izamiento de la bandera yo sola. Ella, puedes volver a tu habitación. Hannah, quédate aquí y espera a que vuelva Herr Müller. Heil Hitler.

Ella también hizo ademán de irse, pero Hannah la agarró del brazo.

—Suéltame —dijo Ella.

—¿Por qué, Ella? ¿Por qué?

Ella sorbió.

—Ya oíste a Herr Müller, no importa de todos modos; es solo un polaco. —Miró a Hannah—. Un subhumano.

—Pero si dejas que Hans se salga con la suya, la próxima vez podría ser peor. Él te atacó, Ella. ¿Quién más te hizo ese moretón?

Los dedos de Ella fueron hacia su moretón como si hubiera olvidado que estaba allí.

—No, él me ama. Lo sé. Y ha venido hasta aquí para verme, así que si me disculpas...

—Ella, espera...

—Ah, y una cosa más.

—¿Qué?

—Hans es el hijo de Herr Müller.

—¿Su hijo?

Ella se marchó con una sonrisa de satisfacción en los labios. Hannah se quedó sentada sola, sintiendo que las paredes se le venían encima. No había nada que pudiera hacer. Hundió el rostro entre sus brazos.

*

Hannah esperó media hora, una hora. Finalmente, oyó pasos que se acercaban. Pero no eran los pasos de Herr Müller. La puerta se abrió. Era Angela.

—Han llamado a Herr Müller. Volverá en una hora, para cuando los hombres de la Gestapo hayan llegado. Debe ir a su habitación y quedarse allí. Bajo ninguna circunstancia salga de su habitación a menos que yo lo diga. ¿Ha quedado claro?

Hannah suspiró.

—Sí, si usted lo dice.

—Vaya, entonces. Ah, y mientras esté allí, bien podría hacer las maletas.

—¿Las maletas?

—¿No creerá que se quedará aquí después de ese pequeño espectáculo de antes?

—¿Volveré a casa?

—¿A casa? Por supuesto que no.

—Entonces, ¿adónde?

—Eso, Hannah, le corresponde decidirlo a Herr Müller.

Capítulo 13

Hannah se detuvo en la puerta del comedor y observó cómo Angela se dirigía por el pasillo hacia la lavandería. Estaba a punto de ir a su habitación cuando escuchó una risita. Entrecerrando los ojos, pudo ver al final del pasillo a Ella sentada en el regazo de Hans, acariciándole el rostro. No la habían visto. Y pensar que Angela la creía llena de locura. Rápidamente, Hannah regresó a la oficina de Angela, cerrando la puerta tras de sí. Abrió el armario de llaves y pasó el dedo por todas las llaves colgadas en pequeños ganchos, con una pequeña etiqueta debajo de cada una. Efectivamente, allí estaba: la llave número dieciocho, la llave de la cabaña exterior.

Caminó a medias, corrió a medias por los pasillos, chocando con alguna que otra chica, atravesó la cocina y salió. Con dedos temblorosos, insertó la llave en el candado y lo abrió. Abrió la puerta, llamándolo en voz baja. —¿Jan? Jan, soy yo, Hannah. —Podía oírlo gemir, incluso lloriquear. La cabaña estaba oscura, solo se veían siluetas, pero fue el aire fétido lo que la golpeó: el olor a ropa sucia y rancidez. Pasó la mano por el lado de la pared junto a la puerta y encontró un interruptor de luz. Lo vio, acostado en posición fetal en su cama. Corrió hacia él, poniendo su mano en su hombro. Él la miró a través de ojos entrecerrados e hinchados. Su mano fue a su boca. —Oh, Dios mío, ¿qué te ha... qué te ha hecho? —Parecía irreconocible, su rostro ensangrentado y magullado—. Oh, pobre hombre, pobre hombre. ¿Cómo pudo? —Miró a su alrededor buscando algo para ayudar a limpiarlo. No había lavabo ni grifo aquí, solo un grifo de agua fría afuera. Notó una pequeña fotografía clavada en la pared de madera: una imagen de Jan con una mujer atractiva de cabello oscuro y una niña pequeña de unos tres o cuatro años.

—Jan, escucha, escúchame. Necesitas salir de aquí. La... —Apenas podía pronunciar la palabra —. Vienen a buscarte, la Gestapo, para llevarte. Estarán aquí en menos de una hora. Debes irte de aquí.

—No.

Ella no esperaba eso. —Pero, Jan, ¿no lo ves? Debes hacerlo.

—¿Y adónde iría, Hannah? —La forma en que dijo su nombre con su extraño acento la tomó por sorpresa—. ¿Cómo sobreviviría en el bosque sin comida y con este frío terrible? —Su voz parecía temblar, como si fuera un eco lo que estaba escuchando, no la voz misma.

—Pero si te quedas aquí...

—Ayúdame a sentarme.

Ella tomó su brazo y lo ayudó a incorporarse. Se sentó en el borde de su litera, temblando, su cuerpo irregular, roto. Ella negó con la cabeza.

—Una hora, dices. Tal vez tengas razón. Tal vez podría sobrevivir. —Lo dijo justo en el momento en que Hannah se dio cuenta de que nunca lo lograría, no en esos bosques, no con este frío—. ¿Podrías quizás conseguirme un cuchillo? —No levantó la mirada, su cabeza permaneció quieta, sus ojos fijos en el suelo frente a él.

—¿Un cuchillo? ¿Por qué querrías...?

—Si voy a sobrevivir, necesitaré un cuchillo afilado, muy afilado. ¿Podrías conseguirme uno de la cocina?

—No estoy segura.

—Por favor, no te preocupes. No lastimaré a nadie con él. Pero allá afuera, en esos bosques...

—Supongo.

—Por favor. Y una botella de agua.

La cocina aún estaba misericordiosamente vacía. Hannah abrió y cerró varios cajones en rápida sucesión antes de encontrar uno lleno de cuchillos de cocina, incluidos varios enormes. Todos le parecían afilados. Después de todo, era una cocina ocupada. Tenían que estarlo. Cogió uno y sintió su peso en la mano. Parecía lo suficientemente grande como para cortar fácilmente la carne de un conejo sacrificado o lo que fuera. Escuchó el sonido de un motor llegando afuera. Corrió hacia la enorme ventana de la cocina, rascando la capa de escarcha en el interior. Su corazón se aceleró: eran ellos en su jeep, la Gestapo. Desde dentro del hogar, podía escuchar puertas abriéndose y cerrándose. Las chicas habían terminado sus abluciones y rutinas matutinas; pronto estarían por todas partes. Rápidamente, agarró un par de panecillos y un trozo entero de jamón, y una pequeña bolsa de malla para poner todo. Se olvidó de la botella de agua.

Corrió hacia la puerta trasera, cuchillo en mano, cuando escuchó que la llamaban por su nombre desde atrás. —Fräulein Schiffer, ¿va a posar para nosotras de nuevo?

Era Greta con sus pequeñas trenzas. —¿Qué? No. Oh, en realidad, es martes, ¿verdad? Sí, lo haré, entonces. Estaré con ustedes en cinco minutos. Dos minutos.

Greta miró de reojo el destello plateado en la mano de Hannah. Sus ojos se agrandaron.

—Mira, ve tú, Greta; yo te alcanzaré.

—Sí, señorita.

Hannah salió corriendo de nuevo, sabiendo que cada segundo contaba. Encontró a Jan con su

abrigo, una cosa raída que no haría nada para mantener fuera el frío penetrante. —Están aquí —dijo, pasándole el cuchillo y la bolsa.

—¿Quiénes?

—La... la Gestapo.

Él tragó saliva; pareció encogerse un poco, el miedo claro en sus ojos.

Consideró el cuchillo por un momento. —Ahora, debes irte. No pueden encontrarte aquí.

—¿Estarás...?

—Sí, estaré bien. Por favor, vete ahora... rápido.

Ella se detuvo en la puerta de la cabaña y lo miró.

Él le dedicó una sonrisa, revelando sus dientes enrojecidos y ensangrentados. —Gracias, Hannah.

Ella intentó devolverle la sonrisa, pero descubrió que no podía.

*

Hannah se apresuró a través de la cocina, del comedor y por el pasillo que conducía a la entrada principal y la escalera. Encontró a Angela, Ella y Hans esperando en el vestíbulo, con la espalda recta y la barbilla en alto. Detrás de ellos, quizás sin que lo notaran, un grupo de chicas inusualmente silenciosas. Hannah se unió a sus colegas justo cuando Herr Müller irrumpió por la entrada seguido por dos enormes oficiales de la Gestapo. Herr Müller, quien normalmente parecía tan autoritario y seguro de sí mismo, ahora se veía positivamente pequeño y disminuido junto a estos dos hombres más jóvenes y de aspecto más duro con sus abrigos largos y ojos oscuros y estrechos. Todos se saludaron con sonoros Heil Hitler.

—Ahora, caballeros —dijo Herr Müller—, esta es la joven de la que les hablaba.

Uno de los hombres de la Gestapo dio un paso adelante. —¿Fue a ti a quien atacó?

Ella se encogió, su cuello desapareciendo en su cuello. —Sí, señor —graznó. Hannah notó que Hans le tomaba la mano.

—Necesitaremos que lo identifiques. ¿Y tú quién eres? —preguntó, volviéndose hacia Hannah.

El estómago de Hannah se hundió. —Hannah Schiffer, señor. Heil Hitler. Compañera de Ella.

Herr Müller se dirigió a Angela. —¿El acusado sigue encerrado?

—Sí, señor —dijo Angela, tragando saliva.

—Llévennos con él —dijo el principal hombre de la Gestapo.

—Síganme, caballeros —dijo Herr Müller—. Por aquí.

Todos siguieron: los hombres de la Gestapo, Angela, Ella y Hans, y, detrás de ellos, Hannah, una procesión solemne pero decidida, sus botas haciendo eco en los pasillos. Hannah temía que su corazón explotara en cualquier momento. Jan apenas había tenido cinco minutos para escapar. Una vez que lo encontraran desaparecido, los oficiales de la Gestapo llamarían a su cuartel general, y se enviaría un grupo de búsqueda con perros para darle caza. No había forma de que hubiera tenido suficiente ventaja. Lo encontrarían; lo despedazarían miembro por miembro.

Herr Müller lideró el camino a través de la cocina hacia la cabaña, caminando confiadamente al frente. Fue solo cuando se acercó a los escalones de la cabaña que se detuvo. —¿Qué demonios...? ¿Por qué está desbloqueado? —Se volvió hacia Angela, su rostro rojo como la remolacha—. ¿Por qué está desbloqueado? —bramó.

Angela se puso blanca.

Uno de los oficiales de la Gestapo, el que había hablado con Hannah, apartó a Herr Müller y saltó los escalones, empujando la puerta para abrirla. Hannah lo oyó gritar. —Oh, mierda. Oh, el bastardo.

El segundo oficial se unió a su colega. Herr Müller fulminó con la mirada a Angela. Ella y Hans se tomaron de las manos, y el corazón de Hannah se atrevió a tener esperanza. En ese mismo orden, uno por uno, se apiñaron en la cabaña. Hannah escuchó a Ella jadear, vio cómo las piernas de Angela cedían, vio a Hans palidecer.

—¿Qué ha pasado? Déjenme ver; ¿qué ha pasado? —Se abrió paso a la fuerza, casi cayendo hacia adelante mientras se abría camino. Sus piernas se doblaron. Jan estaba en el catre, acostado de espaldas; en su mano, la fotografía que Hannah había visto antes, y el cuchillo de cocina clavado en su pecho.

*

Los siguientes minutos pasaron en un borrón. Angela se derrumbó en lágrimas mientras Herr Müller le gritaba, exigiendo saber por qué la cabaña había estado desbloqueada; los oficiales de la Gestapo arrastraron el cuerpo de Jan fuera del catre, dejándolo caer en un montón en el suelo donde procedieron a patearlo. Hans instó a Ella a no llorar, que no se vería bien si los hombres de la Gestapo la veían así. Todo el tiempo, Hannah permaneció clavada en el lugar, con la boca seca, el corazón muerto mientras los observaba profanar el cadáver de Jan. Sus padres la habían advertido. Algunos de sus amigos le habían advertido en susurros que el régimen era la encarnación del mal. Había sobrevivido adoptando una gran dosis de cinismo, mientras esperaba que estuvieran equivocados, pero una parte de ella todavía creía, quería creer. Después de todo, había crecido con ello, no había conocido nada diferente, había sido moldeada por ello, así que ¿cómo podía estar mal? Pero ahora en esta fría y destartalada cabaña, con el caos arremolinándose a su alrededor, las escamas cayeron de sus ojos como un velo flotando y alejándose en la niebla. Quería buscar a un amigo, un toque tranquilizador, pero no, nadie le prestaba atención; se había vuelto invisible. Su miseria era suya y solo suya, y la realización la dejó temblando y desesperada, y supo con una certeza temerosa que nunca volvería a ser la misma.

Estaban de pie fuera de la cabaña, los hombres de la Gestapo gritándole a Herr Müller y, increíblemente, Hannah sintió lástima por él hasta que señaló directamente a Angela, culpándola de que la cabaña estuviera abierta. Pero el intento de Herr Müller de desviar la culpa solo enfureció más a los oficiales de la Gestapo. Ella y Hans se habían escabullido en silencio, dejando a Angela y Hannah, temblando de frío, para presenciar la caída en desgracia de Herr Müller.

Finalmente, regresaron al interior. Los ánimos se calmaron. Pero Hannah sabía que nadie estaría a salvo hasta que se hubieran ido. Todos permanecieron en el pasillo, el oficial subalterno de la Gestapo garabateando notas en una pequeña libreta de bolsillo. Varias chicas pasaban, como si fuera un desafío, para ver por sí mismas a estos hombres aterradores. Hannah, desesperada por escapar, como lo habían hecho Ella y Hans, sabía que hacerlo solo atraería la atención sobre sí misma, así que se quedó, consciente de que ella y Angela se habían acercado la una a la otra, de pie una junto a la otra, con los brazos tocándose. Sin embargo, no se habían mirado, pero Hannah sabía exactamente cómo se sentía Angela, cuánto había caído en solo los últimos minutos. Angela había jugado un juego, interpretando a la severa maestra actuando en nombre del Führer. Pero ahora, enfrentada a lo real, con poder verdadero, sabía cuán insignificante era en realidad en el esquema de las cosas. Ella y Hannah, se habían convertido en aliadas en la debilidad; porque en la dictadura de la tiranía, eran meramente soldados de a pie.

Los hombres de la Gestapo estaban a punto de irse; todo había terminado. Pero no del todo.

Greta se acercó a ellos, llamando su atención con educación y nerviosismo. Que esta pequeña niña de aspecto sincero los detuviera divirtió a los dos hombres. El superior se inclinó para escuchar mejor lo que la pequeña Greta tenía que decir. Hannah observaba con creciente horror, sabiendo lo que estaba sucediendo, incapaz de evitarlo. Greta estaba siendo fiel a sí misma, tal como le había dicho, que la verdad, más que cualquier otra cosa en el mundo, era lo más importante. Observó con horrorizado desapego cómo Greta hablaba al oído del hombre de la

Gestapo y levantaba su brazo señalándola con el dedo, a ella, a Hannah. La sonrisa del hombre de la Gestapo desapareció en un instante. Se irguió cuando Greta terminó de hablar y miró fijamente a Hannah. Sus ojos se encontraron, y Hannah supo que estaba prácticamente muerta.

Él marchó hacia ella. En su mente confusa, Hannah se preguntó cómo había podido cubrir tanto terreno en tan pocos pasos. Se detuvo directamente frente a ella. Ella lo miró mientras este Adonis diabólico se cernía sobre ella y tembló.

—¿Así que tú le proporcionaste el cuchillo?

Hannah abrió la boca para responder, pero su cerebro no le había dicho qué decir, si negarlo o condenarse y admitirlo. Su mente era simplemente una niebla de incomprensión, vacía de pensamientos.

—¿Y bien?

Asintió, apenas un indicio de asentimiento, imperceptible para cualquiera excepto para la única persona que importaba, el hombre frente a ella.

La abofeteó con tanta fuerza que temió que su cabeza pudiera salir volando.

Capítulo 14

Noviembre de 2001

No era precisamente una novia joven cuando me casé con mi marido. Solo nos conocíamos desde hacía un par de años. Yo tenía treinta y tres años cuando nos conocimos, Barry dos años menos. Yo trabajaba en el departamento de vivienda del Ayuntamiento de Kent; Barry estaba en seguros, ninguna de las dos ocupaciones era especialmente glamurosa. Era el siete de junio de 1977, el Jubileo de Plata de la Reina, y yo, como gran parte del país, estaba celebrando en una fiesta callejera. Toda la calle donde alquilaba en ese momento había sido cerrada, con mesas de caballete cubiertas con manteles blancos inmaculados y sillas que se extendían en la distancia. El sol brillaba, gracias a Dios; llevábamos sombreros redondos con la Union Jack bajo banderines rojos, blancos y azules y globos multicolores. Banderas de la Union Jack colgaban de cada dos ventanas de dormitorios. Mujeres mayores con delantales se afanaban entregando bandeja tras bandeja de comida, principalmente muslos de pollo y sándwiches, montañas de sándwiches. Habíamos comenzado con una interpretación chisporroteante de 'God Save the Queen' reproducida en un viejo equipo de megafonía prestado por el ayuntamiento. Luego, con el volumen bajo, un repertorio continuo de canciones de pub. Fue una ocasión maravillosa, salvo por el hecho de que yo estaba miserable. Solo llevaba unas semanas en Kent y, hasta el momento, no conocía a nadie. Todos mis compañeros de trabajo eran mucho mayores que yo, mi compañero de piso era un punk fumador empedernido con dudosos estándares de higiene personal y, francamente, me sentía sola. Así que cuando un caballero deliciosamente apuesto con largas patillas y un abundante bigote, equilibrando un plato de papel con comida india, me preguntó si podía ocupar el asiento vacío a mi izquierda, no me importó en lo más mínimo.

—¿Dónde conseguiste eso? —pregunté, señalando su curry con envidia indisimulada.

—Ah —dijo. Inclinándose, susurró que el señor Guffour, dueño del restaurante indio de comida para llevar local, estaba repartiendo porciones gratis, pero uno tenía que estar enterado, dijo, tocándose el lado de la nariz, y estar en el lugar correcto en el momento adecuado. Su nombre, dijo, era Barry Swingle. Y así hablamos, sobre la vida en Kent, nuestros trabajos, de dónde venía yo, lo habitual. Hablaba rápido, con entusiasmo, generalmente con la boca llena, lo que me pareció bastante intolerable. Luego, para colmo, dejó de comer a la mitad de su montón de curry para fumarse un cigarrillo. No se le ocurrió preguntarme si me molestaba. Luego, a medio terminar, dejó caer el cigarrillo aún encendido en un vaso de poliestireno donde chisporroteó y quemó un agujero. Después volvió su atención a su almuerzo. Le gustaban las motos, apostar ocasionalmente a los caballos y los dardos. Miré alrededor, esperando que alguien viniera a rescatarme, pero no, estaba verdaderamente atrapada con este Barry Swingle. Sin embargo, a pesar de todo, había algo en él, su ingenuo entusiasmo por la vida, su perpetuo optimismo, su total falta de artificio, que me resultaba entrañable, así que cuando, después de media hora más o menos, me invitó a tomar algo, me encontré diciendo que sí.

Solo dije que sí porque estaba sola, me dije a mí misma. Sin embargo, pasé una velada muy agradable. Barry era amable y atento, y me hizo reír tan fuerte que pensé que me haría pis encima. Nadie me había hecho reír así. Nunca. Salimos varias veces, y me di cuenta de que, a pesar de mis reservas iniciales, me gustaba. Me gustaba mucho. Vivía con su madre, y ella me recibió en su casa adosada de dos pisos como si yo misma fuera de la realeza. Me cayó bien de inmediato. Su respeto y amor mutuos eran evidentes, su alegría y sus bromas eran reconfortantes. Era la única persona a la que alguna vez oí llamar a Barry 'Barrington'. Envidiaba tanto su relación que, a veces, me hacía llorar; no podía recordar ni una sola vez haber compartido una broma o algún afecto con mi madre. La madre de Barry me colmaba de comida, elogios y afecto. Nunca supe que podía ser así.

Salimos durante un par de años. A la madre de Barry nunca le importó que me quedara a dormir. Nunca le importó que después de un tiempo mis 'pijamadas', como ella las llamaba, como si yo fuera una amiga de la infancia de su hijo, se volvieran cada vez más frecuentes. Intentó que no le importara cuando, tres años después de conocer a Barry, me quedé embarazada.

Barry lloró de alegría cuando se lo dije.

Pero ella insistió en una cosa: que si Barrington y yo íbamos a traer un hijo a este mundo, entonces deberíamos casarnos.

En 1980, vimos a Tessa Sanderson compitiendo en jabalina en los Juegos Olímpicos. —Hmm —dijo Barry, acariciándose la barbilla—. Tessa. Bonito nombre ese. ¿Qué te parece, Liz? Si es una niña. Tessa.

Capítulo 15

Los cielos se abren mientras corro desde el aparcamiento hacia la Residencia Woodlands View. Tan pronto como entro, sacudiendo mi paraguas, puedo oír la dulce voz de Elvis que viene del salón. —Ha vuelto —dice la cuidadora con el tatuaje en la muñeca mientras pasa.

—No puede mantenerse alejado, ¿verdad?

Es cierto, Elvis es un visitante frecuente de la residencia. Ahí está, pavoneándose en medio del salón, cantando "Blue Suede Shoes". Siempre se esfuerza, este caballero del Kent rural, con sus patillas falsas y su pelo teñido de negro, cuidadosamente peinado en un tupé, su chaqueta blanca enjoyada desabrochada hasta su barriga, con el cuello levantado, por supuesto, su pecho peludo luciendo un enorme crucifijo de plata. Sus pantalones blancos, tan ajustados que hacen llorar, están sujetos por un cinturón ancho con el águila americana en la hebilla. Se arrastra por el brillante suelo de linóleo cantando en su micrófono conectado a un pequeño amplificador. Tiene un gran anillo en cada uno de sus dedos. Bueno, es uno por el dinero. Me ve y me guiña un ojo. Bueno, eso es algo que puedo contar a mis nietos: Elvis me guiñó un ojo. Ahora ve, gato, ve.

Una canción se funde con otra, pero para esta, "Heartbreak Hotel", toma la mano de una de las señoras y, levantándola, la abraza fuertemente. La pobre, apenas mide la mitad que él, su cara anidada en la masa de pelo en el pecho. Los residentes se sientan alrededor del perímetro, algunos cantando, moviendo los pies al ritmo. Mi madre no se ve por ningún lado. No es una sorpresa: ella encuentra este tipo de cosas terriblemente vulgares.

Me deslizo detrás de las sillas, esperando no ser notada. "Heartbreak Hotel" llega a su fin, y Elvis aleja a su pareja de baile y, con un labio curvado, grita: —¡Eh, hermosa dama, ¿a dónde vas?

Oh, Dios mío, ¿realmente me está hablando a mí?

—¿Te apetece bailar con el Rey? —pregunta con su acento del sur de Estados Unidos teñido de Kent del Este.

Francamente, preferiría clavarme agujas de tejer en los ojos. —No, gracias —articulo sin voz, consciente de mi cara ardiente.

Llego al conservatorio con los primeros acordes de "Hound Dog" resonando en mis oídos. Cierro la puerta detrás de mí, reduciendo a Elvis a un murmullo. Madre está sentada allí, hojeando las páginas de una revista brillante. —Hola, mamá. —Me lanza una mirada como si acabara de robarle algo—. Bueno, dijeron que eras de clase alta. ¿Por qué no te unes? ¿No te gusta Elvis?

—No, no me gusta. Esta gente, creen que esto es música. Esto no es música.

—Solo se están divirtiendo, mamá. A todo el mundo le gusta Elvis. —Acerco una silla y me siento a su lado—. ¿Cómo van las cosas de todos modos?

Me ignora, agitando su revista.

—¿Estás bien? ¿Ya has almorzado? —Sin respuesta.

La puerta del conservatorio se abre, y la voz de Elvis retumba por un momento hasta que la puerta se cierra. Es el elegante señor Charlton de nuevo con su chaqueta y corbata beige. —Señora Marsh, ¿no le gusta el cantante?

Madre lo ignora. Le lanzo una débil sonrisa. Él se queda de pie, mirando hacia el jardín, balanceándose sobre sus talones. Elvis ha quedado en silencio. Tal vez esté fumando un cigarro en la parte de atrás con sus groupies. El señor Charlton le recuerda a mi madre que pronto será la hora del almuerzo, luego sale.

No sé cómo abordar esto, así que saco el sobre de mi bolso. La memoria a corto plazo de mi madre está, por supuesto, destrozada, pero a menudo recuerda cosas de su infancia o cuando aún era una mujer joven. Hay muchas posibilidades de que recuerde esto. Abriendo el sobre, le paso el certificado. —¿Reconoces esto, mamá?

—Mein Gott.

Sí, lo reconoció. —¿Qué es, mamá?

Vuelve su atención al jardín. —Wo ist das Rotkehlchen heute?

—No sé dónde está el petirrojo hoy. —Al diablo con el petirrojo—. Mamá, por favor, ¿qué es esto? ¿Es importante?

Desde que desarrolló su demencia, el lenguaje corporal de mi madre es mucho más fácil de leer; a veces tiene la sutileza de un niño pequeño. Ahora está sentada con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza hacia atrás, una mirada de desafío escrita en sus rasgos.

—¿Mamá? Por favor, yo...

—No sé qué es esto. Tú y tus preguntas tontas. Siempre demasiadas preguntas.

—Está fechado en diciembre de 1944, durante la guerra. Tenías veintinueve años en ese momento. Yo nací en octubre de ese año. ¿Qué significa este certificado, mamá?

—No puedo recordar.

—Debes recordar; estabas en Alemania, por el amor de Dios, tenías un bebé y probablemente estabas siendo bombardeada día y noche, viviendo en Dios sabe qué tipo de condiciones. No olvidas algo así. —Estoy siendo demasiado brusca con ella, lo sé, pero no puedo evitarlo—. Por favor, mamá, solo por una vez en tu vida, ayúdame aquí.

No dice nada.

—Está bien, sé así. Entonces iré a Alemania y lo averiguaré por mí misma. —La idea de ir a Alemania sola no me atrae. Pero si tengo que hacerlo, lo haré. Puedo oír la música empezando de nuevo, los primeros acordes de "Suspicious Minds".

—Ah, ha vuelto —dice mi madre.

—¿Quién? ¿Elvis?

No, no se refiere a Elvis. Se refiere al petirrojo, el maldito petirrojo.

Capítulo 16

Mi móvil suena justo cuando llego a casa del trabajo. Qué alegría, es Tessa.

—Hola, mamá. ¿Estás bien?

—Claro. ¿Cómo va todo, cariño?

—Oh, es genial, mamá —procede a contarme lo genial que es. Me acomodo en el sofá, quitándome los zapatos mientras sujeto el teléfono entre el hombro y la barbilla. Tabby viene a saludar. Salta a mi regazo, arqueando el lomo. Así que Tessa se ha adaptado a su nueva vida, nuevos amigos, deslumbrada y emocionada por las luces de una nueva ciudad, explorando sus bares y clubes. Las clases van bien. Lo está disfrutando, pero todo el tiempo siento una corriente subyacente en todo esto. Tiene algo que decirme. Es casi como si estuviera tratando de convencerse a sí misma de lo bien que lo está pasando. Tabby me da un cabezazo en la barbilla, lo que significa que tiene hambre. Tessa me cuenta sobre las chicas en las residencias, cómo todas se han unido y lo divertidas que son.

—Bueno, todo eso suena genial, Tess. Me alegro mucho.

—He conocido a alguien.

¡Ah, así que es esto! —¿Oh? —logro contenerme de decir «¿Tan pronto?».

—Se llama Thomas. Tom.

—¿Tom?

—Sí, es agradable, realmente agradable. Es de Liverpool, así que habla con un poco de acento scouse. Te gustaría, mamá.

Caramba, pienso, ¿ya estamos en la etapa de conocer a los padres? —Eso es encantador, Tess. Ten cuidado, ¿eh?

Oigo la inspiración al otro lado. Sabe exactamente a qué me refiero; no necesito explicárselo. No necesitamos volver a tener la «conversación del condón».

—Te llamaré la semana que viene, mamá. Te quiero. Adiós.

—Yo también te quiero —pero ya ha colgado. Tiro de las orejas de Tabby. Tom. Es un nombre

bastante común, pero ¿no podría haber encontrado a alguien con un nombre diferente? Así que ahora Tessa me ha hecho pensar en Tom, mi Tom, de hace tantos años. Alimento a Tabby y luego enciendo mi ordenador. He decidido hacer algo que he estado tentada de hacer durante meses pero nunca he sido lo suficientemente valiente para llevarlo a cabo. Me preparo una taza de té mientras el ordenador cobra vida. Ya lista, me siento frente al teclado, obligándome a empezar a escribir. Mis dedos están repentinamente húmedos. «Solo estás mirando», digo en voz alta. «No hay nada de malo en solo mirar». Armándome de valor, escribo la dirección web: friendsreunited.co.uk. Bien, esa fue la parte fácil. Su eslogan lo resume todo: el lugar para encontrar viejos amigos y nuevos. Inicio sesión en mi cuenta, habiéndome registrado hace meses. Luego, escribo el nombre de mi antigua escuela secundaria en Waverly. Ahí está. Entonces escribo su nombre: Tom Fletcher, y espero. Tarda unos segundos pero no aparece nada. No estoy segura de si sentirme decepcionada o aliviada. Pero espera. No sería «Tom». Así que, en su lugar, escribo Thomas Fletcher. Contengo la respiración mientras el pequeño reloj de arena gira. Oigo el sonido de la gatera moviéndose. Tabby ha terminado su cena y ahora sale a explorar. Y ahí está él, sin foto, gracias a Dios, ni ningún texto que describa lo que está haciendo. Pero ha completado los detalles básicos aunque, noto, ha dejado la casilla de «relación» vacía. Trabaja como diseñador gráfico freelance y vive... oh, Dios mío, se ha mudado de vuelta a la zona. Ya no está en Kent; vive a unos treinta kilómetros de distancia. Mi corazón late con fuerza al pensar que Tom vive tan cerca. Empiezo a escribir, sin detenerme a pensar. Si pienso, dudaré y si dudo, no lo haré. Hola, Tom. Puede que me recuerdes, soy Liz Marsh (de soltera). Espero que estés bien. Ha pasado mucho tiempo. Con amor... No, no puedo despedirme con «con amor», así que en su lugar escribo «mis mejores deseos». Luego, rápidamente, antes de que pueda cambiar de opinión, hago clic en el botón de enviar. Me dejo caer en el sofá, respirando profundamente. Lo había hecho. Lo había hecho. Si responde, genial; si no, que así sea. De hecho, pensándolo bien, más bien espero que no responda. He hecho lo que he podido, no puedo hacer más. Estoy contenta con eso; realmente no necesita responder. Resoplo. Realmente debería preparar algo de cenar ahora, me muero de hambre. De hecho, cuanto más lo pienso, más espero que no responda.

Lo de vivir sola es que una tiene que pensar las cosas de manera diferente, incluso las cosas más pequeñas. Por ejemplo, después de comer mi curry de cordero en el microondas, ¿lavo el plato o lo pongo en el lavavajillas? Pero para cuando el lavavajillas esté lo suficientemente lleno como para justificar encenderlo, podría pasar una semana o más. Son estas pequeñas cosas las que me hacen reflexionar. Solo éramos tres, pero mirando atrás, me sorprende cuánto ruido hacíamos y cuánto espacio ocupábamos. Éramos una familia tan feliz hasta que esa zorra apareció y le hizo perder la cabeza a Barry. ¿Por qué los hombres son tan predecibles? ¿Por qué son tan débiles?

Todavía estoy pensando en Barry cuando suena el timbre de mi puerta. Abro la puerta y encuentro a mi ex marido allí de pie, sonriendo ampliamente.

—He estado pensando. Para Año Nuevo, deberíamos ir a Alemania.

—¿Qué?

—¿Me vas a dejar entrar o qué?

Lo sigo hasta la sala de estar.

—Huele bien. ¿Curry para cenar, eh? —Se queda de pie, balanceándose sobre sus talones, todavía con aspecto de estar satisfecho consigo mismo.

—¿Qué quieres decir con que deberíamos ir a Alemania?

—A ese hotel. Lo he pensado bien. Tienes razón. Ese certificado, o lo que sea, podría ser la clave de tu vida como niña en Alemania. Podríamos ir juntos, tú y yo. Tienes días libres pendientes del trabajo, ¿no? Y a mí me deben unos días, y de todos modos está tranquilo en enero.

—Pero...

—No te preocupes, habitaciones separadas y todo eso. Pero creo que si encuentras algo, podrías necesitar a alguien con quien hablar. Naciste en A-le-ma-nia durante la guerra, Liz.

¿Por qué dijo Alemania de esa manera, como si fuera un crimen terrible? En los años 50, casi lo era.

—Nunca se sabe lo que vas a encontrar allí —dice—. Podrías descubrir que eres la hija de Himmler o algo así.

—¿No crees que Shelley podría tener algo que decir sobre esto?

—¿Shelley? —dice como si la idea se le acabara de ocurrir—. Ah, lo arreglaré con ella; no te preocupes por Shelley.

Oigo la gatera otra vez. Tabby ha vuelto a entrar. Es cierto; no quiero ir sola. También es cierto que me preocupa lo que pueda encontrar. Tener a Barry conmigo ayudaría. Me voy haciendo a la idea. Y si puede "arreglarlo" con Shelley, que así sea. Ella no es mi problema. —De acuerdo —digo—. Tienes razón. Lo haremos. Iremos a Alemania.

Capítulo 17

Enero de 2002

Hoy, al atardecer, recibo otra llamada de Tessa. Está a punto de ir a cenar con su nuevo novio, Tom. Puedo notar por la forma en que habla tan rápido que está nerviosa, diciéndome que no puede decidir qué ponerse. Si debería usar este conjunto, o si parecía demasiado conservador, demasiado serio, o aquel otro, pero este podría ser un "poco atrevido". Oh, el dilema. Sé que no se espera que diga mucho; mi papel aquí es simplemente escuchar y actuar como caja de resonancia de mi hija. —Pero, Tess, depende más de adónde te lleve.

—Ay, Dios, mamá, lo busqué en internet. Parece muy bonito, y caro, y todo eso.

—¿Él va a pagar o van a dividir la cuenta?

—¿Dividir qué? No lo sé, mamá.

—¿Tienes dinero en tu tarjeta, por si acaso?

—Apenas. Tal vez me ponga el collar que papá me regaló para Navidad.

—Oh, sí, ese siempre se ve bonito.

Lo que realmente quiero preguntar es qué quiere Tom de esta salida con mi hija. Tengo muchas ganas de decirle que tenga cuidado, pero no puedo soportar irritarla. Me cuenta un poco más sobre este Tom con quien está saliendo. Está estudiando física (eso es bueno); le gusta cocinar (bueno), le gustan los gatos (muy bueno), el fútbol (¿a quién no?), le gusta apostar ocasionalmente a los caballos (eso no es bueno), y sus padres son adinerados por lo que parece (¡ajá!). —Y es muy guapo —añade como si fuera una ocurrencia tardía.

—¿Y qué tal la universidad? ¿Cómo va eso? —pregunto.

Pero Tess está demasiado emocionada por esta noche para pensar en otra cosa. Le deseo suerte y espero que la velada vaya bien.

Estoy a punto de poner los pies en alto y ver la tele. Pero estoy demasiado distraída por la mención de Tessa de ese collar. Lo recuerdo bien. Tess no tiene idea, pero su collar fue el collar que rompió un matrimonio. Fue en agosto hace dos años, y estaba haciendo una de mis limpiezas ocasionales en casa. Probándome toda mi ropa, asegurándome de que aún me quedara bien, decidiendo cuáles conservar y cuáles enviar a la tienda de caridad, doblando de nuevo las que iba

a conservar y volviéndolas a apilar en mis cajones y el armario. En medio de esto, me encontré con dos finas cajas aterciopeladas en el fondo del cajón de ropa interior de Barry. Supe de inmediato que eran collares. No era el lugar más sutil para esconder algo, pensé. Intenté resistir la tentación de echar un vistazo. Pero, por supuesto, lo hice. Ambos eran similares, una "compra al por mayor", me dije a mí misma, riendo. Pero, para ser justa con mi marido, había elegido bien. Eran de estilo Art Deco, ambos de plata, uno con un colgante en forma de diamante azul, el otro con una piedra preciosa redonda de aguamarina. No eran baratos, pensé, para nada baratos. Estaba impresionada. Faltaban dos meses para mi cumpleaños. Barry, siendo un hombre típico, solía hacer sus compras de cumpleaños el día anterior, pero parecía que por una vez se había adelantado. Supuse que uno era un regalo de Navidad para Tessa, el otro para mí. Los volví a poner en sus cajas y los devolví a sus escondites. El bueno de Barry, cómo lo amaba.

Llegó mi cumpleaños y abrí mis regalos, anticipando ansiosamente mi collar. Recibí un libro de poemas del siglo XIX, un pañuelo de seda, un libro sobre feng-shui y un broche muy bonito, aunque un poco chillón, en forma de abejorro. Pero ningún collar. Le agradecí a Barry por sus regalos pero le pregunté si tal vez había olvidado uno. Se vio herido, por supuesto. ¿No había sido suficiente con lo que me había dado? era la pregunta no formulada. Pero no, no había olvidado nada.

Estaba preocupada pero me dije a mí misma que no había necesidad de entrar en pánico. Tal vez había comprado de más para mí y por eso decidió guardar el collar para Navidad. Llegó la Navidad y, efectivamente, Tessa recibió uno de los collares como regalo de su padre; le tocó el colgante con forma de diamante. Estaba encantada. Más regalos bonitos para mí, pero aún no había collar. Quizás estaba escondido debajo del árbol de Navidad. Miré, pero no, nada más. Me arriesgué a hacer la misma pregunta de nuevo, ¿había olvidado algo? Parecía la esposa más codiciosa del planeta, pero aun así, tenía que preguntar. Y de nuevo, la misma respuesta y la misma expresión: no, no había olvidado nada.

Así que entonces lo supe: ese collar nunca había sido para mí. Estaba destinado como regalo para otra mujer, porque no era el tipo de regalo que le das a una colega o a una jefa o a tu hermana. No, Barry, mi esposo de veinte años, estaba teniendo una aventura.

Una vez que lo supe, encontrar más evidencia resultó fácil. Era 1999, y Barry acababa de conseguir su primer móvil y aún no se había acostumbrado a él. No creo que supiera dónde estaba la tecla de "borrar", así que ahí estaba: toda una serie de mensajes de texto entre mi marido y una mujer a la que conocía de nombre, una mujer llamada Shelley. Solo leí un par; no necesitaba leer más, no tenía deseos de hacerlo. Quedé sin aliento. Comencé a buscar razones. Pronto se me ocurrieron varias razones por las que yo tenía la culpa y por qué Barry estaba justificado en acostarse con esta mujer llamada Shelley. ¿Por qué las mujeres siempre hacemos eso? Asumimos la culpa; siempre es nuestra culpa.

Me sirvo una copa de vino blanco de la nevera y me acomodo de nuevo en el sofá. Tabby viene a verme. La acaricio un poco bruscamente. —Ahora solo somos tú y yo, Tabby. Solo tú y yo.

No hay nada que quiera ver en la tele, así que decido revisar Friends Reunited, por si acaso;

nunca se sabe. Me bebo media copa de vino mientras espero que el módem se active y se "autentique", sea lo que sea que eso signifique. Voy al sitio e inicio sesión. Oh, mi corazón da un vuelco: hay un mensaje en mi bandeja de entrada. Hago doble clic y veo el nombre de Thomas Fletcher. Tiemblo como una hoja mientras abro el mensaje. Hola, Liz. Qué genial saber de ti. ¿Aún vives en Waverley? Porque me he mudado no muy lejos de allí. ¿Te apetece que nos veamos? Me encantaría verte de nuevo. Espero tu respuesta, Un abrazo, Tom.

Dios. Mío.

Capítulo 18

Hoy visito a mi madre otra vez.

—¿Señora Swingle?

Oh, esto sí que es una rareza; es la señora Hale, la directora de la residencia, y su inesperada aparición invariablemente significa que algo va mal.

—Sí.

—Oh, hola. Me dijeron que podría venir hoy. Me alegro de haberla encontrado. Me preguntaba si antes de irse podría hablar con usted, por favor. Sin prisa, no obstante.

—Claro. ¿No hay nada malo, verdad?

—No, no, nada urgente.

—Pero ¿de qué se trata?

La señora Hale, una mujer baja y rechoncha con pelo rizado y gafas redondas, parece incómoda. Hace un gesto con la cabeza indicando que deberíamos apartarnos a un pequeño nicho. Empieza con un profundo suspiro. Esto no me va a gustar. —Señora Swingle, desde su última visita, su madre ha sido bastante abusiva con los otros residentes.

—¿Abusiva?

—No físicamente, pero... su madre ha estado gritando insultos antisemitas a, bueno, francamente, a cualquiera que se le acerque demasiado. No al personal, solo a los residentes.

—¿Qué... qué quiere decir con insultos antisemitas? ¿Como cuáles?

—Bueno, usa palabras y frases que preferiría no repetir. Y me temo que empeora.

Oh, podría prescindir de esto.

—Señora Swingle, sé por nuestros registros que su madre nació en Alemania en 1915. No conozco mi historia, pero lo busqué en Wikipedia. Ahora sé que dicen que no se puede confiar en Wikipedia, pero aparentemente su madre habría sido una joven en la época de Adolf Hitler.

Enfatiza el nombre Adolf como si pudiera confundirlo con otro Hitler. —No me va a decir que se ha vuelto nazi.

Un miembro del personal pasa cerca. La señora Hale espera hasta que estamos solas de nuevo. —Sí, me temo que sí. Los otros residentes no están demasiado molestos por nada de esto: la mayoría no le presta atención, pero está alterando al personal.

—Pero ¿qué puedo hacer yo? Puedo hablar con ella, pero eso no significa nada.

—Pero si pudiera intentarlo. Quién sabe, tal vez la escuche a usted.

Quiero decir ¿por qué debería? Nunca me ha escuchado, así que ¿por qué cambiaría ahora? Pero no lo digo.

Encuentro a mi madre en su dormitorio en el segundo piso, tarareando para sí misma. Comparte su pequeño dormitorio con otra residente, una dulce mujer llamada Ruby que nunca habla. Afortunadamente, mamá está sola sentada en el borde de su cama.

—¿Qué es eso que estás tarareando, mamá? —Me siento a su lado.

Ella se detiene.

—Así que, aparentemente, ahora no te gustan los judíos.

Ella resopla y mira por la ventana.

Le pregunto cómo está, si ha almorzado, si ha visto a Elvis recientemente, las cosas habituales. Luego le digo que Barry y yo vamos a ir a Alemania, a un pueblo llamado Weinberg. El nombre hace mella. Ocurre ocasionalmente, un nombre de su pasado distante y sus ojos se abren y recuerda. —¿Recuerdas Weinberg, mamá?

—¿Weinberg? Allí conocí a tu padre.

—¿Papá?

—Mil novecientos cuarenta y tres. Era un hombre guapo en aquellos días. —Sonríe ante el recuerdo.

No se refiere a papá. Papá estuvo en Alemania solo al final de la guerra en 1945 y después de la rendición de Alemania. No podría haber estado allí en 1943; ningún británico lo estaba a menos que fuera un espía o algo así, y no podía imaginar a mi padre, el dueño del café, siendo un buen espía, no con su acento de Norfolk. El pensamiento me hace reír. Sabía, siempre lo supe, que

papá no era mi verdadero padre. Pero él nunca lo mencionó, y mi madre ciertamente nunca lo iba a hacer. No, se refería a mi padre biológico; habíamos entrado en un nuevo territorio y sabía que tenía que pisar con cautela.

—¿Qué estaba haciendo mi padre en Weinberg en 1943, mamá?

—Era un hombre guapo pero sabía que no era el adecuado para mí.

Espero, con la esperanza de que diga algo más. Cuando no lo hace, intento estimularla. —¿No era el adecuado para ti? ¿Es por eso que os separasteis?

—¿Hmm? Lo obligaron a luchar. Lo pusieron en un uniforme y lo obligaron a luchar.

—¿Y lo mataron? ¿Fue eso?

Está pensando, su mente la está llevando al pasado. —¿Qué le pasó, mamá?

Se encoge de hombros como si la respuesta no tuviera importancia y siento ganas de gritarle.

—Por favor, mamá, intenta recordar. Amaba a papá con todo mi corazón, pero el hombre del que estás hablando es mi verdadero padre —Puedo notar que la estoy perdiendo por segundos. Le muestro el certificado de nuevo—. ¿Esto era de Weinberg, mamá?

Esta vez lo mira con más atención. Casi puedo ver los engranajes de su memoria girando, tratando de recordar.

—Tuve que irme de ese lugar. Tuve que irme.

Me acerco más a ella.

—¿Por qué, mamá? ¿Por qué tuviste que irte de Weinberg? ¿Fue por mi padre?

Se concentra; frunce el ceño. Es casi como si, por primera vez en su vida, quisiera ayudarme. Pero luego sacude la cabeza y agita las manos, y sé que se ha ido. Lo he perdido.

—¿Dónde están los petirrojos hoy? ¿Has visto a los petirrojos, Elizabeth?

—No, mamá. No he visto a los petirrojos hoy.

Me quedo un rato más, intentando sonreír lo mejor que puedo, deseando que la ira se disipe. No puedo quedarme mucho tiempo; necesito aire, necesito escapar de esta habitación, escapar de mi madre.

Al irme, le digo:

—Mamá, intenta ser amable con los otros residentes. No les grites ni los insultes, ¿vale?

—¿Gritarles? Yo no les grito, Elizabeth. ¿Por qué haría eso?

—Adiós, mamá. Te quiero.

Me levanto para irme. Para cuando he dado los cinco pasos hasta la puerta del dormitorio de mamá, ella ya ha empezado a tararear de nuevo. Me detengo y escucho, esforzándome por captar la melodía. Lo logro. La reconozco. Bajo las escaleras y, al llegar a la planta baja y al vestíbulo, me escabullo, esperando no ser vista por la señora Hale. Llego a mi pequeño Peugeot, cierro rápidamente la puerta y arranco el motor.

Mientras me alejo conduciendo, me doy cuenta de que ahora estoy tarareando esa melodía. Y ahora sé lo que es: es el "Deutschlandlied". Casi me río. Cuanto más envejece mi madre, más regresa a su infancia. En un año o dos más, podría saberlo todo.

Solo cuando llego a casa y estoy a punto de salir del coche, recuerdo algo más: dos cosas, de hecho. Mi madre me llamó por mi nombre, la primera vez en años, ciertamente desde que la demencia comenzó a apoderarse de ella. Y, segundo, le dije a mi madre que la quería. La realización me detiene en seco. ¿De dónde salió eso? Le dije a mi vieja bruja de madre que la quería. Además, lo digo en serio; realmente lo hago.

Capítulo 19

Mayo 1956

No fue el empujón tan fuerte que me hizo caer al suelo y rasparme las rodillas lo que me dolió, ni tampoco la patada en la parte baja de la espalda; fueron las palabras, el cruel cántico que me hirió. «Perra alemana, perra alemana». Al principio era solo Cerys Atkins, con la boca llena de chicle girando como una lavadora. Pronto sus amigas se unieron al canto y, como un incendio forestal, se extendió rápidamente hasta que, en el tiempo que me tomó ponerme de pie tambaleándome, todo el patio lo había adoptado. Perra alemana, perra alemana, perra alemana... Me quedé allí sin tener dónde esconderme, patéticamente expuesta, con esta oleada de odio presionándome, quinientos pares de ojos atravesándome, quinientas voces retumbando en mis tímpanos. Quería desaparecer, morir, pero fue ese sentimiento de aislamiento, de estar completamente sin un amigo, o incluso un aliado, lo que realmente me hizo derrumbarme, lo que hizo que mis ojos se humedecieran. Finalmente, un par de profesores pusieron fin al terror de forma abrupta marchando desordenadamente por el patio gritando: «¡Basta, basta ahora mismo!», y cortando el aire con sus manos.

Otra profesora, una mujer delgada como un rastrillo vestida de tweed, la señorita Barrett, se acercó corriendo hacia mí con una taza de café en la mano. Supe por su expresión que no sentía ninguna simpatía por mí; de hecho, probablemente me lo merecía, que había perturbado su hasta entonces tranquilo turno de vigilancia en el patio. —¿Quién empezó esto, Marsh? —me ladró—. Dime, ¿quién es el cabecilla aquí?

Instintivamente, mis ojos se dirigieron hacia Cerys, quien inmediatamente dio un paso atrás. Rápidamente, intenté desviar la mirada de ella, pero demasiado tarde; la señorita Barrett se giró, siguiendo mi mirada. Vio la expresión reveladora en el rostro de Cerys, una mezcla de culpabilidad y desafío. —Atkins —dijo, acercándose a ella—. ¿Fuiste tú?

—¿Qué, señorita? —dijo Cerys, con las mejillas hinchadas de chicle.

—No me vengas con «qué», Atkins. ¿Iniciaste tú este repugnante cántico?

—No, señorita —lo dijo con tanta convicción, con tanto dolor, que casi me lo creí yo misma.

La señorita Barrett se giró. —Bueno, Marsh, ¿fue Atkins?

Bajé la mirada y noté el hilillo de sangre en mi rodilla derecha. Negué con la cabeza, con Cerys aún visible en mi visión periférica, con una mueca burlona en su rostro. —No, señorita.

—Entonces, ¿quién fue?

—No lo sé, señorita.

Levantó los brazos al aire exasperada, derramando gran parte de su café. Realmente había arruinado su hora. Se volvió para enfrentar a todo el patio lleno de niños con los ojos bien abiertos. —Bien, a menos que el niño malhablado que comenzó esto se presente en este instante, todos se quedarán una hora después de clase, hasta el último de ustedes —su anuncio fue recibido con una ola de descontento. Todos sabían que había sido Cerys Atkins, incluida la señorita Barrett, pero yo sabía que esta amenaza era insuficiente para forzar la mano de Cerys; de hecho, Cerys estaría disfrutando esto porque la señorita Barrett se había metido en su propia trampa: ¿por qué sufrir sola?, pensaría Cerys, cuando puedo hacer que todos sufran. Y, por supuesto, nadie dio un paso al frente. Quinientos niños y ni un sonido más allá del frío viento de East Anglia soplando desde el mar.

Así que cuando nuestra detención terminó, eran casi las cuatro y media cuando salí de la escuela y me dirigí a la parada del autobús. Caminé sola por la familiar calle sombría de casas adosadas, apartando hojas de un periódico viejo, evitando la mierda de perro, abotonándome el abrigo, ansiosa por llegar a casa. Pero podía ver el contorno de un grupo de chicas delante de mí. Escuché sus risas escandalosas. Reconocí la voz de una, la más fuerte: Cerys Atkins. Me detuve y me pegué a un portal. Estaba casi en la parada del autobús; no había otra manera. Agarré la correa de mi cartera y, respirando hondo, seguí caminando con la cabeza gacha. Caminé rápidamente hacia el otro lado de la calle, con un coche acercándose. Llegué al otro lado, pero cuando el rugido del coche desapareció, oí la voz de Cerys llamando: —Oye, miren, es nuestra propia Kraut.

Ignorándola, seguí adelante, desesperada por alejarme. Pero no, Cerys cruzó la calle pesadamente hacia mí, sus secuaces siguiéndola. Me habían acosado durante mucho tiempo, pero no es algo a lo que uno se acostumbre nunca. Odiaba la escuela. Era la odiada alemana entre ellos. La guerra podía haber terminado once años antes, pero nosotros los ingleses seguíamos odiando a los alemanes. Y yo era inglesa, excepto por el hecho de que tenía una madre alemana con un fuerte acento alemán. Pero ni un solo átomo de mí se identificaba con mi ascendencia alemana; no podía hablar el idioma. Nunca había ido ni quería ir. Nadie iba al extranjero de todos modos; decir que uno podría ir a Alemania era como decir que planeabas ir a la luna. Pero de todos modos, estos eran argumentos inútiles cuando me enfrentaba, como lo hacía ahora, a los likes de Cerys Atkins y su pandilla.

—No tan rápido, Kraut —Cerys se puso justo en mi camino—. ¿Adónde vas? —Levanté la mirada hacia ella, sus ojos mayormente ocultos por su flequillo rebelde, su cabello engominado a pesar de las reglas escolares que prohibían los aceites para el cabello. Lo extraño era que ella era la más inteligente entre nosotros: la mejor de la clase en matemáticas, ciencias y francés.

Manteniendo la cabeza baja, con los ojos enfocados en la acera, intenté rodearla.

—Dije, ¿adónde vas, chica alemana?

—No soy alemana —dije, con un tono firme en mi voz muy diferente a mi corazón palpitante en mi interior.

Cerys y sus amigas se rieron.

—¿Oyen eso? —dijo una de las otras, una chica que conocía llamada Becky—. No soy alemana —dijo, imitando un acento alemán—. No soy alemana. No soy alemana. No soy... —El cántico continuó.

—Disculpa.

Cerys me empujó. Caí hacia atrás contra la pared de ladrillos. —Así que nos hiciste quedar una hora más. A todos nosotros, a toda la maldita escuela, todo por tu culpa. Bueno, ¿no vas a pedir perdón?

—Perdón.

Se rio como pudo, la muy vaca. Pero aún no había terminado conmigo. —Ahora escucha, zorra alemana, Inglaterra juega contra Alemania Occidental mañana.

No tenía ni idea, pero no podía admitirlo. —Eso ya lo sé.

Becky se rio de nuevo. —Ya lo sabe, Cerys.

—Ah, ¿así que ahora eres una experta en fútbol?

—Tenemos métodos para hacerte hablar —dijo otra de su pandilla con un estúpido acento alemán.

—Ahora, escucha bien. Inglaterra tiene que ganar, ¿entendido?

Mis dedos se aferraron a la correa de mi cartera. —No me gusta el fútbol.

—¿Y qué? Es más que solo fútbol, ¿no? Odiamos a los alemanes, y te lo advierto ahora, pequeña vaca alemana, si Alemania Occidental gana mañana, te haremos la vida imposible, ¿lo has entendido?

—Por favor, tengo que irme a casa.

—Oh, pobrecita —dijo Becky—. Tiene que irse a casa, a casa con su mamá alemana.

Cruzando los brazos sobre el pecho, Cerys se hizo a un lado, permitiéndome pasar. —Recuerda, si ustedes los alemanes ganan mañana...

Capítulo 20

Nunca había estado tan interesada en un partido de fútbol. Fue lo primero que le pregunté a mi padre cuando regresé a casa aquella tarde de mayo después de mi castigo en la escuela. Mamá estaba limpiando el polvo de sus horribles figuritas de porcelana.

—Estamos jugando en Berlín —me dijo papá.

—¿Lo transmitirán por la radio?

—Supongo que sí.

Mi madre asomó la cabeza desde la cocina.

—¿Desde cuándo te interesa tanto el fútbol?

Tal vez fue a raíz de mi encontronazo con Cerys que esa noche realmente noté lo fuerte que era el acento de mi madre y su ocasional uso extraño de palabras. Nunca habíamos hablado de ello. Pero esta noche estaba decidida a hacerlo.

—¿Alguna vez quieres volver a Alemania, mamá?

Me miró como si acabara de decir la palabra más grosera.

—¿Qué has dicho?

—Bueno, eres alemana, ¿no?

—Eh, un momento —dijo mi padre, encendiendo un cigarrillo—. ¿A qué viene esto?

—No soy alemana —dijo mi madre—. Soy inglesa desde el día que me casé con tu padre.

—¿Eh? ¿Qué? —No podía articular la extraña forma de hablar de mi madre, excepto que mostraba lo extranjera que era.

—Soy tan inglesa como tú.

—No, no lo eres. No eres inglesa en absoluto; eres... —Era consciente de que casi le estaba gritando—. Eres alemana. —Dije la palabra como si fuera lo más sucio que hubiera dicho jamás.

Y lo decía en serio; odiaba su germanidad, odiaba tener a una maldita alemana como madre; ¿por qué no pude haber nacido de una madre normal, una madre inglesa? ¿Por qué tenía que ser tan diferente? Nos quedamos de pie, a ambos lados de nuestra diminuta sala de estar-comedor-todo, mirándonos fijamente como un par de gladiadores evaluándose mutuamente antes de la lucha.

—¿Alguien te ha molestado? —preguntó mi padre con su habitual voz pragmática, el eterno epítome de la calma.

—No. Sí. —Una pausa—. ¡NO!

—Elizabeth, espera un momento...

Pero yo ya me había ido, saliendo furiosa, dando un portazo a mi padre y a mi maldita madre alemana. Me tiré en la cama, abracé una almohada contra mi pecho y con lágrimas formándose, miré fijamente a James Dean. En realidad, no sabía nada sobre James Dean, solo que era guapísimo y de alguna manera peligroso, que era todo lo emocionante de este extraño mundo en el que vivía, y sin embargo, a pesar de su exterior frío, había algo profundamente vulnerable en él, algo que no podía definir pero que entendía a un nivel profundo, y que estaba enamorada de él. Él y yo éramos de la misma piel, del mismo molde. Lo entendía de la misma manera que él me entendía a mí. Flotábamos en un plano superior, él y yo, uno que los likes de Cerys Atkins, Becky y sus amigos tontos y de pocas luces, y los likes de mi madre alemana nunca podrían entender. Entonces, ¿por qué Jimmy Dean, mi alma gemela, el hombre más guapo que jamás había existido, estaba muerto mientras mi vaca alemana de madre seguía viva? La vida realmente era injusta.

*

Los sábados voy a ballet por las mañanas y ayudo a papá en el café por las tardes. Para ir de uno a otro, atravieso el Parque Waverly. A menudo, veo a uno de los clientes de papá, el señor Watts, jugando al fútbol con su hijo, Rory, de ocho años. Siempre los saludo.

Mi padre una vez tuvo un "trabajo de verdad", como él lo llamaba, en una panadería cuando, hace unos años, lo perdió; por qué, nunca lo dijo. Pronto encontró otro trabajo, ayudando a un amigo en un café, uno de los dos únicos en todo Waverly. Su amigo se jubiló y papá compró el negocio, todo, "con pelos y señales", como dijo varias veces. Así que ahora, papá era el orgulloso propietario del café de Arnie en el centro de Waverly, y los sábados por la tarde eran la parte más ajetreada de la semana, y yo ayudaba a cambio de un salario mucho mayor del que necesitaba o merecía. Pero así era papá, generoso hasta la exageración cuando se trataba de su hija. También empleaba a otra "chica de los sábados", Betty, dos años mayor que yo. Betty estaba bien, pero generalmente estábamos demasiado ocupadas para hablar.

Me encantaba trabajar con mi padre. Llevaba una camisa blanca y un pequeño delantal, y hablaba con los adultos como si yo también fuera una adulta. El trabajo era duro, sin duda,

corriendo entre las mesas, tomando pedidos, yendo y viniendo entre la cocina y el comedor, tratando de acertar con los pedidos, intentando mantener contentos a los clientes de mi padre. Y me encantaba. Y sabía que a mi padre le gustaba tenerme cerca. Era nuestro tiempo juntos, nuestro tiempo especial, él y yo. Después, una vez que terminábamos, cogíamos el autobús juntos para volver a casa, sintiéndome yo de dos metros de altura, reconfortada por la sensación de satisfacción que viene con un día de duro trabajo. Quizás, uno o dos años antes, nos habríamos cogido de la mano, pero ahora yo era demasiado mayor para eso. Él lo sabía, lo respetaba, pero no disminuía la calidez entre nosotros. Nos sentábamos juntos en el autobús, un buen viaje de veinte minutos, y papá leía su periódico, fumando, chasqueando la lengua ocasionalmente y sacudiendo la cabeza ante la locura del mundo a kilómetros de nuestro pequeño refugio en East Anglia, mientras yo miraba contenta por la ventana. Ahora que era mayor, le echaba un vistazo, a su perfil, y me daba cuenta de que incluso siendo un hombre mayor de cuarenta años, James Dean no le llegaba ni a la suela de los zapatos a mi padre. Entonces, ¿cómo era, me preguntaba, cómo era que había terminado casado con una vieja amargada como mi madre?

Pero este sábado en particular de mayo de 1956 fue diferente porque esta noche había un partido de fútbol que apenas entendía, excepto que su resultado de alguna manera afectaría mi vida. Estuve tensa todo el día, no pude concentrarme en ballet y me sentí aún peor en el café. Vi al señor Watts y a Rory jugando al fútbol en el parque.

—¡Quiero ser Duncan Edwards cuando sea mayor! —me gritó Rory mientras su padre lo miraba con orgullo, con el balón a sus pies.

Todo el mundo hablaba del maldito fútbol. En el café, confundí los pedidos, se me cayó un plato, derramé una taza de té. Betty me preguntó si estaba bien y cuando le respondí bruscamente que sí, me dijo que me espabilara. Incluso mi padre, normalmente tan tranquilo, me gritó. Preferiría que me patearan todos los días de la semana a que mi padre me gritara. Así que cuando me quedé parada entre las mesas en medio del café, con el humo de los cigarrillos arremolinándose a mi alrededor, mi labio inferior temblando, él se detuvo en seco, mortificado.

—¡Dios mío, Lizzy! ¿Qué te pasa?

—Está un poco pálida, Arnold —dijo uno de los clientes de papá—. Me parece que la estás haciendo trabajar demasiado, amigo.

—Estoy bien —logré balbucear—. Perfectamente bien.

Cuando papá y yo llegamos a casa ese sábado por la tarde, el partido de fútbol ya había comenzado. Papá fue directo a la radio y la encendió.

—La cena está lista cuando quieran —dijo mamá.

No pude probar bocado.

—¿Y tú a quién apoyas, mamá?

—¿Yo? —Sacudió el paño de cocina que tenía en la mano—. Me importa un bledo.

—Pero eres alemana, ¿no? Deberías apoyar a Alemania —me di cuenta de que casi estaba gritando.

Sostuvo mi mirada, preguntándose, quizás, por qué parecía tan agitada. —Tú no me dices cómo pensar, jovencita. Cuida esa lengua tuya.

—Solo estaba preguntando, Babs —dijo papá—. No es para tanto. En fin, cariño, ¿qué tal el ballet?

Después de mucho girar los botones con la oreja pegada a la rejilla, papá finalmente encontró la emisora. Una voz desmembrada crepitó a través de las ondas.

—Todavía está cero a cero —dijo papá.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté.

—¿Ahora? Bueno, solo esperamos a que Inglaterra marque y entonces celebraremos.

—¿Y qué pasa si Alemania Occidental marca?

—Entonces tu madre celebrará.

—No, no lo hará —dijo mi madre desde la cocina.

—Pero Inglaterra ganará, ¿verdad, papá?

—No lo sé, cariño. Esperemos que sí, ¿eh? Pero Alemania Occidental son los campeones del mundo, y están jugando en casa, así que no será fácil. Dime, ¿a qué se debe este repentino interés?

Pensé en Cerys, sus facciones contorsionadas mirándome fijamente, el odio crudo en sus ojos y se me revolvió el estómago. Pensé en Becky y sus amigas riéndose de mí, burlándose con sus tontos acentos alemanes. —Nada —dije—. Nada en absoluto.

Y así me senté con mi padre, concentrándome en las palabras del comentarista. Cada vez que los alemanes atacaban, mi corazón se aceleraba mientras el temor me invadía. Cada vez que Inglaterra atacaba, la anticipación, la esperanza, era insoportable. Podía oír a mi madre haciendo

ruido con las cosas en la cocina, innecesariamente fuerte, pensé. Luego, en el minuto veintiséis, Duncan Edwards marcó. Me invadió una felicidad y un alivio que nunca antes había experimentado. Oh, qué júbilo. Mi padre se rio de mi arrebato de alegría y vítores. Pensé en el pequeño Rory en el parque queriendo ser el próximo Duncan Edwards. Cuando el partido terminó más de una hora después, estaba agotada. Agotada pero feliz. Inglaterra había ganado tres a uno.

Capítulo 21

Ese lunes, me desperté con el habitual nudo de preocupación en el estómago, pero al menos Inglaterra había ganado; gracias a Dios por eso. Me forcé a desayunar y, lista para la escuela, me despedí de mis padres. Mi padre me llamó de vuelta.

—Eh, tú, ¿no se te olvida algo?

—No, papá. Ya soy muy mayor para darte un beso.

Fingió estar dolido, con la mano en el corazón como si le hubieran disparado.

—¿Has oído eso, Barbara? Rechazado por mi propia hija. Y pensar en todas las cosas que he hecho por ella, Babs.

Madre no se rio; nunca veía el lado gracioso de papá.

—Papá, serías un actor terrible.

—Oh. Creía que lo estaba haciendo bien. Me imaginaba como un pequeño Laurence Olivier.

—Sí, papá.

—Venga, vete ya. No te preocupes por mí. Pero si hoy me atropella un autobús, que te consuma la culpa por siempre jamás.

El autobús que tomé desde el final del camino hasta el centro de Waverly me dejó a tres minutos a pie de la escuela. Doblé la esquina, con la escuela alzándose frente a mí, para ver a Cerys y su pandilla merodeando fuera de las puertas del colegio. Se me encogieron las entrañas. Esto no pintaba bien. Pero había muchos chicos pasando. Si mantenía la cabeza baja y seguía de cerca a un grupo de chicas, quizás podría pasar desapercibida. Tal vez, pensé, ahora que Inglaterra había ganado su estúpido partido de fútbol, habrían perdido el interés en mí. Me pegué a tres chicas. Una de ellas estaba diciendo lo mucho que le gustaba Tom Fletcher, un chico que conocía de vista de mi mismo curso. A todas las chicas les gustaba Tom Fletcher, con su atractivo estilo Elvis y su labia. Todavía estaba pensando en él cuando escuché el cántico cantarín.

—Tres a uno, tres a uno, tres a uno.

Cerys se interpuso, bloqueándome el paso.

—¿Qué te parece eso, eh, alemana? Tres malditos a uno para Inglaterra. Vosotros, malditos alemanes, nunca nos ganaréis.

—Soy tan inglesa como tú, Atkins.

Las amigas de Cerys se rieron. Tragué saliva, desconcertada por mi propia osadía.

—Tú no eres jodidamente inglesa —dijo, empujándome. Mis brazos se agitaron como un par de molinos de viento. Trastabillé; chillé; caí, aterrizando pesadamente sobre mi cóccix, con una punzada de dolor subiéndome por la espalda.

Las chicas chillaron de risa. Yacía de espaldas, con las piernas extendidas, un latido en la parte inferior de mi columna. Cerys pisó mi mano. Se inclinó sobre mí.

—Mi viejo dice que si alguna vez viera a tu madre en la calle, le escupiría.

—Déjame en paz —chillé, sosteniendo mi mano bajo la axila de mi abrigo.

—Vuelve a tu casa, de donde vienes, zorra alemana, y te dejaremos en paz.

Empezaron de nuevo... zorra alemana, zorra alemana... Estábamos fuera de las puertas de la escuela; ningún profesor vendría en mi ayuda esta vez. Pero otra voz cortó los cánticos, una voz que me sonaba familiar, la voz de un chico.

—Eh, vosotras, ¿queréis dejarla en paz?

Me apoyé sobre un codo. Oí a Cerys hablar con una voz diferente.

—Oh, hola, Fletch.

—¿Qué demonios estás haciendo, Cerys?

—No es nada. No es nada, de verdad, Fletch.

Tom Fletcher estaba de pie sobre mí, mirándome con sus ojos oscuros al estilo James Dean, medio ocultos por su flequillo. Bueno, ya está, pensé, humillación total. Bien podría morirme ahora. Extendió su mano.

—Ven —dijo—. Te ayudaré a levantarte.

¿Acaso... acaba de decir eso? Tomé su mano, tan cálida y mucho más grande que la mía, y me

levantó. Me sentí como una bailarina y él mi propio Rudolf Nureyev.

—Gracias —susurré.

—No hay de qué.

Se giró. Cerys, Becky y las demás retrocedieron como si estuvieran frente a un animal salvaje.

—Sois patéticas, todas vosotras.

—Solo nos estábamos divirtiendo —dijo Cerys.

—Sí, no hay ningún daño en ello —dijo Becky.

Ignorándolas, Tom se volvió hacia mí.

—Ven —dijo, con un gesto de cabeza. Lo seguí dentro de la escuela, con la mente dando vueltas, sin saber si estar agradecida o mortificada de que el chico más guapo de la escuela me encontrara en semejante montón indigno en la acera. Cerys y Becky me lanzaron miradas asesinas - todas estaban coladas por Tom Fletcher.

Estábamos cerca de la entrada de la escuela. Me preguntaba cómo agradecerle, qué decir. No había planeado decir lo que salió de mi boca.

—Puedo cuidarme sola, ¿sabes?

Se detuvo y me miró y supe que había herido sus sentimientos.

—No lo parecía.

—¿Eso? Eso no era nada. Puedo manejarlas.

—Bien. Vale. Como quieras.

Lo vi marcharse a través del patio delantero y entrar en la escuela, con las manos en los bolsillos, sacudiendo ligeramente la cabeza. El cóccix aún me dolía un poco, la mano también, donde Cerys Atkins la había pisoteado, pero no era nada comparado con el dolor que me apuñalaba el corazón.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 22

Octubre 1943

Bruno Spitzweg por fin volvía a casa. Pero no estaba seguro de lo que encontraría allí. ¿Seguiría su casa en pie? ¿Estaría su madre aún viva? ¿Y qué hay de su hermano? Durante meses, se había aferrado a la esperanza de que su pequeña aldea en lo profundo del campo de Baden-Württemberg fuera demasiado pequeña e insignificante para ser de interés para los bombarderos aliados. Pero eso no significaba nada necesariamente. Nada podía garantizarse.

El vagón del tren estaba abarrotado. Cada centímetro de espacio ocupado. Había tenido suerte de conseguir este asiento junto a la ventana y no pensaba cedérselo a nadie. Qué vista ofrecían, los restos desaliñados de un regimiento antes orgulloso, ahora diezmado. Y el ruido. Nadie hablaba, pero la tos continua, los ronquidos, los bostezos, los gemidos, el llanto, los pedos; nunca cesaban. Llevaban días en movimiento, empujados de un tren a otro, su tren se mantenía esperando en las vías mientras se reparaban las vías dañadas, o dando precedencia a trenes que llevaban tropas a la guerra, no a los que regresaban. La comida era aún más básica que en el frente. El té que había se acabó hace un día; los baños no eran aptos ni para cerdos. El sueño proporcionaba el único respiro, pero Bruno estaba acostumbrado a eso. El sueño se había convertido pronto en una de las mercancías más valoradas; es asombroso lo que un hombre desesperado haría por dormir. Había dormido gran parte del viaje, pero aún estaba cansado. Le dolía el trasero de estar sentado demasiado tiempo; tenía hormigueo en la pierna derecha, y su hombro pulsaba con un dolor continuo donde la bala había entrado por el omóplato y salido cerca de la clavícula.

Dios, no podía esperar para bajarse de este tren, deshacerse de su apestoso uniforme, darse un baño, afeitarse, sentirse humano. Humano. Menos que humano. Había perdido su humanidad hace mucho tiempo; lo sabía, sabía que tendría que vivir con ello el resto de su vida. El hecho de que todos fueran asesinos aquí no ofrecía consuelo alguno. Todos habían vendido sus almas al diablo, solo que algunos eran más conscientes de ello que otros, y algunos incluso estaban orgullosos del hecho.

Alguien más atrás comenzó a tocar una armónica, una melodía nostálgica. Bruno miró por la ventana los paisajes oscuros y ondulantes; había comenzado a nevar, solo un poco. El retazo de memoria regresó: él y Joseph construyendo muñecos de nieve y teniendo peleas de bolas de nieve. Joe siempre ganaba, por supuesto; era mayor y más grande y más fuerte y más decidido. Y eso era todo, en un microcosmos. Joe, el determinado, ascendió tan rápido y tan lejos, se quedó en casa, mientras que el hermano pequeño, el pobre Bruno, fue enviado a la guerra, carne de cañón para el Führer, su supervivencia intrascendente mientras hiciera su parte. Bueno, había hecho eso y más, mucho más.

El tren se detuvo en una estación. Bruno limpió la condensación de la ventana con su manga y

miró hacia afuera. Su ánimo se elevó inmediatamente. Conocía este lugar; esta era la última parada antes de la suya. Algunos de los hombres bajaron, recogiendo sus cosas y tropezando al salir, murmurando sus adioses y buena suerte y «hasta pronto». Ahora había un poco más de espacio. De hecho, el asiento frente a él ahora estaba vacío. Pronto uno de los hombres lo ocuparía.

—Disculpe —se oyó una voz, una voz femenina, detrás de él. ¿Una mujer? ¿Aquí? —Lo siento mucho, disculpe.

Ella entró en el campo de visión de Bruno, un revoloteo de vestido, el aroma de un perfume dulce, un olor tan abrumador en su pureza, su limpieza, que le quitó el aliento. La observó, con los ojos como platos, mientras ella alcanzaba para colocar su maleta en el portaequipajes de arriba. Él se ofrecería a ayudar, pero no podía moverse; solo haría el ridículo. De todos modos, ella parecía más que capaz. Con su maleta en su lugar, recogió los pliegues de su vestido y se sentó. Él la miró como quien mira un cuadro, incrédulo ante su repentina aparición. ¿Acaso no sabía que había un par de vagones al frente reservados para civiles? Estos vagones eran solo para personal militar. ¿Qué hacía ella aquí? Aun así, ¿qué importaba? Ella era como una rosa en un campo de ortigas, una estrella solitaria brillando en un cielo negro, un oasis de exuberancia en un desierto árido, una flor temblorosa en una tormenta. Era hermosa. Ella, como él, tenía el cabello más rubio; tenía ojos azules suaves, dedos largos y delicados. Pero la pobre, llevaba su timidez como un manto, consciente de que todos la miraban, no, no miraban, sino que estaban deslumbrados por ella. Lucía un moretón bastante grande en un lado de la cara. Se preguntó cómo se lo había hecho. Anhelaba acariciar su rostro, sentir la suavidad de su piel pálida, ver si era real. Los hombres a su alrededor tenían todos pieles de cuero, ennegrecidas por los estragos de un sol implacable durante el verano y el infierno del invierno ruso. Aun así, nadie hablaba, el armonicista había dejado de tocar, pero todos estaban despiertos ahora, fascinados por esta mujer que accidentalmente había entrado en el vagón equivocado.

Anhelaba hablar con ella, simplemente para escuchar una voz femenina hablando en su lengua materna, para escuchar una voz suave, una que no gritara, que no amenazara, que no estuviera llena de odio.

Media hora más tarde, el tren volvió a reducir la velocidad, y esta, por fin, después de tanto tiempo, ¡era la parada de Bruno! La idea de estar en casa le inyectó energía renovada. Después de tanta letargia, sus venas se llenaron de vida. Agarrando su mochila, se abrió paso hacia la puerta del vagón más cercana mucho antes de lo necesario, tropezando con pies extendidos, siendo insultado, tal era su ansiedad por ser el primero en saltar. Esperando en la puerta del vagón, se inclinó para ver el paisaje que pasaba mientras el tren disminuía la velocidad. Sí, ahí estaba ese granero en el que él y Joe entraron sin permiso cuando eran niños, el campo que era genial para deslizarse en trineo cada invierno, ya medio blanco por la primera nevada de la temporada. La estación apareció a la vista, el viejo campanario de la iglesia detrás, aún erguido con orgullo. Si tan solo hubiera alguien para recibirlo, pero no habría nadie. Entre Rusia y aquí, simplemente no había habido tiempo para escribir.

El tren estaba llegando a su parada cuando se dio cuenta de que ella estaba detrás de él,

bajándose en la misma estación. Aquel aroma de su perfume de alguna manera simbolizaba la paz. ¿Cómo podía un olor tan simple y dulce oler a cielo? Porque durante dos años, solo había olido pólvora, madera quemada, mierda y muerte. Se arriesgó a mirar hacia atrás y le dirigió el más mínimo atisbo de sonrisa. Recibió una a cambio y tuvo que apartar la mirada.

El tren se detuvo. Abrió la puerta del vagón. Arrojó su mochila al andén y, ignorando los escalones, saltó tras ella. Muchas veces durante esos dos años su corazón había latido con miedo u odio, pero ahora palpitaba de pura alegría. Recordaba la pequeña sala de los billetes con su torreta, el haya a un lado. Buscó con la mirada a la gata de la estación, pero lamentablemente no se la veía por ningún lado. Oh, estar de vuelta, estar de vuelta.

Sonriendo, se volvió hacia la joven que, negociando los escalones con su vestido ondulante y su maleta, parecía un poco tambaleante.

—¿Puedo ayudarla? —dijo, ofreciéndole la mano.

Ella estaba a punto de tomarla cuando notó que su palma y su mitón estaban negros de suciedad. Ella también lo vio y dudó por una fracción de segundo. Él notó la arruga en sus ojos. Rápidamente, retiró la mano.

—Lo siento —dijo, limpiándose la mano en el asiento de sus pantalones. Y lo sentía, más que sentirlo, estaba mortificado.

—No sea tonto —dijo ella con voz suave y tranquilizadora.

Descendió los escalones. Solo unos pocos más habían bajado en esta estación, el andén estaba casi desierto.

—Creo que puede que me haya subido al vagón equivocado.

Él quería decir que no podría haber sido más bienvenida, pero temía que saliera mal o que pudiera parecer sugerente de alguna manera, así que no dijo nada y sonrió de manera, esperaba, comprensiva.

—Creo que fue una distracción bastante bienvenida, sin embargo. No es que quiera decir...

Ella se rio.

—Está bien, sé lo que quiere decir. Parece un pueblo atractivo, este. ¿Vive usted aquí?

—Sí, a unos cinco minutos caminando por esa calle —dijo, señalando el camino—. ¿Y usted? No la reconozco.

—Solo estoy de visita.

Estaba a punto de responder cuando una voz interrumpió.

—¿Fräulein Schiffer?

Bruno se apartó un metro cuando una mujer alta y de aspecto oficial apareció de la nada dirigiéndose hacia la joven.

—¿Es usted Hannah Schiffer? ¿Cómo está? —le dijo con voz enérgica—. Soy la señora Sterne. Por aquí, por favor.

La mujer llamada Sterne no se había fijado en él; era como si fuera invisible. Tomó a la señorita Schiffer por el codo y la llevó bruscamente. La señorita Schiffer miró por encima del hombro y le lanzó una sonrisa de disculpa.

La alegría de Bruno era completa.

Capítulo 23

El tren avanzaba con una lentitud exasperante, deteniéndose cada media hora aproximadamente durante largos períodos de tiempo. Hannah miró su reloj; ya llevaban una hora de retraso en lo que debía ser un viaje de una hora. No es que le importara; no tenía prisa en absoluto, pero no era cómodo debido al hacinamiento de soldados en el tren. Tan abarrotado estaba que se había quitado el abrigo. Alguien la ayudó a colocarlo junto a su maleta en el portaequipajes de arriba. Parecía ser la única mujer a bordo. Intentaba no mirarlos, tratando de mantener su atención en el paisaje que pasaba, pero su mórbida curiosidad estaba resultando demasiado difícil de controlar. Estos hombres, estos muchachos, estaban destrozados. Había visto hombres partir a la guerra; sus uniformes limpios, sus ojos brillantes. Esperaba que el regreso fuera más sombrío, pero esto la impactó. La mayoría parecía tener alguna lesión, un brazo en cabestrillo, un vendaje alrededor de la cabeza, pero era más que las heridas visibles. En conjunto, todos parecían tan demacrados, sus rostros consumidos. Sus ojos contaban su propia historia. Y el hedor... nunca había olido nada tan fétido, tan repugnante. Pero no sería apropiado cubrirse la nariz, así que se obligó a soportarlo. Todos la observaban, mirándola descaradamente en completo silencio. Su presencia los había enmudecido a todos. Era consciente de cada uno de sus movimientos. Sin embargo, sabía que la observaban, fijándose en ella, no por deseo o ansias sexuales, sino simplemente por su feminidad. Más aún porque, despojada de su uniforme de las Doncellas, llevaba un vestido largo y suelto con un estampado de margaritas, coronado por un sombrero con un lazo. Era la hermana, la hija, la madre de todos los hombres. Era su primera visión de normalidad después de Dios sabe qué. Era el hogar; era la seguridad. Le provocó lágrimas en los ojos. Y se sentía segura con estos hombres. No podía imaginar a uno solo de ellos abofeteándola tan fuerte que viera las estrellas. El hombre frente a ella, en particular, tenía un rostro amable, aunque afligido. Se preguntó a qué se dedicaba antes de que la guerra lo arrastrara en su camino.

Los oficiales de la Gestapo la habían metido a empujones en la oficina de Angela y la habían interrogado. Admitió fácilmente haberle dado el cuchillo al eslavo, como ellos lo llamaban. Querían saber por qué.

—Porque temía que el señor Müller lo fuera a matar, y sabía que debía mantenerse con vida para responder por el ataque a Ella.

—Pero usted dijo que el hijo del señor Müller atacó a su amiga.

—Sí, lo hizo. Quería que Jan se defendiera. No está bien que una buena y respetable Doncella sea atacada por un muchacho de uniforme.

Y eso, se dio cuenta más tarde, la había salvado. Apelaba a su sentido de la lógica y la decencia. Se ordenó a Hannah que permaneciera en el hogar. Ella confesó; Hans recibió un tirón de orejas y le dijeron que no lo volviera a hacer. Al día siguiente, una mujer llamada Witte vino al hogar específicamente para ver a Hannah. Su entrevista duró apenas dos minutos. Hannah no dijo nada,

pero esta mujer Witte parecía complacida. Le dijo a Hannah que al día siguiente debía tomar el tren del mediodía desde el pueblo hasta la ciudad a cincuenta kilómetros al oeste, suroeste de Stuttgart, donde la recibirían. Debía usar su ropa de civil. Se despidió con las escalofriantes palabras: "Podemos hacer uso de usted".

Así que, al día siguiente, el anciano encorvado, con una gran pluma en su sombrero, que le había dado un aventón a su llegada aquí, ahora la llevaba en la dirección opuesta. Se sentó en el carro, temblando, mientras el poni resoplaba.

Y ahora, dos horas más tarde, el tren finalmente se detuvo. Los soldados demacrados observaron en silencio mientras ella recuperaba su abrigo y su maleta, y se abría paso hacia afuera. Quería decir algo, darles la bienvenida a casa, darles las gracias, pero le falló el valor.

Fue un alivio bajarse del tren. Los primeros copos de nieve estaban cayendo. El hombre sentado frente a ella en el tren también se estaba bajando. Intercambiaron palabras, y ella se sorprendió por la suavidad de su tono, sus modales. Era agradable, después de todo este tiempo, hablar con alguien que no la estaba juzgando. Se preguntaba cómo prolongar la conversación cuando oyó que alguien llamaba su nombre. Se volvió para ver a una mujer alta y elegantemente vestida que se dirigía hacia ella. —¿Es usted Hannah Schiffer? ¿Cómo está? Soy la señora Sterne. Por aquí, por favor.

La señora Sterne la condujo a otro carro tirado por un poni. Viajaron en silencio. Hannah quería preguntar qué estaba pasando, a dónde la llevaban, pero se contuvo. La nieve caía más fuerte ahora; pronto se asentaría.

Veinte minutos más tarde, pasaron por debajo de una garita y trotaron por un largo camino fangoso, con imponentes pinos a ambos lados. Llegaron a lo que parecía un hotel, un complejo majestuoso aunque imponente con techos irregulares, balcones y altas chimeneas. La señora Sterne confirmó su estatus; efectivamente, antes era un hotel. —Pero ahora, sirve una función mucho más importante.

¿Y esa es? Pero Hannah permaneció en silencio.

La señora Sterne llevó a Hannah adentro. El vestíbulo estaba maravillosamente cálido e impregnado de un resplandor ámbar de varias lámparas de pie. Hannah admiró los sillones de cuero rojo y la gran chimenea ornamentada. Nunca había visto tal lujo. Pero no había tiempo para eso: la señora Sterne llevó a Hannah al segundo piso, por un largo pasillo alfombrado y hasta su habitación. —Acomódese —dijo—. Alguien vendrá a verla en breve. Hannah se preguntó cuánto tiempo sería esta nueva habitación su hogar. Ciertamente era mucho más agradable y mejor amueblada que su habitación anterior.

—¿Fuma usted? —preguntó la señora Sterne.

—Sí —dijo Hannah, arrepintiéndose inmediatamente de decir la verdad.

Sterne extendió la mano. Hannah fingió no entender. —Vamos, entréguemelos.

—No tengo...

—Entréguemelos ahora.

Maldita sea. Hannah entregó su último paquete de cigarrillos.

La señora Sterne se dispuso a salir pero luego se detuvo en la puerta. Empujando la puerta, dijo: —Un consejo, señorita Schiffer. Durante su estancia con nosotros, recuerde siempre obedecer órdenes y nunca cuestionar por qué. Siga mi consejo y estará bien.

—Gracias, señora.

—La llamarán en breve para su evaluación inicial con el doctor.

—¿Doctor? ¿Por qué necesito un doctor?

—¿Qué acabo de decirle, Fräulein Schiffer? ¿Es tan pobre su memoria? Nunca. Cuestione. El porqué.

*

La habitación no era como la típica consulta médica, se parecía más a una oficina, y bastante lujosa: un sillón de cuero, un antiguo escritorio con patas curvas y un tapete de cuero verde, certificados enmarcados y pinturas de escenas de caza y bosques a ambos lados del omnipresente retrato del Führer. Pero en la esquina, un diván cubierto con una sábana blanca y una cortina recogida en su riel. El doctor, un hombre de unos sesenta años, pensó Hannah, con un pince-nez, se presentó como el Dr. Heinkel y a la enfermera de grandes pechos como la enfermera Lowitz. —Tome asiento —dijo el doctor—. Por favor, quiero que se sienta cómoda. Ahora, necesito hacerle algunas preguntas, algunas pueden ser de naturaleza... bastante personal. Estoy seguro de que lo entiende. La enfermera Lowitz tomará notas.

La enfermera Lowitz le dirigió una sonrisa.

Hannah estaba desesperada por decir que no entendía; no entendía nada en absoluto, pero cuando abrió la boca, el Dr. Heinkel levantó la mano.

—Ahora, Fräulein, usted acaba de cumplir dieciocho años. ¿Correcto?

—Sí, señor.

—Entiendo que usted fuma.

—Sí, doctor.

—Ya no fuma más. Fumar aquí está estrictamente prohibido. —Hizo una pausa para permitir que la instrucción se asentara—. Usted era, hasta... —Se concentró en sus notas—. Oh, dice que anteayer. Así que usted era, hasta hace un par de días, una líder de las Doncellas, pero ahora ya no lo es.

Hannah no estaba segura de si le estaba haciendo una pregunta.

—Ese es un moretón bastante grande que tiene en el costado de su cara. No preguntaré cómo ocurrió. En términos de comportamiento pasado, etcétera, nos gusta que nuestras chicas comiencen aquí con una hoja en blanco. Podemos pasar por alto pequeñas indiscreciones aquí y allá, errores de juicio, ese tipo de cosas. La higiene racial, sin embargo, es otro asunto. La higiene racial no es negociable. Su superior de las Doncellas me ha enviado su registro y me complace ver que es cien por ciento aria hasta donde muestran los registros. Ni un atisbo de judío.

—No, señor, ni un atisbo.

—Sin embargo, es extraño que ninguno de sus padres sea miembro del partido.

Hannah sintió un claro aumento de temperatura.

—¿Por qué es eso? —preguntó él.

Porque mi padre siempre dijo que preferiría estar muerto antes que arrodillarse ante ese bastardo en el Reichstag. —Mi padre aún jugó su papel en el avance de la causa del Nacional Socialismo, señor, y aún lo hace.

La enfermera Lowitz garabateaba en su bloc de notas mientras el doctor se retorcía el bigote.

—Ahora, Fräulein, necesita saber sobre la configuración aquí. En primer lugar, no se le permite salir de las instalaciones ni recibir ninguna comunicación o visitas. De hecho, no tendrá contacto con el mundo exterior. Ni siquiera lo intente; la seguridad es estricta. En segundo lugar, usted y media docena de otras mujeres jóvenes se alojarán en el ala oeste de la casa, al menos para empezar. El ala este ha sido sellada. Es un territorio totalmente prohibido para usted hasta que consideremos apropiado que se transfiera allí. Hemos cerrado todas las puertas entre las dos alas.

—No entiendo.

—No es para que usted entienda, simplemente para que obedezca.

Hannah asintió. —Así que no se me permite estar en el ala este.

—Correcto. Ahora, procedamos con su examen. Abra la boca, por favor. Más amplia, por favor.

El doctor iluminó su garganta, sus ojos y sus oídos mientras murmuraba para sí mismo. Apagando su linterna, preguntó: —¿Le importaría quitarse la ropa, hasta quedarse en ropa interior?

Hannah miró del doctor a la enfermera y de vuelta. —¿Ahora? ¿Aquí?

—Bueno, ciertamente no me refiero a afuera en la nieve.

La enfermera Lowitz dejó su cuaderno. —¿Qué está esperando? Haga lo que dice el doctor.

Nunca cuestionar el porqué.

El Dr. Heinkel fue a pararse junto a la ventana, con las manos detrás de la espalda, observando la tormenta de nieve. La enfermera Lowitz levantó las cejas hacia ella como diciendo "Apúrese". Hannah respiró profundamente y desató los cordones de sus zapatos, quitándose los zapatos y los calcetines. Se quitó el cárdigan. Su corazón se aceleró un poco con cada prenda. Desató el cinturón de su vestido, lo bajó por los hombros pero luego se detuvo. La enfermera Lowitz dijo: —El doctor no tiene todo el día, ¿sabe? Dejó caer el vestido al suelo y salió de él con cuidado. Lo recogió y lo colocó en el respaldo de una silla. Se quedó de pie temblando ligeramente en el centro de la habitación, con las manos entrelazadas frente a ella. Afortunadamente, el doctor permaneció en la ventana.

—Brazos arriba —dijo la enfermera, quien luego procedió a medir su busto, caderas y cintura con una cinta métrica fría y metálica, anotando las medidas de Hannah en su cuaderno—. Bien. Ahora, si pudiera acostarse en el diván: eso es, buena chica.

Hannah se acostó, con las manos cruzadas sobre sus pechos.

—El doctor la examinará ahora.

—¿Qué?

—Por favor, quítese las bragas.

—Pero... ¿pero por qué?

—Haga lo que le decimos. Ahora, ¿se los quitará usted o tendré que hacerlo yo?

Yacía allí, expuesta, temblando, con las piernas fuertemente apretadas.

El doctor se apartó de la ventana y se colocó junto al sofá, su sombra cayendo sobre ella. —¿Cuándo terminó su último periodo?

—¿Disculpe? ¿Lo había oído correctamente? ¿De verdad le había preguntado eso?

—Creo que ha oído al doctor —dijo la enfermera Lowitz—. ¿Y bien?

—N-no lo sé. Hace una semana, supongo. Eh, sí, el m-martes p-pasado. Pero ¿por qué?

—¿Haciendo preguntas otra vez, Fräulein? Yo soy quien hace las preguntas aquí. Ahora, dígame. ¿Es usted virgen?

En ese momento, la temperatura se disparó. Hannah era plenamente consciente de que se había puesto roja como un tomate. —S-sí, señor.

—Hmm. Ahora, abra las piernas.

—¿Qué? No, por favor, seguro que no.

La enfermera Lowitz apareció en su campo de visión. —Vamos, haga lo que dice el doctor y acabemos con esto. Eso es, abra las piernas. No, más. Por favor, deje de hacer tonterías. Ahora, mucho más, Fräulein. Así. Más aún.

Capítulo 24

Bruno examinó el centro del pueblo. Todo parecía intacto. Ninguna bomba inglesa había caído aquí; nada había cambiado. Gracias a Dios por eso. No era una caminata muy larga desde la estación de tren hasta las afueras del pueblo donde, a lo largo de un sendero que se estrechaba, se encontraba la casa de sus padres. Para un hombre acostumbrado a caminar durante horas sin fin, a través de las interminables estepas rusas, día tras día tras día, esto no era nada. Entonces, ¿por qué, se preguntaba Bruno, cada paso era doloroso? Había llegado al final de un largo viaje, uno que comenzó a principios del otoño de 1941, y lo había llevado a lugares que nunca imaginó que pudieran existir. Y ahora estaba de vuelta. Le dolía el hombro, el frío lo empeoraba de alguna manera. Pensó en la mujer del tren, la señorita Schiffer. Se preguntó adónde iría. Era obvio que no conocía a la mujer que vino a recibirla, evidentemente nunca había estado aquí antes. ¿Qué traería a una joven como ella a este lugar apartado justo cuando caía la nieve? ¿Cuándo volvería a ver su hogar?

Eran las cuatro, oscurecería en una hora. Bruno había llegado a la curva familiar en el camino, un muro de piedra, un olmo solitario detrás, solitario y ahora desnudo sin sus hojas. Al final de esta curva estaba su casa. Se ajustó el peso de su mochila y aceleró el paso. Vio la pequeña cabaña, con humo saliendo de la chimenea y se detuvo. La mochila se deslizó de su agarre. La cabaña tenía un techo de paja largo y inclinado que bajaba tanto que uno podía tocarlo, paredes encaladas que, por lo que se veía, habían sido recientemente renovadas, y en el frente, una gran ventana.

Recogió su mochila, que ahora se sentía más pesada que nunca, y caminó los últimos metros, con los ojos fijos en su hogar, en esa ventana. Durante tanto tiempo había soñado con este momento, y aquí estaba por fin... de vuelta a casa.

La puerta principal se abrió. Contuvo la respiración - era su madre, llevando su delantal, cargando un pequeño cubo. No lo había visto, perdida en su propio mundo. Se detuvo y la observó mientras dejaba caer cáscaras de patata en el compost al lado de la casa. Sonrió. Algunas cosas no cambiaban. Pero, pensó, se veía más delgada, un poco mayor, y un poco más frágil. Estaba a punto de volver adentro cuando él gritó su nombre. Ella se dio la vuelta y al ver a su hijo menor dejó caer el cubo. Se desmoronó, se mordió el nudillo. —Mamá, no llores, todo está bien, todo está bien ahora.

Casi se cayó sobre él. Él la envolvió con sus brazos. Estaba tan delgada; no quedaba nada de ella. —¿Eres realmente tú, Bruno? ¿Eres realmente tú?

—Sí, mamá, soy yo realmente.

—Oh, Bruno, Bruno, oh Dios mío.

Le acarició el pelo. —Ven —dijo—. Entremos.

Se sentó en el cómodo sillón, su madre enfrente. Ella simplemente se sentó y lo miró fijamente, con los ojos enrojecidos, sacudiendo la cabeza y repitiendo su nombre.

—Tu hombro está herido.

—Sí.

—¿Te duele?

—A veces. Tuve suerte.

—¿Suerte?

—Créeme.

—¿Cuánto tiempo te quedarás?

—Hasta que mejore.

—¿Tienes que volver?

—Sí.

—Oh, Bruno.

—Lo sé.

—Te ves bien, considerando todo.

—Lo sé.

—¿Es tan malo como algunos dicen?

—Es el infierno.

—Pero puedes mantener la cabeza alta.

—No, no puedo.

—Tu padre habría estado tan orgulloso.

—No, no si supiera.

—Pero...

—No quieres oírlo.

—Te dejaré descansar.

Bruno observó a su madre revolotear a su alrededor, ofreciéndole té, algo de comer, preparar un baño. Apenas podía entenderla; hablaba tan rápido, tan animada. —¿Por qué no te das un baño mientras preparo algo de comer? Podrías afeitarte, quizás.

—Dime, ¿cómo está Joseph?

—Oh, se ha casado. ¿Puedes creerlo? Pasará por aquí en cualquier momento. Le gusta visitar de vez en cuando.

—¿Casado? ¿Mi hermano? Dios mío, ¿quién es la pobre chica?

—Una mujer no tan joven llamada Clara. Una mujer dura, te lo aseguro. No es que la vea alguna vez. Ella no viene aquí y Joseph prácticamente me ha dicho que no soy tan bienvenida en su casa. Así que no esperes verla pronto.

—Y, eh, ¿sigue siendo el orgulloso alcalde nazi del pueblo?

Ella suspiró. —Sí, lo es. Nada ha cambiado.

—¿Y el negocio?

Su madre suspiró. —No va bien. ¿Quién tiene dinero ahora para comprar zapatos? Mejor no mencionarlo.

Bruno intentó levantarse, pero incluso incorporarse del sillón era demasiado, y decidió cerrar los ojos, solo por unos momentos. Era tan agradable estar en casa, ver a su madre de nuevo. La casa estaba cálida y acogedora, y se sentía tan cansado, tan condenadamente cansado.

Bruno escuchó la puerta principal cerrarse, botas sobre el linóleo, una voz fuerte y familiar. No tenía idea de cuánto tiempo había estado dormido. Abrió los ojos justo cuando su hermano entró, desabotonándose el abrigo.

—Vaya, vaya, nuestro propio héroe regresa.

Bruno se levantó de la comodidad del sillón, aún un poco aturdido. —Joe, hola. Felicitaciones, según tengo entendido.

—¿Qué? Ah, sí. Gracias. Bueno, me alegro de verte, hermano. Te abrazaría, pero...

—Está bien. Sé que apesto. Estoy a punto de darme un...

—Sí, yo lo haría. Sin ánimo de ofender, pero hueles a mierda.

—Sí. Bueno. Sí. Iré a... prepararme ese baño.

Media hora después, cuando Bruno terminó su baño y se cambió a ropa que no había usado en más de dos años, la cena estaba lista. Estaba hambriento. Los tres se sentaron juntos a la mesa. —¿Qué es esto, mamá? ¿Cerdo? ¿Dónde consigues carne estos días?

Ella se tocó la nariz. —Hay ventajas de tener un hijo tan poderoso, ¿sabes, Bruno?

Joseph lo descartó con un gesto. —Es solo cuestión de saber a dónde ir.

—¿Entonces dónde conociste a Clara?

—Es amiga de un camarada del partido.

—¿Cuándo podré conocerla?

—Se va por un tiempo. Sus padres viven en Stuttgart.

Comieron en silencio mientras Bruno saboreaba una comida decente, la primera en mucho, mucho tiempo, cerrando los ojos y disfrutando la sensación de cada bocado, el calor en su estómago.

Terminó y se dio cuenta de que había engullido su comida, que su madre y su hermano aún tenían mucho por delante. —Oh, lo siento. Parece que he olvidado mis modales.

—Tenías hambre; es comprensible.

Después de un rato, su madre preguntó: —¿Quieres hablar de ello?

—Tal vez, pero no ahora.

¿Por qué, se preguntó, había dicho "tal vez"? Porque no era cierto; no quería hablar de ello ni siquiera pensar en ello, ahora ni nunca. Pero su hermano lo obligaría a hablar, querría saber cada detalle. Bruno aún no podía entender, después de todo este tiempo, por qué el hermano equivocado había ido a la guerra.

*

Un recuerdo. Bruno tiene unos siete años, su hermano quince. Un cálido día de verano, al atardecer, las sombras largas. Juntos observaban a un grupo de cinco niños de la edad de Bruno haciendo carreras de caracoles. En sí, las carreras de caracoles carecen de emoción, pero los niños estaban haciendo apuestas, jugando a pelear y haciendo mucho ruido, y su alegría era contagiosa. Los cinco caracoles habían sido alineados de manera bastante desordenada y tratar de ponerlos en línea recta estaba causando mucha hilaridad. Bruno y Joseph estaban haciendo un recado, y Joe tenía prisa por volver a casa, algo relacionado con una chica. Los niños invitaron a Bruno a unirse; solo necesitaba encontrar su propio caracol primero. Joe, Bruno lo sabía, tenía instrucciones estrictas de no dejar a Bruno vagar solo. Bruno le rogó a Joe que le permitiera jugar. Joe dijo que no. Bruno suplicó un poco más. Entonces, en un acto de desafío, Bruno le dijo a su hermano que se negaba a volver a casa con él, que se iba a quedar y punto. La respuesta de Joe fue rápida y brutal. Pisó con fuerza cada caparazón con su bota.

Ese día, Bruno aprendió todo lo que había que saber sobre su hermano; que Joseph era duro, que estaba acostumbrado a conseguir lo que quería y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para salirse con la suya, incluso si eso significaba pisar y romper caparazones. Incluso ahora, después de tantos años, Bruno podía escuchar el crujido agudo de cada caparazón cediendo bajo la bota de su hermano, podía ver las expresiones de asombro en los rostros de los niños. Con el paso de los años, llegó a conocer a los cinco niños y de alguna manera se hizo amigo de ellos. Pero nunca fue capaz de entregar verdaderamente su amistad, ese sentimiento subyacente de vergüenza lo retenía. Tres de esos niños estaban muertos ahora, otro prisionero de guerra en algún lugar de Odessa, y el cuarto viviendo en casa siendo alimentado con cuchara por sus padres, un hombre atrapado en el cuerpo de un infante. Así es la guerra. Así que, sí, él, Bruno Spitzweg, tenía suerte. Su hermano aún más suerte. Él era un nazi. Y Bruno lo odiaba por ello. El mundo había sido destrozado por sus creencias, millones asesinados o mutilados, innumerables vidas arruinadas, y aun así Joseph, su hermano obcecado, seguía creyendo.

Su madre había salido con la esperanza de comprar verduras en el mercado semanal. El hermano de Bruno apareció inesperadamente. Era la primera vez desde el regreso de Bruno que los dos hermanos se encontraban solos. Joseph estaba de pie junto al escritorio, hojeando archivos, de espaldas a Bruno.

—¿Madre te mencionó que mi negocio ha quebrado?

—Puede que lo haya mencionado de pasada.

—Sí, bueno. No estoy muy preocupado. Una vez que la victoria sea nuestra, simplemente volveré a empezar. La gente siempre necesita zapatos. Al menos en tiempos de paz. Debes estar aburriéndote, Bruno —dijo por encima del hombro—. Sentado aquí todo el día sin nada que hacer.

—Mejor que la alternativa. —Encendió un cigarrillo y exhaló una columna de humo que captó la luz invernal de la mañana que entraba por la ventana—. ¿Cómo va el trabajo con el partido?

—Ah, ocupado como siempre. Más ocupado, de hecho.

—Eso es bueno.

—Sí. Ajá, aquí está. —Joseph se metió el archivo bajo el brazo y se dispuso a irse, pero se detuvo frente a su hermano—. Hacemos un buen equipo, ¿no crees? Tú luchando por el Führer en el frente, yo luchando por la buena causa en la retaguardia. Todavía queda mucho trabajo por hacer, Bruno, un largo camino por recorrer.

—¿Antes de qué, Joe? ¿Antes de que Hitler nos mate a todos?

Joseph entrecerró los ojos. —Has pasado por mucho, Bruno. No estás bien; cualquiera puede verlo. Así que lo dejaré pasar esta vez. —Dio un paso adelante—. Pero si alguna vez te oigo decir algo así de nuevo, haré que te fusilen por traidor. La lealtad está por encima de la sangre. No lo olvides.

—No dejes que te retenga, Joseph.

—Heil Hitler.

El cuerpo de Bruno se estremeció con el golpe de la puerta principal. Levantó la mano para fumar su cigarrillo, pero encontró que le temblaba tanto que no podía maniobrarla. Y en algún lugar, en lo profundo de su cerebro, escuchó el crujido agudo de cinco conchas de caracol rompiéndose.

Capítulo 25

Los días y semanas pasaban, y a Hannah le resultaba difícil entender qué se suponía que le iba a suceder y por qué. En primer lugar, no le estaba pasando nada. La mantenían encerrada en el ala oeste de la residencia junto con varias otras mujeres de su edad en un entorno lujoso. Cada una tenía su habitación, y eran habitaciones muy bonitas, no muy diferentes a su hogar anterior, que daban a grandes extensiones de césped ahora cubiertas de nieve. Vivían en una casa preciosa que hasta 1941 había sido un hotel de buena reputación. El comedor presumía de una gran fotografía del Káiser Guillermo II y su esposa, la Princesa Augusta, quienes se alojaron aquí una noche en 1911.

Tenían abundante comida; podían bañarse y tenían acceso a una piscina y a una enorme biblioteca para elegir libros. Había una guerra en curso, por el amor de Dios; la comida estaba racionada; la gente no debería vivir así. Y sin embargo, ellas lo hacían. Las otras chicas estaban igualmente desconcertadas. No les permitían acceso a la radio. Estaban completamente aisladas del mundo. Era como si hubieran entrado en una existencia totalmente nueva, desprovista de lo que estaba sucediendo allá afuera en el mundo real. Incluso estaba empezando a superar su ansia por los cigarrillos.

Hannah encontraba difícil hablar con las otras chicas, tenía poco en común con ellas. Quizás porque era la única chica de ciudad entre ellas, un poco más cosmopolita como solía decir su padre. Las enfermeras que iban y venían eran aún más insulsas. Tanto así, que Hannah empezó a anhelar ver a la enfermera Lowitz; podría tener los modales de un dragón, pero al menos podía hablar con ella.

Alrededor del cuarto día, cuando Hannah no pudo soportar más la falta de información, acorraló a la enfermera Lowitz.

—Enfermera, se ve muy bien hoy.

La enfermera Lowitz no perdió el ritmo.

—¿Qué es lo que quiere, Hannah?

—Por favor, enfermera, dígame por qué estoy aquí.

—Se lo haremos saber cuando sea el momento adecuado.

—¿Y cuándo será eso?

—No falta mucho.

—Pero yo... solo dígame, enfermera. Me enviaron aquí porque... bueno, como castigo porque...

—No, Hannah, no la enviaron aquí como castigo. La enviaron aquí porque se consideró que podría servir mejor a la Patria y al Führer desde aquí.

—Pero no estoy haciendo nada.

—Lo hará.

—Pero...

—Ya basta. No más preguntas. Ahora, ¿ha desayunado bien?

Y así Hannah pasaba la mayoría de sus días holgazaneando en un sofá en la sala común, leyendo libros, nadando ocasionalmente y comiendo. A menudo, se encontraba repasando mentalmente su conversación con el apuesto cabo que había conocido en la estación de tren. Él dijo que vivía cerca. Cómo le encantaría encontrárselo de nuevo.

—Creo que nos están engordando —les dijo a las otras mujeres.

—Yo sé lo que nos va a pasar —dijo una de ellas, una chica bonita de cabello oscuro llamada Lena—. Escuché que nos van a enviar al Frente Oriental donde tendremos que entretener a los soldados, bueno, a los oficiales.

—¿Qué quieres decir con entretener? —preguntó Hannah.

—Ya sabes, cantar y bailar para ellos, ese tipo de cosas.

—No puedo cantar ni para salvar mi vida. ¿Estás segura?

—Eso es lo que escuché.

—Quizás —dijo otra mujer, Erika—, van a experimentar con nosotras.

—¿Cómo? —preguntó Lena—. ¿De qué manera?

—No lo sé.

—No —dijo Hannah—. No sean tontas. ¿Quién experimentaría con nosotras? ¿Qué clase de personas harían eso?

Hannah no creía nada de esto ni por un segundo. Pero tenía que averiguarlo. Recordó el armario de llaves de Angela en su oficina en el antiguo hogar. Seguramente, tendrían algo similar aquí. Ya había deducido que el viejo hotel estaba efectivamente dividido en dos, con un pasillo en cada uno de los cuatro pisos que conectaba las dos alas. Encontrar la llave de la puerta de la planta baja sería demasiado arriesgado, demasiado concurrido. Pero si pudiera encontrar la llave de la puerta del tercer piso...

También se dio cuenta de que la oficina de la enfermera Lowitz estaba al otro lado de la cocina, un lugar totalmente inaccesible para las "residentes", como las llamaban, no prisioneras, lo que ella habría considerado una etiqueta más apropiada. La cocina se cerraba por la noche pero estaba abierta todo el día, y también ocupada todo el día. Comenzó a observar al personal de enfermería y a tomar nota de sus rutinas. Cenaban juntas poco después de las residentes a las siete. No había mejor momento. Entró decidida en la cocina, decidiendo que la asertividad era la mejor política. Efectivamente, la detuvieron y la cuestionaron. "Está bien", dijo. "La enfermera Lowitz me pidió que buscara el archivo de Lena". Usar el nombre de la enfermera Lowitz fue suficiente para acallar más preguntas. Su oficina, aunque pequeña, estaba ordenada; todo archivado, todo en su lugar. Y, sí, efectivamente, al igual que Angela, una caja de llaves perfectamente organizada. Y allí estaba: 3er piso, pasillo. Perfecto. Se deslizó la llave en el bolsillo.

Regresó tranquilamente por la cocina, negando con la cabeza. —No la pude encontrar. Volveré más tarde. —Nadie le prestó atención. Revisó el descansillo, podía oír a las enfermeras disfrutando de su cena. Subió los tres pisos hasta la planta superior, temiendo que usar el ascensor pudiera llamar la atención. Encontró el piso superior a oscuras. Tuvo que encender una luz, de lo contrario no podía ver. Debería haber traído una linterna, pero ¿de dónde? ¿Dónde guardaban las linternas? Y, sí, allí al final del pasillo, había una puerta, obviamente una temporal que solo recientemente había sido instalada, una cosa barata y de aspecto desagradable cuando todo lo demás era tan elegante. Ya casi estaba allí, y sabría por qué la estaban manteniendo a ella y a las demás aquí, contra su voluntad. Tomó la llave, sus dedos ahora temblando de anticipación, ansiosa por saber exactamente qué había al otro lado en el ala este. Introdujo la llave en la cerradura, su corazón palpitando de emoción, y la giró. Escuchó el satisfactorio giro de la cerradura Chubb. Contuvo la respiración. El conocimiento es poder, pensó. —Buenas noches, Fräulein Schiffer —dijo la voz retumbante detrás de ella mientras, al mismo tiempo, una pesada mano se posaba sobre su hombro.

Capítulo 26

Hannah yacía en su cama. Luego, finalmente, se levantó, recorrió la longitud de su habitación, se sentó junto a la ventana por un rato observando la nieve caer, y luego regresó a su cama. Estaba desesperada por salir, por respirar aire fresco, por disfrutar de la libertad. Había comido su almuerzo en su habitación, la habían escoltado al baño y de vuelta, y ese había sido el punto culminante del día. Llevaba cinco días encerrada en su habitación del segundo piso. Este era su castigo: aislamiento total, confinamiento solitario en el lujo. Pero el lujo, la cama suave y la vista impresionante, no lo hacían menos tortuoso. Sin libros, sin radio, sin compañía. Incluso echaba de menos a Lena y a las otras chicas y su charla insustancial. Hasta le habían confiscado el reloj, así que no tenía idea de qué hora era excepto por la cantidad de luz diurna afuera. No le habían permitido salir para lavarse, simplemente para usar el inodoro. Y cuando no había nadie para escoltarla al baño, le dejaban un cubo para orinar.

Todo lo que podía hacer era pensar. Y pensaba en Jan; pensaba en la pequeña Greta, y en cómo ambos habían sufrido, y pensaba en sus padres. Una parte de ella quería odiar a Greta por haberla delatado, pero no podía. La niña era tanto una víctima como ella. Su padre había muerto luchando por el Führer, una muerte de héroe. Qué mierda. ¿De qué sirve una muerte de héroe cuando tienes once años y lo único que quieres es tener a tu papá? Él nunca estaría allí para sus futuros cumpleaños, las Navidades por venir. No estaría allí para entregarla el día de su boda; no estaría allí para ser abuelo de sus hijos. Ni siquiera una tumba para visitar, una tumba sobre la cual pararse y hablar, para decir hola, para decir gracias, para decir te quiero.

Su propio padre había tenido razón. Había odiado a los nazis desde el primer día, y los odiaba aún después, cuando odiarlos podía hacer que te arrestaran. Su pobre padre, con sus peculiares creencias en la libertad de expresión y la democracia. Cuando todos tienen voz, nadie tiene poder. ¿No es eso lo que creían los nazis? Y su pobre madre que pasó su vida haciendo callar a su marido, aterrorizada de que su ira y sentido de la rectitud pudieran hundirlos a todos. Su madre, la verdadera columna vertebral de su pequeña familia. Solo ahora, atrapada en su celda acolchada, apreciaba lo fuerte que era su madre exteriormente frágil.

Y luego estaba Jan. Jan, cuyo nombre real no conocía, nunca conocería, un polaco, un hombre de gran dignidad que, en algún lugar, tenía una esposa y una hija esperándolo, esperando, rezando, que estuviera bien y sobreviviendo. Nunca sabrían qué le pasó. Incluso años después, cuando el mundo finalmente estuviera en paz, cuando los nazis fueran finalmente derrotados, aún no sabrían cómo, cuándo y dónde murió su esposo y padre. Odiaba el hecho de no saber su verdadero nombre; se sentía mal de alguna manera, como un insulto final, que en el momento de su muerte, no supiera el nombre con el que había sido bautizado.

Durante los primeros días, encerrada en este antiguo hotel, casi se rió de que este fuera el alcance de su "castigo". Tal vez habían cometido un error, que en lugar de castigarla, accidentalmente habían mezclado su expediente con el de alguien más y la habían enviado a este lugar de lujo para relajarse y disfrutar. Ahora sabía que esto no era un error - los nazis rara vez cometían

errores. Era parte del plan más grande, algo que al principio había sido incapaz de apreciar, y mucho menos de ver. Porque ahora, después de semanas aquí, y días en este confinamiento solitario, sabía que era de ellos, verdadera y completamente de ellos. No a través del dolor, no a través de la tortura física, sino a través de un medio más sutil y mucho más efectivo - la sumisión de su voluntad. Hannah sabía que estaba rota, mental, física y, lo más crucial, espiritualmente. Desde un plano superior, podía ver lo que le habían hecho y casi admiraba su paciencia y habilidad, su manipulación de la mente. Porque sabía que ahora haría cualquier cosa por ellos. Absolutamente cualquier cosa. Recorría su habitación, su celda, totalmente perdida, incapaz de pensar más, desesperada por ver un rostro, cualquiera, alguien con quien hablar, cualquier forma de interacción.

Pasaron otro día o dos. Su reloj biológico había perdido todo significado. Dormía en momentos extraños, a veces solo por unos minutos, a veces, cuando tenía suerte, durante horas seguidas. Otras veces se sentía energizada cuando afuera estaba completamente oscuro, y caminaba de un lado a otro, incapaz de encontrar una salida para su energía, frenética por una liberación. Su desorientación era completa.

Así que cuando, después de varios días, la enfermera Lowitz apareció inesperadamente en su habitación, Hannah se lanzó sobre ella, llorando y luego aullando de alivio al ver un rostro familiar.

La enfermera Lowitz la sostuvo cerca de su pecho, acariciando el cabello empapado y ahora grasiento de Hannah. —Está bien, querida, está bien. Déjalo salir. Eso es, déjalo salir todo. Buena chica.

—Lo siento tanto, enfermera, lo siento tanto...

—Está bien ahora, lo sé, lo sé. Lamento que tuviéramos que hacerte esto, pero teníamos que hacerte entender.

Hannah apenas podía hablar. —Lo siento —balbuceó.

—Sí, pero ¿por qué lo sientes, Hannah? ¿Por qué? Dime por qué lo sientes. Vamos, respira profundo y dímelo.

La mano gentil de la enfermera acariciando su mano era la sensación más deliciosa y cálida que jamás había experimentado. —Siento haber intentado averiguar qué hay en el ala este.

—Buena chica. Pero tu curiosidad era simplemente emblemática de un malestar mayor. No eres como las otras chicas, Hannah. Eres mucho más inteligente que las demás, así que tu curiosidad era de esperarse. Sabíamos que dudarías de nosotros, pero no tienes necesidad de hacerlo. Solo queremos lo mejor para la Patria, el Führer y para ti. ¿Entiendes esto ahora?

—Sí, sí, enfermera, lo entiendo. Lo siento.

—Dudaste de nosotros. —La enfermera agarró a Hannah con más fuerza, presionando su cabeza firmemente contra su pecho, tan apretada que Hannah encontró difícil respirar—. Dudaste de nosotros.

—Sí, sí, dudé de ustedes. Lo siento.

La enfermera Lowitz aflojó su agarre una fracción. —Hicimos esto por tu propio bien, Hannah. ¿Lo ves ahora?

—Sí, lo veo ahora, lo veo. Lo siento.

—Creemos que ahora estás lista para proceder a la siguiente etapa. ¿Te gustaría eso?

Hannah intentó sorber el moco que se acumulaba en su nariz. —Sí, me gustaría.

—¿Te gustaría proceder ahora al ala este?

—Sí, sí, sí, me gustaría. Estoy lista.

—¿Estás segura? Porque si no, podríamos dejar...

—No, no, cualquier cosa menos esperar más. Estoy lista, enfermera. Créame, estoy lista.

—Buena chica —dijo, dándole una palmadita en la espalda a Hannah—. Nosotros también creemos que estás lista. Así que mañana por la tarde procederemos. ¿Te gustaría eso?

Capítulo 27

Hannah despertó. Había luz, pero no tenía idea de qué hora era. Se dejó caer sobre la almohada, incapaz de encontrar la energía para levantarse. Recordaba que la enfermera Lowitz había venido a su habitación, le había hablado. ¿Había sucedido realmente o había sido un sueño? Le había dicho que Hannah estaba lista para proceder. Esa fue la palabra que usó. Proceder. Esta noche, había dicho. Esta noche. La enfermera Lowitz era simplemente la persona más amable que jamás había conocido. Simplemente la más amable.

Un enfermero vino y llevó a Hannah a los baños. Esta vez, por primera vez desde su aislamiento, le permitieron ducharse. Oh, qué dicha. Se quedó allí, con una sonrisa en los labios, los ojos cerrados, mientras el agua deliciosamente cálida caía sobre ella. —Necesitas lavarte el pelo —dijo el enfermero. Hannah estaba feliz de hacerlo. Quince minutos después, regresó a su habitación, más limpia de lo que había estado en mucho tiempo.

Se sentó junto a su ventana, con una toalla envuelta como un turbante alrededor de su cabello, observando las nubes pasar, viendo formarse una nueva capa de nieve, feliz por una vez, porque hoy era el día. La enfermera Lowitz vendría a buscarla; solo necesitaba ser paciente. Solían tener un dicho tonto cuando estaba en la escuela: hoy es el primer día del resto de tu vida. Lo decían todo el tiempo, como un pequeño ritual de saludo. Pero hoy realmente creía que era cierto. Hoy realmente era el primer día del resto de su vida.

Sus oídos se aguzaban cada vez que creía escuchar pasos fuera en el pasillo. Seguramente, esta vez. Seguramente, esta vez. La luz del día se desvanecía, la noche se acercaba. La nieve, más blanca y crujiente que nunca, daba al mundo un nuevo brillo, uno que deslumbraba sus ojos, la asombraba tanto por su pureza como por su dureza. El enfermero le trajo a Hannah su comida, la más grande y agradable desde el inicio de su aislamiento. —Necesitas comerlo todo —dijo.

Y luego, media hora después de terminar su comida, se abrió la puerta. Y era ella, la enfermera Lowitz. Hannah se levantó inestablemente de su asiento. ¿Podría ser este el momento?

La enfermera Lowitz asintió. —Es hora.

—¿Necesito... necesito...?

—No. Puedes dejar todo aquí. Tendrás todo lo que necesitas en tu nueva habitación.

—¿En el ala este?

—En el ala este.

Hannah se puso sus zapatillas y siguió a la enfermera por el pasillo, llegando a la puerta divisoria. Esto era como nacer de nuevo, pensó Hannah, la transición de una vida a una nueva, una mejor. Esperó mientras la enfermera Lowitz desbloqueaba la puerta. Hannah tembló un poco, tuvo que forzarse a no morderse las uñas. —Espera un momento —dijo la enfermera mientras guiaba a Hannah del oeste al este. La enfermera Lowitz cerró la puerta detrás de ella. Hannah miró a su alrededor, esperando que las cosas fueran diferentes, pero no lo eran, aún no.

—¿Has comido? —preguntó la enfermera Lowitz.

—Sí, todo.

—Bien. Entonces te llevaré primero a tu nueva habitación, luego bajaremos y conocerás a las demás.

—¿Las demás?

—Lena y tus otras amigas.

Hannah tragó su decepción.

La enfermera Lowitz lo notó. —Y luego —dijo—, te presentaremos a nuestros invitados muy especiales.

El corazón de Hannah se aceleró un latido. —¿Invitados especiales?

La enfermera Lowitz le dio una palmadita en el brazo. —Todo a su debido tiempo, querida. Todo a su debido tiempo. Aquí estamos, tu habitación.

Oh, esto era diferente, esto era más lujoso. Una cama doble, un espejo largo sobre ella, un espejo de cuerpo entero, un reloj octagonal, un gran armario, un sillón, una lámpara de pie y un tocador cargado de cajas y tubos de maquillaje.

—Espero que te guste.

—Dios, sí, es... es encantador. Gracias.

—Echa un vistazo al armario.

Hannah puso su mano en el pomo de la puerta del armario pero se detuvo un momento, saboreando la emoción de la anticipación. Abrió la puerta y... oh, vaya. —¿Son estos...?

—Sí, Hannah, lo son. Puedes elegir a tu gusto.

Hannah pasó sus dedos por el perchero de vestidos, disfrutando de la deliciosa sensación táctil. Había ocho, no, diez vestidos aquí de varios estilos y colores, algunos de material fino, algunos brillantes, algunos coloridos, algunos largos, algunos cortos. Y debajo de ellos, perfectamente alineados en un estante, había cinco pares de zapatos, algunos de tacón alto, algunos negros, algunos marrones, algunos de charol, algunos de color beige.

—Todos deberían quedarte bien —dijo la enfermera Lowitz—. Y necesitas elegir uno ahora, para esta noche.

—¿Esta noche?

—Oh sí, porque esta noche, Hannah, irás al baile.

Capítulo 28

Los pensamientos y sueños de Bruno a menudo volvían a la guerra en Rusia. No era un lugar al que quisiera ir, pero no tenía control sobre ello. E invariablemente recordaba a la chica que llamaban Zoya.

Bruno y sus colegas habían oído rumores de que era una joven que se escabullía sin ser notada y saboteaba sus posiciones. La población local comenzó a reverenciarla como una salvadora; sus valientes hazañas les estaban dando esperanza. Los alemanes necesitaban atraparla. La alegre banda de esta chica había colocado minas en las vías del tren y clavos en la carretera, interrumpiendo sus líneas de suministro. Habían puesto trampas en los bosques cercanos. Había llegado al punto en que los alemanes le temían más a esta líder adolescente que los rusos a ellos. Había que detenerla. Su valentía no conocía límites. Habían ocupado un pequeño pueblo a unos doscientos kilómetros al sur de Moscú. En sí, un lugar pequeño e insignificante, pero su ubicación en una de las principales arterias hacia la capital significaba que tenía un alto valor estratégico. Tenían que aferrarse a él y, si no por otra cosa, no estaban dispuestos a ser derrotados por una adolescente.

Bruno y sus camaradas dormían una noche de diciembre, con temperaturas que rozaban los veinte grados bajo cero. Los centinelas no la vieron. Se deslizó y prendió fuego a una casa que había sido utilizada por los alemanes. No podía saber que la habían abandonado apenas un par de noches antes porque estaba infestada de alimañas. Tenían que aplaudir su audacia, pero esto realmente estaba demasiado cerca para su comodidad. Se enteraron de que los lugareños la llamaban Zoya. Si ese era su verdadero nombre o no, no importaba. Zoya era, y a Zoya había que detenerla.

Pasó una semana y no ocurrió nada más. Dos semanas. Tres. Tal vez, pensaron, la habían matado o enviado a otro grupo partisano en algún otro lugar. Comenzaron a respirar un poco más tranquilos.

Era Nochebuena, cerca de la medianoche, cuando Bruno, de patrulla, fue a revisar los graneros en la parte trasera del pueblo. Oyó algo, vio una sombra. —¡Alto! —gritó. La persiguió. Ahora podía verla, una figura de negro, esbelta como un gato, sus huellas en la nieve. Los gritos de Bruno alertaron a sus camaradas. Levantó su rifle, apoyó la culata contra su hombro, apuntó y disparó. Y falló. El soldado Gluck salió de la letrina, abotonándose la bragueta, sacudiéndose la nieve de las botas, cuando él también la vio. Pero demasiado tarde, ella lo vio primero y le disparó con su revólver. Gluck se desplomó. Más soldados aparecieron al final del pasillo. Ella tuvo que dar media vuelta. Corrió directamente por donde había venido, obviamente sin tener en cuenta que Bruno aún podría estar allí. De nuevo, él levantó su rifle. Ella se detuvo en seco; lo había visto. Los dos cruzaron miradas, a apenas tres metros de distancia. Era tan joven, sus ojos tan feroces, una belleza peligrosa y salvaje. El corazón de Bruno latía con fuerza. Físicamente, era en efecto solo una chica, pequeña, frágil. Pero por los dioses, esos ojos le quemaban, el odio crudo lo atravesaba. Sabía lo que le harían, la tortura, la indignidad, la muerte lenta; la

pulverizarían . No tendría ninguna oportunidad. Susurró su nombre, «Zoya», y luego apretó el gatillo. El disparo resonó. La chica se desplomó como una marioneta a la que le cortan las cuerdas. Aparecieron hombres de todos lados. Algunos le daban palmadas en la espalda, le preguntaban si estaba bien, otros pateaban el cadáver. La sangre se filtraba por debajo de ella, impactantemente roja contra la nieve.

Las campanas de la iglesia cercana dieron la medianoche. Alguien le dio una palmada en la espalda a Bruno y dijo: —Feliz Navidad, amigo mío.

Bruno se enderezó en su cama. Su cuerpo empapado en sudor, su respiración como la de una locomotora. Se preguntó si habría estado gritando. Su pequeño reloj de mesita marcaba las 4 de la madrugada. Se frotó los ojos, tratando de liberarla de su memoria, de sus sueños. Le había hecho un favor. Zoya también lo habría sabido. Sus oficiales estaban furiosos con él. Ella habría tenido información valiosa. ¿Por qué no la había simplemente herido? ¿Realmente se había asustado tanto por una adolescente? Francamente, sí. Vio de lo que era capaz, fue testigo de su determinación. La valentía no necesita un par de pelotas.

Bruno era solo un niño cuando Adolf Hitler llegó al poder. Joseph, que ya tenía veintiún años, había sido durante mucho tiempo un partidario de los nacionalsocialistas, aunque cauteloso. Pero una vez en el poder, abrazó el régimen de todo corazón. Culpaba a los judíos de todas las desgracias de Alemania y realmente veía a Hitler como un regalo de Dios que revertiría todas las humillaciones de la nación y devolvería al país su gloria anterior.

Cuando comenzó la guerra, Joseph era una parte tan integral de la maquinaria del partido local que no podían permitirse perderlo. Y así, Joseph permaneció mientras Bruno, ya en edad, se vio obligado a alistarse y luchar.

Unos días antes, Bruno había ido a ver al médico del pueblo, quien inspeccionó su hombro y se declaró satisfecho con el progreso de Bruno. Dijo que escribiría un informe y lo enviaría al oficial regional al mando de Bruno. Mientras regresaba a casa de su madre, se encontró mirando alrededor por si acaso veía a la hermosa mujer que había conocido al bajar del tren.

Ahora, Bruno se encontraba sentado en la oficina del Coronel Kiefer, siendo observado no solo por Hitler sino por toda una serie de retratos de los líderes del partido. El coronel rellenó su pipa mientras leía por encima las notas de Bruno. —Hmm. El médico parece bastante satisfecho con tu progreso. Pero ese omóplato necesitará tiempo. ¿Eres diestro?

—Sí, señor.

—Menos mal. Ahora, lo que quiero saber, Cabo, es por qué te dispararon por la espalda. —Levantó la mirada y miró directamente a los ojos de Bruno—. ¿Estabas huyendo del enemigo?

—¡No! No, señor, para nada. Fue un francotirador, señor. Fui... desafortunado.

El coronel arrojó el expediente de Bruno sobre el escritorio. —Eso parece. También dice aquí que mataste a tiros a una partisana cuando capturarla viva habría sido mucho más beneficioso.

—Era ella o yo, señor.

—Algo no cuadra aquí. Eres un tipo escurridizo, Cabo. Y ahora supongo que estás sentado de brazos cruzados sin hacer nada.

—No fue solo por la herida, señor. Me correspondía un permiso. Llevaba más de dos años en Rusia.

—Oh, se me parte el corazón. ¿Crees que el Führer se considera con derecho a un permiso? Ya sé, vayamos todos de permiso. Un par de semanas en la costa para recargar las pilas. ¿Qué crees que estamos dirigiendo aquí, Cabo?

—Lo siento, señor. No quise ofender. —Las mejillas de Bruno se encendieron. Dos años de combate, temiendo por su vida, el frío, el barro, la suciedad. Y este oficial de despacho le hablaba así y cuestionaba su compromiso.

—Sí, bueno. —El coronel encendió su pipa, chupando varias veces antes de desaparecer tras una gran nube de humo azul. Tosió y se dio una palmada en el pecho—. En fin, no tendrás que estar cruzado de brazos por mucho más tiempo. Tengo un trabajo para ti.

—¿Señor?

—Toma esto. Aquí se explica todo. —Abrió un cajón a su lado y arrojó una carpeta marrón sobre la mesa, levantando una nube de ceniza del cenicero—. Y créeme cuando te digo que me lo agradecerás. En serio, Cabo. El trabajo que tengo para ti es simplemente el mejor que cualquier hombre cuerdo podría desear.

Capítulo 29

La enfermera Lowitz le dijo a Hannah que se tomara su tiempo para arreglarse; volvería a buscarla exactamente en una hora. Hannah necesitó cada minuto, eligiendo qué maquillaje ponerse y aplicándolo cuidadosamente. Esto, en sí mismo, le proporcionó una experiencia gozosa. Los nacionalsocialistas desaprobaban que las mujeres se maquillaran. Teniendo esto en cuenta, decidió mantenerlo sutil; no quería asustar a nadie. Deseó haber preguntado a la enfermera Lowitz qué tipo de velada sería y cómo debía presentarse. ¿Sería una cena formal? No, seguramente no, de lo contrario, ¿por qué la comida anterior? ¿Quizás un baile? Tampoco, porque, aparte del médico en su primer día aquí, no había visto a un hombre en semanas. La enfermera Lowitz había mencionado invitados especiales. ¿Habría algún hombre entre ellos? Dios, esperaba que sí. Se dio cuenta de cuánto echaba de menos ver a los hombres. Era una mujer atractiva; lo sabía, y se había acostumbrado a que los hombres la miraran, la admiraran. Y ahora, cuando lo pensaba, lo echaba de menos, encerrada aquí en este lugar extraño. Quería ser apreciada de nuevo. Entonces, ¿qué ponerse? Se probó cada vestido frente al espejo de cuerpo entero. Se pondría este. No, era demasiado atrevido. Se pondría este otro; no, era demasiado conservador. Este, seguramente. No, demasiado mayor para ella. ¿Y los zapatos? ¿Irían bien estos con este vestido o aquellos con aquel vestido? Esto era demasiado. Era como ofrecer un banquete completo a un hombre hambriento cuando una simple sopa bastaría. Se probó todos los vestidos y zapatos en varias combinaciones y en rápida sucesión. Casi se había quedado sin tiempo. Al final, se decidió por los zapatos negros brillantes y el primer vestido que se había probado, aunque fuera un poco atrevido. Abrió los cajones dentro del armario y, qué maravilla, encontró un par de estolas. ¿Era esto armiño; era esto visón? No, probablemente no. Aun así, eligió una y contempló el resultado final, asintiendo con satisfacción.

Exactamente una hora después, la enfermera Lowitz regresó. Se llevó la mano al pecho y, inclinando la cabeza, sonrió. Hannah nunca había visto sonreír a la mujer antes.

—Vaya, te ves divina, Hannah.

Hannah hizo una reverencia.

—Bueno, gracias, enfermera Lowitz.

—Ese rojo te queda muy bien, y el ribete morado también. Encantadora, Hannah. Serás todo un éxito, eso es seguro.

—¿Un éxito con quién?

—Ya verás. Ahora, ven, vamos a reunirnos con las demás.

Hannah se sintió como el proverbial patito feo resurgiendo como el hermoso cisne. La enfermera Lowitz mostraba más interés y preocupación por ella que su propia madre jamás había mostrado. Era una experiencia nueva y maravillosa, pero ojalá supiera adónde y a qué la llevaba la enfermera Lowitz y exactamente qué se esperaba de ella. Juntas, tomaron el ascensor hasta la planta baja. Hannah contuvo la respiración intentando calmarse.

—No te preocupes —dijo la enfermera—. Estarás bien.

—Pero ¿adónde me lleva?

Las puertas del ascensor se abrieron.

—Sígueme.

Hannah estaba segura de que dondequiera que fuera, la enfermera Lowitz no iría. Todavía llevaba puesto su uniforme de enfermera. Llegaron al comedor. La enfermera Lowitz se detuvo en las puertas dobles.

—Esta noche, Hannah, tu tarea es tan importante como la de cualquier soldado sirviendo en el frente. El soldado sabe que se le ha confiado una responsabilidad hacia sus compañeros, su nación y el Führer. Tu responsabilidad no es diferente ni menor.

—No entiendo...

La enfermera Lowitz abrió las puertas dobles y, haciéndose a un lado, indicó a Hannah que pasara. La enfermera hizo una discreta salida.

Hannah vio a sus compañeras residentes luciendo todas resplandecientes en sus vestidos y trajes sentadas en pequeñas mesas redondas repartidas por la sala. Las luces estaban atenuadas, la mirada atraída por una enorme lámpara de araña reluciente, un fuego suave ardía en la ornamentada chimenea. Un suave vals sonaba de fondo. Un par de camareros esperaban en las alas. Hannah notó que uno cambiaba el disco. Las chicas se pusieron todas de pie al verla.

—Hannah, ¿dónde has estado? —dijo Lena, abrazándola a distancia. Cada chica tenía una copa de algo espumoso y cada una, por alguna razón, tenía sus nombres de pila escritos y pegados en sus pechos.

—Pensamos que nos habías dejado —dijo una de las otras chicas.

Erika se acercó a ella.

—Toma, será mejor que te pongas esto —dijo, pasándole a Hannah su propia insignia con el

nombre.

—Y toma, bebe un poco de esto —dijo Lena, poniendo en la mano de Hannah una copa de vino, o tal vez champán.

—Oh, se me ha subido a la nariz —soltó una risita.

—No se supone que debes tragarlo de golpe, tonta. Se supone que debes sorberlo, así, como una dama —Lena hizo una demostración—. Está bueno, ¿verdad? Puedes tomar todo lo que quieras. Te ayudará a relajarte.

Erika propuso un brindis.

—Por nuestro Führer —dijo, con la copa en alto—. Y por nuestros futuros.

Hannah tomó un delicado sorbo, como una dama.

—¡Y aquí está por follar! —gritó Lena. Las chicas rieron estrepitosamente.

—¿Por... por q-qué dijiste eso? —preguntó Hannah.

—Bueno, es para lo que estamos aquí.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué quieres decir con qué quiero decir? ¿No te lo han dicho?

—¿Dicho qué?

Las puertas dobles se abrieron. La enfermera Lowitz reapareció.

—¡Señoritas! Señoritas, por favor, den la bienvenida a sus invitados —Se hizo a un lado e hizo una reverencia—. Caballeros. Pasen, pasen, por favor.

Capítulo 30

Entraron uno tras otro, seis superhombres uniformados. Las chicas juntaron las manos. Una soltó una risita; otra aplaudió; otra silbó. —Dios mío, míralos —dijo Lena, sacando pecho. Los hombres, más bien chicos, parecían cortados por el mismo patrón: musculosos, erguidos y seguros de sí mismos. Todos vestían los uniformes negros y brillantes de las SS, excepto uno, notó Hannah, el que entró último. En su lugar, llevaba el uniforme del ejército regular, un cabo. Él le dirigió una mirada, un destello de sonrisa, y ella se dio cuenta con un sobresalto de que lo reconocía. —Buenas noches, señoritas —dijeron los hombres al unísono. —Buenas noches.

Hannah notó que la enfermera Lowitz se había escabullido. Los hombres se movieron alrededor de las mujeres mirando las placas con sus nombres en sus pechos. El corazón de Hannah dio un vuelco al recordar dónde había visto al hombre que reconoció. Lo había visto en el tren; se habían bajado juntos. Se preguntó si él también la habría reconocido. Deseó que se acercara a ella. Pero no, se acercó a Lena, quien no parecía muy contenta al respecto.

En su lugar, se le acercó otro. —Ajá —dijo con voz resonante—. Usted es la señorita Hannah. —Ofreció su mano. Ella la tomó y él la llevó a sus labios para besarla. Hannah se estremeció ante el contacto y tuvo que contenerse para no apartar la mano bruscamente. —Teniente Felix Brosch —dijo—. Encantado de conocerla.

El teniente Felix Brosch tenía manos sorprendentemente suaves para ser un hombre de complexión tan cuadrada. Una cabeza cuadrada sobre un cuerpo cuadrado, como un juego de bloques de construcción. —Seré su acompañante esta noche. ¿Nos sentamos? —Le ofreció una silla, empujándola ligeramente cuando Hannah se sentó. Igualmente incongruente era su sonrisa torcida; sonreía mucho, pensó Hannah, pero sus ojos permanecían pétreos.

Un camarero circulaba con una bandeja dorada de vino. Felix agarró dos copas y le dio una a Hannah. Se puso de pie abruptamente y, dirigiéndose a la sala, gritó pidiendo un brindis. Se sucedieron rápidamente varios brindis ruidosos, después de los cuales Felix se sentó con aire satisfecho. Hannah sorbió su bebida y observó al apuesto hombre con uniforme del ejército hablando, o al menos intentando hablar, con Lena. Parecía completamente diferente a los demás, como si no fuera parte de su grupo, un intruso.

—Bueno, ¿en qué estábamos? —dijo Felix, volviendo a su asiento e indicando a Hannah que volviera al suyo.

—Aparentemente, vamos a ser compañeros.

—Ah, sí, en efecto. —Encendió un cigarrillo—. Qué suerte tienes, ¿eh?

—Sí, teniente.

—Eh, eh, nada de teniente. Por favor, llámame Felix, al menos por esta noche.

—¿Puedo tomar uno de esos... Felix?

—¿Perdón? ¿Uno de qué?

—Un cigarrillo.

—¿Qué dices? —Soltó una carcajada, echando la cabeza hacia atrás—. Eres atrevida. Me gusta. Pero no, maldita sea, no puedes. Espero que estuvieras bromeando.

Ella se forzó a reír. —Sí, claro. —Pausa—. Felix.

Él dio una profunda calada a su cigarrillo y observó cómo se disipaba la nube de humo resultante. Al mirar de reojo, Hannah notó que Lena ya hablaba animadamente con su pareja, con las manos revoloteando como las alas de un pájaro.

—Así que, Hannah Schiffer, sin duda querrás saberlo todo sobre mí, ese tipo de cosas.

—Sí, por supuesto —logró decir sin perder el ritmo.

Y así el teniente habló sobre sí mismo. Hannah trató de escuchar y asintió en lo que esperaba fueran los momentos apropiados. Le contó sobre su crianza y lo empobrecidos que habían estado sus padres hasta el día en que Hitler tomó el poder. Y ellos, como el resto de la nación, le debían tanto al hombre. Rellenó su copa. —Eres hermosa, ¿sabes?

—Gracias.

—Dime... ¿qué hay de tus padres? ¿A qué se dedican?

Hannah observó a uno de los camareros echar un leño al fuego.

—¿Y bien?

Describió a sus padres de la manera más genérica posible, esperando pasarle el testigo de la conversación lo antes posible. Él lo tomó, describiendo a sus propios padres en detalle y su trabajo en las SS. Pasó una hora. Por toda la sala, las parejas mantenían conversaciones similares, con muchas risas corteses. El teniente de Hannah no dijo nada que la hiciera reír, pero ella mantuvo una sonrisa pegada.

Hannah notó que el compañero de Lena se ponía de pie y lo oyó decir: —No tardaré. —Al pasar detrás del teniente Brosch, la miró directamente y usó los ojos para decirle algo. ¿Que lo siguiera?

—Discúlpame, Felix.

—¿Qué? —dijo, sin intentar ocultar su irritación.

—Lo siento mucho, pero si me disculpas, necesito...

—¿Empolvarte la nariz?

—Ah sí, muy gracioso, eso es.

Intentó mantener un paso digno mientras salía de la habitación por las puertas dobles. Oyó un silbido en el pasillo. Era él. Le hizo señas para que se acercara. Al llegar a él, la metió en una pequeña habitación oscura. Ella fue a encender la luz, pero él la detuvo.

—Me recuerdas —dijo él, más como una afirmación que como una pregunta. Ella pudo distinguir la expresión de dolor en sus ojos—. ¿Has estado en este lugar desde aquel día que te vi?

—Sí.

—¿Estás bien aquí?

—Supongo que podría ser peor. ¿Cómo estás tú? ¿Estás mejor ahora? Te ves... —¿Cómo se veía? Se veía guapo pero vulnerable. Se veía como alguien que ya sabía demasiado sobre la vida —. Te ves bien.

—Me siento mejor. He... —Desvió la mirada—. He pensado en ti... mucho.

—Yo también —dijo ella—. También he pensado mucho en ti.

Él se rió suavemente. —Oh, entonces no era solo yo. Ni siquiera sé tu nombre.

Intercambiaron nombres y él dijo: —Bueno, es un placer volver a verte, Hannah.

Lo dijo con tanta calidez, tanta sinceridad. —Gracias.

—Mira, sabes por qué estamos aquí, ¿verdad? Es solo que te veías tan incómoda allá adentro.

—Para ser compañeras de ustedes y sus amigos por la noche.

Él la miró fijamente. Ahora parecía asustado. —No son mis amigos, Hannah. No los conozco. Lo único que sé es que no hay que meterse con ellos.

La puerta se abrió de golpe. —No, no hay que meterse con nosotros, maldita sea.

Hannah gritó. —¿Teniente?

Había venido con dos de sus colegas, su presencia llenando la pequeña habitación. —Me preguntaba por qué estabas tardando tanto. Y tú, muchachito, has dejado a tu encantadora compañera sintiéndose incómoda como el demonio. Eso no es muy educado, ¿verdad, viejo? Bastante grosero, si me preguntas.

—Ya volvíamos —dijo Bruno.

—Oh, no, no lo harán. —Sus dos camaradas dieron un paso adelante—. Hannah —dijo Felix—, por favor, vuelve al comedor.

—Me gustaría...

—Estaremos contigo en breve.

Ella miró a Bruno y él asintió.

Salió al pasillo. La puerta se cerró firmemente detrás de ella.

Capítulo 31

Por un instante, Bruno temió estar ahogándose, ¿o estaba de pie bajo una cascada? Abrió los ojos y dos figuras corpulentas se cernían sobre él. —Arriba —gruñó uno. Bruno se limpió el agua de los ojos, sacudió la cabeza, tratando de deshacerse de su aturdimiento. Notó que uno de los hombres sostenía un cubo. Todo volvió a su memoria.

—¿Qué hora es? —preguntó, encontrando su voz.

—Hora de que te vayas. Ahora, levántate.

Su hombro palpitaba. Intentó levantarse como le ordenaron, pero fue más difícil de lo que pensaba. Uno de los hombres lo levantó de un tirón, con una mano bajo cada axila. Bruno apretó los dientes, decidido a no mostrar a estos hombres el dolor que sentía.

De pie, encontró su equilibrio. Aún estaba en la pequeña habitación donde, antes, había metido a la mujer que había conocido. ¿Cómo se llamaba? Hannah, eso era. Hannah. Estiró el hombro. —¿Dónde está Hannah? —preguntó.

—No es asunto tuyo.

—¿Y Lena?

—Vamos, nos vamos.

—¿Adónde?

—A casa.

—Pero me dijeron...

—Mala suerte. Te lo has perdido. Cambio de planes. Date prisa.

Casi lo arrastraron por el pasillo, a través del gran vestíbulo de entrada con sus baldosas bicolor, y lo sacaron por la puerta principal, bajando los escalones de piedra, donde lo depositaron en el camino de grava. —Mi sombrero —dijo. Y ahí estaba, lanzado por el aire, aterrizando a unos metros detrás de él. Las dos figuras se quedaron en la entrada, la luz del interior convirtiéndolas en siluetas.

—Vamos, lárgate de aquí.

Cerraron la puerta tras ellos. Bruno oyó el pesado chasquido de una llave girando y los cerrojos echándose. Se encontró solo y parpadeando para alejar el contorno de luz que aún destellaba en su retina. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no le habían dado su abrigo, y estaba temblando por el empapón de agua fría. Dudó si pedirles el abrigo, pero decidió que no. Y así, con los brazos cruzados sobre el pecho, comenzó el largo camino a casa. Intentó alejar el frío con su voluntad. Después de todo, acababa de volver de Rusia; conocía el significado del frío. El mundo se había vuelto blanco, pero solo superficialmente. Con un rasguño de la bota, pronto se podía ver el color de la hierba o el camino debajo. Esto no era como la nieve en Rusia. Allí, la nieve era tan profunda y tan compacta que uno realmente se sentía más cerca de Dios, tres o cuatro, quizás seis pies enteros más cerca. Esto no era nada; este frío no era nada. Entonces, ¿por qué le castañeteaban los dientes, realmente castañeteaban?

Sabía que por el resto de su vida la nieve siempre le recordaría a ella. Zoya. Su sangre filtrándose en la nieve, el impacto del rojo vívido disolviéndose en el blanco puro, tornándose en un extraño color rosa. La crucificaron. Idea del comandante del pelotón. Fabricaron una cruz con dos vigas, tomaron su cuerpo y con varios clavos lo fijaron a la cruz. Plantaron la cruz en la entrada principal del pueblo con un cartel colgado alrededor de su cuello. Esto es lo que hacemos a quienes se nos oponen. Esto es lo que hacemos. Lo estúpido fue que se les volvió en contra, justo como Bruno había predicho para sí mismo pero le faltó el valor para decirlo en voz alta. Al convertirla en una mártir tipo Cristo, eso es exactamente en lo que se convirtió. Gente de kilómetros a la redonda venía a presentar sus respetos en la cruz, la cruz de Zoya. Con temperaturas que a menudo alcanzaban los veinticinco bajo cero, incluso treinta bajo cero, el cadáver se congeló, así que no se descompuso. Simplemente permaneció allí, como si estuviera viva, de alguna manera regia, un punto de peregrinación. Incluso en la muerte, Zoya tuvo la última palabra.

Y ahora esto, sin duda la noche más extraña. ¿Cuáles fueron las palabras del Coronel Kiefer? El trabajo que tengo para ti es simplemente el mejor trabajo que cualquier hombre cuerdo podría desear. La carpeta marrón contenía solo una hoja de papel: presentarse a una hora específica en esta fecha en el antiguo hotel e informar al Dr. Heinkel. El Dr. Heinkel lo recibió en su oficina, estrechándole la mano y ofreciéndole un asiento y un cigarro. El trabajo, dijo el doctor, era usualmente reservado para las SS. Lo había arreglado todo con el coronel cuando uno de los hombres de las SS se había enfermado, y no había otros disponibles con tan poco aviso. Pero el nombre de Bruno había llegado a la atención del doctor a través del alcalde, es decir, el hermano de Bruno, Joseph.

—Sí, supongo que eso lo explicaría, entonces —dijo Bruno.

—¿Qué quieres decir?

Bruno maldijo su estupidez; uno nunca critica a un alcalde, incluso si ese alcalde era tu hermano.
—Oh, nada. Nada en absoluto, solo un poco de broma entre hermanos, ya sabe.

El doctor rió cortésmente pero entrecerró los ojos. —¿Cómo está tu hombro? —preguntó como

si quisiera cambiar de tema rápidamente.

—Oh, aún duele, ya sabe, pero mejorando.

—Bien. Me alegra oírlo. Sin duda, estarás ansioso por volver a la acción lo antes posible.

—Sí, sí, absolutamente.

—Pero, como estoy seguro que sabes, hay muchas formas en las que podemos contribuir, y esta es una, aunque bastante novedosa.

—Hmm.

—Tu ascendencia racial está más allá de toda duda, y como suboficial experimentado y de larga trayectoria en el ejército del Führer, encajas perfectamente.

—Gracias.

—Sí. Así que a cada oficial de las SS se le asigna una chica con la que debe procrear.

—De acuerdo.

—Y el nombre de tu pareja, Cabo Spitzweg, es... —Consultó su hoja de papel—. Una tal Lena Clarin.

Eso fue anteayer. Pero no había salido del todo bien. Tan pronto como entró en la habitación, reconoció a la mujer del tren, quedó deslumbrado por su extraña y distante belleza, su melancolía, la oscuridad que yacía detrás de sus ojos. Recordaba cada palabra de su conversación en la estación de tren, la forma en que hablaba, una ligereza que contrastaba con la manera en que lo miraba. Había quedado cautivado por ella, como un conejo atrapado por los faros. Fue uno de esos momentos, uno de esos encuentros, que uno nunca quiere que terminen. Durante los días siguientes, el recuerdo de ella se convirtió en lo único capaz de hacerle olvidar a la otra mujer que, tan brevemente, había tenido un impacto tan grande en su vida: Zoya. Así que verla con su hermoso vestido rojo, como algo salido de un salón de Tolstói, con el rostro maquillado y el cabello lleno de vida, le quitó el aliento. Pero en su lugar, le habían ordenado emparejarse con una chica llamada Lena. Lena era la típica chica alemana tan consumida por la ideología nazi, y tan imbuida por ella, que había perdido su propio sentido de identidad antes de que tuviera la oportunidad de formarse apropiadamente. Hablaba de futuros maravillosos, sacrificios y gloria, y soltaba estadísticas como hechos y pruebas. Estaba nerviosa, la pobre chica, como de hecho lo estaba él también, pero su concentración estaba destrozada, dolorosamente consciente de que la mujer del tren estaba allí, a solo unos metros de distancia hablando con uno de los matones de las SS. Podía notar que Lena estaba igualmente decepcionada de haber acabado con él. Después de todo, él era un cabo desaliñado con el uniforme desaliñado de la Wehrmacht. ¿Qué era él

comparado con un oficial de verdad con un reluciente uniforme negro de las SS, con el pelo engominado y las uñas perfectamente arregladas? El hecho de que el teniente Felix Brosch no hubiera hecho nada durante la guerra más que aterrorizar a los escépticos locales y a los judíos, mientras que él, Bruno, había luchado de verdad, era irrelevante. ¿Quién era él para menospreciar verbalmente a un miembro de las queridas SS de Himmler? Lena no dejaba de mirar de reojo al apuesto teniente mientras la atención de Bruno se dirigía, como un imán, a la acompañante del teniente para esa noche, la mujer del tren. Y ella también parecía incómoda. Tal vez lo estaba malinterpretando, pero no, su incomodidad sería obvia para cualquiera con corazón, lo que quizás explicaba por qué el buen teniente estaba tan ajeno a ello.

Incapaz de soportarlo más, Bruno se disculpó ante la encantadora, aunque distraída Lena, y fingió que necesitaba usar los servicios. Al pasar por detrás del teniente de las SS, le lanzó una mirada y supo inmediatamente por la forma en que ella le devolvió la mirada que también lo reconocía. Instintivamente, usó sus ojos para suplicarle que lo siguiera. La más breve dilatación de sus ojos le indicó que ella había entendido.

Salió al pasillo, aliviado de que no hubiera nadie allí para preguntarle si necesitaba ayuda. Intentó abrir una puerta en un pasillo adyacente solo para encontrarla cerrada. Pero su vecina no lo estaba. Entró para encontrar una pequeña habitación oscura, perfecta, pensó, para hablar con ella. Esperó, mirando por el pasillo, esperando no estar equivocado, esperando que ella apareciera. Y lo hizo. La visión de ella, con su vestido flotante, su pura belleza, le golpeó en el corazón. Silbó y captó su atención.

La metió en la pequeña y oscura habitación. Ella fue a encender la luz, pero él la detuvo.

Era aún más hermosa de cerca, una belleza intacta por la vanidad. Hablaron rápidamente, ambos conscientes, quizás, de que el tiempo jugaba en su contra. No sentía que pudiera simplemente lanzarse a advertirle; necesitaba averiguar si ella ya lo sabía, si era una cómplice voluntaria en este ridículo plan. Se dio cuenta de que ni siquiera sabían los nombres de pila del otro. Pronto se dio cuenta de que ella no era consciente de lo que se esperaba de ella. Asumía que él estaba relacionado con los hombres de las SS que estaban fuera, que eran camaradas o amigos. Dios no lo quiera. —No son mis amigos, Hannah. No los conozco. Lo único que sé es que no hay que meterse con ellos.

Tan pronto como lo dijo, la puerta se abrió de golpe y allí, frente a él, resoplando como un toro, estaba el teniente, flanqueado por dos de sus camaradas. —No, no te metes con nosotros, maldita sea. —Le dijo a Hannah que volviera a la fiesta, pero cuando Bruno intentó seguirla, los hombres de las SS lo detuvieron. Esperaron hasta que Hannah se hubiera ido. Asegurándose de que no hubiera nadie más alrededor, el teniente Brosch le clavó un dedo en el pecho—. Entonces, ¿quién eres tú?

—Acabo de volver de luchar en Rusia.

—Oh, claro, así que eres un héroe de guerra. No veo qué podría ver una belleza como Hannah

Schiffer en un mequetrefe como tú.

—No me quedo a escuchar esto. —Intentó pasar entre ellos, pero los dos hombres del teniente le agarraron de los brazos. Intentó sacudírselos. Su agarre se apretó. El puño del teniente se estrelló contra su estómago, doblándolo. Cayó al suelo, balbuceando, luchando por respirar. Los dos hombres lo levantaron de nuevo, lo sostuvieron. Bruno abrió los ojos para ver el puño del teniente viniendo hacia él como un tren de vapor, la sensación de ser golpeado en el lado de la cara por un martillo pilón.

Cuánto tiempo había estado allí tirado en el duro suelo, inconsciente, no lo sabía. Los dos ordenanzas del hotel lo habían despertado con un cubo de agua fría y lo habían echado. Pero ahora por fin estaba en casa.

Su madre estaba allí para recibirlo. —Bruno, ¿qué le ha pasado a tu cara? ¿Dónde está tu abrigo? ¿Por qué estás mojado? Oh, Dios mío, estás temblando.

Joseph salió de la cocina. —¿Por qué has vuelto tan temprano?

Con los dientes castañeteando, Bruno preguntó: —¿Por qué diste mi nombre?

—Vamos —dijo su madre—. Quítate esta camisa; vas a pillar una pulmonía así. Joseph, ve a preparar un baño, ¿quieres?

—¿Por qué, Joseph? —gritó Bruno a la figura que se alejaba de su hermano.

Joseph se detuvo. —Porque necesitas estar haciendo algo útil mientras estés aquí.

—¿Qué?

—Más te vale no haberme decepcionado; más te vale no haberte deshonrado a ti mismo y a nuestro apellido.

Capítulo 32

Lena se abalanzó sobre Hannah tan pronto como regresó al comedor.

—¿Dónde está? ¿Qué le has hecho?

—Yo... El hombre con el que estaba quería hablar con él.

—Y con la mitad de los demás también. No se suponía que hicieras eso.

—¿Hacer qué?

—Robártelo.

Hannah se rio.

—No tiene gracia, ¿sabes? Todos estamos asignados. No puedes simplemente elegir. Oh, mira, ya vuelven.

Tres hombres, no cuatro, regresaron, con el teniente a la cabeza, con el pecho inflado y expresión pétrea. Los camaradas de Felix se reunieron con sus parejas. Felix, al ver a Hannah, esbozó una amplia sonrisa.

—Ah, ¿por dónde íbamos? —Cogió una copa de vino y se bebió la mitad de un trago—. Esto está bueno. Nos están mimando. Creo que ya casi es hora.

—¿Dónde está Bruno, teniente? —preguntó Lena.

—Felix, por favor. —Hizo una reverencia—. Lamento decir que Bruno, ese es su nombre, ¿verdad? Lamento decir que su acompañante se ha sentido mal de repente. Me pidió que transmitiera sus disculpas, pero tuvo que irse a casa.

—¿Oh? —dijo Lena—. Parecía estar bien hace un minuto.

Felix se encogió de hombros.

—Como digo, lo lamenta mucho.

—Bueno, eso es inconveniente. ¿Así que me van a dejar aquí como un florero?

—Podría unirse a nosotros, Fräulein, y ser una tercera en discordia.

—Esto no tiene gracia, teniente. Me acusarán de no cumplir con mi deber.

—Yo responderé por usted; no se preocupe.

Lena resopló. Se levantó el vestido y, lanzando una mirada fulminante a Hannah, salió furiosa de la habitación.

Felix y Hannah la vieron marcharse.

—Qué dramática —dijo Felix.

—Y yo necesito ir a ver cómo está Bruno.

Pero antes de que pudiera moverse, Felix la rodeó con el brazo por la cintura y la atrajo hacia sí.

—Oh, no, no lo harás. Como él dijo, ha tenido que irse a casa. Lo vi marcharse.

—Suéltame. No te creo.

—Aquí está nuestra jefa de enfermeras.

La enfermera Lowitz estaba de pie en las puertas dobles, con una amplia sonrisa en el rostro. Aplaudió, llamando la atención de todos.

—Damas y caballeros, veo que todos se están llevando de maravilla. Es maravilloso verlo porque ha llegado el momento. Les deseo la mejor de las suertes. Caballeros, sé que se les ha dicho, pero un recordatorio, si me permiten. Estas jóvenes son las futuras madres de Alemania. Trátenlas con respeto. —Hizo una pausa, permitiendo que sus palabras calaran mientras Hannah se agarraba al respaldo de una silla, tratando de mantener el equilibrio. No podía estar oyendo esto; esto no podía ser real—. Gracias, caballeros. Ahora señoritas, si pudieran escoltar a sus acompañantes a sus habitaciones.

Una a una, las parejas se fueron, cogidas de la mano, con sonrisas nerviosas por todas partes. Felix le ofreció la mano a Hannah, con una sonrisa expectante en el rostro. Ella negó con la cabeza y dio un paso atrás.

Él ladeó la cabeza; ella sabía lo que estaba diciendo, sabía lo que esperaba de ella.

—Realmente no lo entiendes, ¿verdad? Tenemos que ir a tu habitación ahora y tener relaciones.

Tú y yo, tenemos que hacer un bebé, un perfecto bebé ario para la Patria, para cumplir con nuestra parte en la mejora de la pureza racial de esta nación. Y te digo, querida, que estoy deseando cumplir con mi parte, así que si no te importa...

Ella intentó calmar su respiración, se llevó la mano al pecho.

La enfermera Lowitz se acercó.

—¿Algún problema aquí? —preguntó con despreocupación.

—No lo haré. No pueden obligarme.

La enfermera Lowitz agarró a Hannah por el codo.

—Discúlpeme un momento, teniente. —La llevó a un lado—. ¿Qué te dije antes? —dijo, hablando rápidamente por la comisura de la boca—. ¿Sobre la responsabilidad de un soldado? ¿Y que tu responsabilidad es igual de importante?

Hannah estaba desesperada por tener a la enfermera de su lado.

—No pensé que se refiriera a ahora, esta noche. No puedo, enfermera, por favor, no así.

—¿Por qué? ¿No es el teniente lo suficientemente bueno para ti?

—No es eso. No está bien.

—¿Cumplir con nuestro deber, sí, tu deber, para el Führer no está bien? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—No puedo. No puedo simplemente... —No llores, se dijo a sí misma. No llores—. Nunca lo he hecho antes.

—Lo sé. Nos lo dijiste, y eso lo hace todo aún mejor, Hannah. Piensa en tu sacrificio por una causa tan noble: el futuro, nuestro futuro, tu futuro.

—¿Qué sucede, Fräulein?

—Ah, teniente. Deme solo un momento más y resolveremos esto.

—No, ya lo escuché. La preciosa señorita aquí cree que es demasiado buena para nosotros —dijo, dándose golpecitos en el pecho—. El orgullo de Alemania y aun así no somos lo suficientemente buenos para ella. —Arrojó su vaso a la chimenea, donde se hizo añicos—.

Maldita sea; no me quedaré aquí perdiendo el tiempo. —Ahora era su turno de tomar a Hannah por el codo. La arrojó a una silla y se inclinó sobre ella. Hannah se encogió, esperando la bofetada, preparándose. Él acercó su rostro al de ella—. Todo lo que tienes que hacer es abrir las piernas —siseó, rociándola con su saliva—. No es tan difícil. —Echó su mano hacia atrás, listo para golpear. Hannah, dejando escapar un pequeño grito, se estremeció. Pero él detuvo su mano. En su lugar, se acercó aún más, envolviendo a Hannah con el olor a vino de su aliento, y dijo—: Pagarás por esto, estúpida zorra.

Capítulo 33

Enero de 2002

Espero hasta las diez de la mañana del domingo antes de llamar a Tessa. Pensé que no tendría sentido llamar antes; era sábado y ella es estudiante. Me muero por saber cómo le fue en su cita con Tom anoche. Llamo, pero no hay respuesta. Dejo un mensaje: —Hola, mi querida Tess. Solo quería saber cómo te fue anoche. Espero que estés bien. Hablamos pronto.

Me mantengo ocupada con las tareas del hogar. La cita de Tessa no es la única razón por la que estoy nerviosa. Después de recibir el mensaje de "mi" Tom en Friends Reunited, le respondí diciendo que estaría encantada de reunirme con él. Ahora espero su respuesta. He iniciado sesión innumerables veces desde entonces, pero aún no hay nada. Cada vez me siento decepcionada y aliviada a la vez. Decepcionada porque, obviamente, me encantaría ver a Tom de nuevo después de todos estos años, cuarenta y dos años para ser exactos. Y aliviada porque parece demasiado trascendental. Tom ocupa un gran espacio en mis recuerdos de infancia; ahí es donde pertenece y quizás, pienso, ahí es donde debería quedarse. ¿Qué pasaría si nos encontráramos y no nos lleváramos bien? Me imagino sentados en un restaurante o en un pub poniéndonos al día y luego sin tener nada que decirnos. Eso arruinaría mi recuerdo de él, empañaría su lugar especial en mi corazón. No podría soportarlo. ¿Y si se hubiera convertido en una persona realmente desagradable o arrogante? ¿Y si él pensara que yo lo he hecho? Cuarenta y dos años. Es media vida, quizás más. La gente cambia de tantas maneras diferentes.

Después de cargar la lavadora, fregar el suelo de la cocina y hacer otras numerosas tareas tediosas, estoy lista para intentarlo de nuevo. Primero, pruebo Friends Reunited. Tabby salta a mi regazo mientras espero. Aún nada. Hmm. Seguramente Tom ya habría respondido a estas alturas. Tal vez esté teniendo dudas; quizás él también se da cuenta de que preferiría tenerme como una adolescente de los años 50 y no volver a verme. Me levanto y Tabby cae al suelo.

Entonces, paseando por la sala de estar, estoy lista para intentar llamar a Tessa de nuevo. Estoy a punto de marcar su nombre cuando mi móvil suena, haciéndome sobresaltar.

Veo el nombre de Barry en la pantalla. Estoy tentada de ignorarlo, pero no lo hago y toco el pequeño botón verde.

—¿Liz? Soy yo, Barry.

—Barry, conozco tu voz y sabes que tu nombre aparece en mi teléfono cada vez que me llamas, ¿verdad?

—Sí, claro. Shelley me lo enseñó.

—¿Y bien?

—Ah, sí, escucha, sé que es con poca antelación, pero ¿qué te parece si tú y yo vamos a Alemania por dos noches a partir del martes que viene?

Oh, eso sí que es con poca antelación. Mi mente da vueltas a las posibilidades, los posibles obstáculos. No se me ocurre ninguno. El trabajo está flojo en este momento; fácilmente conseguiría el tiempo libre, incluso con tan poca antelación. Simplemente no estaba preparada para enfrentarlo tan pronto. Este no es el Barry que conozco y amo, solía amar. Ni siquiera estoy segura de que sea yo quien habla cuando digo que sí, por qué no. La próxima semana me vendría bien.

Pero seguramente hay una pega en este asunto en particular. —Barry, ¿qué piensa tu novia de que te vayas de juerga a Alemania conmigo? —digo la palabra "novia" con alegre animosidad. Sé que puede oír el resentimiento justo en mi voz.

—Ah, no te preocupes por Shelley —dice—. Yo soy el que lleva los pantalones aquí.

Tengo que contener la risa. —Sí, Barry, si tú lo dices.

—Entonces, ¿reservo los billetes?

—Sí, Barry, eso sería genial. Gracias.

Exhalo. ¿Estoy realmente lista para enfrentarme a Alemania? No, no lo estoy, pero igualmente sé que nunca lo estaré. Estoy agradecida a mi marido. Esa es una frase que no he dicho en mucho, mucho tiempo.

No quiero pensar demasiado en ello, al menos no todavía, así que para distraerme, intento llamar al móvil de Tessa de nuevo. Son las once en punto ahora. Suena varias veces, y me estoy preguntando si dejar otro mensaje, cuando ella contesta.

—Tessa, cariño, soy mamá. ¿Puedes hablar?

—Sí, sí, claro. —No lo parece. Suena como si acabara de despertar.

—Puedo llamar más tarde si quieres.

—No, está bien.

—Entonces cuéntame. Me muero por saber, ¿cómo te fue anoche?

—Ah, sí, fue encantador. Lo pasé muy bien.

—Bien. —¿Eso es todo? —¿Buena comida? ¿Buena compañía?

—Sí, ambas. —La oigo bostezar.

—Bien, bien. Entonces, eh, ¿crees que volverán a verse?

—Sí, probablemente. Definitivamente.

—Oh, eso es bueno. —Siento como si esta conversación ya hubiera llegado a su fin—. Bueno, mira, cariño, veo que estás cansada, así que te dejaré descansar. Llámame cuando estés lista.

—Sí, claro.

Es entonces cuando oigo una tos, una tos fuerte y ronca, una tos masculina. —¿Es...? ¿Tess?

—Mamá, tengo que irme. Hablamos pronto. Te quiero. Adiós.

El teléfono se corta.

Cierro los ojos con fuerza y hundo la cabeza entre las manos. Ay, Tess, Tess, Tess... No en una primera cita. Eres demasiado joven; sigues siendo una niña. Maldita sea, Tess. Solo espero que por Dios haya sido cuidadosa, que él haya sido cuidadoso. Ay, Dios, recuerdo a las chicas de mi juventud que se acostaban con demasiada facilidad con sus novios. La noticia siempre se corría. Recuerdo a una chica llamada Amanda Blyth. Perdió la virginidad a los quince, se había acostado con medio pueblo para cuando tenía dieciocho, al menos ese era el rumor. A todos los chicos les gustaba por las razones equivocadas, y todas las chicas pensaban mal de ella. Se quedó embarazada a los veinte. Los chicos perdieron el interés, especialmente el que la dejó embarazada, y las chicas la compadecían. No quiero que mi hija sea Amanda Blyth. Qué tonta eres, Tess, qué tonta eres.

Intento conectarme a Friends Reunited de nuevo. Esta vez sin temor. Francamente, ya no me importa si Tom me responde o no. De alguna manera, el momento ha pasado. Espero a que se establezca la conexión y me pregunto distraídamente qué habrá sido de Amanda Blyth. Vuelvo a iniciar sesión en el sitio y, vaya, esta vez hay un mensaje para mí. Tiene que ser Tom; ¿quién más me escribiría? Hago clic para abrir la bandeja de entrada y sí, efectivamente, es de Thomas Fletcher.

Mi corazón se acelera un poco mientras abro su mensaje. No solo acepta reunirse conmigo, sino que sugiere un lugar (cercano) y una fecha y hora: mañana por la noche. ¿Mañana? ¿Habla en serio? No puedo simplemente reunirme mañana. Es demasiado pronto; necesito tiempo para

prepararme. Es como lo de Barry y Alemania otra vez. ¿De dónde salió esta reticencia a hacer cualquier cosa? Yo no solía ser así. Pero entonces pienso, ¿por qué no? ¿Por qué no mañana? —Sí, qué diablos —digo en voz alta.

Me doy cuenta de que mis dedos tiemblan mientras escribo la respuesta. Genial. Nos vemos mañana, Tom. Espero con ansias. Dudo un segundo, con el cursor suspendido sobre el botón de enviar. He tenido cuarenta y dos años para prepararme para esto: ¿por qué esperar un día más? Si mi hija puede acostarse con su cita después de solo una noche, entonces yo puedo salir a cenar con un hombre al que he amado durante casi medio siglo.

Hago clic en enviar.

Capítulo 34

Decidí que necesitaba un nuevo atuendo si... uno, iba a cenar con Tom, y dos, si iba a ir a Alemania con mi exmarido. Así que hoy fui al centro comercial de la ciudad. Había perdido mucho peso desde que me enteré de la infidelidad de Barry, y necesitaba actualizar mi guardarropa, una gran actualización. ¿Quién necesita uno de esos clubes para adelgazar? He encontrado una solución mucho más fácil: descubre que tu marido se está acostando con una mujer veinte años menor que tú y está dispuesto a dejarte a ti, a tu hija, al gato y su hogar y todo por lo que ha trabajado durante los últimos veinte y tantos años para vivir con esta fulana, esta mocosa. Te garantizo que perderás kilos, créeme.

Así que me encuentro en el centro comercial un sábado por la tarde y me pregunto por qué está tan condenadamente lleno. Aun así, tengo mucho en mente, pero necesito hacer esto. Tantas cosas dan vueltas en mi cabeza que no sé si voy o vengo. Tengo tanto de qué preocuparme que no sé por dónde empezar: ir a Alemania con mi exmarido para tratar de averiguar sobre mis primeros años, mi madre finalmente dando pistas sobre lo que exactamente sucedió en Alemania al final de la guerra, reunirme con Tom, mi primer amor, después de cuarenta y dos años, o el hecho de que mi única hija esté durmiendo con un chico que conoce desde hace apenas cinco minutos.

Veo a las madres de compras con sus hijas e intento alejar la envidia. El centro ha abierto recientemente. Es enorme, con varios pisos, escaleras mecánicas, suelos pulidos, cubierto con una cúpula de cristal, un ascensor de cristal que se mueve a una velocidad aterradora, y grandes plantas tipo trifidas.

Lo llaman terapia de compras y se puede entender por qué. Después de entrar y salir de varias tiendas, probarme numerosos zapatos, faldas y blusas y comprar demasiado, estoy agotada, necesitada de té pero extrañamente eufórica. Cargada como una mula de carga, me dirijo a una cafetería en la planta baja. Está llena; la gente casi se pelea por media mesa libre para sentarse. Veo a todos los hombres con aspecto exhausto, las mujeres malhumoradas, los niños irritables. Robbie Williams suena por los altavoces. Pero ¿dónde puedo sentarme? Mataría por una taza de té y un gran trozo de pastel.

Oigo una voz familiar llamándome. Me doy la vuelta y la veo sentada en una mesa, con un niño a cada lado. —Oh, hola, Shelley —digo con mi mejor voz de qué gusto verte.

Sus hijos, Dylan y Jake, saludan educadamente. Debo decir esto de Shelley, está haciendo un buen trabajo criando a sus hijos. Sin embargo, no hay señales de Barry.

—¿Quieres unirte a nosotros?

Ay, ¿qué decir?

—Para ser honesta —dice ella—, ya nos vamos.

Oh, entonces está bien. Dejo caer todas mis bolsas a ambos lados de una pequeña silla de mimbre y me desplomo.

—Has estado ocupada —dice Shelley.

—Sí. Necesitaba algunas cositas, ya sabes.

—Sí.

—¿Barry no está hoy?

—Está comprando un par de zapatos náuticos. —Se ríe—. No es que esté planeando ir a navegar.

—Solo por el estilo. —De nuevo, estoy impresionada; no creo que alguna vez hubiera logrado traer a Barry a un lugar como este.

—De hecho, deberíamos irnos. Dije que nos encontraríamos con él a la hora. Bien, chicos, ¿están listos?

Se inclina para recoger algo del suelo y su collar cuelga de su top. Es ese collar, el collar que pensé que era mío pero nunca lo fue; y un deseo inexplicable de lastimarla surge dentro de mí. Trágalo, Liz; eres mejor que esto. —Espero que no te importe que me lleve a Barry la próxima semana. —Obviamente, no lo soy.

—¿Eh?

—Nuestro pequeño viaje a Alemania juntos. Es tan amable de su parte ofrecerse a acompañarme. Estoy segura de que te ha contado todo al respecto.

—Oh, sí, sí. Por supuesto, no hay problema. —Su cuello se pone rojo, juro que sale fuego de sus ojos—. Vamos, chicos, vámonos.

—Un gusto verte de nuevo, Shelley.

—Sí, igualmente, Liz.

Los observo mientras se van, recogiendo sus bolsas. No puede esperar para irse. —Dile a Barry que no olvide su pasaporte.

No responde. Me quedo sentada, y sé que estoy sonriendo de oreja a oreja como la bruja rencorosa que soy, y se siente genial.

*

Después de dos horas, estoy casi lista. No podía decidir qué ponerme, oh, el dilema. Al final, he optado por un vestido verde oscuro sin hombros, de línea A que cae justo por debajo de la rodilla, que viene con un cinturón ancho. Tiene un aire definitivo de los años 50, apropiado, creo. Lo remato con el broche de abejorro que Barry me regaló por Navidad el año que esperaba el famoso collar. Me veo genial, si puedo decirlo yo misma. Bastante maquillaje pero sutil; no hay que exagerar a mi edad.

Estoy casi lista. Reviso mi bolso, mi teléfono, mis llaves. He dejado algo de comida para Tabby en caso de que alguna vez se digne a volver a casa. Bien entonces, todo listo. Suena el timbre. Maldición. ¿Ahora? ¿En serio?

Es Barry. Entra bruscamente, sin siquiera un hola.

Pero para cuando regreso con mis tacones al salón, él ya está desparramado en el sillón, pasándose los dedos por el pelo. —Mira, Liz, ya no puedo ir contigo a Alemania. Lo siento mucho.

—¿Qué? ¿Por qué no? Barry, dijiste que...

Levanta las manos en señal de rendición. —Lo sé, lo sé.

—¿Y bien? ¿Por qué no?

Suspira. —Shelley se enteró, ¿no?

—¿Qué quieres decir con que se enteró? ¿No se lo dijiste desde el principio?

—Bueno, sí, tenía la intención. Simplemente se me olvidó mencionarlo, ya sabes. Así que hoy se enteró, Dios sabe cómo, y se puso hecha una furia. Quiero decir, Cristo.

Pobre Barry; parece bastante conmocionado. —¿Así que eso es todo? ¿No vienes?

Niega con la cabeza. —Lo siento, Liz.

—Vaya con el que lleva los pantalones.

Eso le duele, puedo notarlo. —Sí, bueno.

—Te has arriesgado viniendo aquí a decírmelo. ¿No podías simplemente llamar por teléfono?

—Nah, eso sería más arriesgado. Revisa mi teléfono.

—¿Ah, sí? Qué malvada.

—De todos modos, quería decírtelo cara a cara.

—Muy galante.

Mira su reloj. —Será mejor que me vaya. Tengo que llevar a los chicos a patinar sobre hielo. Dije que iba a salir un momento a comprar papel para la impresora. Diré que se han agotado. —Se arrastra fuera del sillón y, enderezándose, me mira por primera vez. Da un paso atrás. —Vaya, te ves...

—¿Sí?

Su boca se mueve como un pez fuera del agua. —Te ves... bueno, preciosa. Guau, Liz. Espera, ¿vas a salir?

—Bueno, no suelo arreglarme así para pasar una noche sola viendo la tele. Así que, sí, voy a salir.

—¿Vestida así?

Me río. —No soy tu hija adolescente, Barry.

Entrecierra los ojos. —Llevas mi broche. ¿Adónde vas? ¿Estás... Oye, no estarás quedando con un tipo, ¿verdad?

—De hecho, sí, aunque no es asunto tuyo.

Su boca queda abierta, sus ojos echan chispas. —No, espera un momento. ¿Qué pasa con Tessa?

Niego con la cabeza, confundida. —¿Qué pasa con Tessa?

—Bueno, no puedes simplemente...

—¿Sí, Barry? ¿Qué es lo que no puedo?

—¿Quién es, entonces, este tipo?

No respondo; solo lo miro.

—Oh, vale. De acuerdo, entonces. —Sus hombros se hunden.

—Creo que será mejor que te vayas, Barry. No querrás llegar tarde al patinaje sobre hielo, ¿verdad?

—No, tienes razón. —Vuelve a mirar su reloj. Luego me mira de arriba a abajo. —Lo siento por...

—¿Por...?

—Por lo de Alemania.

—Está bien, Barry, me las arreglaré.

—Sí. Claro.

Capítulo 35

Es un restaurante encantador; Tom ha elegido bien: techos bajos, paredes interiores de ladrillo con arcos, lámparas de globo colgantes, suelo de parqué e islas de alfombra roja. Veo todo esto desde el vestíbulo mientras el maître busca el nombre de Tom. —Sí, ha llegado, señora.

Sí, ha llegado. Lo veo en una mesa de la esquina, revisando el menú. Mi corazón da un vuelco. Me acerco y, al sentirme, levanta la mirada. Se pone de pie, con una sonrisa nerviosa en el rostro y la mano extendida. Tomo su mano y le doy un beso en la mejilla. —Te ves encantadora —dice —. Los años han sido amables contigo.

—Y contigo, Tom —tiene una barba fina y bien cuidada, patas de gallo prominentes, su cabello, completamente gris, es corto y ordenado, y su rostro exuda bondad. Pero no creo que lo hubiera reconocido si lo hubiera visto pasar por la calle.

Nos sentamos y lo felicito por elegir un restaurante tan encantador. —Las maravillas de internet —dice, agitando las manos. Mencionamos el estacionamiento, el clima, los especiales del día en la pizarra. Decimos lo maravilloso que es vernos; cuarenta y dos años, tanto tiempo.

—Me alegré muchísimo cuando vi tu mensaje en Friends Reunited —dice.

—Como dices, las maravillas de internet.

Una camarera con el pelo teñido de rojo nos pregunta si estamos listos para ordenar, y ni siquiera hemos empezado a mirar los menús. Nos deja y discutimos si queremos un entrante además del plato principal, o si nos guardamos para el postre. Nuestra camarera regresa y pedimos.

Así que ahora podemos hablar. Pero ¿por dónde empezar? Empezamos por el punto en que nos vimos por última vez, el día que Tom se fue.

—No funcionó realmente en Kent. No sé los detalles, pero a papá no le gustó el trabajo, o ellos no lo querían a él. De cualquier manera, lo dejó y aceptó algo con menos salario del que teníamos aquí. Así que, al final, fue un traslado inútil. Pasó factura y mis padres se divorciaron. Yo estuve bastante miserable la mayor parte del tiempo.

Llega la comida. Una lasaña de carne para Tom, un roulade vegetariano para mí. Nos saltamos los entrantes. Cada uno tenemos una copa pequeña de vino tinto.

Hablamos sobre la escuela, los nombres que recordábamos, especialmente Cerys Atkins. —¿Cómo podríamos olvidar a Cerys Atkins? —dice.

—Estaba loca por ti —digo. Pero entonces la mayoría de las chicas lo estaban. Se sonroja.

Le cuento cómo mi madre vendió el café de papá y luego la casa, cómo nos mudamos a un lugar más pequeño, como decimos ahora, y yo también estuve "bastante miserable la mayor parte del tiempo". A Tom le gusta hablar de mi padre, pero de nuevo, mi padre tenía ese efecto en la gente. Les caía bien. Incluso ahora, cuarenta y dos años después, Tom todavía quería hablar de él. —Aunque no me caía tan bien su hermano.

—¿Mi tío Bill? El cuñado de papá. No.

—Un poco espeluznante.

—Sí, muy espeluznante. Estoy segura de que papá sabía lo espeluznante que era, pero en aquellos tiempos, ¿qué podías hacer?

Hablamos más sobre aquellos días lejanos y perdidos. Me relajo mientras como y bebo mi vino. Es fácil hablar con él, tan fácil como siempre. Lo estoy disfrutando. Podría hablar con él toda la noche.

No es hasta los postres que pasamos a nuestras vidas actuales. Me cuenta sobre su trabajo como diseñador gráfico freelance, cómo le gusta la flexibilidad y no tener que responder al mismo jefe día tras día. —¿Estás casada, Liz? ¿Tienes hijos?

—Separada —me dedico a mi crème brûlée mientras le cuento a Tom sobre Barry, cómo nos conocimos el día del jubileo de plata de la Reina en 1977. Le hablo de Tessa, la universidad, etc —. ¿Y tú, Tom? ¿Estás casado?

—También separado.

—Oh, lo siento. La vida matrimonial nunca es fácil, ¿verdad?

—No. Estuvimos juntos veinte años. Y al final, ya sabes cómo es, te distancias, y reconocer ese hecho es una de las cosas más difíciles. No hubo hijos, así que eso hizo las cosas un poco más fáciles. Así que significa que no tenemos ningún contacto en absoluto.

—No estoy segura de si eso es bueno o no.

Toma un sorbo de agua. —No.

No menciona su nombre. No pregunto. —Entonces, ¿por qué volviste aquí?

—Nunca me sentí realmente en casa en Kent. Después de que mi padre se volviera a casar y

mamá muriera, y después de la separación, pensé, ya no hay nada que me retenga aquí. Volveré a casa. Porque este es mi hogar, siempre lo ha sido.

Absorbo esta declaración y terminamos nuestros postres en silencio. —Estaba delicioso —digo.

—El mío también. ¿No habías estado aquí antes, entonces?

Hablamos sobre restaurantes, comida, películas que hemos visto, CDs que hemos comprado. El tiempo pasa rápidamente.

—¿Cómo está tu madre? —pregunta—. Debe tener...

—Ochenta y seis —le cuento sobre la demencia, el asilo. Incluso le hablo del imitador de Elvis. Él escucha atentamente, con media sonrisa, con interés. Siento su amabilidad. Podría contarle cualquier cosa, todo, y él escucharía sin juzgar, dispuesto a aceptarme por quien soy, no por lo que alguien más quiere que sea. Aquí, con Tom, vuelvo a ser Elizabeth Marsh, no la esposa de alguien, ni madre, ni hija, sino una mujer. Y así le cuento sobre el certificado alemán con la esvástica que encontré, sobre mi madre conociendo al hombre que creí que era mi padre biológico en Alemania en 1943, sobre mi necesidad de saber más acerca de este certificado y lo que significa.

—¿Y qué dice ese certificado?

—El número cincuenta, un par de firmas y la dirección de un hotel, al menos eso es ahora, y la fecha, diciembre de 1944.

—Yo hablo alemán.

—¿De verdad?

Él se ríe. —Sí, hablo alemán —dice con un terrible acento alemán.

—Yo solo hablo las pocas palabras que he aprendido de mi madre, pero no lo suficiente para mantener una conversación apropiada, a menos que se trate de petirrojos.

—¿Petirrojos?

—Voy a Alemania la semana que viene. Voy a visitar esa dirección y ver qué puedo encontrar. Será una pérdida de tiempo, estoy segura, pero...

—Es algo que tienes que hacer.

—Sí, exactamente. Barry iba a venir conmigo, pero su nueva mujer se enteró y se puso hecha una furia, según Barry. Vino antes a decírmelo, con el rabo entre las piernas. Así que, Tom, si quieres venir conmigo, serás más que bienvenido.

—¿Qué días?

—Martes y miércoles por la noche. De vuelta a casa el jueves.

—Vale.

—¿Qué? No, no hablaba en serio. Quiero decir...

—Pero iré, en serio, si quieres que vaya.

—Pero... es con muy poca antelación. ¿Qué pasa con tu trabajo?

—Soy autónomo, ¿recuerdas? Podría ir en calidad oficial de tu traductor.

—De verdad estás hablando en serio.

Él inclina la cabeza hacia un lado y sonríe. —Absolutamente.

Capítulo 36

Diciembre 1956

¡Es Navidad! Tenemos un árbol decorado con adornos y velas, un tronco de Navidad y, sobre la repisa de la chimenea, ocultando las figuritas, nuestra pequeña exhibición de tarjetas navideñas. Las revisé y leí todas. Todas parecían ser de los parientes o amigos de papá, ninguna de los de mamá y, desde luego, ninguna de Alemania. Quería preguntarle por qué, pero no tenía el valor para hacerlo.

Incluso tuvimos visitas: la hermana y el cuñado de papá, mi tía Vera y mi tío Bill. La tía Vera llegó con un pavo cocinado. Solo era cuestión de hacer las patatas y las verduras, dijo, y recalentar el pavo. Podríamos comer como reyes otra vez este año; todos en el país podían hacerlo ahora que el racionamiento había terminado.

Los hombres y yo fuimos a la iglesia. Me senté entre mi padre y mi tío. El tío Bill cantaba tan fuerte y horrible que me encontré encogiéndome sobre mí misma. Me pegué más a papá. No me gustaba mucho el tío Bill. No me gustaba su enorme bigote ni la forma en que siempre me guiñaba el ojo cuando me hablaba. Después, papá y el tío Bill me enviaron a casa mientras ellos iban al pub. De vuelta en casa, encontré a mamá y a Vera en la cocina. Estaba impaciente por que papá y mi tío volvieran porque entonces podríamos abrir nuestros regalos.

Finalmente, llegaron, apestando a cerveza y cigarrillos. Era el momento.

Pasé tanto tiempo como pude en mi habitación después de eso. Me regalaron un jersey. Me regalaron una muñeca tonta. Me regalaron un frisbee y me regalaron un pogo. ¿Qué edad creen que tengo? No quería ninguna de estas cosas. Quería un televisor, un tocadiscos y muchos discos para reproducir. Y luego tuvimos la cena de Navidad y nadie me habló. Bien podría haber sido un fantasma, así que no creo que nadie se diera cuenta cuando, después de la cena, desaparecí en mi habitación. Me tumbé en la cama, con las manos detrás de la cabeza y miré fijamente a James Dean. Podía oírlos hablar y gritar y divertirse abajo. Me preguntaba si mi madre estaría fumando su «único cigarrillo del año» en ese momento. Normalmente lo hacía.

Casi me había quedado dormida cuando oí el clump, clump, clump de los pasos de mi padre en las escaleras. Llamó a mi puerta y no entró hasta que dije adelante. Pero no era papá, era el tío Bill. Me senté y crucé las piernas. Él miró hacia abajo, así que me bajé el vestido para cubrirme las rodillas.

—Eh, Lizzie, ¿qué haces aquí arriba tú sola?

—Creo que he comido demasiado, tío Bill. No me encuentro muy bien.

—Oh, vaya. Creo que todos hemos comido demasiado, para ser honesto. Entonces, ¿cómo te va en la escuela?

—Está bien.

—¿Ya tienes novio?

—No.

—¿Qué? ¿Una chica tan guapa como tú? No me lo creo. Pensé que tendrías a todos los chicos detrás de ti —Puso su mano en mi rodilla. Una descarga de tensión me invadió—. No te preocupes, ya llegará tu momento.

—Gracias, tío Bill —dije, consciente del pequeño temblor en mi voz con su mano húmeda descansando en mi rodilla. Estaba desesperada por que la quitara, desesperada por que me dejara en paz.

—Eres una buena chica; siempre lo he dicho. Tengo muchas sobrinas ahora, bueno, cuatro de ellas, pero quiero que sepas que tú eres, por mucho, mi favorita, Lizzie —Me sonrió y no estaba segura de cómo responder.

Estaba tan ocupado sonriéndome que no oyó a mi padre subiendo las escaleras. Quería gritar, Aquí, papá, aquí. Por suerte, no tuve que hacerlo. Papá entró. La mano del tío Bill abandonó mi rodilla como si le hubieran electrocutado. No podía entender por qué estaba tan feliz de ver a mi padre. —Ah, aquí estás, Bill —dijo—. Empezábamos a preguntarnos qué te había pasado.

El tío Bill se sonrojó un poco. —Oh, ya sabes, solo estaba charlando un poco con Lizzie.

—Oh, siento interrumpir, pero Vera te busca. No sé por qué, pero creo que deberías ir; sé un buen hombre.

—Claro, Arnold; será mejor que me vaya entonces. No hay que hacerla esperar. Todavía me sorprende por qué las llamamos el sexo débil. Un placer hablar contigo, Lizzie. Recuerda lo que te dije —Se escabulló, como un roedor, cerrando la puerta tras él. Papá ocupó su lugar en la cama.

—¿Estás bien, cariño?

Lo dijo tan amablemente que tuve que tragar mis lágrimas.

—La vida puede ser dura a veces, ¿verdad? Mira, el trabajo va bien en este momento. Si sigue

así, podré ahorrar lo suficiente para uno de esos televisores.

—¿En serio?

—Sé que es lo que realmente quieres. Lo siento por...

—Está bien, papá —Y lo decía en serio ahora. Todo estaba bien ahora.

—Te conseguí otro pequeño regalo pero... pero es demasiado infantil para ti otra vez. Lo siento, mi amor, estás creciendo tan rápido que no puedo seguirte el ritmo. Prometo que me esforzaré más.

Amé a mi papá entonces. Siempre lo hacía, pero en ese momento, quería lanzarme a sus brazos. En su lugar, pregunté: —¿Cuál es el otro regalo?

—¡Entradas! —dijo, radiante—. Pero es para la pantomima, así que si no quieres...

—No, eso es genial, papá. Sería estupendo.

Tenía razón; yo era demasiado mayor para la pantomima, pero en ese momento habría ido a cualquier parte con él.

Capítulo 37

La pantomima fue dos días después del Boxing Day. Solo papá y yo, mamá no quiso venir. No es que me importara; de hecho, lo prefería cuando éramos solo papá y yo. Así que nos fuimos al teatro local a ver La Cenicienta. Fuimos caminando. Mantuve la cabeza baja, me subí la bufanda y llevaba un gorro de lana lo más bajo posible. —Caramba, cariño —dijo papá—. No hace tanto frío.

—Oh, pero papá, sí que lo hace. —Pero tenía razón, no hacía nada de frío; simplemente no quería que me reconocieran caminando por la calle y entrando en el Teatro Real para ver la panto. Por suerte, llegamos sin que nos vieran. Papá compró una bolsa grande de nubes que podíamos compartir y encontró nuestros asientos.

—Esto debería ser divertido —dijo, frotándose las manos.

—Sí —respondí, tratando de sonar lo más entusiasta posible.

—Toma, come una nube.

El teatro estaba lleno, muchos niños con sus padres, pero todos eran mucho más jóvenes que yo. Aun así, lo que cuenta es la intención, me dije a mí misma, usando una de las frases que mamá repetía a menudo. Las luces se atenuaron y el telón se levantó. Y así comenzamos.

*

Nunca me había reído tanto. Papá también, echando la cabeza hacia atrás de risa. Las lágrimas corrían por nuestras caras, nos reíamos tanto. Papá no paraba de darse palmadas en la rodilla de deleite. Una hora y media después, terminó. Los actores salieron a saludar numerosas veces. Papá y yo aplaudimos como si nos fuera la vida en ello. Y entonces se acabó.

—Te lo dije, ¿no? —dijo papá, sonándose la nariz.

—Sí, fue divertido, muy divertido. Gracias, papá.

Suspiró satisfecho. —¿Ves? No siempre me equivoco.

Nos quedamos en silencio un rato, mientras la gente a nuestro alrededor recogía sus abrigos y sus bolsas y se movía por las filas de asientos.

—Lo he disfrutado mucho —dijo papá, sacando un cigarrillo de su paquete—. Esas hermanastras feas, ¿no eran geniales? Lo más divertido que he visto nunca. Esa parte donde la pelirroja se tropezó, oh Dios, fue tan buena.

—Sí, estuvo bien.

Me dio una palmada fuerte en la rodilla. —Sé que no es lo mismo que tener nuestra propia televisión, pero algún día, cuando haya ahorrado algo...

—Gracias, papá.

—Bien, bien. Está bien. Bueno, es agradable charlar de vez en cuando, no hace ningún bien guardárselo todo. Así que, ¿qué te parece si terminamos el día en la freiduría? ¿Te gustaría eso?

—Sí, sí, sería genial. —Para ser honesta, hubiera preferido irme a casa. Sentía que habíamos forzado bastante el tema padre-hija por un día. Pero nunca podía resistirme a una cena de fish and chips.

Salimos al vestíbulo y encontramos a mucha gente dando vueltas, todos de buen humor, mucho ruido. Papá parecía feliz. Su pecho parecía inflarse como si estuviera complacido de que nuestra salida hubiera sido un éxito. —Voy un momento al baño, cariño. Espérame aquí un minuto.

Y se fue. Miré alrededor y, sí, tenía razón. En cuanto a niños, yo era, con diferencia, la mayor. Vi a una niña pequeña apoyada contra una de las columnas llorando mientras su madre, de rodillas, luchaba por ponerle el abrigo, una cosa azul grande y voluminosa con grandes botones. Gracias a Dios que no había nadie de la escuela para reconocerme. Me estaba abrochando el abrigo, todavía riendo de algunos de los chistes y los percances de las hermanastras feas cuando oí que alguien me llamaba.

Levanté la vista. —Oh, ¡Tom! Hola. —Oh, mierda, no quería que Tom me viera aquí, pero espera, si él estaba aquí, entonces seguramente estaba bien que yo estuviera aquí.

—¿Has venido a ver la panto? —preguntó.

—Sí. ¿Tú?

—Por supuesto.

—Estuvo bien, ¿no?

—Está bien. Solo vine porque era un regalo de Navidad para mi hermana. —Señaló detrás de él a la niña pequeña apoyada contra la columna. Su madre, la madre de él, ahora intentaba ponerle

los mitones a la niña.

—Sí, yo también. Mi hermanita también. —¿Por qué demonios dije eso?

Miró alrededor. —¿Dónde está, entonces?

—Oh, ha ido al baño. —Sonreí, esperando que cubriera mi pequeña mentira.

Mi padre regresó. —¿Estás lista para irnos, cariño? —Vio a Tom—. Oh, lo siento, no me di cuenta...

—Este es Tom, papá. Está en mi curso en la escuela.

—¿Qué tal, Tom? ¿Disfrutaste del espectáculo?

Esto no era bueno. Papá podría exponer mi mentira. Tenía que alejarlo lo más rápido posible.

—Sí, gracias, señor Marsh. Fue divertido.

A papá le gustó eso, pude notarlo, la forma en que Tom inmediatamente se dirigió a él como señor. —¿Verdad que sí? No me había reído así en años. Esa parte donde...

—Deberíamos irnos, papá, antes de que la freiduría se llene demasiado.

—Puede que tengas razón. Adiós, Tom. Un placer conocerte.

—Sí, igualmente, señor Marsh.

—Nos vemos en la escuela, Tom. Adiós.

Papá ya se había dado la vuelta para irse cuando Tom preguntó: —Espera, ¿no olvidas a tu hermana?

Papá lo escuchó. —¿Eh?

—Vamos, papá, tenemos que irnos.

Había logrado alejar a papá. Miré hacia atrás a Tom. —Es muy independiente —articulé sin voz.

Por suerte, él estaba distraído con su madre y su hermana.

Habíamos llegado a la salida, nuestro avance obstaculizado por tantas madres y padres con sus hijos. Miré hacia atrás, esperando ver a Tom de nuevo. Y lo vi. Nuestras miradas se cruzaron a través del abarrotado vestíbulo y él me sonrió y saludó con la mano.

Salí del Teatro Real flotando en una nube de felicidad.

Capítulo 38

Era un gélido lunes por la mañana de enero; el primer día de vuelta a la escuela. Me desperté, y la novedad de levantarme sin sentir pavor aún no se había desvanecido. Desde aquel día en que Tom vino a mi rescate, Cerys Atkins y sus amigas me han dejado en paz. Tal vez habían encontrado a alguien nuevo a quien molestar, no lo sé. Algunas chicas incluso me hablan ahora. Es la mejor sensación: ser normal.

No había hablado con Tom desde la pantomima. Lo veía ocasionalmente, generalmente charlando con alguna chica guapa o bromeando con sus amigos. Deseaba poder hablarle yo misma, pero no podía, no sabría cómo, no sabría qué decir. Todavía recordaba la mirada de dolor en su rostro cuando rechacé su ayuda aquel día. Si pudiera retirar esas palabras, lo haría.

El primer sábado del Año Nuevo, fui a ballet como de costumbre y después me dirigí al café pasando por el parque del pueblo. Una niebla baja daba al parque una atmósfera inquietante; el césped estaba empapado. Pude ver al señor Watts y a Rory al pasar, pero esta vez no estaban jugando al fútbol sino de pie junto al gran olmo en el centro del parque, mirando hacia arriba. El señor Watts gritaba hacia arriba. —Ya casi estás ahí, hijo. ¿Puedes alcanzarlo?

Rory me vio y me hizo señas para que me acercara. —¿Estás bien, Rory?

—Nah, se me quedó la pelota atascada en el árbol.

Justo cuando lo dijo, la pelota naranja cayó del árbol y rebotó junto a Rory. —¡Sí! —Corrió tras ella.

—Gracias, Tom —dijo el señor Watts.

¿Tom? Miré hacia la copa del árbol y, efectivamente, sentado en una rama con aire satisfecho estaba Tom Fletcher.

—Hola, Tom —grité hacia arriba.

—¿Quién es? Ah, hola, Liz.

—Tom es nuestro caballero de brillante armadura —dijo el señor Watts.

—Sí, es bueno en eso.

—¿Estás bien ahí arriba, Tom?

—Absolutamente, ya voy bajando.

Observamos cómo Tom se deslizaba por la rama hacia el tronco del árbol, tratando de mantener el equilibrio.

—Ten cuidado al bajar, hijo.

—Es más difícil bajar —dijo Tom.

Rory corrió tras su pelota chillando de alegría.

Tom estaba descendiendo del árbol. Se detuvo, agarrándose con todas sus fuerzas, y miró hacia abajo.

—Creo que podrías saltar desde ahí —dijo el señor Watts.

Tom dudó, sopesando si podría o no. Al final, lo hizo. Hice una mueca cuando golpeó el suelo. Perdió el equilibrio en la hierba mojada y cayó pesadamente. El aire quieto se quebró con el grito de Tom. El señor Watts corrió hacia él. —Oh, Dios mío, Tom.

Tom se incorporó, sosteniendo su mano izquierda en alto, con los ojos arrugados de dolor, su rostro alarmantemente pálido. Mis rodillas se volvieron de gelatina. Su mano se había quedado flácida y colgaba en un ángulo extraño, casi al revés. Sujetó su muñeca doblada con la otra mano y se balanceó, apretando los dientes, tratando de no gritar.

—Oh, cielos, eso parece grave, hijo.

—¿Estás bien, Tom?

—No —dijo, aún apretando los dientes—. Me duele mucho.

Por suerte, el señor Watts tomó el control. —Esa mano no se ve bien. Creo que necesitamos llevarte al hospital, hijo. Liz, ¿podrías llevar a Rory a casa mientras yo llevo a Tom al hospital? —Me dio su dirección. No estaba lejos, justo al otro lado del parque—. Vamos, hijo, pon tu brazo alrededor de mí. Eso es.

Con la ayuda del señor Watts, Tom se puso de pie. No se veía bien. Se había puesto realmente blanco como un fantasma, y su muñeca ya se había tornado de un vívido color negro y morado.

—¿Cómo llegarán al hospital, señor Watts?

—Hay un autobús que va directo. La parada está justo allí. Eso es, hijo. Será mejor que nos ocupemos de esto. Rory, ve a casa ahora con Liz, ¿entendido?

—Sí, papá.

—Ah, Liz. Podría ser buena idea avisar a los padres de Tom dónde está. ¿Sabes dónde vive?

Tom balbuceó su dirección. Ahora tenía dos direcciones que recordar. Las repetí en mi cabeza.

—¿Puedes recordar todo eso?

—Creo que sí, señor Watts.

—Eres una buena chica. Vamos, hijo, pongámonos en marcha.

Rory recogió su pelota y vino a pararse junto a mí. Observamos a su padre y a Tom caminar a través del parque hacia la parada de autobús. —¿Qué es eso? —dijo Rory. Miré hacia donde señalaba y, efectivamente, había algo rojo y metálico tirado en el césped. Fui a recogerlo, pero Rory, soltando su pelota, me ganó, y no creí que fuera buena idea pelear con él por ello. —Es una navaja —dijo Rory, sosteniéndola en alto con aire triunfal—. Debe ser de Tom; iré tras él.

—¡No! No, Rory, no lo hagas.

—Está solo allí —dijo, señalando innecesariamente—. Puedo alcanzarlo fácilmente.

—No, no es eso, es solo que... eh, n-no permiten navajas en los hospitales, eso es todo.

Rory pareció considerar esto y, para mi alivio, lo aceptó. Inspeccionó la navaja. Tenía la bandera suiza. —Vaya, ojalá tuviera una como esta.

—Si me lo das, puedo entregárselo a la madre de Tom —extendí la mano y él la miró, luego volvió a mirar la navaja, reacio a entregármela—. Me aseguraré de que sepa que fuiste tú quien la encontró.

Eso funcionó. Me la entregó.

—Bien —dije—. Primero te llevaré a casa.

Veinte minutos después, llegué a casa de Tom, después de haber dejado a Rory en la suya y contarle a su madre lo que había sucedido. Me quedé asombrada con la casa de Tom. ¡Tenían su propio camino de entrada e incluso un coche! Un Austin A30 verde caqui con neumáticos de

flancos blancos y faros tan grandes que parecían ojos felices. Nosotros nunca podríamos permitirnos un coche, y mucho menos uno feliz. La casa de Tom era mucho más grande y bonita que la nuestra. Ventanas grandes y apropiadas con bonitas cortinas de encaje, y una bahía en el frente, nada que ver con nuestra casa diminuta y sus ventanas minúsculas. Nunca había pensado que hubiera nada malo en nuestra casa hasta ese momento, pero de pie al final del camino de entrada, experimenté una punzada de celos; ¿por qué no podíamos vivir en una casa como esta? Apuesto a que no tenían un retrete exterior con una herradura clavada en la puerta. Apuesto a que tenían un televisor.

Toqué el timbre. Reconocí a la madre de Tom de la pantomima. Parecía muy agradable y sonrió dulcemente, una sonrisa que pronto desapareció cuando le conté la historia. Parecía asustada por más que le dijera que no era tan grave. Tenía la navaja de Tom en el bolsillo de mi abrigo y estaba a punto de entregársela cuando pensé: No, quédatela. Podría ser útil. La madre de Tom me cerró la puerta en la cara sin siquiera darme las gracias. Ya no me parecía tan agradable después de todo. Pero al menos todavía tenía la navaja.

Capítulo 39

Dejé pasar dos días, no quería parecer demasiado ansiosa o preocupada. Tom no había ido a la escuela. Todos sabían por qué, porque los profesores se lo dijeron a uno de los chicos que se lo contó a alguien más, y pronto todo nuestro curso lo supo: Tom faltaba a la escuela porque lo habían golpeado mientras protegía a un niño de unos acosadores. Tom era un héroe, y ahora todos lo sabían. Yo no quería que lo supieran; quería guardar todo eso para mí misma, pero no podía obligarme a decirle a la gente lo que realmente había sucedido. Así que hoy, miércoles, llevé la navaja a la escuela conmigo, pero me aseguré de que estuviera bien escondida en el fondo de mi cartera.

Hoy entregué mi tarea de las vacaciones de Navidad: un ensayo sobre las sufragistas y cómo obtuvieron el derecho al voto. Me hacía hervir de rabia cómo se les negó el voto a las mujeres hasta 1918, y aun entonces, solo las mujeres de treinta años o más podían votar y solo si eran propietarias de una casa. —Muy bien hecho —dijo papá.

—¡Papá! —No estaba segura si bromeaba. Creo que sí por la forma en que se escondió detrás de su periódico. Solo vi una pequeña nube de humo elevarse.

Permitieron que las mujeres de veintiún años votaran a partir de 1928. Eso significa que voy a tener que esperar nueve años. En fin, le entregué mi ensayo a la señora Barrett, nuestra profesora de historia, y quizás mi profesora favorita. Nunca grita, pero todos la escuchamos, y siempre se ve bien con vestidos coloridos.

Así que, después de la escuela, después de entregar mi ensayo, no me fui a casa sino que fui a la casa de Tom.

La señora Fletcher volvió a responder. Le tomó un segundo reconocerme. —Oh, eres Liz, ¿verdad? Creo que te debo una disculpa por cerrarte la puerta así el otro día.

No esperaba eso y me sonrojé. —Está bien.

—Creo que estaba en pánico. Lo siento.

—Tom dejó caer esto. —Extendí la navaja.

—Oh, ¿es suya?

—Rory la encontró.

—¿Quién?

—Eh...

—No la reconozco, pero puedo dársela a Tom si quieres. —Mi mano se retiró un poco. Ella lo vio y comprendió—. ¿Por qué no pasas?

Entré al calor de su vestíbulo y tuve que contenerme para no jadear. El suelo pulido, la enorme planta, el enorme espejo con marco dorado. El olor a comida se filtraba, algo dulce que me recordó que tenía hambre. Vi una habitación a un lado y otra más adelante, y una amplia escalera. Muy lejos del pequeño lugar que yo llamaba hogar.

La señora Fletcher susurró: —¿Te importaría quitarte los zapatos?

—¿Qué? ¿Por qué tendría que...? Oh, era ese tipo de casa. Me quité los zapatos. Satisfecha, la señora Fletcher se deslizó junto a mí. —¿Tom? Tom, tienes visita, cariño.

¿Cariño? ¿Lo llamó cariño? Escuché un gruñido, no muy acogedor, y miré hacia la puerta principal.

La señora Fletcher me hizo señas para que entrara en lo que supuse que llamaban su sala de estar. —Pasa, Liz.

Su voz suave me atrajo. Tom estaba acostado en un sofá de color naranja, con la muñeca enyesada. —¿Puedo ofrecerte algo de beber, Liz? ¿Quizás una naranjada?

—¿Eh? Oh, no, gracias.

—Entonces os dejaré solos.

—Vaya —dijo Tom—. Eres tú. Eso sí que es una sorpresa. Hola.

—Hola. —Me quedé junto a la puerta, absorbiendo el espacio de la habitación, la chimenea de ladrillos, las cortinas con estampado de rosas, la gruesa alfombra turquesa, podía entender por qué la señora Fletcher quería que me quitara los zapatos. Y lo mejor de todo, tenían su propio televisor—. ¿Cómo estás?

—Bien. Siéntate, ponte cómoda. —Señaló un sillón naranja a juego, grande y mullido. Me hundí en él.

—Tenéis una casa bonita.

—¿Ah, sí? Supongo.

—Tenéis tele.

—¿La tenemos? Ah, sí, no me había dado cuenta antes.

—¿Eh? Pero está justo... —Maldita sea, soy una idiota. Me estaba sonrojando—. ¿Cómo está el brazo?

—Ya preguntaste eso.

—Lo siento.

—Está bien. El médico cree que tendré que llevar el yeso durante un mes o seis semanas. Como puedes ver, nadie lo ha firmado todavía.

Abrí la boca para decir que lo firmaría por él. Sería la primera, pero algo me detuvo.

—Oh, casi lo olvido. Se te cayó esto.

—Eso no es mío.

—Oh. Pensé...

—Es bonita, sin embargo. Lánzamela.

Se lo pasé, sin confiar en mi capacidad para lanzarlo correctamente. Lo inspeccionó, lo sopesó en su mano, su mano buena, y sacó cada una de las hojas. —Bonito. Muy bonito.

—Podrías quedártelo.

—No es mío para quedármelo.

—No. Lo siento.

—Supongo que nunca sabremos de quién es, así que tal vez podría.

Nos quedamos sentados en un silencio incómodo por un rato. —Debería irme —dije.

—¿Cómo va la escuela?

—¡Oh! Hay cientos de historias diferentes sobre lo que te pasó.

Se incorporó. —¿En serio?

—Dios, sí. —Y le conté algunas de las variaciones que había escuchado circular, exagerando aquí y allá para darle efecto.

Tom escuchaba, sonriendo y sacudiendo la cabeza. —Dios mío, eso es tan gracioso. La gente se cree cualquier cosa. El médico dijo que podría volver a la escuela la próxima semana.

—Eso es bueno.

—Sí, absolutamente. Supongo que sí. Entonces, dime, ¿cómo está esa hermanita tuya, la que puede ir al baño sola?

Ahora sí que me sonrojé de verdad. —Oh, Dios.

Se rió entre dientes. —Eres graciosa. De verdad lo eres. Mi hermana también se llama Elizabeth. Elizabeth Mary Fletcher.

—¿Tiene segundo nombre? Yo no. Soy simplemente Elizabeth Marsh. Ojalá tuviera un segundo nombre. ¿Y te gustó la pantomima?

—Sí, estuvo muy buena. —Comenzó a imitar a las hermanastras feas, recordando varios de sus chistes, y me encontré riendo sin control, tal era el alivio.

—Tienes una casa bonita, mucho más bonita que... —Me detuve, consciente de que no quería parecer desleal a mi padre—. Y tienes televisión.

Miró su reloj. —Oh, ya casi es hora de Dixon of Dock Green. ¿Quieres quedarte a verlo?

—¿En serio? ¿No te importaría?

—Absolutamente. —Noté cómo a Tom le gustaba decir absolutamente—. No te lo pediría si me importara. Sí, quédate, si te dejan. A mamá no le importará. Nos traerá algunas galletas si se lo pedimos amablemente. ¿Te gustaría eso?

Asentí temiendo que si decía algo, me emocionaría demasiado y parecería tonta, porque justo ahí, justo en ese momento, no había nada en el mundo que prefiriera hacer más que ver Dixon of Dock Green, fuera lo que fuera, con Tom Fletcher.

Capítulo 40

Enero de 1944

El Dr. Heinkel invitó a Hannah a sentarse. Ella obedeció, consciente de cada uno de sus movimientos. La enfermera Lowitz se sentó en una silla en el rincón mientras el doctor se acomodaba en el borde de su escritorio, cerniéndose sobre Hannah. Ella intentó captar la mirada de la enfermera Lowitz, esperando suscitar un atisbo de simpatía. La enfermera, levantando la barbilla, desvió la mirada. Hannah esperó lo que le pareció una eternidad mientras el doctor limpiaba sus quevedos. Los sostuvo contra la ventana y entrecerró los ojos. Por fin satisfecho, se los volvió a poner.

—Me ha decepcionado, señorita Schiffer. Una gran decepción —se levantó con un suspiro, como si moverse le costara esfuerzo, y se dirigió a la ventana. De espaldas, con las manos detrás, continuó—. Se ha comportado de manera vergonzosa en el hogar de evacuados, y solo por eso podría haber terminado en un campo de concentración.

Campo de concentración. Las palabras resonaron en la cabeza de Hannah.

—Pero las autoridades vieron algo en usted. Dijeron que aún era joven, aún ingenua, y que se le debería dar una segunda oportunidad. Después de todo, ¿por qué desperdiciar a un miembro potencialmente útil de la sociedad por un error tonto? Es demasiado hermosa, demasiado llena de vida para ser arrojada a los lobos. Así que, ¿qué hacer con una joven ingenua y hermosa en perfecta edad fértil? Pues hacerla tener hijos, por supuesto —ahora, se dio la vuelta—. Piénselo, señorita —dijo, elevando la voz—. Las mujeres de su edad están trabajando catorce horas al día en fábricas, o dieciocho horas al día como enfermeras. Estas son mujeres leales, mujeres dignas. Pero debido a su belleza, se le ahorraron tales rigores. A pesar de su imprudencia anterior, la enviaron con nosotros para vivir con lujo, para ser mimada, para comer bien, ciertamente mejor que cualquier otra persona de su edad en estos tiempos difíciles de guerra. La cuidamos; especialmente la enfermera Lowitz. Incluso cuando rompió las reglas y anduvo husmeando, seguimos cuidándola —hizo una pausa. Quitándose los quevedos, se frotó los ojos.

—Ahora, escuché lo que dijo, que no podía hacerlo. Y sabe, lo entiendo, Hannah. De verdad que sí.

Un pequeño destello de esperanza se filtró en Hannah mientras permanecía inmóvil, sus dedos aferrándose a los lados de la silla.

—En tiempos normales —dijo el Dr. Heinkel—, usted conocería a un joven, se enamoraría, se casaría y luego tendría bebés. Pero en tiempos normales, Hannah, no pondríamos un rifle en las manos de un joven, le diríamos que apuntara a ese hombre de allí, que disparara ese rifle y

matara a ese hombre. Y sin embargo, eso es exactamente lo que pedimos, un millón de veces al día. Piénselo, Hannah. Lo que le pedimos es mucho menos drástico que lo que le pedimos a toda una generación de hombres en este momento. Es mi culpa; debería habérselo explicado antes. Hice una suposición, y me disculpo por ello. Así que déjeme decirle: este programa de producir bebés arios perfectos, el resultado de una unión entre los especímenes más perfectos de la masculinidad alemana y los especímenes más perfectos de la femineidad alemana, viene de arriba, ideado por Heinrich Himmler, nada menos, y completamente respaldado por el Führer mismo. Usted es el material perfecto para ser madre, y por lo tanto es su deber procrear por el bien de nuestra nación y la supervivencia de nuestra raza. ¿Lo entiende ahora, Hannah?

Hannah sí entendía, pero pensando en el vil teniente Brosch y su cara lasciva, aún no podía obligarse a reconocerlo.

—¿Hannah? —dijo la enfermera Lowitz—. El doctor le ha hecho una pregunta. ¿Lo entiende?

—Sí —dijo tan silenciosamente como pudo—. Lo entiendo.

El Dr. Heinkel volvió a su posición en el borde de su escritorio. —Bien. Eso está bien —sopló sus mejillas—. Verá, Himmler tiene un gran interés en nuestro trabajo. ¿Sabe?, para las afortunadas mujeres que den a luz el siete de octubre, su cumpleaños, él será el padrino del bebé. ¿Puede imaginar tal cosa? ¡Qué honor! Pero si el desafortunado episodio de anoche llegara a sus oídos, no se vería bien... para ninguno de nosotros.

Rodeó la mesa y se sentó en su silla. Hannah lanzó una mirada furtiva a la enfermera Lowitz. La enfermera se mordió la mejilla, con un atisbo de simpatía. Hannah sabía que el doctor tenía razón: todos eran parte de esto, todos respondían ante los más altos poderes.

El Dr. Heinkel juntó las puntas de los dedos y la miró fijamente. —Vamos a darle una oportunidad más, Hannah. Pero, escúcheme bien, esta es la última. Tiene que cumplir con su deber. Si nos falla esta vez, no tendré más opción que transferirla a un campo de concentración.

El doctor hizo una pausa y Hannah se dio cuenta de que esperaba una respuesta. —Sí, señor.

—Ahora, he hablado con el teniente Brosch y...

—No, por favor, él no —dijo más apresuradamente de lo que pretendía.

La enfermera Lowitz habló. —No creo que esté en posición de dictar sus términos, jovencita.

El Dr. Heinkel levantó la mano. —No, déjela hablar. Si no es el teniente Brosch, entonces ¿quién, Hannah? ¿Quién?

—Si realmente me está obligando a hacer esto, entonces...

—¿Sí?

—Me gustaría que el padre fuera Bruno.

—¿Bruno? ¿Bruno quién?

—No sé su apellido.

—Yo sí —dijo la enfermera Lowitz—. Bruno Spitzweg. Es el cabo del ejército herido que reclutamos a última hora como reemplazo.

—Ah, sí, por supuesto —los ojos del doctor parecieron brillar ante la idea de que había una solución a mano—. Un hombre de buena apariencia. No tengo ningún problema con eso. Se arreglará.

Su alivio era palpable. Y también el de ella, y por un momento, Hannah se permitió una pequeña sonrisa.

Capítulo 41

La cena había terminado, los platos se habían retirado y vuelto a colocar en preparación para el desayuno del día siguiente. Hannah estaba sentada sola, esperando. El fuego, aunque moribundo, aún mantenía su calor. Se acercó a la enorme ventana que daba a los terrenos. Había caído más nieve, las ramas de los árboles, cargadas de nieve, brillaban plateadas bajo la luz de la luna, proyectando largas sombras sobre la blanca extensión de hierba. Las estrellas parecían particularmente brillantes esta noche. El mundo parecía tan quieto, tan silencioso. Era increíble pensar que estaba en guerra. Oyó que las puertas se abrían detrás de ella. Luego silencio. Sintió su presencia. Contuvo la respiración por un momento. Lo oyó acercarse y pararse a su lado. Detectó un toque de alcohol. ¿Habría estado bebiendo para fortalecerse?

—Hola —dijo él.

—Hola.

Ninguno se miró. Todavía no. Se quedaron juntos, mirando hacia afuera.

—¿Caminaste? —preguntó ella.

—Sí. Hace, eh, bastante frío allá afuera.

—Sí.

—Pero es hermoso.

—Ojalá pudiera caminar libremente y sentir el frío y respirar el aire fresco.

Hannah se consoló de alguna manera al ver que él parecía tan incómodo con esto como ella. Ambos tomaron asiento, sentándose uno frente al otro en una mesa redonda.

—¿Qué le pasó a tu cara?

—Me caí.

—Ya veo. —Rascó con la uña una leve mancha en el mantel—. Bruno, ¿puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

—¿Has... has matado alguna vez a alguien?

Sus ojos se desviaron hacia un lado, con un ligero fruncimiento de ceño.

—Lo siento —dijo ella—. No debería haber preguntado.

—No, está bien. —Se pasó los dedos por el pelo—. Sí, lo he hecho.

—¿Cómo te...

—¿Me hizo sentir?

—Sí.

No respondió durante un rato, y ella pudo ver que su mente se remontaba, luchando con un recuerdo que oscurecía sus ojos. —No piensas en ello al principio, estás demasiado lleno de adrenalina, supongo. Luego, después, tratas de justificarlo; después de todo, es la guerra. Estaba bajo órdenes; no tenía elección. Y todo eso es cierto. Solo esperas que cuando llegue tu día, Dios aprecie todo eso, lo tenga en cuenta. Quiero que Él sepa que no soy un mal hombre por naturaleza, solo por circunstancia.

—Estoy segura de que Él lo sabe.

—Eso espero. —Golpeó con el dedo en la mesa—. Hannah, sabes por qué estoy aquí.

—Sí, lo sé.

—Lo siento.

—No lo sientas. Como dijiste, es la guerra. Estamos bajo órdenes; no tenemos elección. Hay cosas mucho peores. Ahora lo sé.

—Aunque eso no lo hace correcto.

—Te elegí a ti.

Él se sonrojó. —¿Lo hiciste? Oh. Gracias. Me siento honrado.

Ella se rio. —Bruno, estás a punto de tener sexo conmigo, no hace falta que suenes tan educado.

—Esto es ridículo; honestamente, he enfrentado al enemigo y me he sentido menos nervioso que esto.

Ella le dio unas palmaditas en el brazo y se dio cuenta de que ni siquiera se habían tocado aún.

—Necesito pedirte un favor —dijo él. Se inclinó hacia adelante y bajó la voz—. ¿Tienes un retrato del Führer en tu habitación?

—Por supuesto. Le rezo todas las noches.

—¿De verdad? —Ella hizo una mueca—. Oh, pensé que hablabas en serio por un momento. En fin, cuando nosotros, ya sabes... ¿podemos girarlo para que mire hacia la pared?

Ella intentó reír.

—Oh —dijo él—. Toma esto. —Le entregó un trozo de papel—. Tiene mi dirección. Guárdalo bien. Podrías necesitarlo algún día; nunca se sabe.

—Todo estará bien, ¿sabes?

—Sí, ahora lo sé.

—¿Nos vamos?

—Sí. —Se levantó y le ofreció el brazo a Hannah.

—Vaya, gracias, querido señor.

Capítulo 42

Mayo de 1944

Hannah, Lena y Erika pasaban la mayor parte de su tiempo encerradas juntas, día tras día. Se sentaban y cosían. Leían y charlaban mientras tomaban interminables tazas de té negro. Después de cuatro meses, Lena era la única de las tres cuyo vientre había comenzado a notarse. La enfermera Lowitz las vigilaba atentamente, asegurándose de que estuvieran bien y de que sobrellevaran sus episodios de náuseas matutinas. Regulaba sus dietas y se aseguraba de que todas durmieran lo suficiente. Cada una iba a ver al Dr. Heinkel con regularidad, donde este les escuchaba el corazón, les controlaba la presión arterial y les informaba sobre los resultados de sus análisis de orina. Las otras chicas habían sido enviadas a casa. Habían tenido cuatro intentos de concebir y fracasaron. Ya no eran útiles para el doctor y el hogar. Así, Hannah y sus dos amigas eran ahora las únicas ocupantes del ala este. Habían oído que varias chicas nuevas se habían instalado recientemente en el ala oeste. Pronto sería su turno.

Sabían que las cosas iban mal para la nación, que Alemania estaba siendo presionada por ambos lados, Este y Oeste, pero se les había prohibido escuchar la radio por temor a que las incesantes malas noticias pudieran afectar su salud mental y, por lo tanto, poner en peligro sus preciosas cargas. Lena siempre era la más optimista de las tres. —He oído que el Führer ha estado trabajando en una nueva arma secreta, algo que nunca hemos visto antes. Y una vez que esté lista, destruirá a los ingleses, a esos yanquis y a esos bestiales rusos.

—Bueno, ojalá se dé prisa —dijo Erika—. ¿Qué estás cosiendo ahora?

—¿Esto? Patucos, por supuesto, mira —Lena los levantó.

—Oh, son tan lindos. Eres muy hábil, Lena.

—Mi madre me enseñó.

Se quedaron en silencio. Hannah recordó los días, hacía tanto tiempo, cuando iba de compras con su madre. De tienda en tienda, probándose vestido tras vestido, blusa tras blusa. —¿Nos estamos divirtiendo, cariño? —le preguntaba su madre, y Hannah asentía con la cabeza y forzaba una sonrisa. —No se lo digas a tu padre —decía su madre, y le compraba a Hannah pasteles repletos de crema para comprar su silencio. El padre trabajaba duro, se preocupaba por el dinero. Podían permitirse algún lujo ocasional, decía, pero como Hannah pronto descubrió, la definición de ocasional de su madre difería de la de su marido. Pero todo se detuvo, ocasional o no, aquel día de 1933 cuando hombres como su padre, socialdemócratas, temieron por sus vidas. Nunca más volvieron a ir de compras, su madre y ella. Hannah siempre había tenido una relación distante con su madre. No tenía hermanos, y siempre sospechó a medias que su nacimiento fue un error.

Su madre nunca había ocupado mucho espacio en su mente, pero ahora, después de todo este tiempo, Hannah anhelaba verla. Tenía tantas preguntas que hacerle. Lena y Erika no servían de nada, sabiendo tan poco como ella, y la enfermera Lowitz y el Dr. Heinkel respondían a sus preguntas con respuestas evasivas y frialdad. Su madre había experimentado el embarazo, había dado a luz, había conocido sus dolores y alegrías. Pero su madre ni siquiera sabía que su hija estaba embarazada, que estaba a solo unos meses de convertirse en abuela.

¿Y dónde estaba Bruno? Ninguna de las mujeres había visto a los hombres que las habían dejado embarazadas. Lena y Erika parecían no importarles, pero a Hannah sí, mucho. Solo lo había visto tres veces, y se encontraba reviviendo cada ocasión con tanto detalle como fuera posible. Recordaba cerrar la puerta de su habitación y, habiendo dado la vuelta al cuadro, enfrentarse al hombre mientras este retorcía su sombrero entre las manos. Ella no sabía nada sobre el amor y él tampoco, descubrió. Qué extraño, pensó mientras estaban de pie en esa habitación, ligeramente fría, que este hombre de veintitrés años lo supiera todo sobre matar pero nada sobre amar. Tomó su mano y besó su palma, la presionó contra su mejilla. —Estamos aquí ahora —susurró—. Solo tú y yo. No hay nada de qué preocuparse. Solo tú y yo, Bruno. Bésame.

Después, mientras yacía en la cama, con la sábana cubriéndola, se preguntó por qué, físicamente, algo no estaba del todo bien. Todo había sido tan breve. El Gran Misterio había sido revelado, y lo que yacía detrás de la puerta era más ratón que león. Bruno le ofreció un cigarrillo. Agradecida, tomó uno y lo encendió. Pero cualquiera que fuera la experiencia, una cosa sí sabía era que sus sentimientos por Bruno habían cambiado, no, más que cambiado, se habían transformado. Se sentaron en la cama, ambos fumando, sin saber qué decir.

—No estuvo tan mal —dijo ella, consciente de que debería haber dicho algo más alentador.

—No —Él dio una calada al final de su cigarrillo—. Escucha, Hannah...

—No tienes que decirlo, Bruno.

—No, tal vez no.

Todavía eran solo las diez de la noche. Se quedaron dormidos en los brazos del otro. Cuando despertaron en las primeras horas de la madrugada, hicieron el amor por segunda vez. Y esta vez fue diferente, quizás como debía ser. Después, se sintió cálida por dentro y por fuera, su corazón acariciado y reconfortado por una sensación de satisfacción que no había sentido en mucho tiempo.

Bruno también había cambiado, como si se hubiera despojado de su caparazón exterior y le permitiera ver al verdadero hombre en su interior. Estaban, por ese breve lapso de tiempo, sin pasado, sin futuro, sin guerra, solo ellos dos, felizmente suspendidos. Hannah anhelaba que Bruno se quedara, que la mantuviera caliente, que mantuviera la guerra a raya. En cambio, él se vistió, y ella lo observó en silencio, con la sábana envuelta alrededor de sus pechos. Él raspó la escarcha del interior de la ventana y miró hacia afuera en la penumbra del amanecer.

—Lamento tener que irme así. Volveré a verte.

Ella asintió en señal de aceptación, sin confiar lo suficiente en sí misma para hablar.

Él se inclinó para besarla, dudó un momento, luego la besó en la mejilla, en los labios.

Se detuvo en la puerta y su intento de sonreír se pareció más a una mueca. Y luego se fue. Hannah se quedó mirando la puerta, deseando que volviera aunque fuera por unos segundos. Podía oír crujidos y golpes provenientes del interior de la casa. El mundo se estaba despertando lentamente.

Y ahora, después de cuatro meses, Bruno aún no había venido a visitarla. No podía entenderlo. —Volveré a verte —le había dicho. Pero no había vuelto. Ella lo había esperado, desesperada por verlo, por abrazarlo de nuevo. Él había cumplido con su deber, y el resultado, aparentemente, flotaba y crecía dentro de ella. ¿Acaso no quería saberlo? ¿Tan poco le importaba ella? Pensaba que habían establecido una conexión en el poco tiempo que pasaron juntos, un entendimiento, tal vez algo incluso más profundo. Pero los días pasaban, uno tras otro, y ella habría hecho cualquier cosa por verlo subir por el camino que llevaba a la casa. Cualquier cosa. Se encontraba acostada en la cama, diciendo su nombre en voz alta, acariciando el recuerdo de él, muriendo por escuchar el sonido de su voz. Se despertaba convenciéndose a sí misma de que no lo había conocido lo suficiente como para desarrollar tales sentimientos por él, y casi se lo creía. Pero luego el anhelo regresaba. Sin embargo, a medida que los días se convertían en semanas, sus sentimientos hacia él comenzaron a transformarse lentamente en algo más. Resentimiento. Molestia. ¿Cómo se atrevía a dejarla de lado tan bruscamente? Deber o no deber, ella seguía siendo una persona, una mujer con emociones, una mujer que merecía respeto. ¿Cómo se atrevía?

Capítulo 43

Bruno había ido a ver a un médico del ejército. El hombre le dio una palmada en la espalda y le informó que estaba en condiciones de volver al servicio. Bruno intentó aceptar esta noticia con buen ánimo. —Ya sé lo que estás pensando, Cabo. Y te lo admito, podrías tomarte un par de semanas más, solo para estar seguros. Pero la situación, tal como está, dicta la necesidad de urgencia. Necesitamos a todos los hombres que podamos conseguir.

—La situación se está volviendo desesperada.

—¡Diablos, no! No diría que está tan mal. La victoria final aún será nuestra.

—Sí, lo sé. Lo aprecio. Gracias, Doctor.

—Así que llamaré al regimiento y te concertaré una cita para que veas al coronel mañana a las diez. Me imagino que te enviará de vuelta al frente en un abrir y cerrar de ojos. Mientras tanto, te sugiero, Cabo, que disfrutes el resto del día libre. Que tengas un buen día.

Bruno caminó a casa bajo el cálido sol de media mañana en un vacío aturdidor, inconsciente de todo lo que le rodeaba. Sabía que, en efecto, acababan de entregarle su certificado de defunción. Su regimiento había sido aniquilado, la mayoría de los hombres muertos, heridos o, lo peor de todo, capturados. La situación en Rusia y, de hecho, en todos los frentes era terrible. Si lo enviaban de vuelta a Rusia, nunca volvería con vida. Ya nadie creía en la victoria final, pero se necesitaba ser valiente o temerario para decirlo. Los únicos verdaderos creyentes ahora eran los fanáticos. Desafortunadamente, su hermano era uno de ellos.

Tenía que ver a Hannah. Estaba desesperado por verla. Y hoy era su última oportunidad. No había dejado de pensar en ella. Esa misma mañana, antes de ir a ver al médico, se estaba afeitando frente al espejo del baño cuando se detuvo, con la navaja en la mano, y dijo en voz alta: —Creo que la amo. —El sonido de su propia voz, las palabras que había dicho, lo tomaron por sorpresa. ¿Realmente acababa de decir eso en voz alta? Se miró fijamente en el reflejo, preguntándose si era cierto, ¿la amaba? Solo la había visto tres veces, pero ciertamente nunca se había sentido así por nadie; ninguna mujer lo había obsesionado de esta manera antes. Excepto quizás la mujer a la que llamaban Zoya.

Cuando llegó al hotel, había estado caminando durante más de una hora. Una vez que decidió que quería ver a Hannah, pasó de largo su casa y vino directamente aquí. Llamó a la puerta y pidió verla. Un asistente lo guió a través de un laberinto de pasillos en la planta baja y le pidió que esperara fuera de una oficina mientras él llamaba y entraba. Al poco tiempo, el asistente regresó y le dijo que pasara, y se encontró una vez más frente al Dr. Heinkel.

—Antes de proceder —dijo el doctor—, he pedido a mi segundo al mando que se una a nosotros. Tome asiento, por favor. —Esperaron en un silencio incómodo. Después de un rato, el doctor, sintiendo que quizás debería decir algo, comentó—: Así que me imagino que estás ansioso por volver a donde está la verdadera acción, ¿eh?

—Sí, señor.

—Dime, ¿cómo es allá afuera, luchando por la buena causa en las fronteras salvajes de Rusia?

—Es duro, señor, pero creemos en la justicia de nuestra causa, y luchamos noblemente, felices de morir, si es necesario, por el Führer.

—Sí, Cabo, por supuesto, y yo soy Papá Noel. Ah, aquí está ella. —Apareció una mujer rubensiana, con el cabello recogido firmemente, labios finos y exangües, ojos oscuros. Bruno se puso de pie—. Esta es la enfermera Lowitz. Ya se habrán conocido antes, ¿no?

—En efecto —dijo la enfermera—. Siéntese, Cabo Spitzweg.

—Entonces, Cabo Spitzweg, ¿qué lo trae por aquí hoy?

—Me gustaría ver a Hannah, por favor.

—¿Hannah Schiffer?

—Sí.

—No, ciertamente no —dijo la enfermera.

El rostro del doctor se arrugó como si no entendiera. —¿Por qué demonios querría verla?

—Porque... porque nosotros... ya sabe.

—Cabo Spitzweg. —Suspiró como si lo que estaba a punto de decir estuviera por debajo de él de alguna manera o fuera tan obvio que no debería necesitar explicación—. Usted y la señorita Schiffer cumplieron con un deber. Se lo agradecemos. Sin embargo, fue un deber puramente biológico, no emocional. Si su unión resulta infructuosa, entonces se le presentará una nueva pareja...

—¿Qué? No, eso no puede ser.

—¿Perdón? ¿Qué cree que estamos dirigiendo aquí? No es un servicio de matrimonio.

—Quiero verla.

—No. —El doctor levantó la mano—. Pensé que sabía cómo operamos aquí.

—¿Y si tiene el bebé?

—Entonces, si todo va bien, lo amamantará durante las primeras seis u ocho semanas de vida.

—¿Y luego...?

—Y luego —dijo la enfermera Lowitz—, el bebé es entregado a una pareja aria.

Bruno intentó hablar pero le resultaba difícil procesar esto. El doctor y la enfermera lo observaban con cierta diversión: divertidos, quizás, por el alcance de su ingenuidad. —¿Acaso... quiero decir, Hannah está contenta con esto?

—Si está contenta o no es francamente irrelevante.

—Pero no entiendo. ¿Qué pareja?

—Una pareja merecedora, una pareja que no ha sido bendecida con un hijo y ahora desea criar a un niño adoptado como propio.

Bruno se puso de pie de un salto. —No, esto no puede estar bien. Exijo verla.

Escuchó la brusca inhalación de la enfermera Lowitz. —No estás en posición de exigir nada.

—Por favor, siéntese, Cabo —dijo el doctor—. Lamento que haya formado algún tipo de apego hacia la señorita Schiffer. Es ciertamente una chica muy atractiva, no puedo culparlo. Y, concedido, es un riesgo que este tipo de empresa conlleva, pero usted no tendrá nada más que ver con ella.

—Pero podría estar llevando a mi hijo.

—Ya basta. Su esperma ha creado un bebé para la Patria, pero no es ni será nunca su hijo de ninguna manera. Tiene que entenderlo.

—Puedo adoptarlo.

—No sea ridículo —dijo la enfermera.

—¿Está usted casado?

—Quiero casarme con Hannah.

La enfermera Lowitz no pudo contener una risa. El doctor se sonrojó. —Bien, creo que esta reunión ha llegado a su fin.

—Hablo en serio, señor...

—No está casado, y ni siquiera es miembro del partido.

—He hecho más por este país que mi hermano y la mitad de los malditos nazis que se quedan en casa lustrando sus botones todos los días.

—¡Basta! ¿Cómo se atreve a hablar así? ¿Quién se cree que es?

—Deberíamos denunciarlo, Doctor.

—Si no está fuera de esta puerta en dos segundos, lo haré.

Bruno se dirigió a la puerta. —La encontraré yo mismo.

—Le resultará difícil —gritó el doctor.

Bruno se detuvo en la puerta. —¿Por qué?

—Ha terminado su trabajo aquí. Ha sido trasladada a otra instalación. —Terminó la frase con una pequeña sonrisa de evidente satisfacción.

Bruno asimiló esto, dándose cuenta de que nunca la volvería a ver, ni hoy, ni nunca. Intentó formular una despedida final, algún tipo de reproche mordaz. En su lugar, cerró silenciosamente la puerta de la oficina tras él para encontrar al ordenanza esperándolo. Dócilmente, siguió al hombre de vuelta a la entrada, fuera de la puerta y al exterior. Era la segunda vez en cuestión de días que lo dejaban fuera de este antiguo hotel. La última vez, lo habían sacado a la fuerza. Pero esto, esto era mucho peor.

Capítulo 44

Octubre de 1944

Hannah nunca imaginó que pudiera existir tal dolor. Cada contracción amenazaba con partirla en dos, dejándola sin aliento, haciéndola sudar y gritar las palabras más soeces sin importarle nada. La enfermera Lowitz le tomó la mano. Hannah clavó sus uñas en la piel de la enfermera, esperando causarle tanto dolor como fuera posible, para intentar disminuir el suyo propio. La partera la instaba a pujar, le decía «ya falta poco» innumerables veces y «casi está, casi está». Hannah la odiaba, odiaba a la enfermera Lowitz, odiaba a todos y a todo. El dolor se extendía interminablemente, sin fin a la vista, nada más, solo la agonía convirtiéndose en lo único tangible de su existencia, amenazando con engullirla por completo. Luego, cuando intentaba hablar durante los pequeños momentos sin dolor, solo salía un gruñido, como una mujer de las cavernas. Su pelo se le pegaba a la cabeza, el flequillo a la frente; su bata estaba empapada y sucia. En ese momento, con ese dolor, la muerte parecía la mejor opción.

—Bien, ya casi está, Hannah. Lo estás haciendo muy bien.

—Deja de decir eso.

Volvió su mirada asustada hacia la enfermera Lowitz.

—Quiero a mi madre —gruñó—. Quiero a Bruno.

—No sabemos dónde está tu madre; ya lo sabes, querida.

—Quiero a Bruno. Lo necesito aquí ahora, ahora mismo, por favor.

—Bruno ya ha cumplido su parte, querida; ahora nos toca a nosotras. Sigue así, Hannah; ya estás muy cerca.

Podía sentirlo venir otra vez: otra contracción. Empezó a gimotear, temiéndola, temiendo el dolor fresco y espantoso que estaba a punto de desatarse. Intentó prepararse, pero se encontró demasiado débil para hacerlo. El intenso estiramiento de su carne entre las piernas la hizo aullar, pero esta vez, bajo el horror del dolor, había algo más, una especie de fuerza, algo duro, algo tangible, algo vivo.

Capítulo 45

El coronel estaba encantado de ver a Bruno, felicitándolo por haberse recuperado tan pronto como si Bruno se hubiera curado por pura fuerza de voluntad. Le dijo que lo enviarían de vuelta al frente ruso en el próximo transporte, el viernes, en dos días. Lo había dicho con tanto entusiasmo, como si estuviera compartiendo la mejor noticia, y esperó con anticipación que Bruno expresara su gratitud porque su tiempo dando vueltas en casa finalmente había terminado.

Bruno se lo contó a su madre. Ella tironeó de su pañuelo como si fuera un rosario y trató de no llorar frente a él. Bastante extrañamente, pensó Bruno más tarde, parecía recriminarle no haberse herido de gravedad. Si tan solo le hubieran volado una pierna, no tendría que volver en absoluto. Joseph estaba feliz por él. —No te preocupes tanto, hermanito. Hitler ha lanzado sus nuevas bombas —Bruno lo había oído. Capaces de volar a casi seis mil kilómetros por hora y causar un daño incalculable, las pruebas iniciales habían resultado positivas—. Es solo cuestión de tiempo —dijo Joseph—, y las estaremos produciendo más rápido que salchichas.

—¿Cómo está tu esposa, Joe? Aún no la conozco.

—Todavía en Stuttgart —fue la respuesta cortante.

Bruno deambuló por la ciudad, con el cuello levantado contra el frío otoñal. Las esvásticas aún colgaban de casi todas las casas y a través de las calles. Pero ahora parecían cansadas, flácidas por meses de intemperie. Vio pasar a toda velocidad un jeep del ejército. Una parte de él se sintió tentada de ponerse en su camino, para intentar herirse de verdad. La perspectiva de enfrentarse a un pelotón de fusilamiento en casa parecía preferible a regresar a Rusia justo cuando empezaba su invierno. Se sentó en un banco bajo un olmo en el centro de la plaza y observó cómo varios granjeros viejos salían de la taberna al mediodía, bromeando entre ellos. Pasaron un par de madres, empujando sus cochecitos. Podía oírlas hablar sobre los rigores de la lactancia y tener que lavar pañales constantemente. Se preguntó si Hannah habría dado a luz a su bebé, el bebé de ambos. Ya debería ser el momento. Las dos mujeres se detuvieron cerca de él y arrullaron en los cochecitos, haciendo muecas y pequeños ruidos reconfortantes a sus bebés. Quería unirse a ellas y asomarse a los bebés y también hacer ruiditos graciosos. Se preguntó de qué sexo sería su bebé, o cuál sería; se preguntó si Hannah le habría puesto un nombre a su bebé. ¿Sabría ella que pronto le quitarían al bebé? Debía saberlo, debió haberlo sabido desde el momento en que se ofreció como voluntaria para entrar en ese terrible hogar. Pero estas mujeres, las dos madres aquí, no entregarían a sus bebés. Lucharían hasta la muerte. Era demasiado antinatural: la idea de que una mujer llevara un feto durante nueve meses, lo diera a luz, criara al niño durante sus primeras seis u ocho semanas, y luego simplemente permitiera que alguien como ese terrible doctor viniera y se lo llevara para dárselo a otra mujer. Las dos mujeres se besaron y se fueron por caminos separados, empujando sus cochecitos. Y allí, caminando justo más allá de ellas, estaba alguien a quien reconoció.

Casi se cayó de la emoción por hablarle. —¡Hola! —gritó—. ¡Hola! —No podía recordar su nombre—. ¡Hola!

Ahora ella se detuvo, dándose cuenta de que el hombre que gritaba de hecho le gritaba a ella. Retrocedió, protegiéndose los ojos del sol mientras él se acercaba, con una mirada preocupada en su rostro.

—Hola, lo siento, pero... —Se detuvo frente a ella—. ¿Me reconoce?

Ella negó con la cabeza, mirando alrededor como si buscara a alguien que pudiera ayudarla.

—Yo la reconozco a usted. Usted estaba... —No estaba seguro de cómo decir esto. Nadie sabía lo que sucedía en ese hogar, y estaba seguro de que ella no querría hablar de ello—. Yo estaba, eh... en el viejo hotel hace unas semanas.

Sus ojos se agrandaron. —Bien por usted, ahora si me disculpa.

No quiso hacerlo, pero en su pánico, la agarró por la manga de su abrigo.

—Quite sus manos de encima, o gritaré para que todos se enteren.

—Por favor, solo quiero hacerle una pregunta, una pregunta, eso es todo. —Tranquilízate, pensó, la estás asustando—. Por favor.

—¿Qué es?

—¿Sabe adónde enviaron a Hannah? Hannah Schiffer.

—¿Hannah? —Vio cómo hacía memoria—. Oh Dios, esa mojigata. Fue una de las que quedó embarazada, la muy afortunada. No la enviaron a ninguna parte; sigue allí.

—¿Qué? ¿Está segura? Quiero decir, me dijeron...

—¿Le dijeron qué? Le estoy diciendo. Volví anteayer y la vi alimentando a su bebé con mis propios ojos.

—¿Alimentando a su bebé?

—Sí. Ahora, lárguese, ¿quiere?

—Sí, claro. Claro. Gracias.

La vio alejarse apresuradamente, balanceando su bolsa de compras vacía. Le habían mentido, por supuesto que sí. El doctor había mentido. Ella seguía allí, con su bebé, el bebé de ambos. Tenía que ver al bebé, y como las dos mujeres con sus cochecitos, lucharía hasta la muerte para ver a su bebé.

Capítulo 46

Hannah flotaba en ese dulce limbo entre la vigilia y el sueño, con la pequeña Helga acurrucada en su pecho, chasqueando los labios en ese cálido delirio embriagado después de alimentarse. Ella misma había pensado en el nombre. Durante el primer día más o menos, el Dr. Heinkel se refería a ella como Fünfzig, el quincuagésimo bebé nacido en el centro. —¿Cómo está nuestra pequeña Fünfzig especial hoy?

—La estoy llamando Helga, doctor.

—¿Helga? Sí, es bonito, muy bonito. Helga.

Con casi dos meses de edad ahora, Hannah ya apenas podía imaginar su vida antes de Helga. No se había dado cuenta hasta que Helga llegó de lo vacía y sin rumbo que había sido su vida. Había estado a la deriva, empujada de orilla a orilla por circunstancias fuera de su control, sin poder controlar su propio destino. No le importaba nadie, y menos aún ella misma. Y nadie se preocupaba por ella. Su padre, quizás, su madre tal vez un poco. Aun así, le dolía que sus padres no tuvieran idea de que su única hija había traído al mundo a su nieta. Su padre, especialmente, estaría encantado. Pero no había forma de que abandonara el santuario del hogar. No ahora. Se le permitía escuchar la radio ahora. El Dr. Heinkel lo había autorizado, así que sabía lo peligrosa que era la situación. No era difícil leer entre líneas. La necesidad de sacrificio, la guerra total, luchar hasta el último aliento. Estas no eran las palabras de una nación al borde de la victoria; eran las últimas expresiones desafiantes de una nación de rodillas.

Berlín ya no era una ciudad sino una jungla de escombros. Desolación, destrucción y muerte. Al igual que Hamburgo, Colonia, Stuttgart y tantas más, ciudades grandes y pequeñas. Pero aquí, en el suroeste profundo del país, acurrucadas bajo los pinos en un viejo hotel, Hannah y Helga estaban a salvo. Había dado a luz a un hijo para su Führer y estaba orgullosa de ello. La ironía no se le escapaba. Mientras la mayoría de la gente perdía su fe, ella, Hannah Schiffer, quizás tardíamente, había visto la luz. Iba a quedarse en este hotel todo el tiempo posible, su pequeño refugio seguro, escondido y olvidado. Aquí, madre e hija eran bien atendidas, tenían una dieta maravillosa. Las enfermeras venían y se aseguraban de que Hannah comiera adecuadamente, para que pudiera alimentar a Helga correctamente. Pesaban al bebé regularmente, le tomaban la temperatura. ¿Dónde más recibirían ella y el bebé esta cantidad de cuidado y amor?

Hannah aún pensaba en Bruno. La enfermera Lowitz le había dicho que había vuelto a la guerra, tal era su recuperación y entusiasmo. Y estaba orgullosa de eso y se lo había dicho a Helga varias veces. —Tu papá es un héroe, pequeña. Y una vez que nuestro Führer entregue sus nuevas superarmas, ganaremos esta guerra y papá volverá con nosotras. Y te mirará y te amará tanto como yo, y nunca nos volverá a dejar.

Generalmente se quedaba dormida soñando con su vida juntos, los tres. Quizás una pequeña

granja, unas gallinas y un par de vacas lecheras, tal vez en algún lugar más al este, una vez que el poderoso ejército alemán hubiera conquistado finalmente la tierra que por derecho les pertenecía. Y Hannah le daría a Helga un hermanito o hermanita. Vivirían sencillamente pero felices. Sin bombas, sin hablar de retiradas ordenadas, solo paz y gratitud, y un futuro de seguridad. No quería que Helga creciera en una ciudad como ella lo había hecho, siempre a la sombra de la vanidad de su madre. Helga era el centro de su mundo, no un ser que existía en su periferia. Esta niña siempre conocería el significado del amor. Después de tanto tiempo a la deriva por la vida y sin saber su lugar en el mundo, este pequeño bulto había llegado y cambiado todo, simplemente todo, y Hannah no podría haber sido más feliz.

Capítulo 47

Diciembre de 1944

Hannah acababa de alimentar a Helga. Madre e hija yacían en la cama, apoyadas en varias almohadas, disfrutando de la satisfacción posterior a la toma. Hannah acariciaba la mejilla suave de Helga y le cantaba una cancioncita. Con Helga quedándose dormida contra su pecho, se acercó a la ventana como hacía siempre, simplemente para mirar hacia afuera y observar a los diversos repartidores ir y venir. Helga estaba a punto de cumplir siete semanas. Durante ese tiempo, Hannah prácticamente no había hecho nada, no había visto a nadie excepto al personal, y no había pensado en nada. Sin embargo, curiosamente, el tiempo había pasado volando. Estaba agradecida por recibir tantos cuidados. Allá afuera, en el mundo real, las madres con recién nacidos aún tenían que lidiar con los quehaceres de la vida: preparar comidas para sus maridos, hacer compras, remendar ropa, lavar, tejer pequeños conjuntos y así sucesivamente. Y eso era solo en tiempos normales. Ahora, con la guerra y la escasez de productos esenciales, esas tareas eran cien veces más difíciles, y la falta de alimentos era una preocupación constante. Y era fundamental que ella, como madre de un bebé, se alimentara bien por el bien de ambas. Así que estaba feliz. Estaba agradecida.

El Dr. Heinkel venía a revisarla ocasionalmente. Durante la primera o segunda semana, venía a diario, a veces dos veces al día. El hecho de que ahora solo viniera a verla cada tres días más o menos era en sí mismo una buena señal. Significaba que estaba satisfecho con el progreso tanto de ella como de Helga. Ambas estaban sanas, nada que le preocupara. La enfermera Lowitz, por otro lado, siempre estaba entrando. Se afanaba con ambas, arrullaba a la pequeña Helga y le decía a Hannah qué niña tan hermosa tenía. La mujer se había convertido en una madre para ella, mucho más cariñosa que su propia madre. Sus padres siempre habían sido muy amorosos entre sí; aún se adoraban mutuamente. Muy dulce. Pero de alguna manera, el amor de su madre se detenía ahí. No podía imaginarse a su madre derramando su amor por Hannah cuando era bebé como Hannah lo hacía ahora por Helga.

La única vez que la enfermera Lowitz había mostrado algún antagonismo fue cuando Hannah mencionó a Bruno. —¿Puedo ver a Bruno? —había preguntado con toda inocencia.

La enfermera Lowitz la miró horrorizada como si Hannah acabara de pronunciar la blasfemia más terrible. —No, no puedes —dijo, casi pataleando.

—Pero...

—No, no hay peros que valgan. Él ya hizo su parte, y me han dicho que desde entonces ha regresado a su regimiento. Él no es más el padre de esta niña de lo que tú eres su madre. Recuerda lo que te dijo el doctor.

—Deber.

—Sí, exactamente. Todos cumplimos con nuestro deber; es más imperativo ahora que nunca. Así que no te pongas sentimental por un hombre que no hizo más que donar su esperma. Eso es todo lo que fue, Hannah.

—Sí, enfermera.

—Ahora, ¿Helga ya se ha bañado hoy?

Y con eso, la enfermera Lowitz dejó a Hannah con sus pensamientos. La enfermera Lowitz tenía razón: Helga necesitaba un baño. Le gustaba cuando la enfermera Lowitz la llamaba por su nombre. La hacía sentir especial de alguna manera, querida, cuidada. Todavía no sabía el nombre de pila de la enfermera Lowitz y deseaba saberlo, porque entonces sentiría que estaban en igualdad de condiciones de alguna manera. Aun así, en el gran esquema de las cosas, no importaba tanto.

Solo más tarde las palabras de la enfermera la desconcertaron: Él no es más el padre de esta niña de lo que tú eres su madre. ¿Por qué dijo eso? Qué extraño. Por supuesto que soy su madre, pensó, abrazando a Helga un poco más fuerte. ¿Quién más podría serlo?

—Qué mujer tan tonta —le dijo a Helga, meciendo a la bebé en sus rodillas.

Había un flujo constante de repartidores llegando al hogar hoy. Entregas de comida, la lavandería, suministros médicos, los limpiadores terminando sus turnos. Pero, ¿quién era ese merodeando al final de la entrada, escondiéndose entre los árboles? Parecía... pero no podía ser. Se acercó a la ventana, casi presionando su rostro contra ella. Había regresado a su regimiento, había dicho la enfermera Lowitz, y la enfermera Lowitz no mentiría. Pero se parecía tanto a él. Oh, pero era él, se dio cuenta con un vuelco en el corazón, era Bruno. Golpeó emocionada la ventana. Pero él estaba demasiado lejos para escuchar. Forcejeó con el pestillo de la ventana, pero no podía hacerlo con una sola mano. Llevó a Helga a su cuna y la depositó. Volvió saltando a la ventana, pero ¿dónde estaba él? ¿Bruno? ¿Dónde estás, Bruno? ¿A dónde te has ido? Entrecerró los ojos, mirando a izquierda y derecha, pero no se le veía por ninguna parte. Había vuelto por ella, estaba segura. Pero, ¿por qué el sigilo? ¿Dónde había estado todo este tiempo? No importaba; lo principal era que estaba aquí ahora. Se acercó al espejo y se cepilló el cabello. ¿Tal vez debería cambiarse a un vestido más bonito? Quería verse bien para él.

Capítulo 48

Este era el día que Clara Spitzweg había estado esperando durante años. Iba a ser madre. No parecía real. Se despertó temprano, con Joseph, su marido, aún dormido, y se vistió con el vestido que mentalmente había reservado para cuando llegara el día. Y hoy, por fin, era ese día. Se admiró en el espejo de cuerpo entero del dormitorio, atrapada en la bruma del sol matutino. El vestido, de color naranja rojizo con pequeños puntos blancos, le quedaba perfecto. Temblaba de emoción, apretaba los puños de alegría. Se colocó un pequeño pin con la esvástica en el cuello. Perfecto. Bajó las escaleras con gracia y decidió desayunar temprano. Le habían dicho que había fallado en su deber patriótico de tener un bebé. La habían acusado de anteponer su ego al Estado. Ya no más. Cortó un poco de jamón, con las manos temblorosas. Pensar que para cuando regresara a casa esta misma tarde, sería madre. No era una persona particularmente religiosa, pero había habido ocasiones en las que sintió la necesidad de detenerse y agradecerle a Él. El día en que la nación nombró a Adolf Hitler como su canciller, el día en que estalló la guerra y ahora esto, lo mejor de todo.

Ahora, esto realmente era todo: nunca más tendría que tener relaciones sexuales con su marido. A decir verdad, solo se casó con él porque necesitaba un hijo. Toleró el sexo durante tanto tiempo porque tenía que hacerlo. Ahora, con esta nueva solución, no habría más esperas para el momento adecuado para tener relaciones con el fin de concebir ni intentar comer los alimentos correctos. No más escuchar a las esposas de los estúpidos conocidos de su marido que decían que tenías que tener sexo en esta posición o aquella si querías quedar embarazada. No más esperas, rezando para que no le viniera el período, temerosa cada vez que iba al baño. No más sentarse en el inodoro viendo el remolino de sangre en el agua debajo de ella y desesperándose pensando que nunca sucedería. No más visitas a ese estúpido Dr. Weber y seguir sus consejos idiotas y escuchar sus razones sin sentido de por qué sus consejos no habían funcionado. No más escuchar sus teorías descabelladas sobre por qué ella y Joseph no podían quedar embarazados. Habían fumado demasiado, bebido demasiado, no hacían suficiente ejercicio.

Pero estaría eternamente agradecida al Dr. Weber por ponerla en contacto con el Dr. Heinkel. Ella y Joseph fueron a ver a este Dr. Heinkel en su oficina en la parte trasera de lo que era el Hotel Cavalier. Recordaba cómo su corazón se aceleró al escuchar sus primeras palabras: —Creo que puedo ofrecerles a ambos una solución.

Se rio al recordar la respuesta inmediata de Joseph al escuchar la propuesta del doctor. —Tienes que estar bromeando. ¿El hijo de otra mujer? ¿Qué clase de solución es esa?

—No tan rápido, Herr Spitzweg, por favor. Déjeme explicar. Es un programa en el que este y muchos otros centros están activamente involucrados. Tenemos a Himmler, nada menos, a quien agradecer. Lo llamamos Lebensborn, la Fuente de Vida. La idea es que mujeres jóvenes procreen con hombres jóvenes y viriles de sangre aria pura y den a luz a bebés arios perfectos. Pero las mujeres son solteras y demasiado jóvenes para que se les confíe la crianza de los niños de la manera que consideramos apropiada. Por lo tanto, los bebés son donados a devotos del partido

con mentalidad política, parejas como ustedes. Himmler lo ve como una forma de salvaguardar nuestro futuro, asegurando que creemos una banda de superhombres y mujeres racialmente perfectos que algún día liderarán esta nación, tomando el control cuando llegue el momento adecuado. Es el deber de estas mujeres y hombres jóvenes crear estos bebés y luego el deber de las parejas patrióticas criarlos para que sean los líderes del mañana.

Una vez que Joseph entendió, sacudió la cabeza maravillado, y Clara pudo ver que la idea le iba gustando. Y a Clara también le encantó la idea. No más sexo sin sentido, no tener que someter su cuerpo a las exigencias del embarazo, suponiendo que alguna vez quedara embarazada y ahora que se acercaba a los treinta, temía lo peor. Y no más tener que enfrentar las críticas silenciosas de la gente. No importaría tanto si fueran ciudadanos comunes, pero Joseph era el alcalde. La gente esperaba más de él, de ellos como pareja.

—¿Tienen preferencia por el sexo que quieren?

—Una niña —dijo Joseph con firmeza.

El Dr. Heinkel alzó las cejas. Clara adivinó que la mayoría de los nazis que se respetaran preferirían un niño, pero ella sabía por qué. Cuando era niño, su marido había tenido que ser el niñero de su hermano menor, Bruno. Muchas veces, quería salir a jugar con sus propios amigos, pero no, su madre insistía en que se quedara a cuidar a Bruno. Siempre había querido una niña. Ella, por su parte, no le importaba. Bueno, sí le importaba: quería un niño, pero como su marido no prestaba atención a su opinión, tendría que ser una niña. Francamente, estaría feliz, más que feliz, de cualquier manera.

—Bueno, entonces —dijo el doctor—. Hay varios formularios que llenar. Necesitaríamos verificar doblemente su ascendencia...

—¿Qué? ¿Mi ascendencia? Soy el maldito alcalde de esta ciudad; soy cien por ciento ario, muchas gracias. No necesita verificar mi ascendencia. Ni la de mi esposa, se lo puedo garantizar. ¿Acaso parezco el tipo de hombre que se casaría con una gitana o... o algo así?

El doctor vaciló. —Tal vez, pero... —Se quitó los quevedos—. En realidad, tiene razón. Mis disculpas. Daremos por sentada su ascendencia.

Joseph asintió con un gesto de "así debe ser".

—¿Cuánto tardará este proceso de adopción? —preguntó Clara, complacida de hacer una pregunta por sí misma.

—No mucho. Una semana más o menos para identificar a la madre adecuada, y procesamos nuevas chicas con bastante regularidad. Luego, por supuesto, el tiempo que tarde en quedar embarazada. Aunque no debería llevar mucho tiempo. Los chicos que reclutamos son como

sementales andantes.

Clara sintió que su marido se crispaba ante eso, la comparación involuntaria con su propia virilidad, o falta de ella.

—Además, naturalmente, el término del embarazo. Luego, es política oficial que las chicas amamanten a sus recién nacidos durante las primeras semanas.

—¿Por qué?

—Consideramos que la leche de la propia madre proporciona al bebé todos los nutrientes necesarios, tan importantes en esas primeras semanas vitales. Además, es política oficial que nunca conozcas ni a la madre ni al padre biológicos del niño que te entreguemos. No hay nada que pueda hacer al respecto.

—Me parece bien —dijo Joseph—. De todos modos, no querría conocerlos.

Clara estuvo de acuerdo con eso. No podía soportar la idea de conocer a la verdadera madre.

—Entonces —dijo Joseph—, en total, estamos hablando de un año.

—Si Dios quiere, sí.

—Si Dios quiere —repitió Clara.

Y, en efecto, todo eso había ocurrido hace un año. Diez días después, el Dr. Heinkel llamó por teléfono para informar a Clara que habían encontrado a una joven perfecta dispuesta a gestar un hijo para ella y a un joven de las SS preparado para embarazarla. Clara colgó el auricular y se dijo a sí misma que estaba emocionada. Pero la noticia le hizo darse cuenta de que había una mujer cerca capaz de hacer lo que ella siempre había fallado en hacer, lo único natural en esta tierra que ella, como mujer, estaba destinada a hacer. Joseph, cuando llegó a casa, recibió la noticia con naturalidad, como si ella le hubiera dicho que había conseguido una pierna de cordero para la cena.

Poco después, recibió una segunda llamada del Dr. Heinkel. La chica elegida había quedado embarazada en el primer intento. Ahora, todo lo que tenía que hacer era esperar... y fingir. Tenía que fingir estar embarazada, usando vestidos holgados y voluminosos, y, en el momento en que debería haber empezado a notarse, desaparecer. Se fue a casa de sus padres en Stuttgart, y estaba feliz de hacerlo, feliz de escapar de su marido y de su empalagosa madre.

Y ahora, finalmente, la espera y el fingimiento habían terminado.

Capítulo 49

Bruno merodeaba entre los árboles. Tenía que encontrar a Hannah, tenía que ver a su bebé. En dos días, estaría en un tren de vuelta al frente ruso. Esta era su última oportunidad. Simplemente tenía que verlas a ambas.

Observó cómo iban y venían varios repartidores. Algunos iban directamente a la entrada principal, pero unos pocos, notó, rodeaban el edificio. Y esa, decidió, era su mejor opción. Bajándose el sombrero de ala ancha, corrió por el camino. Creyó ver figuras dentro del pasillo. Aceleró el paso y llegó al lateral justo cuando salían un par de enfermeras. Siguió el sendero. Este lo llevó alrededor y hacia la parte trasera del hotel, donde vio varios cubículos de madera. Estos, se dio cuenta, albergaban todos los enormes contenedores, de los que emanaba un olor nauseabundo a comida podrida. Oyó un ruido, un roce, y se pegó contra una pared. Era solo un gato. Se detuvo y lo observó por un momento como si supiera que este extraño hombre no debía estar allí. Apareció una mujer con un mono marrón, llevando una cesta de mimbre vacía. El gato se escabulló. La mujer gritó algo por encima del hombro y se rio de la respuesta. Bruno esperó a que pasara y luego se acercó a una de las varias puertas traseras. La primera estaba completamente abierta y conducía a las cocinas. Dentro había varios empleados con monos blancos, gritándose amistosamente entre sí. Pasó corriendo. La segunda puerta con un pequeño cartel de "Prohibido" estaba cerrada, pero no la tercera. Esta llevaba directamente a una gran sala de almacenamiento con olor a cerrado. Un montón de sillas habían sido apiladas a un lado, junto a una mesa boca abajo sobre otra, con sus cuatro patas apuntando hacia arriba. Bruno se deslizó, sus zapatos crujiendo sobre fragmentos de un cristal roto. Abriendo suavemente la puerta del fondo, salió a un pasillo. Mirando hacia la izquierda, podía ver el comienzo de una escalera, no la gran escalera principal, sino una más pequeña para el personal.

Bruno se detuvo al pie de la escalera. La enormidad de lo que estaba a punto de hacer lo golpeó. Sabía que nunca había deseado nada en su vida tanto como lo hacía justo en ese momento: el deseo de ver a su hijo lo estaba consumiendo, se dio cuenta. Sí, odiaba la forma en que el niño había sido concebido, odiaba la manera en que él y Hannah habían sido manipulados y coaccionados. Pero había sucedido, y en el proceso había conocido a la mujer más hermosa y amable que jamás había conocido, y ella le había dado a su hijo. El personal aquí lo había detenido antes; no iban a detenerlo esta vez.

*

Joseph le había dicho a Clara que su vestido naranja rojizo con pequeños puntos blancos era inapropiado para lo que estaban a punto de hacer. Y le gustaba aún menos su sombrero de verano de ala ancha. Había estado esperándola abajo cuando ella descendió las escaleras como si flotara. —Vamos a adoptar un bebé —dijo él—. No vamos a un baile. Ahora, ve a cambiarte a algo menos...

—¿Sí, Joseph? ¿Menos qué?

—Llamativo.

Clara no iba a dejar que su marido arruinara el día que había esperado tanto tiempo. Este era su día, su día especial. —No, no me voy a cambiar.

Él resopló pero no hizo más intentos. Joseph llevaba su uniforme completo de alcalde con sus charreteras doradas, el cuello de hoja de oro, sus pantalones de montar holgados, su gorra de visera con trenzado dorado y el águila nazi. Se subieron a su nuevo coche, un Opel Kadett. Aunque era nuevo, Clara sabía que Joseph lo odiaba. Su coche anterior, y la posesión más preciada de Joseph, un Opel Admiral, era negro con neumáticos de banda blanca. Pero había sido requisado por alguien más arriba en la cadena alimentaria, un alcalde de una ciudad cercana y mucho más grande. Ahora cargado con esta pequeña cosa de dos puertas, irritaba a Joseph cada vez que tenía que conducirlo. Encendió un cigarrillo y se lo pasó a ella, luego encendió el suyo. Giró la llave pero no arrancó. —Entonces —dijo después de un rato—, ¿estás segura de esto?

—Sí, por supuesto. ¿Por qué tú no?

—Sí, absolutamente. Es solo que ahora que ha llegado el momento, todo se siente un poco extraño.

—Es nuestro deber patriótico, ¿recuerdas? Dios, Joseph, has pasado los últimos diez años diciéndole a la gente que cumpla con su deber patriótico. Creo que probablemente sea nuestro turno ahora.

Él le dio una última calada a su cigarrillo y luego lo arrojó por la ventana. Quitó el freno de mano y se pusieron en marcha.

Su marido podía estar teniendo dudas, pero ella no, Clara no. Nunca había estado tan segura de nada en su vida. Se había criado como hija única y había tenido una infancia solitaria. Siempre le había resultado difícil hacer amigos. La consideraban "estirada" o afectada o distante, cualquier cantidad de palabras desagradables. Pero era su falta de confianza en sí misma lo que la hacía parecer remota, y la aparente distancia lo que exacerbaba la situación. Hace dos años, conoció a Joseph. Las mismas cosas que parecían alejar a otras personas lo atraían a él. Ninguno admitió jamás que estaba solo, pero él estaba tan solo como ella. Su uniforme, que le daba tanta confianza y prestigio, alejaba a la gente. Ella entendía eso. ¿Cómo puedes confiar en un hombre que puede enviarte a un campo de concentración con un chasquido de sus dedos? Se casaron. No por amor. Sino porque esperaban que la vida fuera más fácil. Lo fue. Y ella se casó porque esperaba tener a la única persona que podría, después de todos estos años, mostrarle un grado de afecto: un bebé.

Joseph conducía lentamente. Clara sospechaba que él conduciría felizmente el resto de su vida si

eso significaba no tener que llegar. Pero no era un viaje largo y pronto el viejo hotel apareció a la vista. Las nubes se abrieron, y Clara tuvo que morderse el nudillo para tratar de contener su emoción.

*

Hannah no sabía qué hacer, si ir en busca de Bruno o quedarse quieta con la esperanza de que él recordara dónde estaba su habitación. Miró a Helga profundamente dormida en su cuna, con un pulgar metido en la boca, su cabeza girada hacia un lado. No podía decidirse a levantarla y posiblemente despertarla. Así que se quedó, caminando de un lado a otro de su habitación, esperando, esperando. Oyó pasos en el pasillo, pero no era Bruno. Conocía esos pasos, y había otros también. La enfermera Lowitz llamó a su puerta y entró sin esperar respuesta.

Hannah la habría saludado con un hola o un Heil Hitler, pero el saludo murió en sus labios. Se amontonaron en su habitación: la enfermera Lowitz, el doctor Heinkel y, detrás de ellos, dos de los camilleros, todos vestidos con sus batas blancas. Una de las perneras del pantalón del doctor se había enganchado en su calcetín. El silencio se alargó. Algo andaba mal. Hannah podía sentirlo vibrar en el aire. La mirada dura en los ojos de la enfermera Lowitz y del doctor. ¿Habían encontrado a Bruno?

Sus dedos se crisparon. Se los rascó. —¿Ha p-pasado algo? —preguntó.

El doctor asintió a la enfermera Lowitz. La enfermera se acercó a la cuna y miró a Helga. Normalmente, cuando hacía esto, sonreía y decía algo tranquilizador. Pero su rostro permaneció pétreo. Un instinto profundo le dijo a Hannah lo que estaba sucediendo. Le tomó un nanosegundo comprender la aterradora realidad. Lo sabía. La enfermera se inclinó, sus brazos extendidos hacia abajo. Hannah notó que una cadena escapaba de su blusa y caía de su cuello, colgando, el oro captando el destello de la luz del sol. Hannah, con cada terminación nerviosa en llamas, intentó detenerla, pero no podía moverse como si estuviera siendo succionada por un remolino. Unas manos la sujetaban, dos, tres pares de manos agarrando sus brazos, tirando de ellos hacia atrás. Hannah gritó. —Noooo. —La enfermera Lowitz recogió a la bebé, el movimiento ocurriendo rápidamente y, al mismo tiempo, como si estuviera sucediendo a cámara lenta. La bebé lloró, no un suave maullido, sino un bramido a pleno pulmón. La enfermera Lowitz la sostuvo firmemente contra su pecho. Hannah forcejeó, intentó morder las manos que la sujetaban. Las venas de su cuello se hincharon mientras gritaba por su bebé, gritaba como nunca había oído gritar a nadie. Pateó al doctor y a los dos camilleros. Sus zapatillas salieron volando. Su visión se nubló mientras veía la figura borrosa de la enfermera llevándose a Helga, fuera de la habitación. —No, no, noooo. —El moco le corría desde la nariz, sobre la boca. La aguja afilada la pinchó en la parte superior del brazo. Vio la aguja en la mano del doctor. ¿Cuánto tiempo tenía antes de que hiciera efecto, antes de quedarse dormida? Ya sentía que se desvanecía, su fuerza abandonándola. Su cabeza pesaba demasiado, más de lo que su cuello podía soportar. Sus piernas cedieron como si estuvieran hechas de paja. Los camilleros la guiaron hasta su cama. Notó la grieta en la esfera del reloj de uno de los camilleros. —No, no. —Ya no gritaba, su garganta en llamas, en carne viva, su voz desvaneciéndose rápidamente. Podía oír la voz

tranquilizadora del doctor como si estuviera a mil kilómetros de distancia. Se estaba muriendo, estaba convencida, deslizándose de este mundo al siguiente. Le habían quitado a su bebé y ahora la estaban asesinando. No le importaba. Ya nada importaba. Podían hacer lo que quisieran con ella, no le importaba.

*

Clara se puso de pie cuando oyó unos pasos firmes acercándose al consultorio del doctor. —Creo que ya está aquí —dijo, con los ojos fijos en la puerta. Joseph también se levantó, con la barbilla alta y las manos frente a él.

Sí, pensó, definitivamente era el momento, había llegado. La puerta se abrió y entró la enfermera Lowitz llevando un pequeño bulto envuelto en una manta gruesa. —Señora Spitzweg, señor Spitzweg —dijo, con una gran sonrisa en su rostro—. Por favor, saluden a su hija. —Giró el bulto.

Clara se llevó la mano a la boca. Dejó escapar un pequeño grito antes de que las lágrimas comenzaran a rodar por sus mejillas. —¿Puedo... puedo sostenerla?

—Por supuesto —dijo la enfermera—. Ahora es su hija. —La enfermera le pasó la bebé a Clara. Clara la tomó, temiendo que pudiera dejarla caer. Miró los ojos arrugados de la bebé, su cara roja como podía ser, y por primera vez en su vida, supo el significado del amor. —Oh, Dios mío, es tan... tan perfecta. Mira, Joseph, mira.

Joseph asintió, incapaz de hablar. Ella podía ver que él también estaba abrumado por todo.

—¿Por qué no se sientan los dos? —dijo la enfermera—. Es un momento demasiado grande para estar de pie.

—Oh, mírala. —Clara no podía apartar los ojos de la bebé, fascinada por el pequeño milagro en sus brazos—. Tiene tus ojos, Joseph.

Joseph abrió la boca pero, evidentemente pensándolo mejor, mantuvo su silencio.

Clara era vagamente consciente de otra presencia en la habitación. Levantó la vista y encontró al Dr. Heinkel sonriéndole. —¿Todo en orden, espero?

—Oh, sí, doctor. Es simplemente perfecta.

—¿Verdad que sí? —El doctor se sentó en su escritorio y deslizó una tarjeta sobre la mesa—. Si pudiera pedirles a ambos que firmen este certificado, y entonces será todo oficial.

Joseph firmó el certificado. Clara firmó. El doctor lo fechó - 1 de diciembre de 1944.

—¿Qué significa el número cincuenta? —preguntó Joseph.

—Su bebé es la quincuagésima en ser adoptada de nuestro centro. Estamos muy orgullosos de haber alcanzado este hito.

—¿Y cómo se llama?

—¿Su nombre? Pues, eso es decisión de ustedes. A muchos padres les gusta llamar a las niñas Gudrun, como la hija de Himmler, pero no hay obligación. O podrían ponerle el nombre de su madre, señor Spitzweg, o de la suya, señora Spitzweg.

Pero Clara ya no estaba escuchando. La bebé estaba completamente despierta ahora. Sus ojos se movieron de izquierda a derecha y luego miró hacia arriba y pareció momentáneamente sorprendida al ver a Clara sonriéndole. Luego, un momento después, comenzó a llorar. —Oh, vaya, vaya —dijo Clara, meciendo a la bebé arriba y abajo.

—No tan vigorosamente, señorita —dijo la enfermera Lowitz.

—No me diga qué hacer —espetó Clara. El llanto de la bebé se intensificó, el ruido clavándose en su cerebro como un palo—. ¿Por qué no para?

—Tiene hambre —dijo el doctor—. Hemos preparado algo de fórmula hecha con leche evaporada para usted. Enfermera Lowitz, ¿le importaría?

Clara tomó el biberón ofrecido y suavemente introdujo la tetina en la boca de la bebé. Pero la pequeña sacudió la cabeza de lado a lado, rechazando el biberón. —Por el amor de Dios —dijo Clara. Lo intentó de nuevo, consciente de lo alterada que estaba, con el color subiéndole a las mejillas.

—No se preocupe —dijo la enfermera Lowitz—. Se calmará pronto.

—Más le vale —dijo Clara—. Toma, Joseph, cógela tú un rato.

*

Bruno había oído los gritos. Lo dejaron paralizado. Imaginó que todos en un radio de ocho kilómetros los habrían escuchado. Había llegado al último piso, pero venían del piso de abajo. Rápidamente, volvió a bajar las escaleras. Mirando a izquierda y derecha por el pasillo, vio la figura que se alejaba de la enfermera Lowitz, la enfermera que había conocido, la que, junto con

el médico, había mentido sobre el paradero de Hannah. Aún podía oír el llanto de la mujer, un llanto como no había escuchado desde Rusia, un llanto cargado de emoción cruda, de desesperación primigenia. Tuvo que detenerse y recuperar el aliento, apoyado contra la pared del pasillo mientras intentaba apartar los destellos de memoria que acudían sin ser invitados a su mente. Tenía que seguir adelante. Siguió el llanto hasta llegar a una puerta, ligeramente entreabierta.

Era ella. Estaba tumbada en la cama, con un hombre a cada lado. Uno le estaba aplicando una solución en el brazo con una almohadilla de algodón. Lo vieron. Uno de ellos se levantó de un salto. —¿Quién demonios es usted?

—El Dr. Klum —dijo, el primer nombre que le vino a la mente—. Estoy de visita para ver cómo hacen las cosas aquí.

—Disculpe, señor, Heil Hitler.

—Heil Hitler. Así que esta paciente acaba de entregar a su bebé, supongo.

—Sí, señor. Lo ha tomado mal. El sedante está empezando a hacer efecto.

—El Dr. Heinkel tiene un problema abajo. Me pidió que les ordenara volver a su oficina.

Los dos hombres se miraron entre sí.

—Vamos, vayan. No lo hagan esperar.

—Sí, señor.

Cerró la puerta tras ellos. Corrió al lado de Hannah. —Hannah, Hannah, ¿puedes oírme?

Ella lo miró, sus ojos salvajes como los de una tigresa pero ahora vidriosos. Lo vio, lo reconoció. —Se la llevaron, Bruno —sus palabras estaban tan arrastradas que le costaba entenderlas—. Se llevaron a nuestra bebé. Se la llevaron, se la llevaron...

—¿Adónde se la llevaron, Hannah? Hannah, ¿adónde se la... —Era inútil; el sedante había hecho efecto.

Oyó el sonido de un coche arrancando afuera. Algo le hizo dejar el lado de Hannah y comprobarlo. Vio un coche, un pequeño Opel, con la puerta del conductor abierta, el Dr. Heinkel de pie junto a la puerta hablando con el conductor. La enfermera Lowitz apareció llevando una pequeña manta, del tipo que le darías a un bebé. Bruno nunca había corrido tan rápido. Subió las escaleras de dos en dos, saltando los últimos escalones. Atravesó el rellano hacia el siguiente tramo de escaleras. Bajó a toda velocidad, empujando a un camillero fuera de su camino,

saltando de nuevo los últimos tres escalones. Planta baja. Se dirigió a la entrada principal, zigzagueando entre un par de enfermeras. Corrió por el vestíbulo y salió solo para ver el coche llegando al final del camino, el Dr. Heinkel y la enfermera Lowitz observando cómo el coche se alejaba como si estuvieran despidiendo a parientes muy queridos. Pasó corriendo junto a ellos. El coche aún avanzaba lentamente mientras crujía sobre el camino de grava. Oyó al doctor y a la enfermera gritándole que se detuviera. Siguió adelante, esforzándose al máximo, ganando terreno al coche. Podía ver las siluetas de la pareja, el hombre, conduciendo, con una gorra de visera, la mujer con un sombrero a la moda. El coche se detuvo al final del camino, con el intermitente parpadeando hacia la derecha. El conductor miró a izquierda, derecha, izquierda, derecha. Bruno les gritó que se detuvieran. Estaba tan cerca ahora, tan cerca de estar casi a distancia de tocarlos. La carretera estaba despejada. El coche salió suavemente hacia la derecha. Por un momento, vio el espejo del coche, vio el cordón dorado en la gorra del conductor. Pero una nube de gases de escape oscureció su vista. Bruno perdió el equilibrio, su tobillo cediendo bajo él. Gritó mientras se estrellaba contra el suelo hecho un ovillo. El coche se alejó, sus ocupantes ajenos a él.

El repentino torrente de lágrimas nubló su visión. Se aferró las manos alrededor del tobillo, pero era el dolor desgarrador en su corazón lo que le hizo gritar a los cielos. Oyó pasos corriendo hacia él. Miró hacia atrás. Eran los dos camilleros que había visto en la habitación de Hannah. Más allá de ellos, pudo distinguir al doctor y a la enfermera gritando, gesticulando con los brazos. Sabía lo que vendría a continuación. Se encogió y se preparó mientras la primera bota se estrellaba contra su estómago.

TERCERA PARTE

Capítulo 50

Enero de 2002

No puedo creer que esto esté pasando. Estoy en un avión volando a Alemania, sentada junto a Tom Fletcher. Hace un mes, Tom era parte de mi infancia, tan perdido para mí como las cuerdas para saltar o los pogo sticks. Sin embargo, ahora está sentado a mi lado leyendo una novela de Anthony Trollope y devorando un paquete de cacahuetes tostados. Tengo que pellizcarme, porque he recuperado una pequeña parte de mi pasado, y ahora él está aquí, ayudándome a recuperar el resto. Me siento un poco avergonzada leyendo mi Bridget Jones. Tom, me he dado cuenta, es un hombre culto e inteligente. Ha viajado por medio mundo, experimentado el tipo de cosas que yo solo he visto en documentales de televisión, cita a Shakespeare y sabe distinguir un Monet de un Manet. Pienso en mi Barry y no puedo evitar reírme. Barry no ha leído una novela desde Harold Robbins, y esa solo la leyó por las partes picantes, y no reconocería una obra de arte ni aunque le mordiera el trasero. Tom tampoco anda escaso de dinero. Se nota por cómo viste, el reloj que lleva, sus hermosos zapatos. Pero a pesar de su cultura y su riqueza, sigue siendo un hombre humilde, lo cual, francamente, me parece muy atractivo.

Una vez que mi trabajo aprobó que tomara vacaciones con tan poco aviso, sentí la obligación de contarle a Barry y a Tessa adónde iba. Todavía no puedo explicar por qué. Si Barry decidiera largarse un par de días, ¿me lo diría y esperaría vagamente recibir mi bendición? Por supuesto que no, pero yo sí lo hice. Primero, llamé a Tessa. Nuestra conversación fue un espejo de dos caras de incomodidad y culpa. Ambas ocultábamos el hecho de que teníamos un "Tom" en nuestras vidas.

—Entonces, ¿es tu novio, este Tom? —pregunto.

—No —llegó la respuesta indignada—. En realidad, sí. No lo sé. No funciona así, mamá.

—Bueno, seguramente lo es o no lo es.

—No necesariamente; eso es tan anticuado, mamá, esta idea de la propiedad.

Intento silenciar mi gemido.

—Pero ¿te está tratando bien?

—Mamá, ¿podemos cambiar de tema?

—Solo me preocupo por ti, cariño.

—Bueno, digamos que no estoy usando a ti y a papá como modelos a seguir.

—¡Tessa!

—Lo siento, no quise decir eso pero...

—Lo sé, cariño. No ha sido fácil para ti.

—Maldita sea que no lo ha sido, mamá. Sabes, cuando eres niña, nunca piensas que tu mamá y tu papá podrían separarse algún día. Simplemente piensas que son mamá y papá; que siempre van a estar ahí.

—Conozco ese sentimiento, Tess. Lo siento.

—Sé que no fue tu culpa, mamá. En fin, ¿cómo estás tú?

—¿Yo? Hmm, estoy bien, gracias. De hecho, me voy a Alemania un par de días —dije con ligereza.

—¿Para qué? —Solo dos palabras, pero cargadas de tanta negatividad.

Barry dijo exactamente lo mismo. Ninguno dijo: "Oh, qué bien" o "Qué suerte tienes".

—¿Qué, tú sola? —preguntaron ambos como si estuviera rompiendo alguna ley.

Podría haber mentido en este punto, casi lo hago, pero ¿por qué debería, maldita sea?

—No, voy con un amigo, de hecho —dije, con la voz una octava más alta de lo normal.

Por supuesto, ambos asumieron que mi amigo era mujer. Cuando añadí con indiferencia: "Se llama Tom", obtuve exactamente lo que esperaba. Se habrían escandalizado menos si les hubiera dicho que me habían arrestado por exhibirme en el parque.

—¿Qué dirá papá? —preguntó Tessa.

—Francamente, no es asunto suyo —respondí.

—¿Qué dirá Tessa? —preguntó Barry. Lo mismo.

—No puedes hablar en serio —dijo Barry.

—¿Por qué no?

—Porque... porque no está bien, por eso.

¿Y tú largándote con Shelley y rompiéndome el corazón y destrozándome y destruyendo todo por lo que había trabajado, eso sí estaba bien, maldito hipócrita?

—¿Estás bien, Liz? —pregunta Tom.

—Oh sí, bien, gracias. Solo algo que olvidé hacer en el trabajo. —Me abanico con la revista de a bordo del avión—. ¿Qué tal el libro?

—Muy bueno. ¿Has leído alguna vez a Trollope?

—Sí, oh sí. Me encantó El alcalde de Casterbridge.

—¿No era eso de Hardy?

—Sí. Absolutamente. Hardy. Como en Laurel y.

Se ríe.

—Oh, Liz, no has cambiado nada.

*

Tomamos un taxi desde el aeropuerto hasta nuestro hotel en Weinberg, un pequeño pueblo en Baden-Württemberg. Tom paga.

Una vez que Tom se comprometió a acompañarme en mi «pequeña escapada», como la llamó Barry, insistió en reservar el hotel. Yo había investigado un hotel económico en internet y estaba a punto de reservar dos habitaciones cuando Tom se hizo cargo. Así que ahora me encuentro en el vestíbulo del Hotel Mirabell, el hotel más lujoso, con personal uniformado en la recepción, alfombras de pelo largo, candelabros y botones. Tom habla con el recepcionista en alemán; este le responde en inglés. Nos muestran nuestras habitaciones contiguas, y yo me desplomo en la enorme y mullida cama.

Cuando llegamos en el taxi, Tom dijo que pagaría el hotel, la comida, todo. —Lo pondré como gastos —dijo, tocándose la nariz. Quise negarme e insistir en pagar mi parte, pero él, en efecto, me había dejado fuera de mi rango de precios. No había forma de que pudiera permitirme un hotel como este, así que no tuve más remedio que aceptar humildemente y ofrecer mi gratitud.

Una hora después, nos encontramos abajo para cenar. Todo es tan encantador, elegante y formal. No quiero esto; es demasiado. Aun así, Tom tiene una manera de hacer que todo parezca natural y fácil. El menú está escrito en alemán, así que Tom tiene que traducírmelo. Pero está bien. Gracias a Dios que está aquí. No puedo evitar pensar en Barry. Nunca vendríamos a un lugar como este, ni siquiera en casa. Barry se sentiría demasiado intimidado. Tom y yo pasamos gran parte de la noche hablando de nuevo sobre nuestro pasado compartido.

Estamos esperando nuestros postres cuando me pregunta:

—¿Qué esperas averiguar mañana, Liz?

Me reclino e intento pensar; es una pregunta tan grande.

—Quiero saber qué hacía mi madre al final de la guerra. Quiero saber cómo conoció a mi padre, tanto al biológico como a mi verdadero papá.

—¿Tu padre nunca te lo contó?

Suspiro.

—Me lo habría contado todo, lo sé porque una vez insinuó que casi estaba lista. Pero entonces...

—Sí.

—Así que solía preguntarle a mi madre. ¿Cómo acabaste en Inglaterra? ¿Cómo era tu vida en Alemania? ¿Cómo eran mis abuelos alemanes? ¿Cómo era mi padre alemán? Se negó rotundamente a decir nada. Tenía derecho a saberlo, aún lo tengo, pero se negó. Después de que se mudara a la residencia, revisé todas sus cosas y ese pequeño trozo de cartón fue lo único que encontré. ¿Por qué guardó esa única cosa? ¿Fue un descuido o es importante de alguna manera? Tom, si esto no conduce a nada, me sentiré tan avergonzada...

—No, no lo estés, por favor no lo estés. Es simplemente maravilloso verte de nuevo. Después de que nos fuimos a Kent, te eché mucho de menos.

—Todavía conservo tus cartas, las tres.

—Sí, bueno.

—Lo sé. Nunca iba a ser lo mismo.

—No. Pero sabes, nunca te olvidé. A menudo me preguntaba cómo te iba, si eras feliz, si te

habías establecido.

—Yo tampoco, Tom. Tampoco te olvidé nunca.

Dos horas después, nos retiramos para pasar la noche. Tomamos el ascensor hasta el cuarto piso y nos dirigimos a nuestras respectivas habitaciones. Estamos de pie frente a nuestras puertas, buscando torpemente nuestras llaves cuando las palabras, sin planear, sin ensayar, salen de mí.

—¿Quieres pasar a tomar una copa?

—Eh... —En esos par de segundos, mi corazón da varias volteretas; estoy desesperada por que Tom diga que sí, al mismo tiempo que sé que no quiero que lo haga, no todavía, no todavía—. ¿Te importa si no lo hago?

—No, no, está bien.

—Ha sido un día largo y...

—Sí, estoy de acuerdo. Lo sé. Está bien.

—¿De verdad?

—De verdad.

Asiente con la cabeza.

—Que duermas bien, entonces, Liz.

—Y tú también, Tom, y tú también.

Capítulo 51

Todos queremos saber de dónde venimos, ¿no es así? Es una parte intrínseca de nosotros. Para aquellos que saben de dónde vienen, cuyas vidas están construidas sobre cimientos sólidos, no es algo en lo que pensar. Pero para quienes hemos vivido toda nuestra vida con una sensación de... desconocimiento, esto se magnifica a medida que uno envejece. Llegas a un punto en el que sabes que falta algo, y te obsesionas con esa pieza faltante del rompecabezas. Es como si uno necesitara un sentido completo de su pasado antes de poder avanzar. Quizás, si Barry no me hubiera dejado, quizás, si Tessa no se hubiera ido de casa, no me habría sentido así. Me encontré cada vez más atraída por mi pasado y las preguntas que siempre habían quedado sin respuesta. Hoy me desperté en esta enorme cama, en esta lujosa habitación de hotel, y supe que estaba a punto de desvelar los secretos de mi pasado. Todos los caminos de mi vida me habían llevado a este único punto, mi momento de ajuste de cuentas. Para bien o para mal, tenía que saber la verdad sobre quién era.

Tom ha preguntado en recepción sobre la dirección en el certificado de mi madre, el Hotel Cavalier. Está a las afueras de la ciudad, dicen, a unos quince minutos en coche. Le reservan un taxi. Y ahora estamos sentados en el taxi.

—¿Cómo te sientes, Liz? —pregunta Tom mientras el coche sale de los terrenos del Hotel Mirabell.

Pienso durante unos momentos antes de responder.

—Me siento como si estuviera al borde de un volcán y si no tengo cuidado, podría caerme.

Me aprieta la mano, y estoy tan contenta de que Tom, de todas las personas, esté aquí conmigo. Sin embargo, una parte de mí desea que Barry, mi marido, estuviera aquí conmigo. Sí, a Barry le falta la sofisticación de Tom, pero sigue siendo, técnicamente, mi marido, y me sorprende lo mucho que lo echo de menos.

La ciudad de Weinberg es dolorosamente hermosa a pesar de la llovizna constante. El coche traquetea por los callejones empedrados, y es como si hubiéramos sido transportados de vuelta a una especie de idilio medieval. Las casas de madera con techos a dos aguas y ventanas con postigos, pintadas en colores pastel, son impresionantes. Cada ventana, parece, luce una exhibición de flores. El taxi cruza por una carretera sinuosa que corre paralela a un ancho río, y en una colina al otro lado, vemos un castillo con altas torres que parece pertenecer a un cuento de hadas. Saliendo de la ciudad, pasamos por una extensión de bosques de pinos y un lago de belleza resplandeciente. Me siento privilegiada de experimentar tanta belleza. Tom me sonríe, y me siento como una inocente.

El coche se detiene en el Hotel Cavalier, un impresionante edificio de arenisca con techos de baja

pendiente de tejas rojas y grandes ventanas. Tom le pide al taxista que espere.

—Aquí es —dice Tom.

—Sí. —Necesito controlar mis emociones temblorosas.

Caminamos rápidamente por el camino de entrada queriendo salir de la lluvia; es un recorrido demasiado corto para molestarnos con nuestros paraguas, que la recepción del hotel amablemente nos prestó para el día. Entramos en el fresco interior, una vasta extensión de suelos pulidos y plantas en macetas. Tom se acerca a la recepción donde un hombre y una mujer están listos para ayudar. Me quedo atrás y admiro las estatuas de mujeres tipo Venus, la pared arqueada, las enormes luces. ¿Es realmente esta la dirección en ese certificado en mi bolsillo? Tom y yo sabemos que no podemos mostrar este papel a nadie aquí, no con la esvástica tan prominente. Necesitamos pisar con cuidado. Hay algo extraño en este lugar; puedo sentirlo. Es vasto pero sin alma. Tiene el mismo lujo que el hotel en el que nos alojamos, la misma sensación de lujo, pero está vacío de alguna manera, desprovisto de corazón. Hay una melancolía que parece filtrarse de sus paredes, de su propia estructura. No me gusta, y tengo que resistir el impulso de irme.

Tom habla con un hombre fantasmal en la recepción.

—Guten tag. Disculpe, ¿habla inglés? Mi amiga aquí no habla alemán.

—Sí, señor —dice el hombre en inglés—. Me complace hablar inglés. ¿En qué puedo ayudarle?

—Somos de Inglaterra y... —Tom duda. Sé por qué; ya estamos entrando en terreno delicado.

Doy un paso adelante.

—Estoy tratando de rastrear la historia de mi familia. Espero que pueda ayudarme. Mi... mi madre era alemana, es alemana, y creo que pudo haberse alojado aquí durante la guerra.

—¿La guerra? —Su rostro se enrojece un poco.

—Sí. —Me contengo de disculparme.

—No sabría nada sobre eso. —Puedo ver que se pone un poco tenso—. Si me disculpa un momento...

Desaparece. La recepcionista me lanza una mirada comprensiva y se lo agradezco.

—¿Son de Inglaterra? —pregunta.

—Sí. Su ciudad aquí, es hermosa.

—Gracias. Nos gusta. Tenemos muchos aficionados al fútbol aquí. No están contentos cuando su Inglaterra nos gana.

—Sí. Mi marido estaba muy contento.

—Sí, me lo imagino; no es frecuente que Alemania pierda por tanto.

La mujer vuelve su atención a su trabajo, tecleando en su ordenador. Tom se ha alejado un poco y está hojeando un periódico. Pienso en casa, sin querer estar aquí, deseando estar de vuelta en casa, no el hogar solitario como ahora lo conozco, sino el hogar feliz de antaño. Es como un recuerdo que pertenece a otra persona.

El recepcionista con aspecto de espectro regresa por fin. Tom deja su periódico sobre una mesa. Yo ya estoy en el mostrador, pero el recepcionista le habla a Tom en alemán. Observo cómo Tom asiente. Le agradece al hombre. Volviéndose hacia mí, dice:

—Parece que nadie aquí sabe nada. Pero nos ha dado la dirección del archivo de historia local del pueblo. Aparentemente, está a solo una manzana de nuestro hotel, así que es allí donde tenemos que ir.

—Vale —miro a mi alrededor. Una parte de mí está feliz de dejar este lugar cavernoso lo más rápido posible, pero otra parte quisiera quedarse y explorar, mirar alrededor y ver sus habitaciones, sus pasillos. Es un poco extraño, este deseo de irme y a la vez la necesidad de conocerlo mejor, de desenterrar sus secretos.

—¿Liz? Liz, ¿nos vamos?

—¿Tom?

—¿Sí?

—No me dejes.

Él toma mi mano.

—Está bien, Liz, estoy aquí; no te dejaré ir.

Lucho contra las lágrimas.

—¿Lo prometes?

Su mano aprieta la mía.

—Lo prometo —dice.

Y le creo; Tom no me defraudará; ha llegado hasta aquí conmigo, me ha seguido todo este camino sin más que un capricho; Tom no me defraudará.

Capítulo 52

El archivo de la ciudad comparte un edificio municipal de ladrillo rojo con la biblioteca. Está a apenas cinco minutos a pie de nuestro hotel y es quizás el único edificio feo de toda la ciudad. La joven asistente de la biblioteca llama por teléfono al departamento de archivo y luego nos pide que la sigamos. Tomamos el ascensor y bajamos un piso donde nos deja a Tom y a mí en un escritorio. Le agradecemos y esperamos. La sala es pequeña; las paredes están forradas de estanterías llenas de libros de aspecto antiguo y archivadores, cientos de ellos. En una pared, sobre las estanterías, hay un mapa medieval rectangular enmarcado de la ciudad, fechado, según la decorativa leyenda, en 1679. Detrás del alto mostrador hay un cajón de catálogo. Tomo un álbum de fotos del mostrador y paso las páginas de postales, la mayoría en blanco y negro. Después de un rato, aparece un hombre de mediana edad con perilla, leyendo una hoja de papel. Parece sorprendido de vernos.

—Ja? Kann ich Ihnen helfen? —Su tono está lejos de ser servicial.

Tom le habla en alemán. La expresión del hombre no revela nada. Mientras Tom explica, aparece un segundo hombre, este mucho más joven, un hombre rubio con grandes gafas redondas. Su nombre, según su placa, es F Schmidt.

Tom se vuelve hacia mí.

—Muéstrale tu certificado, Liz.

Me siento extrañamente reacia a hacerlo, pero he llegado hasta aquí. Así que le paso la tarjeta al archivista. Frunce el ceño al ver la esvástica. El señor Schmidt mira por encima del hombro de su jefe.

El archivista me mira.

—¿Dónde encontró esto? —pregunta en inglés.

Me marchito un poco ante su tono áspero.

—Lo encontré entre las pertenencias de mi madre. Ella es alemana.

—¿Está viva?

—¿Qué diferencia hace eso? —dice Tom.

—Sí, aún está viva —digo.

—En ese caso, le sugiero que le pregunte a ella.

El hombre llamado Schmidt se escabulle. El archivista me devuelve la tarjeta.

—¿No puede ayudarnos en absoluto?

—Es solo un número aleatorio, una fecha y la dirección del Hotel Cavalier, que su esposo dice que ya han visitado. No, no puedo ayudar.

—Un momento —dice Tom—. Debe saber para qué se usó ese hotel durante la guerra.

—Sí, se utilizó como hogar de enfermería para soldados heridos. Si quieren saber más, les sugiero que vuelvan allí y hablen con alguien de mayor rango, tal vez.

—¿Tiene fotos de esa época? —pregunto.

—Sí. Están en nuestros archivos. Si quiere verlas, puede hacer una cita. Tenemos espacio el viernes por la tarde, después del almuerzo.

Miro a mi alrededor. No hay nadie más aquí, y para el viernes ya estaría de vuelta en casa.

—No importa.

El hombre nos mira. Decidiendo que no vamos a decir nada más, inclina la cabeza y nos desea un buen día.

—Eso es que nos despide —dice Tom mientras volvemos al ascensor.

—Lo siento, Tom. Podría haber llamado por teléfono y me habrían dicho eso.

—No, necesitabas ver por ti misma cómo es este hotel. Lo entiendo.

Las puertas del ascensor se abren. Entramos en la biblioteca y nos detenemos cerca de las puertas automáticas.

—¿Qué hacemos ahora?

—Sabes, quizás no sea mala idea hacer lo que sugiere. Solo hablamos con la primera persona que vimos en el hotel. Deberíamos intentarlo con más empeño.

Las puertas automáticas se abren con un zumbido y entra una mujer seguida de unos diez niños pequeños en edad preescolar, caminando en parejas y tomados de la mano. Otras dos mujeres cierran la marcha. El animado parloteo de los niños aligera el ambiente. Las maestras los callan y nos saludan. Mientras pasan, veo al archivista salir del edificio con el cuello levantado. Le doy un codazo a Tom en el brazo. Tom niega con la cabeza. Estamos a punto de irnos cuando me doy cuenta de que he dejado mi paraguas abajo en el archivo.

—No estaría bien perder el paraguas del hotel —digo.

—Te esperaré aquí —dice Tom.

Vuelvo corriendo por las escaleras. Al menos no tendré que enfrentarme al malhumorado archivista. En su lugar, veo a su asistente rubio, el señor F Schmidt.

—Olvidó su paraguas —dice en inglés, entregándomelo por encima del mostrador.

Le doy las gracias.

—Lo siento por mi jefe —dice—. Es muy bueno en su trabajo, pero no cuando se trata de algo relacionado con la guerra o los nazis. ¿Puedo ver esa tarjeta suya?

Se la paso.

La examina detenidamente.

—¿Puedo hacer una fotocopia de esto?

—Claro.

Un minuto después regresa y me devuelve mi tarjeta.

—No le diga a mi jefe, pero veré qué puedo encontrar. ¿Puede escribir su número de móvil aquí? Y su nombre.

—Sí, por supuesto. Gracias por esto.

—No puedo prometer que encontraré algo, pero lo intentaré por usted.

Vuelvo arriba, y el sonido de los niños pequeños cantando el equivalente alemán de "Las ruedas del autobús" llena la biblioteca. Encuentro a Tom hojeando un libro sobre diseño gráfico, golpeando el pie y tarareando. Me deja sin aliento; es una imagen tan entrañable, y lo adoro por

ello.

Capítulo 53

Tom y yo pasamos el resto de la mañana explorando el pueblo, mirando sus numerosas tiendas y almorzando un Kartoffelsalat, una ensalada de patatas. Insisto en pagar. Probablemente sea lo único que pueda permitirme. Después del almuerzo, echamos un vistazo al museo de cerámica, una especialidad local, al parecer. Reviso mi teléfono regularmente, desesperada por tener noticias del señor Schmidt, el asistente del archivista. Examinamos todas las exhibiciones en vitrinas de cristal, todas etiquetadas convenientemente en inglés y alemán. Veo a Tom sonriendo con malicia. —¿Qué pasa? —pregunto. —Oh, vaya. —Es un gran jarrón de, creo, la antigua Grecia, que muestra la silueta de un hombre, un atleta, con un falo irrealmente grande y en forma de plátano. Puede que Tom sea un hombre inteligente y culto, pero aún se ríe como un adolescente al ver un enorme miembro. Niego con la cabeza y él se disculpa, pero sigue riéndose para sí mismo.

A mitad de nuestra visita al museo, mi móvil suena, pero no es el señor Schmidt, es Barry.

—Espera un momento, Barry. —Articulo una disculpa a Tom, que todavía sonríe por el jarrón griego. Salgo para atender la llamada, refugiándome bajo el toldo de un puesto de frutas y verduras—. Vale, ahora puedo hablar. —Veo al tendero, de pie en la entrada, balanceándose sobre sus pies, con las manos hundidas en los bolsillos de su delantal a rayas.

—¿Todo bien, Liz? Solo me preguntaba si lo estás pasando bien.

—No, no es cierto, Barry. Puedo notarlo en tu voz. ¿Qué ha pasado? ¿Es Tess? ¿Está bien?

—Sí, sí, no hay problema. Tess está bien. No es que haya hablado con ella.

—Entonces, ¿qué es? Sé rápido. Estoy esperando una llamada en cualquier momento.

—Oh, claro, qué agradable sentirse querido. Vale, escucha. Solo es por un par de días, y prometo que me habré ido para cuando regreses, pero me estoy quedando en tu casa.

—¿Qué? ¿Para qué?

—Pensé que podría hacerle compañía a Tabby.

—Barry.

—Vale, la verdad es que Shelley y yo tuvimos una pequeña discusión. Quiero decir, no es nada serio.

—Nada serio, pero tuviste que mudarte.

—Sí, bueno.

—Barry, esto no está bien. Cuando te largaste, no fue para que pudieras tener dos casas a la vez. No puedes simplemente volver cuando te apetezca.

—Es más que eso, Liz. Quiero decir, fue una discusión bastante grande.

—Dijiste que no era nada serio hace un momento.

—Nada que no se pueda arreglar. ¿Cuándo dijiste que volverías?

—Mañana por la noche, y no quiero llegar a casa y encontrarte allí. Quiero que te vayas, Barry. Y esta vez, una vez que hayas cerrado la puerta, metes las llaves por el buzón. ¿Lo has entendido?

No responde.

—Barry, he dicho...

—Sí, sí, te he oído, Liz. Te he oído alto y claro. Gracias.

Lo dice de manera tan patética que, por un segundo, un nanosegundo, casi cedo. Pero no lo hago. No debo.

—Tengo que irme.

—Sí, claro, no querrás hacer esperar a Tim.

—Tom, no Tim. Y tienes razón, no quiero. —Cuelgo el teléfono de golpe, al menos metafóricamente. No es lo mismo con un móvil. El tendero me mira. Rápidamente aparta la vista. Creo que se dio cuenta de que era una extranjera algo loca y no el tipo de mujer con la que meterse.

Tan pronto como vuelvo a guardar el teléfono en mi bolsillo, suena de nuevo. Esta vez es un número local. Resoplo. Solo puede ser el señor Schmidt.

—Hola. ¿Elizabeth? —dice—. Soy Franz. ¿Podemos hablar ahora? —Ah, sí, el señor F. Schmidt. Le agradezco por llamarme y sí, tengo todo el tiempo del mundo.

—Al parecer, el Hotel Cavalier se usó como hogar para soldados heridos, pero solo al principio de la guerra, y luego se convirtió en un centro Lebensborn.

—¿Un qué?

—Lebensborn. Es, eh... Fue un horrible experimento que hicieron los nazis. Alojaban a chicas arias y traían a hombres arios, generalmente de las SS, que dormían con ellas y las dejaban embarazadas. Una vez que nacían los niños, los médicos robaban a los bebés y se los daban a parejas merecedoras. —Puedo oír las comillas en el aire alrededor de la palabra "merecedoras".

—Dios mío.

—Sí. Ese número que tenía, el cincuenta, se refiere al quincuagésimo bebé adoptado de ese lugar, en la fecha en que fue adoptado, el primero de diciembre de 1944. No es usted, ¿verdad, Elizabeth?

—No. Nací en octubre de ese año, pero quién sabe.

—Y sé a quién le dieron ese bebé.

Mi corazón se acelera un latido. —¿Lo sabe?

—Sí, tengo el nombre y la dirección, y creo que el hombre aún vive allí. Solía ser dueño de una gran empresa de zapatos, pero ahora está jubilado y sigue siendo muy rico. Si él no puede ayudarla, me temo que no hay otras vías.

—Es nuestra única oportunidad.

—Sí.

—Oh, Franz, gracias. Ha sido usted de gran ayuda. —Busco un bolígrafo en mi bolso y un viejo billete de tren—. Vale, estoy lista.

Tom aparece frente a mí. —¿Estás bien? —articula sin emitir sonido.

Asiento con la cabeza. —De acuerdo, lo tengo. Muchísimas gracias.

—Buena suerte, Elizabeth.

Su tono me llama la atención y sonrío. —Tom, ese era el joven archivista. Tenemos una dirección a la que ir.

—¡Excelente! Vamos entonces.

Capítulo 54

Una vez más, Tom le pide al taxista que nos espere. El taxista sale de su coche y, encendiendo un cigarrillo, nos dice que nos tomemos nuestro tiempo. Nos bajamos en los postes de granito de la entrada y subimos por el camino, evitando los charcos. Al menos ha dejado de llover, pero las nubes aún tienen un aspecto amenazador. Vemos la casa. No es enorme, pero tiene clase. Techos de paja, balcones, pequeñas ventanas tipo iglesia en los hastiales, un gran invernadero a un lado. ¿Hay alguien sentado allí? Las ventanas de la planta baja están rodeadas de glicinas, ahora pasadas de su mejor momento.

—Liz, no quería preguntarte delante del taxista, pero ¿estás diciendo que el hombre que vive en esta casa es el que, junto con su esposa, adoptó al bebé nacido en esa clínica el primero de diciembre de 1944?

—Eso es lo que me dijo Franz. Solía ser un pez gordo por aquí. Dirigía un negocio que vendía zapatos y se hizo muy rico como resultado. Su hijo lo dirige ahora. O hijos, no recuerdo qué dijo Franz —me detuve, necesitando recuperar el aliento—. La pregunta es, ¿está vinculado de alguna manera con mi madre?

Tom puso sus manos sobre mis hombros.

—Liz, puede que no lo esté. Tu madre podría haber trabajado simplemente en este lugar y nada más, sin conexión alguna. Tu madre podría haber recogido el trozo de cartón por el camino para usarlo como marcador de libros o algo así. Tienes que estar preparada para la decepción.

—Lo sé; tienes razón. Escucha, Tom, pase lo que pase aquí, sabes que siempre te estaré agradecida por esto.

—Brindemos por ti, nena. Vamos, vayamos. Por cierto, ¿escuché que tu marido te llamó? ¿Está todo bien en casa?

—Oh, sí. Sí, todo está perfectamente bien.

Tom llama a la enorme puerta usando el aldabón con forma de cabeza de león. Una mujer regordeta con delantal abre la puerta. Tom le habla en alemán, disculpándose por llegar sin avisar y preguntando si podríamos ver al señor de la casa, el Herr Spitzweg.

Tienen una conversación, pero puedo notar por el tono de la mujer que no parece prometedor. Oigo a Tom decir las palabras Großbritannien y bitte varias veces. Está poniendo en práctica su mejor actuación de caballero inglés, que hace tan bien, y puedo ver cómo ella va cediendo ante su ofensiva de encanto. Ella cierra la puerta a medias y se retira de vuelta a la casa.

—El ama de llaves dijo que preguntaría, pero que él no suele aceptar visitas. Tuve que convencerla de que no somos prensa.

—¿Qué haría yo sin ti, Tom?

—Bueno, veamos primero si funciona. Bonita casa, ¿no?

Esperamos una eternidad. Saco mi teléfono del bolsillo y lo pongo en silencio. Finalmente, el ama de llaves regresa y habla con Tom. Él sonríe y le da las gracias. ¡Resultado!

—Estamos dentro —me dice—. Solo cinco minutos. Después de ti, Liz.

Seguimos a la mujer por un pasillo "decorado" con numerosas cabezas de ciervos y venados en las paredes que nos observan con sus ojos vidriosos. Nos conduce al invernadero donde inmediatamente somos asaltados por un par de perros salchicha. Un hombre mayor en silla de ruedas grita a los perros.

—Buenas tardes. Me dicen que son de Inglaterra. ¿Les gustaría que hable en inglés?

Tiene una cara larga y delgada, alguna que otra mancha hepática, y gafas de media luna. Está sentado con una manta, cubierta de pelos blancos de perro, sobre sus piernas, un libro abierto boca abajo en su regazo. A su lado, una mesita redonda con patas delgadas y una taza con platillo.

—Se hospedan en el Hotel Mirabell, tengo entendido. Una excelente elección. Ahora, les ofrecería té, pero no se quedarán el tiempo suficiente para que valga la pena.

Uno de los perros se me acerca, olfateando.

—Ahuyéntela, Frau... Lo siento, ya he olvidado su nombre.

—Swingle. Elizabeth Swingle. Y este es mi amigo, Tom Fletcher.

—Así que no son periodistas, vendedores ambulantes, comerciantes, políticos, limpiaventanas, cristianos, chantajistas o trabajadores de caridad, ¿verdad?

—No, señor. Ninguna de esas cosas.

—Eso es un comienzo, supongo.

Coloca un marcador en su libro y lo pone sobre la mesa a su lado. Tal vez Tom tenga razón, tal

vez mi madre simplemente recogió una tarjeta al azar que resultó tener el nombre de esa extraña casa de maternidad y la usó como marcador. Tal vez realmente había venido aquí en una búsqueda inútil.

Herr Spitzweg hace un gesto de mirar su reloj.

—Debo señalar que ya han usado el cuarenta por ciento de su tiempo asignado, así que les sugiero que no desperdicien ni un segundo más. ¿Qué es lo que quieren?

Tom habla primero.

—Nos disculpamos por presentarnos así, señor, pero mi amiga está tratando de rastrear los orígenes de su madre.

—¿Alemana, era? ¿Es?

—Lo es —obligo a mi mano a dejar de temblar mientras me inclino y le paso el certificado—. Tengo entendido, señor, que usted adoptó a un bebé durante la guerra como parte del proyecto Lebensborn.

—¿Qué dijo...? —Sus ojos se agrandan mientras lee la tarjeta. Su brazo se extiende recto al devolvérmela—. ¿Qué es esto? ¿Quién le dio esto?

—Lo encontré entre las pertenencias de mi madre.

—¿Su madre? ¿Cómo se llama?

—Barbara Marsh. Su apellido de soltera era Lüpertz.

Se pone pálido. Conocía a mi madre; está escrito por todo su rostro.

—Herr Spitzweg, esperaba...

—Basta. No quiero oír ni una palabra más de usted.

Tom lo intenta.

—Señor, si...

—Ni de usted tampoco. Ahora váyanse. Váyanse inmediatamente antes de que llame a la policía. ¿Cómo se atreven a venir a mi casa esgrimiendo esta... esta repugnante tontería?

Tengo que intentarlo una vez más.

—Por favor, no se enfade, señor, si usted...

—Oh, pero estoy enfadado. No me importa si han venido desde Inglaterra o desde Tombuctú, simplemente lárguense.

Hay una presencia detrás de mí. Es el ama de llaves de Herr Spitzweg, con los brazos cruzados y una expresión sombría, como un guardia de seguridad en una discoteca.

Tom y yo nos ponemos de pie. Le agradecemos de todos modos. Él no responde, solo llama a sus perros que vienen corriendo y saltan sobre su manta. El ama de llaves nos acompaña a la puerta principal y la cierra de golpe detrás de nosotros. Tom y yo nos quedamos allí, completamente expulsados.

—Conocía a mi madre.

—Sí, yo también lo pensé.

—¿Qué hacemos ahora, Tom? El archivista dijo que esta era nuestra única opción.

—Vamos, regresemos al hotel. Ya se nos ocurrirá algo, Liz. No nos rindamos todavía.

Capítulo 55

Estoy tumbada en la cama de mi habitación de hotel, agotada. Tom y yo nos vamos a encontrar abajo dentro de dos horas. Ha reservado una mesa en un restaurante elegante del centro. Menuda tarde. Nunca había conocido a un hombre como el señor Spitzweg. Puede que fuera anciano, pero qué fuerza de personalidad. Compadezco a todos los que trabajaron bajo sus órdenes a lo largo de los años. He tenido mi cuota de jefes, pero el señor Spitzweg habría estado en otra liga. Después, Tom y yo volvimos a la antigua maternidad y Tom pidió, luego exigió, hablar con el gerente, o la gerente, como resultó ser. No nos sirvió de nada. Se limitó a repetir la historia de que el lugar se usaba como hogar para soldados heridos. No sabía nada de que fuera un centro para el proyecto Lebensborn de los nazis. Al menos, eso afirmaba. Estaba mintiendo; estaba segura de ello. Tom y yo nos habíamos topado con un muro de piedra. Nadie quería hablar de lo que ocurrió allí durante los últimos años de la guerra. Y ahora no sé adónde ir. Ya no me importa. Solo quiero volver a casa. Quiero emborracharme.

Suena mi móvil. Más vale que no sea Barry. Me arrastro por la cama y agarro el teléfono de la mesita de noche. No es Barry.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás?

—Hola, mamá.

Oigo el quiebre en su voz. —¿Qué pasa, Tess? ¿Qué va mal?

No dice nada, pero puedo oír su respiración al otro lado de la línea, y sé que está tratando de contenerse. Me incorporo. —¿Tess? Háblame.

—Quiero volver a casa.

—Bueno, por supuesto que puedes, cariño. Volveré mañana a primera hora de la tarde. ¿Por qué no coges un tren y yo pago tu billete si quieres?

La oigo suspirar. —No, quiero decir... quiero decir para siempre.

—¿Para siempre? —Se me tensan las entrañas—. No... no entiendo. ¿Qué quieres decir con para siempre? Creía que te gustaba estar allí.

—Lo odio, mamá. No me gusta el curso; no me gusta la ciudad.

—Creía que habías dicho que habías hecho amistad con algunas chicas.

—No, todo el mundo parece mucho más joven que yo.

—Bueno, tú insististe en tomarte tantos años libres. —Mierda, ¿por qué he dicho eso?

—Oh, genial, gracias, mamá.

—Vale, lo siento. No quería... Pero seguramente...

—No, odio estar aquí, joder.

—Pero ¿qué pasa con...? ¿Sigues con Tom?

—No. Me dejó.

—Oh, cariño, bueno, probablemente sea eso. Estás disgustada por eso, eso es todo. Y eso está amargando todo lo demás. Una vez...

—No, mamá. No estás escuchando. No se trata de Tom. Me importa una mierda él. De verdad odio estar aquí.

—Así que, ¿eso es todo, entonces? ¿Quieres dejarlo todo? Han pasado, ¿qué, cuatro meses, y ya te estás rindiendo?

—¿Qué? No puedo creer lo que estoy oyendo.

—Te quedarás al menos hasta el final del año. Luego consideraremos tus opciones. No vas a tirar la toalla al primer signo de problemas.

—No puedes ordenarme que me quede.

—Creo que después de pagar cinco años de tu educación, sí, puedo y tendré algo que decir.

—Que te jodan, madre.

—¡Tessa! No... —Pero ya ha colgado.

Maldita sea, maldita sea. Camino hacia la ventana. Hace tanto calor aquí dentro, pero lucho con el pestillo. ¿Qué les pasa a los jóvenes de hoy? Son patéticos. ¿Por qué le permití tomarse esos dos años libres? Ni siquiera hizo nada con ellos, solo un estúpido trabajo mal pagado en un supermercado. Debería haber sido más firme. Barry definitivamente debería haber sido más firme.

Pero Barry siempre ha sido incapaz de enfrentarse a su hija. Por el amor de Dios, a veces era como tener dos adolescentes. Las veces que le dije: "¿De qué lado estás, Barry?"

Y él sonreía con suficiencia y decía: "Relájate, Liz. Dale una oportunidad a la niña". Bueno, lo hicimos. Dejamos que desperdiciara esos años de su vida, ¿y para qué? Maldita sea, ahora quiero volver a casa aún más, quiero emborracharme, y maldita sea otra vez, quiero tener sexo con Tom.

*

Estoy de vuelta en casa en East Anglia. Tabby, al menos, se alegra de verme de vuelta. Nadie más lo está. No dejo de pensar en nuestra última noche en Alemania y cada vez que lo hago dejo escapar un fuerte gemido. Mañana, vuelvo al trabajo. Me alegrará hacerlo, para tratar de poner algo de distancia entre ahora y el momento más embarazoso de mi vida. Habría pensado que era demasiado astuta para tales experiencias, pero no, aparentemente no. Parece que no soy demasiado mayor para hacer el ridículo por completo.

Cuando me encontré con Tom en el vestíbulo del hotel aquella segunda noche, lista para salir, ya estaba un poco achispada. Había asaltado el minibar y bebido media botella de vino tinto. Lo besé al verlo. —Venga, Tom, vamos a pintar la ciudad de rojo.

—Hmm, vale, pero podríamos ser los juerguistas más viejos de la ciudad, Liz.

—¿A quién le importa? Vive un poco.

Comimos bien, aunque después no pude recordar ni una sola cosa que hubiera comido. Pero sé que pedimos una botella de vino tinto de la casa, y Tom apenas bebió media copa mientras yo alegremente me terminé el resto. Y hablé. Vaya si hablé. Le conté a Tom cosas que nunca le había contado a nadie. Le hablé de mi tensa relación con mi madre. Luego, después de haberle contado anteriormente a Tom cómo Barry y yo nos conocimos, ahora le conté con todo detalle cómo nos separamos: el collar, Shelley, los mensajes, todo. Mirando hacia atrás, Tom no quería escuchar todo esto; lo estaba avergonzando. Pero las compuertas se habían abierto, y no había nada que él pudiera hacer para detener el flujo. Pobre hombre.

Hacia el final de la comida, sugerí otra botella de vino. —No creo que sea prudente —dijo.

—Vaya, Tom, escúchate. No sabía que podías ser tan pomposo. —Pero como compromiso, pedí solo una copa de tinto, una copa grande.

Tom pagó la comida. —Te lo devolveré algún día, Tom. Te lo juro por Dios que lo haré. Ahorraré. Me tocará la lotería. Te lo devolveré.

—Vamos a llevarte de vuelta.

—¿Qué? No. Pensé que íbamos a pintar la ciudad de rojo.

—Vamos, dame tu brazo.

Tom me llevó de vuelta al Hotel Mirabell. La ciudad realmente parecía pertenecer a un cuento de hadas, con las farolas iluminando las casas de colores pastel y reflejándose en las calles empedradas. —Es tan romántico, ¿verdad, Tom?

Me acompañó hasta mi habitación del hotel, abrió la puerta y me guió hasta mi cama. Di unas palmaditas en la cama y lo hice sentarse a mi lado. —Ha sido tan agradable verte de nuevo, Tom. Tan agradable.

—Y a ti, Liz.

—Mira, sabes que me gustabas como loca cuando éramos niños y, ¿sabes qué, Tom? Todavía me gustas.

—Liz, por favor.

—No, espera un momento. Déjame decir lo que pienso. Mira, ambos somos adultos; ambos estamos solteros, y nos conocemos como nadie más...

—Liz...

—No, no interrumpas —dije, con mi dedo en mis labios, haciéndolo callar. Tomé su mano—. Tom, duerme conmigo esta noche.

Apartó su mano como si lo hubiera quemado. —Por el amor de Dios, Liz, dices que nos conocemos como nadie más, así que ¿cómo demonios no te has dado cuenta de que soy gay?

Capítulo 56

Enero 2002

Hannah quería levantarse. No tenía ganas de quedarse en la cama por más tiempo. Pero no podía: arruinaría la ocasión. La puerta del dormitorio estaba entreabierta y podía oír a Bruno moviéndose pesadamente en la planta baja. Ahuecó sus almohadas y se sentó erguida. Freddy, su cocker spaniel, yacía en la cama con ella, meneando la cola cada vez que le hablaba o mencionaba su nombre. —Creo que ahora tenemos la misma edad, Freddy. Los dos tenemos setenta y cinco años. —Finalmente, escuchó a Bruno subiendo lentamente las escaleras. Empujó la puerta del dormitorio con el pie que tenía libre.

—Aquí estamos, mi amor —entró llevando la bandeja del desayuno—. Feliz cumpleaños, cariño. No aparentas ni un día más de setenta y cuatro.

—¡Oye!

Colocó la bandeja sobre el regazo de Hannah y, inclinándose, la besó en la mejilla. —Pero para mí sigues siendo hermosa.

—Gracias, viejo encantador. A ver, ¿qué tenemos aquí? ¡Oh, huevos revueltos con tostadas, tomates y jamón! Y té. Bruno, me estás malcriando.

—Disfrútalo. Volveré en un momento.

Hannah casi había terminado su desayuno de cumpleaños, compartiendo el jamón con Freddy, cuando Bruno reapareció llevando una cesta de mimbre a la antigua usanza cargada de regalos.

—Es una lástima que las chicas no pudieran estar aquí —dijo ella.

—Lo sé.

—¿Qué dijo Zoya que estaba haciendo?

Sabía que lo había preguntado antes, quizás varias veces, y Bruno le había respondido.

—Está en una conferencia —dijo él—. El futuro de Europa Occidental, después del once de septiembre.

—Ah sí, eso era. —Negó con la cabeza. Sabía que su memoria estaba fallando. Sabía que solo empeoraría—. Y Claudia, no regresa de Australia hasta dentro de un mes.

—Nueva Zelanda, así es. Ahora, ¿qué te parece si abres tus regalos? Luego, después de que te vistas, iremos a casa de Joseph. Nos espera alrededor de las once.

—Sí, eso será agradable. Gracias, cariño. —Acarició a Freddy y miró su pequeño montón de tarjetas y regalos—. Bueno, ¿por dónde empiezo?

*

La señora Horch, el ama de llaves de Joseph, los dejó entrar. Hannah y Bruno encontraron a Joseph en su invernadero como siempre. Sus perros salchicha saltaron y corrieron a saludarlos.

—Ajá, aquí viene la cumpleañera —dijo Joseph—. Me levantaría, pero...

—No pasa nada —dijo Hannah. Se inclinó y besó a su cuñado en la mejilla. Lucía cansado hoy, pensó, más de lo habitual. Debía recordar preguntarle a la señora Horch si había notado algo y si estaba tomando todos sus medicamentos.

—Te ves radiante, Hannah, querida.

—Oh, Joseph, eres tan malo como tu hermano.

Él se estiró hacia la mesita a su lado. —Toma —dijo, ofreciéndole su regalo—. Feliz cumpleaños.

—Vaya, gracias, Joseph.

Ella y Bruno se sentaron. Abrió el regalo. —Oh, Joseph, gracias, mi perfume favorito. ¿Cómo lo supiste? —preguntó, lanzando una mirada rápida a su marido.

—Un pajarito me lo dijo. —Hizo una mueca, su mano se aferró al pecho, todo su cuerpo se tensó.

Bruno se levantó de su silla. —Joseph, ¿estás bien?

Joseph, con los ojos fuertemente cerrados, lo apartó con un gesto. Lentamente, el dolor remitió. Tomó varias respiraciones profundas y dejó que una pequeña sonrisa iluminara su rostro. —Está bien —dijo sin aliento—. Dame un momento.

Hannah acarició a los perros salchicha. La señora Horch apareció, empujando un carrito con tazas, platillos y una cafetera. Le deseó un feliz cumpleaños a Hannah. Esperaron educadamente mientras servía, entregándole a cada uno su café. Arropó a Joseph con la manta. Él le dio las gracias. Para cuando se había ido, Joseph se había recuperado.

—¿Cómo va todo, entonces? —preguntó Bruno.

—No muy bien hoy, para ser honesto. Tuve visitas ayer, y me alteraron un poco.

—¿Visitas? ¿Quién?

Maniobró su silla de ruedas para mirar directamente a Hannah y Bruno. —Hay algo que necesito contarles a ambos. Tenemos que hablar sobre el pasado.

Hannah negó con la cabeza. —Preferiría que no lo hiciéramos.

—He vivido este último medio siglo con una incertidumbre tan fuerte que ha arruinado mi vida. Sí, lo sé, estoy siendo melodramático, soy viejo y senil, así que se me permite ser melodramático. Esta visita que tuve ayer... fue como si se insertara la última pieza de un rompecabezas. Todo encajó. Hay algo que necesitan saber. Me odiarán, pero no tengo elección.

—¿Es necesario?

—Me temo que sí. Es hora.

Capítulo 57

Enero de 1959

—Alma mía, alaba al Rey del cielo, a sus pies trae tu tributo. Redimido, sanado, restaurado, perdonado, canta sus alabanzas por siempre.

Era quizás mi himno favorito, y lo cantaba con fuerza y orgullo, pero ciertamente no tan alto como el señor Parker, nuestro director, Parker el Hurganariz, quien lograba cantar con entusiasmo mientras nos vigilaba por encima de sus gafas de media luna. Siempre teníamos asamblea los viernes por la mañana en el imponente salón de actos con sus paredes de madera decoradas con paneles que representaban a los antiguos capitanes de las casas, sus nombres brillando en letras doradas. En la esquina, teníamos un panel especial que enumeraba a los antiguos alumnos caídos en las dos guerras mundiales. La asamblea consistía en oraciones, himnos, discursos, noticias, avisos, reprimendas colectivas, lo habitual.

"Alma mía, alaba" terminó y todos nos sentamos. Cerys Atkins se sentó justo detrás de mí. Podía sentir su presencia, sus amigas a cada lado. Sabía que Tom estaba sentado en mi fila, unos doce lugares a mi izquierda, no es que los hubiera contado ni nada.

Inclinamos nuestras cabezas mientras el señor Parker recitaba el Padrenuestro.

Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.

Agradecí a Dios que Tom se hubiera roto la muñeca. Si no lo hubiera hecho, y si Rory no hubiera encontrado la navaja de Tom, que en realidad no era suya, nunca lo habría visitado, y ahora no seríamos los mejores amigos. Bueno, tan buenos amigos como se puede ser cuando uno es una chica y el otro... no lo es. Ese día en su casa, vimos Dixon of Dock Green, que me asustó horriblemente, y como Tom había dicho, su madre nos trajo naranjada y galletas, unas con una capa de crema en el medio, y habló como si nos conociéramos de toda la vida. Y cuando su madre entró, hablaron entre ellos como... me llevó un tiempo darme cuenta, pero como si fueran iguales. Usé su baño simplemente para hacer pis en un inodoro apropiado y cálido, no sentada afuera en un asiento de inodoro helado temblando en un cobertizo congelado con techo de chapa ondulada. Al irme, la señora Fletcher dijo que fue un placer conocerme y que era bienvenida a volver en cualquier momento, y pude notar que lo decía en serio, y una ola de calidez me invadió.

Danos hoy nuestro pan de cada día. Y perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.

Caminé a casa y una parte de mí estaba feliz, otra triste. Estaba feliz porque realmente me

gustaba Tom. Era fácil hablar con él, a diferencia de cualquier chico con el que hubiera hablado antes, de hecho, a diferencia de cualquier persona con la que hubiera hablado antes, y ahora éramos amigos. Pero, aunque estaba feliz, una pequeña nube de desánimo me siguió a casa. Sí, tenía envidia de que vivieran en una casa bonita, de que tuvieran un baño interior, de que tuvieran galletas con crema en el medio y, sobre todo, de que tuvieran televisión. Pero era más que eso, mucho más. Era la forma en que la madre de Tom le hablaba, como si realmente le gustara. Mi madre nunca me hablaba a menos que fuera para decirme que hiciera algo o para decirme que había hecho algo mal, otra vez. Nunca me hablaba con una sonrisa en la cara, con una voz amable. Papá sí, seguro, pero nunca mamá. Qué hermoso sería tener una madre como la señora Fletcher.

Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal:

Sin embargo, estaba preocupada por ver a Tom de vuelta en la escuela. Temía que me ignorara. Caminé por las puertas de la escuela el día que debía regresar de su lesión y lo vi casi inmediatamente. Estaba con sus amigos, parados en círculo, sus alientos fríos bailando frente a ellos, frotándose las manos contra el frío; los chicos, por alguna razón inexplicable, rechazaban los guantes. Podía oír a Tom contándoles a sus amigos lo que realmente había sucedido cuando se rompió la muñeca. Quería saludarlo, pero no podía; él tenía que hacerlo primero. Me vio y, tan tranquilo como si nada, simplemente saludó y gritó: —Hola, Liz, ¿estás bien?— como si fuera lo más natural del mundo. Le devolví el saludo. —Sí, bien, gracias—. Y estaba bien porque Tom no me había ignorado: realmente era mi amigo ahora.

Porque tuyo es el reino, el poder y la gloria, por los siglos de los siglos.

—Amén —dijimos todos al unísono perfecto. El señor Parker esperó el silencio absoluto. El último arrastre de traseros en los asientos, las últimas toses se desvanecieron. El silencio era absoluto.

Enganchando sus pulgares en su chaleco, el señor Parker nos felicitó por completar la tarea de Navidad, sobre el papel de las mujeres sufragistas, y luego invitó a la señora Barrett, nuestra profesora de historia, a tomar el relevo. Ahora bien, el señor Parker tenía la voz más fuerte conocida por el hombre. La gente del pueblo vecino podía oír al señor Parker en la asamblea, pero la señora Barrett hablaba como un ratón, y a menos que, como yo, estuvieras en las primeras filas, nadie podía oírla.

Se arrastró al escenario, con la cabeza gacha, aferrando una gran hoja de cartulina. —Gracias, director. Bienvenidos de vuelta, niños, y que 1959 les traiga mucha alegría—. Sus dedos jugaban con la cuerda que sostenía sus gafas. —Ahora, recibimos algunos ensayos tremendos sobre las mujeres sufragistas. Todos sabemos ahora cuán importantes fueron y cuánto hicieron para avanzar en una sociedad igualitaria—. Miró al director. —Sí, bueno, gracias por poner tanto trabajo y entusiasmo en sus ensayos. Como saben, tuve que elegir uno como el mejor de todos. Ahora, tengan en cuenta mis palabras, fue una tarea casi imposible porque había tantos dignos del certificado. Realmente no quería elegir uno por encima de los otros, pero aun así...— Murmuró algo tan silenciosamente que incluso aquellos de nosotros en las primeras filas no lo

escuchamos. —Así que la persona que ganó el Premio al Ensayo sobre las Mujeres Sufragistas es...—

Hizo una pausa para dar efecto. El señor Parker se aclaró la garganta: este melodrama no era de su agrado.

—Elizabeth Marsh.

Oh, mierda, soy yo.

El salón de actos estalló en un aplauso ensordecedor. Hubo gritos y vítores y patadas en el suelo; era un caos total. La gente me daba palmadas en la espalda y gritaba mi nombre. Subí y recogí mi certificado con lágrimas en los ojos y agradecí a mis padres por su amor y apoyo. Al menos, así es como lo recordé esa noche mientras me quedaba dormida. En realidad, el anuncio fue recibido con un silencio absoluto, aunque alguien unas filas más atrás tosió. Me sobresalté cuando Cerys, detrás de mí, pateó mi silla. Me puse más roja que un tomate y, honestamente, me hubiera encantado morirme allí mismo. Entonces, del silencio, surgió un solo aplauso entusiasta. No me atreví a mirar, pero calculé que venía de doce asientos a mi izquierda. Alguien más se unió, luego otro y otro, hasta que pronto se volvió casi respetable. Me levanté de mi asiento y, sintiendo como si alguien hubiera puesto arcilla en mis zapatos, tropecé a lo largo de la fila de asientos, bajé por el pasillo y subí los escalones que conducían al escenario. El silencio había regresado, y traté de caminar lo más suavemente posible, odiando mis ruidosos zapatos.

La señora Barrett medio sonrió, medio hizo una mueca mientras estrechaba mi mano sudorosa y me entregaba mi certificado.

—Bien hecho, Elizabeth. Buen trabajo —dijo.

Logré murmurar:

—Gracias, señora.

Regresé a mi asiento tan rápido como pude sin parecer una idiota aún más grande de lo que ya me sentía.

—Sí, bien hecho, empollona —dijo Cerys detrás de mí.

El señor Parker, el que se hurga la nariz, volvió al centro del escenario mientras la señora Barrett se apresuraba a volver a su asiento en el lateral.

—Felicidades, Elizabeth Marsh. Un gran logro, sin duda. Ahora, es hora de nuestro próximo himno. Por favor, levántense para cantar "Immortal, Invisible, God Only Wise".

Capítulo 58

Guardé el certificado en mi cartera, con cuidado de no dañarlo. Ni siquiera lo miré, no quería que nadie me viera haciéndolo. El día pasó e intenté olvidarme de ello, aunque no me lo permitieron. Varias chicas me "felicitaron", aunque no creo que ni una sola lo dijera en serio. Ningún chico lo mencionó. Al salir, oí pasos corriendo detrás de mí. Era Tom.

—Hola —dijo—. Te acompaño a casa.

Una oleada de alegría me recorrió. Intenté no mostrarlo.

—¿No te queda fuera de tu camino?

—Nah, solo un poco.

Busqué a Cerys o a su amiga Becky o a cualquiera de las otras, pero lamentablemente no pude verlas. Aun así, salí de la escuela esa tarde sintiéndome medio palmo más alta que cuando entré.

—Felicidades por el certificado. Tus padres estarán contentos.

—Sí. Pero subir a ese escenario fue tan vergonzoso.

—Sí, supongo que lo sería. Aunque no está bien, ¿verdad? Avergonzarse por algo así.

—¿Vas a casa a ver Dixon of Dock Green?

—No estoy seguro de que lo den esta noche, pero habrá algo más. ¿Quieres venir?

—¡Sí! Oh, no, espera. Mierda, no puedo. Dije que ayudaría a mi padre en el café después de la escuela hoy.

—No pasa nada; iremos allí en su lugar.

¿Iremos? Lo dijo como si fuera lo más natural del mundo. —Sí, claro. Genial.

Así que caminamos rápidamente hacia el café. Pero, al acercarnos, Tom disminuyó el paso.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Liz, hay algo que tengo que decirte. —Se detuvo y, mirando al suelo, pateó una piedra—. Nos mudamos en unos meses.

—¿Qué quieres decir?

—Mi padre consiguió un nuevo trabajo; creo que es un ascenso. Pero significa que tenemos que mudarnos al sur, a algún lugar de Kent.

Mi mente pareció nublarse por un momento.

—¿De verdad?

—Sí. —Me miró y mi corazón se encogió—. Lo siento, Liz.

—¿Cuándo?

—No por un buen tiempo. Hay mucho que organizar, al parecer. Para octubre, creo.

—No quiero que te vayas. —Mi voz sonaba tan frágil de alguna manera.

—Lo sé. Yo tampoco.

El café de papá nunca estaba particularmente ocupado al final de la tarde, pero aún necesitaba ayuda cuando Betty tenía el día libre. Y hoy era uno de esos días. Entramos en una nube de humo aunque solo había un par de clientes, uno bebiendo una taza de té, el otro devorando un sándwich de tocino, con un poco de kétchup derramado en la barbilla. Vi el café de mi padre a través de los ojos de Tom, viéndolo como si fuera la primera vez: las paredes amarillas, los largos bancos pintados de verde, los grandes espejos, los manteles de hule rojos y blancos, y pensé, sí, se veía bien. Mi padre había hecho un buen trabajo arreglando el lugar. Papá me saludó alegremente. Al ver a Tom, apagó su cigarrillo y preguntó:

—¿Y quién es este?

—Nos conocimos en la pantomima, señor Marsh —dijo Tom, extendiendo su mano.

¿Dónde había aprendido estas cosas, a comportarse así?

—Ah, sí, por supuesto. Bueno, puedes echarnos una mano, si quieres.

—Por supuesto.

—Papá, ¿puedo mostrarte algo primero? —Saqué el certificado de mi cartera y se lo pasé. Lo tomó. Noté que Tom se alejaba un poco como si no quisiera entrometerse en esto. Observé a papá mientras sus ojos escaneaban de izquierda a derecha—. Vaya, esto es maravilloso. El premio al mejor ensayo otorgado a la señorita Elizabeth Marsh. Esa eres tú. Oh, cariño, ven aquí. —Estaba parada a su lado cuando su brazo de oso me rodeó el hombro y me atrajo hacia él, plantando un gran beso en el lado de mi cabeza—. Estoy muy orgulloso de ti, cariño. Buena chica.

—Gracias, papá.

—Esto era sobre esas mujeres, ¿verdad?

—Las sufragistas, sí, papá.

—Bueno, estoy seguro de que ellas también estarían muy orgullosas de ti. Tendremos que mostrárselo a tu madre; estará encantada.

Volví a guardar el certificado en mi bolsa.

—¿Qué quieres que hagamos, papá?

*

Dos horas más tarde, papá y yo estábamos de vuelta en casa. Nos había dado a Tom y a mí tres chelines a cada uno por nuestros esfuerzos. Ambos estábamos encantados, Tom especialmente, porque no se lo esperaba. Luego papá me dio un chelín extra por ser "una chica tan inteligente".

—Oye, Babs, ven a ver lo que nuestra chica inteligente consiguió hoy.

Mi madre vino de la cocina.

—¿A qué viene tanto alboroto? ¿Qué es?

—Vamos, cariño, muéstraselo.

Esperé mientras mamá se limpiaba las manos en el delantal y luego le pasé el certificado. —Sí, muy bonito —me lo devolvió—. Ahora, Arnold, ¿te acordaste de comprar el pan, como te pedí?

—No, espera un momento, Barbara. Esto es más que bonito; es genial. Liz superó a cientos de otros chicos de su curso para conseguir esto. Muestra un poco más...

—¿Qué, Arnold? ¿Qué quieres que haga? ¿Un bailecito, quizás?

—No lo sé. Por el amor de Dios, Barbara.

—Está bien —dije.

—Ya sé —dijo papá—. Lo enmarcaré y lo pondremos en la pared.

—No te preocupes, papá.

Lanzó una mirada a mi madre. —Liz podría terminar yendo a la universidad si sigue...

—¿Universidad? Es una chica, Arnold. No seas tonto.

—Me voy a mi habitación.

—No, no te vayas, Liz. Tu madre no lo dice en serio; solo está cansada, ¿verdad, Babs?

—No importa, papá —miré a mi madre, y al menos tuvo la decencia de parecer un poco arrepentida—. No importa.

—Tengo que preparar la cena.

Esperé hasta estar segura de que mamá no podía oírnos. —Papá, ¿cómo conociste a mamá?

Suspiró y se pasó los dedos por el pelo. —Un día de estos, cariño, te lo contaré todo.

—¿No puedes contármelo ahora?

—No. Tenemos que estar solos. Además, creo que deberíamos esperar hasta que seas un poco mayor.

Y justo entonces, realmente no importaba. Lo que importaba era que Tom se mudaba. Tumbada en mi cama, mirando a James Dean, me golpeó la magnitud de la situación. Tom era mi mejor amigo, mi único amigo. ¿Cómo sobreviviría sin él?

Capítulo 59

Enero de 1945

Hannah no se había movido en lo que parecían semanas; probablemente solo habían sido un par de días. Sus brazos yacían pesadamente a ambos lados de la cama, su cabeza aún más pesada. Habían cerrado la ventana con llave, cerrado la puerta; la habían encarcelado. De vez en cuando, alguien la escoltaba al baño y se mantenía cerca de ella por temor a que intentara escapar en camisón o hacerse daño. Como si tuviera la fuerza. La mayor parte del tiempo su mente permanecía en un estado de vacío pasivo. De vez en cuando, alguien le traía una bandeja de comida. Esa misma persona volvía más tarde para llevarse la bandeja, sin comentar el hecho de que Hannah no había tocado nada. La idea de la comida le provocaba náuseas. Sabía que estaba perdiendo peso, sabía que se estaba debilitando día a día. No importaba, su sentido de autopreservación se había evaporado, dejándola sin importarle si vivía o moría.

Contemplaba el cielo desde su cama, observaba las formas cambiantes de las nubes, una bandada de pájaros surcando el aire, quizás un ave rapaz planeando. Cuando pensaba en ello, era demasiado difícil procesarlo como un todo. En su lugar, le venía una imagen: el brillo de la cadena de oro de la enfermera Lowitz, la grieta en la esfera del reloj del ordenanza, el pantalón del médico atrapado en su calcetín. No podía permitirse pensar en Helga. Era demasiado, demasiado difícil. Incluso un pensamiento fugaz de su bebé le hacía doler los pechos mientras se hinchaban con su leche. Leche que ahora no tenía propósito, ningún propósito en absoluto. Recordaba haber soñado con Bruno. Era extraño, pensó, que su deseo por el hombre fuera tan intenso que en medio de todo lo había conjurado, soñando que había venido a ella, que había tomado su mano y la había acariciado. Deseaba que volviera a ella; anhelaba verlo; le dolía por él. Le dolía por su bebé.

Había momentos en los que Hannah no sabía si estaba despierta o soñando. A menudo soñaba con las otras chicas, con Lena en particular. Ellas aún tenían a sus bebés, y no podía entender por qué. Se despertaba y reflexionaba sobre la cuestión durante un rato. Quizás había hecho algo para desagradar al personal. Quizás su cuerpo no estaba alimentando a Helga lo suficiente. Quizás pensaban que sería una madre terrible, como su propia madre. Pero ¿cómo sabían ellos sobre su madre? A veces, en sus sueños, las voces iban y venían, un momento claras, al siguiente difusas, voces de personas que conocía: su madre, Bruno, el Dr. Heinkel, la enfermera Lowitz.

Un par de días antes, la despertó un rayo de luz intensa brillando en su ojo. Primero un ojo, luego el otro. La luz se apagó, pero su resplandor permaneció en sus retinas, cegándola. Oyó sus voces.

—Necesita irse ya. Está ocupando una cama y recursos valiosos.

—Pero ¿adónde, doctor? Como dije, no podemos simplemente meterla en un tren y mandarla

lejos. Todavía está muy débil.

—¿Por qué es usted tan sentimental al respecto? Ya no nos sirve, así que en lo que a mí respecta, ya no es nuestro problema.

—Déme unos días. Quizás pueda arreglar algo.

El doctor no respondió inmediatamente. Después de un rato, dijo:

—Tiene hasta el final de la semana.

Hannah sabía que tenía que espabilarse. Si simplemente la echaban, sin tener a dónde ir, sin dinero en el bolsillo, se moriría de hambre. Empezó a comer, se vistió y le permitieron salir al comedor, donde se sentó y habló con varias de las otras chicas, la mayoría de las cuales no había conocido antes. Algunas tenían bebés. La primera vez, al ver a los bebés, o al olerlos, tuvo que huir de la habitación. Se sentó al pie de las escaleras, temblando, luchando contra las lágrimas. Fue una lucha que perdió, y se sentó allí, con la cabeza entre las manos, mientras las lágrimas corrían, llorando tan fuerte que su cuerpo se sacudía.

No había llorado desde entonces.

Ahora que había comenzado a comer, su apetito regresó con fuerza, y se encontró capaz de comer y comer. Ahora le permitían deambular por los jardines. Oh, la alegría de placeres tan simples, respirar el aire, escuchar a los pájaros. En la segunda ocasión, vio a Lena empujando un cochecito. El primer instinto de Hannah fue esconderse, pero se contuvo. No tenía razón para esconderse. Lena la saludó calurosamente.

Las dos mujeres se sentaron en un banco.

—Aquí no pueden oírnos —dijo Lena.

—¿Todavía tienes a tu bebé?

—Sí. —Meció el cochecito—. Me voy mañana.

—¿Con el bebé?

—No lo querían.

—No lo... ¿Por qué?

—Míralo.

Hannah no quería mirarlo, temerosa de lo que pudiera provocar en ella. Pero Lena insistió. Así que se levantó y se asomó al niño dormido, chupándose el pulgar furiosamente.

—¿No lo ves?

—¿Ver qué?

—Mira, por el amor de Dios, Hannah, mira.

—Estoy mirando. No veo nada excepto un... un hermoso niño pequeño.

Lena se puso de pie junto a ella.

—¿En serio? ¿No lo ves? —Su voz temblaba ahora.

—Es precioso, Lena.

—No lo querían porque... por el labio leporino. Lo llamaron deforme, inadecuado para sus propósitos. Como si fuera solo...

—Lo sé, lo sé. —Hannah miró más de cerca y, sí, ahora podía verlo, la línea reveladora que iba desde su labio superior hasta el costado de su nariz—. Apenas se nota.

—Solo lo dices por decir.

—No, Lena.

Lena trató de contenerse, intentó morderse el nudillo y mirar hacia otro lado. Pero no funcionó, las lágrimas brotaron de sus ojos. —Gracias, Hannah. —La abrazó—. Gracias.

—Piénsalo, solo porque vieron algo que nadie más verá, puedes quedarte con tu bebé.

Lena se apartó y con una sonrisa entrecortada, se secó los ojos con el dorso de la mano. —Sí, lo sé.

—¿Cómo se llama?

—George, como mi padre.

George comenzó a moverse, con un pequeño gemido de llanto. Lena lo levantó. —No puedo

creer que haya venido a este lugar horrible voluntariamente. Qué estúpida. Lamento que hayas tenido que perder al tuyo.

Hannah tragó saliva. —Gracias.

Capítulo 60

Hannah sentía como si hubiera estado alejada del mundo exterior durante la mitad de su vida. Había pasado más de un año desde que llegó en tren desde Berlín. Y las cosas habían cambiado, se podía sentir en el aire. Antes, la gente aún tenía cierto grado de optimismo. La nación había sufrido algunos reveses; todavía se estaba recuperando de la derrota en Stalingrado, pero se tenía la sensación de que estos eran contratiempos temporales y que pronto volveríamos al camino de la victoria. Ya no. Se podía ver en los rostros de la gente. Ahora las personas parecían demacradas, sombrías y temerosas. Nadie se miraba a los ojos.

Al doblar la esquina de la plaza principal hacia una de las varias calles laterales, dejó escapar un pequeño grito al ver varios edificios destruidos, convertidos en un montón de escombros. Este curioso pueblecito del que nunca había oído hablar antes de venir aquí finalmente había caído víctima de los demonios ingleses en sus aviones. Algunas personas, hombres, mujeres y niños, pasaban ladrillos de uno a otro, como una larga cadena. La línea de producción se detuvo al unísono al verla. Y ella sabía que destacaba con su limpio vestido floreado y su sombrero de paja con lazo. Uno de los hombres le silbó. Sus mejillas se encendieron. —¿Quieres echarnos una mano, señorita? —gritó otro.

—Necesito... No, tengo que encontrar esta dirección —dijo, agitando un trozo de papel—. ¿Podrían ayudarme?

Varios hombres se apresuraron a ayudar, mientras las mujeres sacudían la cabeza y esperaban con las manos en las caderas. Hannah recibió instrucciones precisas. Les dio las gracias. —Siempre me dijeron que nunca bombardearían este lugar, que era demasiado pequeño.

—Nah —dijo uno de los hombres con polvo en la gorra y en la barba—. Fue uno de esos bombarderos de regreso a casa. Solo estaban aligerando su carga y esto —dijo con un gesto de su mano— es el resultado.

—Oh.

El hombre asintió. —Buena suerte encontrando tu dirección, señorita.

Hannah se quedó de pie frente a la casa de Bruno. Parecía deteriorada pero aún atractiva con su estructura de madera, techo inclinado y alta chimenea. Aunque la pintura parecía fresca, las ventanas estaban sucias, un par de ellas agrietadas. La enfermera Lowitz ya no tenía problema con que ella saliera del hogar y fuera sola a la comunidad. Ya no había necesidad de mantener a Hannah envuelta en algodón, no ahora que ya no se la consideraba "útil". Así que ella y Lena se habían marchado juntas. Lena se dirigía a casa y le dijo a Hannah que siempre podría quedarse con ella, George y su madre.

Ahora se daba cuenta de que lo que había pensado que era un sueño no lo era. Bruno realmente había aparecido aquel día terrible; verdaderamente había estado allí. Le había tomado la mano y la había consolado mientras ella se quedaba dormida. Ahora también recordaba haberlo visto minutos antes merodeando por los jardines del hogar. No había vuelto a la guerra; estaba aquí. Le habían mentido.

Permaneció de pie afuera, demasiado temerosa para acercarse y llamar a la puerta. ¿Y si, a pesar de todo, Bruno se negaba a verla, la rechazaba? Después de todo, su relación era extrañamente única. ¿Y si ya no quería saber nada más de ella? No lo culparía. Ella sentiría lo mismo si no fuera por el inconveniente hecho de que se había enamorado de él. Y lo necesitaba, desesperadamente. Le habían robado a su bebé; no podría soportarlo si él le daba la espalda; no podía perderlos a ambos. Necesitaba a Bruno para ayudarla a mantener vivo el recuerdo de su hija. Necesitaba a alguien que le dijera que las cosas estarían bien, y que juntos podrían enfrentar cualquier cosa. No podía hacerlo sola.

Tocó el timbre pero se dio cuenta de que no funcionaba. En su lugar, golpeó suavemente la puerta. Luego, al no escuchar respuesta, golpeó más fuerte. Esperó tres, cuatro minutos, golpeando un par de veces más. Nadie en casa. Se preguntó qué hacer. Tal vez volver al hogar, recoger sus pocas pertenencias y arrastrarse hasta la casa de Lena, esperando que su oferta fuera genuina.

Pero cuando se dio la vuelta para irse, un coche se detuvo, un pequeño Opel verde. Aparcó justo frente a la casa. Un hombre saltó fuera. El corazón de Hannah se encogió al verlo. El hombre vestía uniforme completo, un nazi hasta la médula. —Heil Hitler —llamó—. ¿Puedo ayudarla?

—Heil Hitler.

El hombre sostuvo la puerta del coche mientras una mujer mayor salía del asiento trasero. Hannah también pudo ver a otra mujer, una más joven, sentada en el asiento del pasajero, con un bebé envuelto en una manta en su regazo.

—¿Y bien? —dijo el hombre.

—Lo siento, debo tener la casa equivocada.

La mujer mayor caminó hacia la casa, con un pañuelo cubriendo su cabello. —¿A quién buscas, querida?

—A un amigo mío.

—¿Y este amigo tuyo tiene nombre?

No quería decirlo, no frente al nazi, pero la mujer estaba esperando. —Bruno. Bruno Spitzweg.

Su rostro se iluminó. —Ese es mi hijo. —Dio un paso adelante y le ofreció su mano—. ¿Y qué trae a una belleza como tú a visitar a mi hijo?

Hannah se sonrojó, en parte por el cumplido, en parte porque no sabía cómo responder.

El nazi la salvó. —No está aquí. Está en el hospital.

—¿Lo está? —exclamó Hannah, incapaz de ocultar su preocupación—. ¿Hay... Está enfermo?

—Está bien. —Volviéndose hacia la mujer mayor, dijo—: ¿Está bien entonces, madre?

—Te invitaría a entrar... —Hizo un gesto con la cabeza hacia la mujer en el coche.

Efectivamente, la mujer abrió la puerta del coche y le gritó al nazi. —Date prisa, Joseph, Elizabeth necesita comer.

—¿Elizabeth? —dijo Hannah para sí misma—. Es un bonito nombre. —Quería acercarse a la mujer, saludar al bebé. Ver al bebé de Lena antes no la había alterado de la manera que había anticipado. ¿Podría hacerlo de nuevo?

—Ya voy, ya voy —gritó el hombre.

Hannah dio un respingo. Sin decir una palabra más, el nazi se subió al coche y se marchó a toda velocidad.

—Así que eres amiga de mi hijo —dijo la madre del hombre, sacando la llave de casa de su bolso.

—Sí. Sí, lo soy. ¿Está enfermo?

—Él, eh, se metió en una pelea, el tonto, y salió mal parado. Pero ahora está bien. Vuelve a casa mañana por la mañana.

—¿Una pelea? Oh. Bueno, ¿le importaría enviarle mis...

—¿Tus?

—Mejores deseos.

Abrió la puerta. —¿Por qué no vuelves mañana y lo ves tú misma? Ven a esta misma hora mañana. Estoy segura de que estaría encantado de recibir una visita, y una tan bonita además.

—Sí, lo haré. Volveré mañana. Gracias.

Capítulo 61

Hannah pasó una noche intranquila, incapaz de quedarse quieta, de comer o de pensar con claridad. Había encontrado la casa de Bruno; lo vería más tarde ese día. Había conocido a su madre, a su hermano y, presumiblemente, a su cuñada, e incluso había visto un vistazo de la sobrina de Bruno, Elizabeth. Se había acercado un poco más a su mundo. Esperaba que él estuviera bien. Debieron haberlo golpeado horriblemente para terminar en el hospital durante una semana entera. Esta sería su última noche en el hogar. La enfermera Lowitz había encontrado un albergue al que podría ir. Hannah empacó sus cosas, lo que no le llevó mucho tiempo, y se sentó en su cama, admirando la vista desde su ventana por última vez.

Intentó convencerse de que quería ir a casa, ver a sus padres. Pero sabía que no era así. Había aprendido tanto en el último año y había llegado a saber lo que siempre sospechó a medias: que su madre era una mujer egocéntrica y vanidosa. Sabía que había heredado la belleza de su madre, pero esperaba que eso fuera todo lo que había heredado. ¿Tenía bondad en su corazón? ¿Era eso algo que uno podía juzgar por sí mismo? Había intentado ayudar al hombre polaco, Jan. No lo hizo por ninguna otra razón más que porque sabía que él era una víctima y había intentado ayudar. Ahora ella era la víctima, y necesitaba ayuda, no la ayuda de su madre, que siempre estaría cargada de una dosis de egoísmo, sino la ayuda de Bruno. Necesitaba su ayuda, y anhelaba su amor y darle su amor. Helga había llenado su corazón de amor y se la habían quitado, pero el amor aún permanecía, desbordándose dentro de ella, y necesitaba un conducto activo. El mundo estaba tan lleno de odio; lo había visto demasiadas veces. El amor se había convertido en una mercancía preciosa. Tenía que ser protegido, tenía que ser atesorado. Oh, Bruno, te lo ruego, cuando vaya a ti, por favor no me rechaces.

Así que por segunda vez en tantos días, Hannah se encontraba frente a la casa de Bruno. Si ayer le había resultado difícil, esto era cien veces más duro. Quizás sería mejor darse la vuelta y huir. No saber sería preferible a conocer lo peor. Ahora tenía una opción: dormir en el albergue como sugirió la enfermera Lowitz o presentarse en casa de Lena. Cualquiera de las dos opciones parecía más atractiva que tener que enfrentar esto. Pero tenía que hacerlo. Se arrepentiría el resto de su vida si no lo hacía. Con las piernas como de plomo, caminó los últimos pasos y llamó a la puerta.

Su ansiedad se alivió un poco al ser recibida por la sonriente cara de la madre de Bruno.

—¿Está segura de que esto está bien? —preguntó Hannah.

—Oh, sí, sí. Todavía está un poco adolorido, pero ahora está bien. Se levantará pronto, así que ¿por qué no subes a verlo ahora? Eh, no le he contado sobre ti. Pensé que te lo dejaría a ti, pensé que sería una agradable sorpresa para él.

—Bueno, una sorpresa, sí, pero no estoy segura de que sea agradable.

Puso su mano en la manga de Hannah. —Estará encantado; no te preocupes, querida.

Hannah infló sus mejillas.

—Por cierto, me llamo Edith.

—Edith, gracias. Yo soy Hannah.

—Encantada de conocerte, entonces, Hannah. Vamos, adelante. Última puerta a la derecha.

Subió las escaleras silenciosamente, con la mano en el pasamanos. La alfombra del descansillo estaba deshilachada en los bordes, la ventana del final manchada. Pero le gustaba la casa; tenía una sensación de acogida, como ser atraída a un abrazo. Última puerta a la derecha. Llamó suavemente.

—Adelante —dijo la voz inquisitiva desde dentro.

Hannah contuvo la respiración, con la mano en el pomo de la puerta. Entró, momentáneamente deslumbrada por el brillante sol que entraba por la ventana.

Se detuvo y lo miró. Ninguno dijo una palabra. Él se veía pálido, sus ojos oscuros. Le había crecido el comienzo de una barba. Pero seguía siendo igual de guapo. Sus pómulos, ahora más prominentes, solo añadían a su atractivo.

—¿Hannah? ¿Eres realmente tú?

—Hola, Bruno.

Podía ver la confusión en sus ojos. —Nunca pensé que te volvería a ver. —Se incorporó con esfuerzo, hizo una mueca por un breve dolor y se apoyó contra su almohada—. ¿Has venido a despedirte? —preguntó, con voz quebradiza.

Ella cruzó la habitación, pisando con cuidado, en silencio. Se sentó en el borde de su cama. No preguntó. Ahora sabía que no necesitaba hacerlo. —No, no he venido a despedirme. He venido para quedarme. Y nunca más te dejaré.

Él la miró intensamente, con los ojos muy abiertos como si no entendiera del todo. El aire se aquietó entre ellos. Afuera cantó un gallo. Bruno extendió la mano hacia ella, su propia mano temblando un poco. Ella la tomó. Y mientras él acariciaba su mano, las lágrimas rodaron por su rostro.

Capítulo 62

Marzo de 1945

¡Los americanos vienen! ¡Los americanos vienen! La gente lo susurraba entre sí, pero solo a aquellos en quienes confiaban absolutamente. Los soviéticos estaban cerca de Berlín, en un par de semanas más la capital sería suya. Para la gente común parecía una locura que los líderes de la nación continuaran resistiendo. La guerra estaba perdida, lo había estado durante meses, así que ¿cuál era el punto de desperdiciar tantas vidas más por una causa perdida? Pero nadie se atrevía a decir estas cosas en voz alta, no con gente como Joseph todavía por ahí, los fanáticos, personas que aún creían que la victoria podía ser arrebatada de las fauces de la derrota. Que te oyeran decir tales blasfemias podía llevarte frente a un tribunal improvisado y ser fusilado sesenta segundos después. Pero a Hannah y Bruno les parecía que incluso Joseph sabía que el final estaba cerca. Durante la semana anterior, había cambiado, se había vuelto mucho más callado, no tan vocal en su apoyo a la infalibilidad del Führer.

—Sigo sin querer a ese hombre como testigo —dijo Bruno por enésima vez, pero esta vez a su madre, que estaba a punto de llevar una cesta llena de ropa mojada para colgar afuera.

—¿Ese hombre siendo tu hermano, Bruno? —dijo Edith.

—¿Te imaginas años más adelante, la gente mirará nuestras fotos de boda y habrá este gigante a nuestro lado vistiendo el uniforme nazi completo?

Hannah ahogó una risa.

—No es gracioso, Hannah —dijo él, tratando de no reírse.

—No, cariño, no lo es. Pero tu madre tiene razón, es ante todo tu hermano.

Edith puso su cesta sobre la mesa y tomó una silla frente a Bruno. —Hay algo que deberías saber, Bruno.

—Vaya, esto suena serio.

—¿Quién crees que te mantuvo lejos del servicio el mayor tiempo posible?

—Mi médico del ejército, por supuesto.

—¿Y no crees que podría haber sido influenciado en el camino?

Bruno estaba a punto de hablar pero se detuvo con la boca abierta. —¿Estás diciendo que...

Ella se puso de pie. —No estoy diciendo nada.

—Nada, no "nada" —dijo Bruno en voz baja mientras su madre recogía su cesta de ropa.

Hannah le dio un golpe en el brazo. —No es el momento de corregir la gramática de tu madre.

—Dios mío, podría tener razón. Tal vez fue mi hermano.

—No puedes preguntarle realmente.

—No.

Hannah aún pensaba con frecuencia en los tres meses atrás, el día que cambió su vida para mejor, el día que visitó a Bruno en su cama. Sabía que siempre sería su recuerdo más preciado. Se metió en la cama con él y se acostó con la cabeza sobre su pecho, escuchando el rápido latido de su corazón.

—Intenté detenerlos, ¿sabes, Hannah?

—Lo sé.

—Los vi subir a su coche desde la ventana de tu dormitorio y bajé corriendo para intentar alcanzarlos. Salí justo cuando se estaban marchando. Seguí corriendo, casi los alcancé. Pero me caí, y los vi alejarse con mi hija en el coche, una hija que nunca he visto. Y estos hombres del hogar me alcanzaron y me dieron una paliza. Desperté en el hospital junto a todos esos soldados heridos, y supe que nunca te volvería a ver a ti o a Helga.

—Al menos te equivocaste en una cosa.

—Sí. Y me alegro tanto. Es lo mejor que me ha pasado.

—Sí. A mí también.

Se quedaron en silencio por un rato. El gallo reanudó su canto con mucho gusto. Hannah podía oír a Edith moviéndose ruidosamente en el piso de abajo, y sentía que podría quedarse dormida en el pecho de Bruno con la sonrisa más grande en su rostro. Odiaba pensar en esos ordenanzas lastimándolo.

—Esos hombres en el hogar eran horribles.

—Si alguna vez los vuelvo a ver, les estrecharé la mano y les daré las gracias.

—¿Qué?

—Si no me hubieran puesto en el hospital, ahora estaría de vuelta en Rusia, y probablemente muerto. Y no habría estado aquí, y tú nunca me habrías encontrado.

En los meses siguientes, descubrió que este era un rasgo de Bruno, siempre buscar lo mejor en las personas, sin importar la situación. Incluso Joseph. Odiaba que su hermano siguiera siendo nazi, pero por lo demás... Joseph también había sufrido. Clara lo había dejado, llevándose al bebé. Nadie sabía dónde, ni por qué, mucho menos Joseph. Parecía tomárselo con calma, mucho mejor que su madre, que lloraba por haber perdido a su única nieta.

Una vez Hannah le preguntó a Edith cómo era Clara.

—Una zorra desagradable y manipuladora —fue la considerada evaluación de Edith—. Solo la conocí un par de veces. Nunca quiso venir aquí, demasiado sombrío para ella. Solo quería dejarse ver en esa gran casa de él. E impidió que Joseph me invitara a la suya. Nunca amó a Joseph. Fue simplemente un matrimonio de conveniencia, para ambos. Pero cuando su negocio quebró y luego lo despidieron como alcalde y le quitaron el coche, por segunda vez, fíjate, eso fue todo, se marchó. No le importó tener un bebé, mi nieto, por el amor de Dios, se fue. Es una de esas personas que solo piensan en sí mismas, Hannah. El mundo está lleno de ellas, desgraciadamente.

—Sí —dijo ella—. He conocido a algunas.

Hannah llevaba viviendo con Bruno y su madre alrededor de un mes cuando una mañana de domingo, Bruno y Hannah salieron a dar un paseo por el bosque. Era uno de esos días en los que aún hacía frío a la sombra, por más calor que hiciera bajo el sol. Se sentaron en un claro junto a un arroyo que en ese punto particular se ensanchaba formando una pequeña poza. Se sentaron, con los brazos alrededor de las rodillas. Bruno miró hacia el sol y entrecerró los ojos.

—¿Piensas en ella alguna vez? —preguntó ella.

—No pasa un minuto sin que piense en ella.

Ella lo amó aún más por eso.

Un par de estorninos se posaron en una rama baja al otro lado del arroyo. Advirtieron a la pareja de humanos sentada en la orilla opuesta y juntos volaron.

—Se siente tan mal tener una hija no muy lejos de aquí siendo cuidada por un hombre y una mujer que no son sus padres. Es tan injusto que nunca haya podido sostenerla o verla. —Se volvió para mirarla—. No te lo había dicho antes, Hannah, pero a veces me enfado tanto que siento ganas de coger una pistola y hacer añicos a ese maldito Dr. Heinkel. No me había atrevido a preguntarte antes, pero ¿cómo era ella, mi hija?

—Oh. Ella... chasqueaba mucho los labios cada vez que la alimentaba; le gustaba escuchar mi voz, especialmente cuando le cantaba, y...

—¿Sí?

—Oh, Bruno, era el ser humano más hermoso que hayas conocido jamás.

—¿Más hermosa que su madre? Me cuesta creerlo.

—Vaya, bueno, tan hermosa, entonces.

Él tomó su mano y la besó.

—Hannah, ¿te casarías conmigo?

—Oh, Bruno. Sí. Cien por cien sí.

—¿No deberías pensarlo primero?

—Quizás tengas razón; debería. —Contó hasta diez en su cabeza mientras él lanzaba un par de guijarros al arroyo y observaba las ondas—. Bien, lo he pensado mucho y, sí, aún quiero casarme contigo.

—Oh, vaya, oh...

—No, espera, espera, Bruno —dijo ella, levantando las manos para detenerlo—. Con una condición.

—¿Y cuál es?

—Que tengamos muchos, muchos, muchos hijos.

—Oh, Dios mío, mi amor. No hay nada que me gustaría más. ¡Al menos diez!

—¿Oh? Caramba, Bruno. Yo quizás estaba pensando en cuatro o, como mucho, cinco.

—Tres, cuatro, cinco, los que nos apetezcan.

—Los que podamos permitirnos.

—Trabajaré con Joseph. Reconstruiremos su negocio después de la guerra, y lo convertiremos en un gran éxito y nos haremos asquerosamente ricos y vulgares, y podremos comprarnos regalos tontos.

—¿Qué? ¿Tú y Joseph?

—No, tonta, tú y yo. Y tendremos muchos hijos mimados y... y...

—¿Y?

—Y les enseñaremos que en realidad el dinero no es tan importante, sino que la paz lo es, la capacidad de escuchar y entenderse mutuamente para que nunca cometan los mismos terribles, terribles errores que nosotros hemos cometido.

Los dos estorninos reaparecieron en la misma rama. Ella lo rodeó con el brazo.

—Te amo, Bruno.

—Y yo te amo, Hannah, y te amo, Helga, dondequiera que estés.

Capítulo 63

El primero de marzo de 1945. El día en que Hannah y Bruno se casaron. No podría imaginarse una boda más pequeña. Habían dudado; parecía incorrecto casarse cuando el país estaba en su agonía. La gente aún hablaba de los americanos, sus salvadores enviados por Dios. Todos agradecían a los dioses vivir en la mitad occidental de Alemania y que realmente serían los americanos, o quizás los canadienses o los británicos, quienes vendrían a aceptar su rendición. Compadecían a sus compatriotas que vivían en la mitad oriental del país, esperando a los soviéticos vengadores cualquier día. Hannah sabía que Bruno había luchado en Rusia y sabía, sin tener que preguntar, que había presenciado cosas terribles. Solo esperaba que las hubiera presenciado y no perpetrado. No podía imaginar cómo; él era un alma demasiado decente para hacer tales cosas. Pero entonces, ¿qué sabía ella sobre la guerra, sobre cómo puede cambiar a un hombre, convertirlo de santo a bestia? Ocasionalmente, lo había observado mientras se revolvía en sueños y un par de veces lo había oído murmurar un nombre. Zoya. Siempre el mismo nombre. Zoya. Quería preguntar pero sabía que no podía. Se juró a sí misma nunca preguntarle a su futuro esposo quién era Zoya y qué hizo para darle tales pesadillas terribles.

Y así llegó la mañana de la boda. Hannah no había visto a Joseph en semanas; rara vez venía a la casa de su madre, demasiado preocupado por los saqueadores como para dejar su gran casa a dos kilómetros más allá del pueblo. Al menos, eso es lo que decía. Ya no era el hombre seguro que era cuando lo conoció por primera vez. Bruno pensaba que era porque Clara y el bebé lo habían dejado. A Hannah no le gustaba decir que no estaba de acuerdo. Era porque Joseph había perdido su lugar en el mundo. Durante mucho tiempo, había sido el alcalde nazi que se pavoneaba orgullosamente con su uniforme, respetado y temido en igual medida. Con cada día que pasaba, la gente era más vocal en su odio hacia los nazis y por lo que le habían hecho al país. La caída de Joseph como el nazi más importante del pueblo fue espectacular. Bruno tampoco lo había visto en un tiempo, y Edith ciertamente no.

—Lamento tanto no tener nada mejor que ponerme —dijo Edith, vistiendo un vestido marrón bastante soso y sin forma.

—Está bien —dijo Hannah.

—Te ves hermosa en ese vestido. Te queda perfecto.

—Gracias. —Sí, pensaba que le quedaba bien. Tenía que usarlo porque, como su futura suegra, no tenía nada más, pero lo odiaba. Era el vestido que llevaba la noche en que, si hubiera tenido la oportunidad, el teniente de las SS la habría violado y la habría dejado embarazada con su asquerosa semilla nazi. Se prometió a sí misma que tan pronto como pudiera, lo quemaría. Se sentía como un insulto casarse con Bruno con él puesto. Él la habría visto con él esa noche. Solo esperaba que no lo recordara.

—¿Estás bien, Hannah? —dijo Edith—. ¿Dije algo malo?

—¿Qué? No, no, para nada. Solo estaba... pensando.

—No hay tiempo para pensar, te casas hoy. —Edith tomó la mano de Hannah—. Hannah, querida, quiero que sepas que estoy encantada de que te cases con mi hijo. Es un hombre tan amable, y tú eres una joven encantadora, y sé que se harán muy felices el uno al otro.

—Oh, Edith, no sigas; me harás llorar.

—Quería que lo supieras.

—Gracias. Muchas gracias.

Una semana antes, Edith le había preguntado a Hannah si tenía un anillo para darle a Bruno. No lo tenía. El hecho la había estado preocupando. ¿Dónde encontraría una joyería ahora? —Extiende tu mano —dijo Edith. Hannah hizo lo que le pidió, y su futura suegra colocó una banda de oro en su palma—. Perteneció a mi esposo.

—No, no, Edith. No podría...

—Sí, puedes. —Edith cerró los dedos de Hannah sobre el anillo y apretó su puño—. Sí, lo harás.

—Pero...

—Calla, niña. Nada me daría mayor placer que ver el anillo de mi esposo en el dedo de mi hijo. Es tuyo para dárselo. Hazlo y seré una mujer muy feliz.

Ahora, una semana después, las dos mujeres se tomaban de las manos y se sonreían. Trataban de ignorar el hecho de que afuera estaba tronando con lluvia. Bruno había pasado la noche con un amigo, un soldado herido que había conocido en el hospital. Él iba a ser uno de los dos testigos y el padrino de Bruno, mientras que Joseph actuaría como el segundo testigo. Joseph apareció ahora, haciendo que ambas mujeres saltaran.

—Joseph, ¿qué llevas puesto?

—Hola a ti también, madre. —Besó a ambas—. No tengo opción, me temo.

Hannah había esperado que se vistiera con toda su parafernalia nazi, pero en su lugar, se había presentado con el uniforme más soso y mal ajustado, parecido al del ejército, y uno empapado de lluvia.

—¿Puedo hablar contigo? —le dijo a su madre.

—Me iré —dijo Hannah—. Los dejaré solos.

—No —dijo Joseph—. Quiero que tú también lo escuches. Ya se lo he dicho a Bruno.

—¿Qué pasa, Joe? —Hannah nunca había oído a Edith referirse a su hijo como Joe. De alguna manera, sonaba mal.

Los tres se sentaron. Joseph jugaba con un anillo en su dedo meñique. —Ahora soy oficialmente un recluta del Volkssturm.

—¿El qué? —dijo Edith.

—Ay, madre, ¿dónde has estado? Es el nuevo ejército que hemos formado.

—¿Ejército? ¿Tú, Joseph? Pero si eres demasiado viejo.

—Ese es el punto. Es porque estamos desesperados. Está compuesto por niños pequeños y hombres mayores, como yo. Solo tengo treinta y tres años. Hay muchos mucho mayores que yo.

—Pero tú... no sabes nada de luchar. Nunca has sostenido siquiera un rifle. ¿Has recibido algún entrenamiento?

—Un par de semanas.

—¿Un par de semanas? Dios mío, la situación debe ser terrible. Os masacrarán, a todos vosotros. Corderos al matadero. Qué locura.

—Madre, insisto...

—¡No! Detente ahí mismo, Joseph. Durante años he escuchado tus tonterías nazis. No lo toleraré más, no en mi casa. Y deja de referirte a ellos como si fuéramos parte de ellos y ellos parte de nosotros. Arrestaron y efectivamente mataron a mi marido. Casi matan a uno de mis hijos y ahora el otro se enfrenta a una sentencia de muerte segura. Y tengo que considerarme una de las afortunadas. ¿Quieres luchar por esto... por esto?

—Volkssturm. Por supuesto que sí, es mi deber. Voy directo a Berlín...

—¿Berlín? Dios mío. ¿Así que esperan que un hombre de mediana edad como tú, sin absolutamente ninguna experiencia, defienda nuestra capital contra el Ejército Rojo altamente entrenado e implacable?

—Cuando lo pones así, parece bastante optimista.

—Ay, Joseph. Ay, mi pobre hijo.

—En fin, como decía, tengo que irme justo después de la ceremonia; por eso llevo este uniforme.

—¿Y eso es lo mejor que pueden improvisar para ti? ¿Un ex alcalde?

—Sí.

Edith miró su reloj. —Vamos, entonces. Será mejor que nos vayamos. Esta hermosa joven está a punto de casarse.

Joseph la miró, por primera vez desde que llegó. —Te ves encantadora, Hannah.

La forma en que lo dijo, con tanto patetismo, le dolió. Ella, con su futuro por delante, mientras que él, el pobre Joseph, estaba condenado a morir por el sistema que había defendido firmemente durante tanto tiempo. Había cierta justicia en alguna parte, pero en ese momento, mirando la figura desolada sentada frente a ella, no lograba encontrarla.

Capítulo 64

Hannah y la madre de Bruno esperaban justo dentro de la puerta de la iglesia. Podía ver a Bruno al final del pasillo, esperando con su hermano, su amigo del hospital y el vicario. Un par de aldeanas con pañuelos en la cabeza habían venido. Afuera, la lluvia había cesado y el sol de marzo brillaba débilmente, pero dentro, la iglesia se sentía helada, aún atrapada por el frío invernal. Estandartes colgaban a los lados de los pasillos, alternando entre la cruz y la esvástica. Pero no había música, ni confeti, ni damas de honor. Sin embargo, Hannah apenas lo notó; estaba tan concentrada en el apuesto hombre que la esperaba. No habría banquete de bodas después, ni fiesta, ni luna de miel. No le importaba.

—Tengo el anillo —dijo Edith.

Hannah sonrió. —Gracias.

—El placer es mío.

—No es el mejor momento para casarse. —Nadie sabía que se estaban casando, y era mejor así. Los bombarderos aliados estaban matando a miles cada día en todo el país. Temía que casarse ahora, en medio de la miseria, pudiera considerarse inapropiado, incluso insensible.

—Tal vez no. Es una lástima que tus padres no estén aquí.

En realidad no, pensó Hannah. Ninguno de ellos habría aprobado a Bruno, especialmente su madre. Se estaba casando con un cabo; ellos habrían esperado mucho más. Podía oír el tono ligeramente ofendido de su madre en su cabeza.

Edith le apretó la mano. —Pero lo principal es que se aman y se hacen felices el uno al otro.

—Sí. —Su madre nunca habría dicho eso; no habría sido capaz de pensar en una frase así, una frase que se centrara en el destinatario y no en ella misma.

El vicario les hizo una señal.

—Creo que esa es nuestra señal —dijo Edith.

Un aleteo de emoción cosquilleó en el interior de Hannah. Tomó el brazo de Edith y juntas, lenta y al mismo tiempo, caminaron por el pasillo, Hannah consciente de que no podía dejar de sonreír.

Bruno se giró al oír su aproximación y esbozó una sonrisa igualmente amplia. Bruno llevaba un traje a rayas, marrón oscuro, con solapas estrechas. Hannah sabía que debería saludar al hermano de Bruno y a su amigo, pero no podía apartar los ojos de Bruno y la forma en que su amor por ella irradiaba de él. Nadie la había hecho sentir así nunca; la estaba mareando.

El vicario se aclaró la garganta. Ahora, finalmente, Hannah apartó los ojos de su futuro esposo para mirar al vicario. Un hombre de cara redonda con grandes gafas sin montura, el vicario llevaba un reluciente pin nazi en su casulla. Saludó con un gesto a Joseph y al amigo de Bruno, cuyo nombre aún no conocía. Tenía un brazo en cabestrillo, sorprendentemente blanco y limpio.

—Bienvenidos —dijo el vicario con una voz que parecía implicar lo contrario—. Estamos reunidos aquí hoy...

Pronto llegó el momento de la verdad, el intercambio de anillos. Extendió su mano y Bruno repitió las palabras del vicario. —Con este anillo... —El rostro de Hannah se sonrojó al ver el anillo, el oro tan brillante que casi parecía amarillo, con un pequeño pero reluciente rubí rojo anidado en la parte superior. Miró a Edith y Hannah lo supo: había sido suyo. El vicario se volvió hacia ella. Edith le pasó a Hannah el anillo de su esposo. Bruno extendió su mano ahora y Hannah le deslizó el anillo. ¿Lo reconocía? No estaba segura.

—Ahora los declaro marido y mujer.

Marido y mujer. Bruno la atrajo hacia sí y la besó fuertemente en los labios. Hannah se rio. Marido y mujer. Las palabras reverberaban en la cabeza de Hannah. Lo había logrado; ¡realmente lo había hecho! En estos tiempos tan difíciles, se había enamorado y sabía que había encontrado al hombre con el que quería pasar el resto de su vida. No parecía real; todavía flotaba demasiado alto. Seguía sonriendo mientras firmaban los registros.

—Bueno —dijo el vicario, ahora pareciendo un poco más relajado—, esta fue mi primera boda en mucho tiempo. Lo siento mucho, pero no tengo más copias de Mein Kampf para darles.

—¿Disculpe? —dijo Hannah.

—Se supone que debemos presentar una copia a cada pareja que se casa. Lo siento.

—Está bien, Vicario, gracias de todos modos. Estoy segura de que...

—Nos las arreglaremos —dijo Bruno.

—Sí, nos las arreglaremos.

Juntos, Hannah y Bruno caminaron por el pasillo, con su pequeño grupo detrás. Las dos ancianas

con pañuelos en la cabeza dejaron de hablar cuando pasaron, pero no sonrieron. Salieron al fresco sol y Hannah respiró el aire fresco.

El vicario los felicitó y luego se excusó, dirigiéndose de vuelta a la iglesia, con su casulla ondeando detrás de él.

Joseph, la madre de Bruno y su amigo ofrecieron sus felicitaciones y estrecharon la mano de Bruno y besaron a Hannah.

—Reconozco ese vestido —dijo Bruno.

—Oh, es posible.

—Era... —Se detuvo. Ella le dio una sonrisa torcida. Él le tomó la mano—. Lo siento.

—Está bien.

Él le sonrió cálidamente. —Te ves hermosa.

—Y tú, mi amor.

—He preparado algo de comida —dijo Edith—. No mucho, por supuesto, pero si...

El amigo de Bruno habló por primera vez, solo para disculparse, diciendo que tenía que volver para ver a un médico.

—Buen tipo —dijo Bruno—. Aunque supongo que nunca lo volveré a ver.

Incluso Joseph parecía nervioso. —Mira, lo siento, pero yo también tengo que irme —dijo—. Tengo que presentarme al servicio. Hoy es el día.

—Por supuesto —dijo Bruno—. Gracias, Joe.

Los dos hombres se abrazaron y permanecieron así durante un rato.

Joseph era ahora un hombre cambiado. Hannah no sabía si era porque Clara lo había dejado o porque se había visto obligado a alistarse en el ejército de viejos, quizás ambas cosas, pero ahora parecía disminuido, más viejo que antes.

—Bruno —dijo, con los ojos brillantes.

—No hace falta que lo digas, Joe. Vuelve cuando todo haya terminado y empezaremos de nuevo. Lo conseguiremos, y pronto todos los caballeros de la comarca llevarán tus zapatos. Un día sucederá, ya verás.

—Sí. Tal vez. Escucha, tenías razón, Bruno; siempre tuviste razón. Yo estaba equivocado. Viviré el resto de mi vida sabiendo que estaba equivocado.

—Eso ya no importa ahora.

—Lo siento. Quiero que lo sepas.

Bruno asintió.

Joseph se volvió hacia su madre. Se inclinó y la abrazó mientras ella le susurraba algo al oído. Él bajó la cabeza y, al apartarse, se secó los ojos.

—Rezaré por ti, Joseph. Rezaré todos los días hasta que vuelvas con nosotros.

Joseph se detuvo frente a su hermano y Hannah. —Hacéis una pareja encantadora. Seréis muy felices juntos. Lo sé.

Lo vieron marcharse. El hombre que una vez representó el futuro de la nación ahora estaba doblegado y derrotado. Continuaron observándolo, silenciosos y graves, hasta que dobló la esquina y desapareció de vista.

Edith, quizás sintiendo que la feliz pareja necesitaba unos minutos a solas, se disculpó y volvió a la casa.

—Bueno, no ha sido una boda corriente —dijo Bruno—. Lo siento.

—No digas tonterías; me habría casado contigo de todas formas.

—Qué pena que se le hayan acabado los Mein Kampf.

—Trágico. Me ha arruinado el día.

Él se rio mientras la rodeaba con sus brazos. —¿Sentiste su presencia?

—¿La de Helga? Sí, por supuesto. Mi pequeño fantasma; nuestro pequeño fantasma.

—La encontraremos algún día. Sabes eso, ¿verdad, Hannah? No importa cuánto tiempo tarde, la

encontraremos.

—Sí —dijo ella—. Lo sé. Tienes razón; lo haremos. La encontraremos.

Capítulo 65

Octubre de 1959

Habíamos conseguido nuestro televisor, tal como papá lo prometió, y me encantaba. A menos que estuviera trabajando en el café, llegaba a casa y veía la tele después de la escuela con un plato de pan con chocolate y una manzana. A veces, Tom venía, pero prefería cuando yo iba a su casa. Era agradable alejarme de mi madre por un rato. Ahora éramos muy cercanos, Tom y yo, como hermanos. Nos gustaban los mismos programas de televisión, nos reíamos de los mismos chistes y pasábamos tanto tiempo juntos como fuera posible. Pero no en la escuela, donde tendíamos a evitarnos. Nos saludábamos si nos cruzábamos, pero nada más. A menudo se unía a mí en el café de papá, ayudando con el lavado de platos y tomando pedidos. A papá le gustaba tenerlo cerca, podía notarlo.

Papá estaba feliz: había obtenido permiso del ayuntamiento para poner un par de mesas y sillas fuera del café, y ahora que el tiempo había mejorado, ciertamente atraía a nuevos clientes.

La vida iba en ascenso. Pero, claro, no era realmente así. Tom se iba. Cada día que pasaba lo acercaba más a su partida. Trataba de no pensar en ello, y nunca hablábamos de eso. Excepto un día, cuando me dijo que ya tenían fecha: el nueve de octubre, el día después de las elecciones generales. Se mudaban a un pueblo en Kent llamado Maidstone. Sabía que él también lo temía, ser el chico nuevo en una nueva escuela y todo eso. Le dije que estaría bien. Los chicos siempre gravitaban hacia Tom. Había algo en él que atraía a la gente. Querían ser sus amigos. Pero nuestra amistad era diferente, y me hacía sentir especial, y la idea de perderlo me dejaba desconsolada. Intentaba apartarlo al fondo de mi mente. Era demasiado difícil pensar en ello.

Papá estaba abatido por las elecciones. Quería que ganara el Partido Laborista, pero, decía, no tenían ninguna oportunidad. Tendríamos que aguantar a ese «inútil y pusilánime de Harold Macmillan durante Dios sabe cuánto tiempo». Yo solo tenía quince años, pero después de mi ensayo sobre las sufragistas, me interesaba. Sabía que mi interés me ayudaba a olvidar que Tom se iba. Había carteles electorales por todas partes, gente que venía a nuestra casa intentando persuadir a mamá y papá para que votaran de una manera u otra. Mamá se negaba a hablar con ninguno de ellos. No me gustaba decirle a papá que el padre de Tom votaría por Macmillan.

El tres de octubre, el sábado antes de las elecciones, Tom y yo trabajamos en el café hasta después del almuerzo, cuando papá nos dio un par de chelines a cada uno y nos dijo que fuéramos a disfrutar del sol. Pero nos pidió que volviéramos a las cuatro para ayudarlo a terminar el día. Por supuesto, dijimos que sí. No solo significaría otro chelín para cada uno, sino que podríamos comer las donas sobrantes. ¿Quién podría resistirse? Y, tanto Tom como yo sabíamos que sería nuestro último día juntos trabajando para mi padre.

Después, volvimos a casa de Tom y lo odié: todo estaba en cajas. La casa incluso sonaba diferente. La señora Fletcher corría de un lado a otro, viéndose agobiada. No me quedé mucho tiempo. Me sentía como un estorbo aunque la señora Fletcher seguía siendo tan amable como siempre. No quería recordar la casa de Tom así. Al salir, miré alrededor de la sala de estar, especialmente el televisor, y supe que nunca lo volvería a ver.

Fui a casa e hice mi tarea de matemáticas y luego vi un poco de televisión. El tiempo pasó. Eran las cuatro menos diez y tenía que volver al café. Me tomaba quince minutos caminar hasta allí, así que sabía que llegaría tarde. Aunque fuera mi padre, no me gustaba llegar tarde. Y sabía que Tom llegaría puntual. Así que me apresuré, con el sol otoñal desvaneciéndose ligeramente, proyectando largas sombras. Vi la portada de un periódico desechado en la acera, con el rostro serio de Harold Macmillan mirándome; vi dos gaviotas peleando por un hueso de pollo; vi al caniche de una mujer en cuclillas; vi a una niña de unos ocho años empujando el triciclo de su hermanito. Vi a un hombre con patillas largas sentado en una parada de autobús liando un cigarrillo. Quizás consciente de que lo miraba, levantó la vista y nuestras miradas se cruzaron por no más de un segundo. Seguí mi camino. Vi a dos chicas, mayores que yo, sentadas juntas en un banco, leyendo una revista brillante y riendo. Vi a un anciano acariciando a un gato naranja que estaba posado en lo alto de un muro. Incluso vi a Cerys Atkins a lo lejos y nos saludamos con la mano. Todas estas cosas las recuerdo vívidamente, pequeñas cosas que normalmente no valdrían la pena recordar, pero cada una de ellas está indeleblemente grabada en mi memoria, como pequeños hitos en el camino hacia la catástrofe.

Me acerqué al café, sabiendo que llegaba tarde, apurada, sudando. Vi el gran vehículo blanco fuera del café. Disminuí el paso y entrecerré los ojos, protegiéndome del sol que se desvanecía. Una ambulancia, con ambas puertas traseras abiertas. ¿Por qué estaba allí? ¿Alguien se había enfermado? Tal vez uno de los sándwiches de tocino de papá había hecho que alguien se sintiera mal. El pensamiento me hizo reír entre dientes. Vi a Tom, con el pelo revuelto, los brazos cruzados, una mano apretada contra su boca. Un escalofrío me recorrió. Varios clientes se agolpaban en la entrada del café, y Betty también. Oí a alguien gritando, un hombre. «Abran paso, abran paso». Un hombre con uniforme negro y gorra de visera. Una camilla, la persona en ella completamente cubierta por una manta. Un segundo hombre en el otro extremo de la camilla. ¿Quién está en la camilla? Tom retrocedió, dándoles espacio. Me apresuré, pero era como si estuviera caminando sobre melaza.

—¿Papá? ¿Papi?

Tom me oyó. Pero no se movió, parecía incapaz de hacerlo. Los hombres cerraron de golpe las puertas de la ambulancia. El ruido de las puertas retumbó en mi cabeza. Corrieron hacia el frente. Tom estaba negando con la cabeza. Ahora estoy corriendo, mi visión nublada por las lágrimas. La ambulancia arrancó bruscamente. Pero sin campana. ¿No siempre hacían sonar su campana?

—Tom, Tom, ¿qué está pasando? ¿Es papá?

La ambulancia se alejó lentamente de la acera y entró en la calle.

—¿Tom?

De alguna manera estaba en sus brazos. —Simplemente se desplomó, Liz. Simplemente se desplomó.

La ambulancia se alejó, pero sin aparente prisa.

—No entiendo. ¿Está bien?

Tom se apartó de mí, para poder mirarme mejor. Sus manos sujetaban mis brazos. —Liz, está muerto. Lo siento. Tu padre, está muerto.

Capítulo 66

El tiempo se distorsionó después del funeral de mi padre. Los días se fusionaron en uno solo, una rutina interminable de monotonía y vacío. Caminaba como si llevara anteojeras. Todo más allá de mi visión inmediata era simplemente un borrón: voces, rostros, transeúntes en las calles. No podía pensar en el pasado y no me atrevía a pensar en el futuro. Quería estar triste y afligida. Quería estar enojada, pero no sentía nada, consciente de nada excepto un profundo vacío dentro de mí.

Mi padre murió de un ataque al corazón. Demasiados cigarrillos, dijeron los médicos. Solo tenía cincuenta años. Todos en la escuela sabían que papá había muerto, al menos todos en mi curso. Los profesores me trataban con guantes de seda. Los niños o me ignoraban o no sabían cómo hablarme. Tom vino un par de veces, pero a menudo estaba fuera, pasando días en su futura casa en Kent y su futura escuela. Cerys Atkins me abrazó y dijo que lo sentía. Casi me desmayo de la impresión. El Sr. King, mi tutor, me llevó aparte y dijo que lamentaba lo de mi padre. Si había algo que él o la escuela pudieran hacer... Dijo que si necesitaba unos días más en casa, podía tomarlos. No podía pensar en nada peor. La escuela proporcionaba un respiro lejos de mi madre. Nunca habíamos sido cercanas, pero ahora, después de la muerte de papá, nos distanciamos aún más. Después de que murió, esperé que mi madre se acercara a mí. No podía ni imaginar qué forma tomaría, pero la necesitaba desesperadamente. Pero ella no dijo nada. Nada en absoluto. Era casi como si papá no hubiera muerto, solo se hubiera ido por unos días. Nunca hablábamos a menos que fuera necesario. Apenas había fotos de papá, y las que teníamos eran viejas y granuladas. Y sabía que mamá nunca hablaría de él voluntariamente.

Extrañamente, disfruté el funeral. Harold Macmillan había ganado las elecciones. ¡A papá no le habría gustado eso! Me alegré por papá de que tanta gente asistiera, incluidos muchos de los clientes habituales de su café. También, varios hombres con blazers azul oscuro, boinas y cintas de medallas. Eran, aparentemente, antiguos camaradas de mi padre de sus días en el ejército. Un par de ellos me hablaron: —Tu padre era un gran hombre y un gran soldado. Me pregunté, si les gustaba tanto papá, por qué nunca los había visto antes.

Mamá odió cada momento del funeral, podía notarlo. Parecía un gatito en una perrera. Podía verla alejándose de los ex soldados, escondiéndose detrás de mi tío Bill y mi tía Vera.

Llovió todo el día, una llovizna incesante, las nubes amenazadoramente oscuras. El clima perfecto, pensé, para un funeral. Nos quedamos de pie, con las cabezas inclinadas bajo paraguas negros, nuestros zapatos brillantes hundiéndose en la hierba mojada, mientras el vicario oficiaba el servicio.

Mamá vestía de negro, naturalmente, pero con un velo que nunca había visto antes y que le sentaba bastante bien. De alguna manera, con mi madre eludiendo sus responsabilidades, me convertí en la principal doliente: un papel que disfruté.

El vicario recitó las palabras lúgubres y yo miré fijamente el ataúd de papá. No parecía real: ¿realmente era mi padre quien estaba allí abajo en esa horrible caja? ¿Cómo podía ser? Era mi papá, por el amor de Dios; los papás no mueren, no a los cincuenta. Lo amaba tanto, y ni siquiera podía empezar a imaginar una vida sin él. Había estado ahí, todos los días, parte de mi pequeño mundo, su pieza central. Papá era mi roca. Su muerte me hizo darme cuenta de ello. Podía escuchar su voz alegre, su risa, ver su amplia sonrisa y sus ojos brillantes, la forma en que me llamaba "amor". ¿Por qué estaba pasando esto, por qué? No lo entendía. ¿Quién me haría reír ahora? ¿Quién me haría sentir amada y cálida por dentro? En lugar de calidez, mis entrañas dolían como si una piedra descansara en la boca de mi estómago. Tom me había dicho que papá casi se cayó contra el mostrador en su café, agarrándose el corazón. Dejó escapar un pequeño grito antes de desplomarse en el suelo. Me atormentaba el pensamiento de ese grito. ¿Qué pasó por su mente en esos últimos momentos? ¿Lo sabía? ¿Tenía miedo? Me di cuenta de que mis manos temblaban, que no podía respirar. ¿Por qué, papá? ¿Por qué tuviste que dejarme? Nunca te olvidaré, ¿cómo podría? Te extrañaré tanto, tantísimo.

Tom y su madre vinieron y ambos me abrazaron. No pude hablar. La Sra. Fletcher incluso me tomó de la mano por un rato. La tía Vera me abrazó; mucha gente me abrazó. Era amada y cuidada. Pero no mi madre. Ella nunca me abrazó ni me tocó de ninguna manera.

Al final del funeral, cuando la gente empezaba a marcharse, Tom se acercó a mí. Sabía lo que iba a decir, lo había estado evitando todo el día, pero ahora había llegado el momento. Nos paramos uno frente al otro en el césped, a unos metros de la tumba abierta de papá.

—Te vas ahora.

—Sí.

—Se siente extraño... pierdo a mi papá y ahora...

—Lo sé.

—Será raro sin ti.

—Escribiré.

—¿Lo harás?

—Si quieres que lo haga.

—Supongo.

—Será raro no verte.

—Sí, lo sé. Espero que el trabajo de tu padre vaya bien.

—Gracias.

—Y tú, estarás bien. Siempre lo estás.

—Quizás.

Nos quedamos en silencio mientras a nuestro alrededor, la gente se despedía, deseándose lo mejor, diciendo qué gran hombre era mi padre. El tiempo se alargó, una suave brisa hacía susurrar las hojas de los árboles cercanos. Podía ver a la madre de Tom esperándolo a lo lejos.

—Será mejor que te vayas.

—Es difícil.

—Vete ahora, por favor.

—Te echaré de menos. Echaré de menos a tu padre.

—Yo también te echaré de menos.

—Adiós, Liz.

—Sí —tragué saliva con dificultad—. Adiós, Tom. Adiós.

Lo vi reunirse con su madre. Ella le rodeó los hombros con el brazo y lo guio suavemente. Miré hacia el cielo, a las nubes que se movían rápidamente, a un pájaro solitario que viraba. Observé una estela de vapor lejana que se evaporaba lentamente. Sin embargo, no había señal del avión. Debía haber desaparecido detrás de las nubes. Volví a bajar la mirada y Tom y su madre se habían ido. Todo lo que quedaba eran las huellas de sus zapatos en la hierba húmeda.

Capítulo 67

Aproximadamente un mes después del funeral, regresé a casa de la escuela y encontré dos maletas abultadas en nuestro pasillo. Quizás mamá se mudaba. Entonces yo podría irme a vivir con los Fletcher y mudarme a Kent con ellos. Qué pensamiento tan maravilloso. Pero por más curiosa que estuviera ante la vista de las maletas, me distraje por el sonido de voces, voces de hombres, que venían de la sala de estar. Fui a ver y encontré a dos hombres con trajes oscuros sentados a la mesa de la sala con mi madre sentada frente a ellos. Ambos hombres me saludaron, pero pude notar por la expresión de mamá que mi presencia no era bienvenida. Así que fui a la cocina a buscar mi pan, chocolate y manzana. Esperaba que los hombres se fueran pronto porque quería ver Blue Peter en la televisión. Ahora podía escuchar lo que decían, y parecía que, en efecto, estaban terminando. —Creo que hemos terminado aquí. Gracias por su tiempo, señora Marsh. Volveremos a la oficina y comenzaremos a preparar el papeleo. Le llamaremos una vez que todo esté listo. —Pude escuchar el arrastre de las sillas, el chasquido de los maletines al cerrarse—. No es necesario que nos acompañe a la puerta. —Tras oír el portazo de la puerta principal, volví a la sala de estar.

—¿Quiénes eran? —pregunté, oliendo el leve rastro de su loción para después de afeitar.

—Quieren comprarme la cafetería.

—Quieren... ¿Qué? ¡No puedes hacer eso! Papá pasó años...

—¿Y cómo propones que viva? ¿Con la pensión de guerra de tu padre? No, necesitamos el dinero. Está decidido. Ahora, tengo que hacer la cena. —Se detuvo en la puerta de la cocina—. Ah, ya que estamos, mejor te lo digo, es posible que tengamos que recibir a un inquilino también.

—¿Un inquilino? ¿Aquí?

Se encogió de hombros. —Necesitamos el dinero. Y necesito hacer espacio, por eso estoy llevando la ropa de tu padre a la tienda de caridad.

—¿La ropa de papá?

—Ya la he empacado.

—No, no... —No sabía qué decir. Podía oír a mamá haciendo ruido en la cocina. Me escabullí al pasillo. Abrí ambas maletas.

Mi corazón latía tan fuerte que dolía, realmente dolía. Los jerséis familiares, una bufanda y las

camisas que usaba, todo cuidadosamente doblado. Me arrodillé y los saqué uno por uno. Papá no era de comprar ropa nueva, así que los conocía todos de antes. Las pilas de camisas a cuadros —a papá le gustaban sus camisas a cuadros—, el único cárdigan que la tía Vera le compró para Navidad hace dos años, sus muchos jerséis. Y con cada uno, una imagen saltaba ante mí: papá llevándome a la escuela cuando era mucho más pequeña, papá viéndome en ballet, papá en la cafetería dándome la bienvenida cada vez que iba a verlo allí, papá en la pantomima, papá sonriendo cuando le mostraba mi certificado. Mamá los había lavado todos, pero cuando presioné el jersey verde favorito de papá contra mi nariz, aún podía olerlo. Tenía dos franjas rojas en el pecho. Su olor era tan fuerte. Volvió a mí en un instante. Se sentía tan real. Lo estaba tocando. Estaba aquí, ahora. El olor trajo de vuelta su voz, esa voz profunda y tranquilizadora que tenía, la forma en que siempre me llamaba "cariño". No podía entender cómo ella podía hacer esto. ¿Significaba tan poco para ella? Mi padre, mi maravilloso papá. Ella no se llevaría este jersey, no el verde con las franjas rojas. Enterré mi cabeza en el jersey verde y dejé que las lágrimas fluyeran.

Capítulo 68

Marzo de 2002

Mi madre ha muerto. La señora Hale, la directora de la residencia, me llamó el día después de que regresara de Alemania. La noticia me dejó aturdida. No especialmente triste, aunque eso llegó después. Solo aturdida, como si mi alma se hubiera vuelto pesada.

El funeral es un asunto patético. Solo asistimos dos personas, yo y la señora Hale, además del empleado del crematorio que dirige el lúgubre servicio. Dos personas. Y francamente, si pudiera elegir, una de nosotras preferiría no estar aquí. Me pregunto cómo funciona esto: vives ochenta y siete años en este planeta, y solo dos personas aparecen en tu funeral. Sentía verdadera lástima por ella. Pero, ¿sentía mucha pena? De alguna manera sí, si me esforzaba lo suficiente. Durante la mayor parte de mi vida había sentido tanto resentimiento por tener una madre tan fría y poco cariñosa. Pero ahora me doy cuenta, de pie aquí frente a su ataúd, que el resentimiento era la emoción equivocada. Merecía mi compasión, no mi resentimiento. ¿De dónde había surgido esta amargura? En última instancia, me digo a mí misma, no fue su culpa. Quizás era producto de su época, una joven mujer en una nación devastada por nuestras bombas. Tal vez era producto de su crianza, pero eso es algo que nunca supe, otra de esas muchas cosas de las que simplemente se negaba a hablar. Quizás fue porque había sobrevivido a la mayoría de sus amigos. Pero, por supuesto, eso es solo una idea fantasiosa porque, en realidad, mi madre nunca tuvo amigos, nunca los tuvo. Rechazaba a cualquiera que se acercara a menos de dos metros de ella, a cualquiera que mostrara el más mínimo interés en ella.

La mujer del crematorio da un breve discurso basado en los pocos datos que le di sobre mi madre y la vida que había llevado. El resto está compuesto por tópicos genéricos que podrían aplicarse a cualquiera que haya vivido y muerto. Habla de amor, pero el amor es lo único que permaneció ajeno a mi madre durante toda su vida, al menos en mi parte de ella. El amor era una emoción innecesaria.

No puedo evitar contrastar el día de hoy con el funeral de mi padre hace tanto tiempo. Recuerdo el orgullo que sentí al ver que tanta gente se presentó, que era tan estimado que se tomaron la molestia de venir. Y a menudo, en el pasado, me pregunto cómo un hombre tan amoroso y cariñoso como mi padre terminó con mi madre. ¿Qué vio en ella que nadie más vio? ¿Qué parte de ella hizo que este hombre pensara: "Quiero pasar el resto de mi vida con esta mujer"? Nunca lo entenderé.

Ha llegado el momento. "Abide With Me" resuena desde los altavoces mientras el ataúd de mi madre se desliza por los rodillos y desaparece lentamente detrás de la cortina hacia el infierno ardiente que yace más allá. Qué vida tan triste, pobre mujer.

Barry habría estado aquí si se lo hubiera dicho, pero no lo hice. Nunca le cayó bien mi madre. Lo intentó lo mejor que pudo pero, para ser justos, ella nunca le mostró ningún afecto. —Es una

persona difícil de querer, tu madre —fue su condenadora evaluación hace años, poco después de que nos casáramos. Y no se equivocaba, pienso, mientras el ataúd desaparece en el abismo. Era exactamente eso. Y tuve que vivir con eso durante toda mi infancia.

Estrecho la mano de la mujer del crematorio y le doy las gracias. Agradezco a la señora Hale por venir, sabiendo que está deseando irse, y una parte de mí quiere gritar.

Sabía que mi madre tenía una historia que contarme, sobre su vida durante la guerra, sobre mis primeros años, esa parte de mí que aún, hasta el día de hoy, se siente incompleta. Pero nunca me lo contó. Se guardó sus secretos para sí misma durante toda su maldita vida, y ahora se los había llevado a la tumba, y nunca lo sabré. Quiero llorar.

*

La primavera está en camino. Los días se están volviendo gradualmente más cálidos y largos. Hoy, un domingo, voy a dar un paseo por el bosque local y me quedo contemplando las mantas de campanillas blancas por todas partes. Las campanillas blancas siempre me hacen pensar en el parque de Waverley. Cómo, cuando pensábamos que nadie nos miraba, recogíamos un ramo y se lo dábamos a nuestras madres. Y nuestras madres las ponían en un vasito con agua y lo colocaban en el aparador o en el centro de la mesa del comedor. Hoy creo que era la única persona sin un perro o completamente sola. Envidio a las parejas jóvenes, sus hijos chapoteando en los charcos, ensuciando sus botas de agua. Envidio a las parejas mayores y su fácil compañerismo. Envidio cómo todas estas personas volverán a casa después de sus paseos y con las mejillas sonrosadas y los pulmones limpios compartirán una taza de té y un pastel. Envidio todas las cosas que las parejas hacen y dan por sentado, el placer de las rutinas mundanas. Envidio el simple ir y venir de la conversación entre personas que se aman. A menudo no hablo con otro ser humano desde que salgo del trabajo el viernes por la noche hasta que regreso el lunes por la mañana. A menudo, voy a la tienda local a comprar un periódico que sé que no leeré simplemente para tener otra persona con quien hablar, para comentar sobre el clima, aunque sea brevemente.

Han pasado dos meses desde mi desafortunado viaje a Alemania y pienso en ello todos los días. En mis momentos más ligeros, puedo reírme de ello; ¿cómo pude lograr alienar a las tres personas que más significan para mí en el espacio de solo cuarenta y ocho horas? Realmente fue bastante increíble. Efectivamente, regresé a casa y encontré la llave de Barry en mi felpudo. Me apresuré a la cocina esperando, con la esperanza de encontrar una nota para mí, quizás un papel doblado apoyado contra la tetera. No había nada. Sé que ha vuelto con Shelley, que cualquier desacuerdo que tuvieran ha sido arreglado. Espero que esté bien, que estén bien, y me sorprende lo sinceramente que lo digo. Después de todo, fue mi marido durante veintidós años, y todavía me preocupo por él, me preocupo cuando pienso que está infeliz.

Y Tessa, aún miserable en la universidad pero aguantando porque yo había insistido. La llamo, pero su móvil siempre va directamente al buzón de voz. Hace tiempo que dejé de dejar mensajes

porque sé que no responderá. Es su manera de castigarme, y está funcionando. Anhelo oír su voz. La idea de que esté tan lejos de casa e infeliz me hace sentir miserable. Todavía no puedo entender cómo sucedió: dos conversaciones telefónicas mientras estaba en Alemania, y las arruiné espectacularmente. Si hubiera estado en casa, quizás las habría manejado de manera diferente. Fue porque estaba en Alemania, lejos de casa y temporalmente divorciada de las minucias de la vida cotidiana y sintiéndome bajo la tensión de mi misión, que las traté a ambas tan bruscamente y las herí tanto.

Y luego está Tom. Mirando hacia atrás, él tenía razón. Las señales estaban ahí; simplemente no las vi. El compañero del que nunca mencionó el nombre, la forma en que nunca mostró interés en mí a pesar de encontrarnos solos durante dos días enteros. No fue solo el hecho de que me hubiera dicho que era gay lo que me hace gemir, fue mi reacción. Mi única excusa era que había bebido la mayor parte de dos botellas de vino tinto, y después de nuestra reunión con el Herr Spitzweg y la forma en que me habló, todavía me sentía conmocionada y herida. Pero nada justifica la forma en que miré a Tom, que ahora estaba de pie y pasaba los dedos por su cabello. Entonces, para mi absoluta vergüenza, me reí. —Vete a la mierda, no eres gay; no seas tonto.

Me miró como si le hubiera disparado. Sacudió la cabeza con incredulidad. —No, vete tú a la mierda, Liz. ¿Por qué no habría de serlo?

—Porque... porque... —empecé a llorar—. Porque no quiero que lo seas, Tom. Porque pensé...

—Lo siento, Liz, pensaste mal.

Y con eso, me dejó.

Al día siguiente, desayunamos a diferentes horas y luego volvimos a casa juntos. Apenas cruzamos palabra. Tomamos un tren desde Heathrow de vuelta a East Anglia y nos sentamos uno al lado del otro en total silencio. Desde la estación de tren compartimos un taxi. El conductor dejó primero a Tom. Él insistió en pagar y yo me resentí tanto, pero no pude entender por qué. Mientras el conductor sacaba la maleta de Tom del maletero, me bajé del coche. —Tom, gracias por... ya sabes, todo.

Se detuvo y me miró, y mi memoria me llevó de vuelta a aquel último día que lo vi hace cuarenta y dos años, el día del funeral de mi padre. Me sentía miserable entonces. Me sentía miserable ahora. Habíamos cerrado el círculo. Deseé que viniera hacia mí, que me abrazara, que se despidiera, que dijera que no importaba, que me dejara con un beso en la mejilla. En cambio, asintió, se dio la vuelta y se alejó. —Lo siento mucho por lo de anoche —dije. Pero ya estaba demasiado lejos; no me oyó. Podría haberlo dicho de nuevo, más fuerte, pero no lo hice.

No he sabido de él desde entonces.

Por segunda vez en mi vida, Tom me ha dejado. Lo necesitaba tanto entonces. Lo necesito tanto ahora. Había perdido a Barry y Tom había perdido a su pareja. Podríamos habernos consolado

mutuamente. Podríamos haber sido amigos de por vida, si no lo hubiera herido tanto con mis palabras descuidadas y sin tacto.

Había ido a Alemania a buscar mi pasado. No lo encontré. Fracasé. En cambio, perdí mi presente y mi futuro. Nunca me había sentido tan a la deriva.

Y, sabes, cuando estoy en mi punto más bajo, cuando más me odio a mí misma, cuando ni siquiera Tabby puede consolarme, no es a Tom a quien extraño, ni a Barry, y ni siquiera a mi preciosa hija. Es a mi padre. El alma más gentil, amable y leal que jamás haya existido, que no debería haber muerto tan joven. Y lo extraño tanto todavía que me duele en el pecho. Tengo cincuenta y siete años ahora. Ya tengo siete años más que mi padre cuando murió. Incluso en ese momento, sabía que había muerto joven, pero uno no aprecia realmente lo joven que son los cincuenta cuando solo tiene quince. Incluso después de todo este tiempo, todavía lo extraño. Era un hombre tan amable, un alma gentil. Lloro por todos los años que debería haber tenido, los años que se perdió. Habría tenido poco más de setenta cuando nació Tessa. Habría sido un abuelo fabuloso, así como fue un padre tan encantador. La vida puede ser tan injusta. Pasaré una noche tratando de recuperarlo, cada recuerdo que poseo de él, su voz, su olor, la forma en que se reía. Y si lo intento realmente, si me concentro de verdad, juro que puedo sentir su presencia a mi lado, y me trae tanta felicidad que me ahogo en la alegría. Y luego se va, y me quedo, sola otra vez, destruida.

Capítulo 69

Abril de 2002

Hoy, otro domingo, regreso al centro comercial. Necesito otra ronda de ropa nueva, había perdido tanto peso últimamente. Veo primero a los chicos, Dylan y Jake, saliendo de una tienda de deportes, cada uno llevando una pequeña bolsa de plástico con el nombre de la tienda.

—Ah, hola, tía Liz.

—Hola, chicos. ¿Han estado de compras?

La canción "Freedom" de Wham suena por todo el centro.

Me cuentan lo que han comprado. Su madre les había dado cinco libras a cada uno y les dijo que podían gastarlas como quisieran. Ahora iban a regresar para encontrarse con ella. Shelley, dijeron, estaba en The Body Shop, la tienda con "todos esos olores raros". Me di cuenta de lo encariñada que estaba con estos dos chicos; realmente eran como sobrinos para mí, nacidos de la dinámica más extraña, pero aun así.

—Bueno, saluden a su madre de mi parte.

Entonces escucho su voz llamándolos por sus nombres. Ella se acerca, sonriendo, feliz de verlos de nuevo, a pesar de haber estado separados no más de diez minutos. Y entonces me nota.

—Oh, Liz. No te había visto. ¿Estás bien?

—Sí, sí, absolutamente —Levanto mis bolsas de compras—. Terapia de compras otra vez.

Ella se ríe cortésmente. Escucho que alguien llama su nombre, una voz masculina.

—¡Espera, Shell!

Ella se gira hacia él y sé de inmediato que este hombre con largas patillas no es un conocido casual; este hombre que la llamó "Shell" significa algo para ella.

—Pensé que te había perdido. Hola, chicos. ¿Consiguieron lo que querían?

Él no me nota. Shelley me lleva a un lado.

—Ya lo sabes, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—Barry me dejó.

Por la forma en que lo dice, la angustia en su voz, casi digo lo mucho que lo siento. Pero no lo hago; obviamente ella había seguido adelante rápidamente. Entonces, ¿por qué hay lágrimas en sus ojos?

—Hace como un mes.

—No lo sabía.

—Pensé que había encontrado a mi hombre, Liz. Todavía no sé qué hice mal.

Escucho al hombre y a los chicos hablando.

—¿Estás seguro de que son de la talla correcta, Jake?

—Eso creo, tío Sid.

¿Tío?

Shelley ve que estoy escuchando.

—Sid, mi hermano.

—Ah, ya veo.

Ahora suena "Karma Chameleon" de Culture Club.

—¿Lo has visto, Liz?

—¿A Barry? No, no desde hace un par de meses. Ni siquiera ha llamado. ¿Qué pasó, Shelley? En realidad, no tienes que...

—No lo sé. Tuvimos una pelea pero luego estábamos bien de nuevo, pero... —Está llorando ahora—. Simplemente se fue, Liz. Simplemente se fue y me dejó. ¿Por qué haría eso, Liz? ¿Por qué?

La gente camina a nuestro alrededor, pasando entre nosotras, Boy George está cantando, y esta mujer que me había robado a mi marido está de pie frente a mí con lágrimas corriendo por sus mejillas. Veo el brillo plateado alrededor de su cuello, la cadena del collar. E intento no hacerlo, intento con todas mis fuerzas, pero en un instante, yo también estoy llorando. Y casi a cámara lenta, dejamos caer nuestras bolsas de compras y, dando un paso hacia la otra, nos abrazamos. Me aferro a ella y me doy cuenta de que lo digo en serio. Quiero ofrecerle consuelo y quiero su consuelo a cambio. Tenemos mucho en común, principalmente un hombre inútil llamado Barry, un inútil pero un hombre al que ambas amamos de nuestras propias maneras estúpidas.

Cuando, finalmente, nos separamos, veo a su hermano mirándonos. Asiente hacia mí como si me estuviera agradeciendo.

Shelley encuentra un pañuelo y se limpia los ojos.

—Lo siento, Liz.

—Está bien —Y lo digo en serio. En ese momento, realmente lo digo en serio.

—Sé por qué me dejó, sin embargo. Te extrañaba demasiado.

—No, eso no es cierto, Shelley. Sé que te amaba —¿Realmente estaba diciendo esto?

Ella agarra mi brazo con una fuerza sorprendente.

—Lo amo, Dios sabe que sí. Pero al final, no pude competir contigo y tu hija.

No sé qué decir. Sid viene y suavemente la toma de la mano y se la lleva.

—Bueno, chicos y chicas —dice en voz alta—. ¿Quién quiere una hamburguesa?

Su propuesta es recibida con gran entusiasmo. Los veo alejarse, los cuatro. Sid pone su brazo alrededor de Jake, el menor de los dos. Shelley me mira por encima del hombro, y la forma en que me mira, con tanta tristeza en sus ojos, haría cualquier cosa por ella en este momento. Dylan, ahora más alto que su madre, toma una de sus bolsas y luego hace algo que casi me hace llorar de nuevo. Toma la mano de su madre, no como lo haría un niño pequeño, sino como un hombre, un hombre ofreciendo su apoyo a su madre.

*

Un par de días después, un martes, regreso a casa cansada del trabajo y me preparo otra comida de microondas. Mientras se calienta, intento llamar a Tessa de nuevo. Una vez más, salta al

buzón de voz. Es automatizado, así que ni siquiera tengo el placer de escuchar la voz de mi hija. Esta vez dejo un mensaje. —Hola, Tessa. ¿Estás bien, cariño? Por favor, devuélveme la llamada. Estoy preocupada por ti. ¿Has tenido noticias de tu padre por casualidad? Hace mucho que no sé nada de ninguno de los dos —. Hago una pausa, sin saber cómo terminar—. Por favor, llámame, cariño. Te quiero —. Tomo aire—. Te quiero muchísimo.

El microondas suena. Pastel de pescado. Empiezo a preocuparme por mi dependencia de estas cenas fáciles pero poco nutritivas. No dejo de prometerme que me cuidaré mejor, que empezaré a comer mejor y que haré más ejercicio. El paseo ocasional del domingo por el bosque no es suficiente. Me estoy descuidando y mi piel ha adquirido una palidez poco saludable.

Después de comer mientras veo las noticias de la noche, cambio de canal y me quedo con una película protagonizada por George Clooney. Tabby, que también acaba de terminar de comer, viene y se sienta en mi regazo. Suena mi móvil. Tabby se cae de mi regazo, tal es mi ansia por alcanzar el teléfono. Tan segura estoy de que es Tessa, que ni siquiera me detengo a mirar el nombre en la pantalla. —¿Tess? ¿Hola? ¿Hola?

—Hola —dice una voz de hombre—. No soy Tess. Dígame, por favor, ¿es este el número correcto de la señora Swingle?

Reconozco vagamente la voz con acento. Un pequeño temblor me recorre. —Sí. ¿Quién es?

—Ah, señora Swingle. Espero no estar molestándola. ¿Está bien...

—Sí, sí, está bien. ¿Quién es?

—Nos conocimos recientemente cuando vino a verme a Alemania. Mi nombre es Spitzweg, Joseph Spitzweg.

Capítulo 70

Mi conversación telefónica con Joseph Spitzweg ciertamente me energizó, pero con una energía sin salida. Tenía la energía física pero me faltaba la capacidad de concentración. Cometo errores en el trabajo, pero acepto una invitación a tomar algo después del trabajo una noche. Trabajar en una oficina tan grande invariablemente significa que es el cumpleaños de alguien, y siempre me invitan pero siempre declino. Esta vez, para sorpresa de todos, especialmente la mía, no solo acepto, sino que soy el alma de la fiesta. Me expando. Cuento historias. Hago reír a mis colegas. Una joven, Helen, me acompaña al baño de mujeres.

—Caramba, Liz —dice mientras fruncimos los labios frente al espejo—, eres una caja de sorpresas.

No he bebido tanto desde mi última noche con Tom, pero esta noche, con las palabras de Joseph Spitzweg resonando en mis oídos, me bebo copa tras copa de vino tinto barato como si mi vida dependiera de ello.

Tomo un taxi a casa y me derrumbo en el sofá, borracha pero feliz. Me disculpo con Tabby por haber llegado tan tarde y le doy un poco de comida extra como compensación, que ella prontamente ignora, decidiendo salir de nuevo en su lugar.

¿Habría hecho el ridículo esta noche frente a todos mis compañeros de trabajo? Probablemente. ¿Me importaba? No. Habiendo intentado seducir a un hombre gay, he establecido un listón bastante alto en términos de hacer el tonto; realmente tendría que esforzarme para alcanzar tales alturas vertiginosas de estupidez de nuevo. Todavía no he hablado con Tom desde nuestro regreso de Alemania. Debería haberle enviado un correo electrónico y dicho algo, pero no pude hacerlo. Pero ahora, tras la llamada telefónica del señor Spitzweg, seguramente tengo la excusa para contactarlo de nuevo. Todavía son solo las once y media, no es tan tarde; él aún estaría despierto. Habiéndome acompañado a Alemania y estando involucrado en mi búsqueda, tenía derecho a saber. Pero ¿debería? Estoy un poco borracha, lo sé, y mira lo que pasó la última vez que hablé con Tom cuando estaba ebria. Recupero mi móvil del bolso y, al encenderlo, veo que tengo tres llamadas perdidas de Barry. ¡Tres! Pero ningún mensaje. Tampoco he hablado con Barry desde mi tiempo en Alemania, y la conversación que tuve con Shelley en el centro comercial aún me ronda la mente. Lo llamaré mañana, decido.

Pero el tirón de tres llamadas perdidas es demasiado fuerte, así que lo llamo de vuelta. Contesta de inmediato.

—Barry, ¿estás bien?

—Sí, bien.

—¿En serio? ¿Entonces por qué tantas llamadas?

—Oh, solo quería ver cómo estabas. Sigues siendo mi esposa... por ahora.

—Vi a Shelley la semana pasada. Me lo contó.

—Ah, vale.

No parece querer hablar de ello. En su lugar, pregunto:

—Entonces, ¿dónde te estás quedando ahora?

—Bueno, estuve en un estudio por un tiempo, pero no pude permitírmelo por mucho tiempo, así que ahora estoy durmiendo en un albergue. Ya sabes, hasta que las cosas mejoren.

—¿Un albergue? Cielos, Barry.

—Sí, lo sé. Cómo han caído los poderosos.

—Para ser justos, no estabas tan alto en primer lugar. Oh, Barry, ¿cómo llegamos a esto?

Hay una pausa, y creo que ha tomado mi pregunta retórica como una pregunta real.

—Porque fui un imbécil —dice después de un rato.

No puedo evitar reírme. Era un comentario tan absurdo, pero parece resumirlo perfectamente. No sabemos qué más decir, pero ninguno de los dos parece dispuesto a despedirse. Así que, totalmente sin planear, digo:

—Mira, ¿quieres que nos veamos para tomar un café? Encuéntrame en el café de Berty mañana a las once. ¿Puedes hacer eso?

Oigo el suspiro de alivio en su voz.

—Claro, puedo hacer eso. Lo espero con ansias.

Apago el teléfono, y pienso, sí, yo también lo espero con ansias.

*

El café de Bertie es un estallido de colores primarios: mesas rojas, paredes azules, varias plantas en macetas de un verde brillante que se alzan tan altas como un adulto. Barry ya está allí sentado en una mesa vacía cuando llego cinco minutos tarde. Se ha dejado crecer la barba, y le queda bastante bien. No tanto las líneas profundas alrededor de sus ojos o la tenue línea gris en el cuello de su camisa. Pedimos un café y un pastel cada uno y comentamos sobre el café y el tráfico. Después de un rato, él dice:

—Liz, hay algo que tengo que decirte. Iba a decírtelo anoche por teléfono, pero es demasiado grande.

—Mierda, ¿qué ha pasado?

—Es Tessa... está embarazada.

—Oh mierda, no. Dios mío. ¿Te llamó para contarte esto?

—Hablamos cada dos días.

No esperaba eso. Duele un poco.

—Había estado enferma y faltando a muchas clases, así que estaba muy atrasada y estresada por ello. Luego descubrió que está embarazada.

—Oh Dios. No sabía nada de esto. —¿Y qué clase de madre me hacía eso?— ¿De cuánto está?

—Cuatro meses.

Hago un cálculo rápido.

—Así que estamos hablando de... noviembre.

—Dijo que habíais tenido una pequeña pelea.

—Sí. —Me desinflo. ¿Era esto la historia repitiéndose, un eco de mi pasado? ¿Una hija incapaz de hablar con su madre, dependiente de su padre? ¿Es así como hice sentir a mi madre?— Dios mío. Tengo que ir a verla.

—Le gustaría eso. Te necesita ahora, Liz.

—Lo sé. —Arrugo una servilleta—. Lo sé. He estado tan absorta en... no, no hay excusa. Oficialmente soy una madre de mierda.

—Y he sido un marido de mierda, así que...

—¿Qué salió mal con Shelley?

Él infla sus mejillas y exhala. —Supongo que no fui el hombre que ella esperaba. Buscaba un sustituto del marido que murió hace un par de años.

—Oh, no lo sabía. Pobres chicos. Pobre Shelley.

—Sí. El asunto es que ella nunca dejó de hablar de él y...

—¿Y?

Él agrega otra cucharada de azúcar a su café. —Y supongo que yo nunca dejé de hablar de ti.

—Oh, Barry. No hay tonto más grande que un viejo tonto. —Termino mi pastel—. ¿Y cómo es ese albergue?

—No muy diferente del Ritz, para ser honesto.

—Hmm. Eso es bueno. —Me limpio los dedos con la servilleta arrugada—.

—Vuelvo a Alemania la próxima semana, el martes.

Ahora es el turno de Barry de desanimarse. Lanza una miga de pastel por la mesa. La veo posarse. —¿Vas con ese tipo Tim otra vez?

—Tom, no Tim. No. Esta vez no. De hecho, esperaba que vinieras conmigo.

—¿Yo?

—A menos que tengas otros planes. Yo pagaré tu viaje, si ese es el problema.

—¿En serio?

—Sí, lo que estoy haciendo allá es importante para mí, realmente importante. Y me gustaría que estuvieras allí para apoyarme. ¿Lo harías?

—Me encantaría, Liz. Gracias. —Se frota algo en el ojo, tal vez un poco de polvo—. Pero ¿de qué se trata? ¿Por qué es tan importante?

Así que le cuento por qué fui a Alemania en primer lugar, y le relato la conversación que tuve con el señor Spitzweg.

Capítulo 71

Había reproducido constantemente mi conversación con el señor Spitzweg.

—Señora Swingle, he pensado mucho en usted desde su visita. Soy consciente de que pude haber sido duro con ustedes dos, y quiero disculparme por ello. La única excusa que puedo ofrecer es que estaba teniendo uno de mis malos días. Verá, señora Swingle, tengo cáncer de riñón. Me matará. Tendré suerte si veo el Año Nuevo. Hay nuevos tratamientos especiales que pueden ofrecerme, pero los he rechazado. Tengo ochenta y nueve años ahora. No necesito vivir más. He tenido mi tiempo. Algunos días son mejores que otros. Lo que he aprendido es que la muerte enfoca la mente. Curiosamente, había aprendido esa lección antes, durante la guerra, pero eso fue hace muchos años y lo había olvidado. Tengo lo que creo que ustedes llaman en inglés un esqueleto en el armario. Necesito abordar eso ahora, mientras todavía estoy lo suficientemente en forma para hacerlo. Puede que no me quede mucho tiempo. El tiempo es el único lujo del que ahora carezco. Esto es en lo que había estado pensando cuando usted y su amiga vinieron a verme ese día. Después de que se fueran, me di cuenta de que usted es parte de mi historia. Lo supe por el certificado que me mostró. Tengo algo muy importante que decirle, señora Swingle, algo que necesito decirle a usted y a mi cuñada. Les afecta a todas. No es algo que pueda decir por teléfono. Me gustaría invitarla a usted y a su acompañante a regresar a mi casa, donde conocerán a miembros de mi familia. Pagaré sus vuelos, su alojamiento, todo. Ahora la pasaré con mi ama de llaves, y ella podrá discutir los aspectos prácticos con usted. Gracias, señora Swingle.

*

Le dije a Tessa que no me recogiera en la estación de tren, que iría directamente a su residencia universitaria. No quería que se cansara innecesariamente. Tomo un taxi desde la estación hasta la universidad. El taxista intenta entablar conversación con su alegre cháchara. Me pregunta qué me trae a Leeds. No puedo decirle que voy a ver a mi hija, ahora embarazada, por primera vez en meses y que estaba temblando de nervios. Le doy una propina innecesariamente grande. Una estudiante me sostiene la puerta mientras me acerco a la residencia. Le doy las gracias.

Cuando vi la residencia de Tessa en septiembre, parecía limpia y fresca. Ahora, asomando la cabeza a la cocina compartida en la planta baja, se ve descuidada y sucia y muy desordenada. Tres jóvenes están sentadas alrededor de una mesa compartiendo un cigarrillo a pesar del cartel de No Fumar, riendo y hablando todas al mismo tiempo. No puedo negar que hay cierto ambiente en el lugar. Subo al segundo piso. Habitación 208. Llamo a la puerta y, apretando mis manos, espero.

No estoy segura de qué esperar, quizás un grito de alegría o una muestra de mal humor. No esperaba que rompiera a llorar al verme. La rodeo con mi brazo y la guío hacia su cama. Nos

sentamos ambas, cogidas de la mano.

—Lo siento, mamá.

Le acaricio el pelo. —No, Tess, no lo sientas. Soy yo quien lo siente.

—Pero la he fastidiado a lo grande, ¿verdad?

—Podemos superar esto.

—Solo me acosté con él un par de veces. No pensé...

—Eso ya no importa.

—Lo siento por la abuela.

—Sí.

—Quería bajar para el funeral, de verdad, pero me sentía tan mal, yo...

—Tess, está bien, de verdad.

Sorbe y se suena la nariz en un pañuelo. —¿Quieres una taza de té?

—Nunca digo que no a una taza de té.

Prepara el té en su habitación y me lo trae en una taza desportillada con la imagen de la Galería de Arte de Leeds. —No hay galletas, lo siento.

—¿Estás bien de dinero, Tess?

—Sí, apenas me las arreglo.

—Porque si...

—No, en serio, está bien, mamá.

Sorbemos nuestro té. Sé lo que quiero preguntar, lo que tengo que preguntar, y es mi hija, así que no debería ser tan difícil. Pero por ahora, las palabras se niegan a salir. En su lugar, después de un rato, pregunto: —¿Sigues en contacto con ese Tom?

Puedo notar que no le gusta la forma en que me refiero a él como "ese Tom".

—No. Y sé lo que estás pensando; me hace sonar como una cualquiera.

—No, no, cariño, por supuesto que no. —Pero, sabes, una pequeña, pequeñísima parte de mí está pensando exactamente eso y siento que mi cuello se pone rojo.

—¿Salimos a comer? —pregunto alegremente.

Niega con la cabeza. —Todavía no puedo comer por el momento. Todo lo que como, lo vomito.

Así que esa idea queda descartada.

—Mamá, quiero quedármelo.

—Vale. —Así que no tuve que preguntarle; simplemente me lo dijo. Y me golpea ahí, sentada en esta pequeña habitación en los suburbios de Leeds, que voy a ser abuela. —Vaya —digo cuando la realización me impacta.

—¿Qué? —dice ella, irritada—. ¿Qué se supone que significa eso?

—Voy a ser abuela. Qué emocionante.

Me lanza una mirada. Sabe que estoy mintiendo.

—¿Cómo están tú y papá?

Temía esta pregunta, pero no puedo mentir. —No bien.

—¿Todavía se van a divorciar?

—Parece que sí.

—Joder.

—¿Estás bien, cariño?

—Deja de llamarme así. Claro que no estoy bien. Estoy embarazada. Voy a ser madre soltera. He echado a perder la universidad, y mis malditos padres se están divorciando justo en el momento en que necesito que ambos estén ahí para mí.

Rodeo con mis manos la taza de té de la Galería de Arte de Leeds y me siento como una mierda.

Capítulo 72

Frau Horch, el ama de llaves del señor Spitzweg, nos recogió en el aeropuerto a las dos de la tarde y nos llevó al Hotel Mirabell. Dijo que volvería a buscarnos a las siete. Tuve la sensación de que cuando dijo las siete, se refería a las siete en punto, ni un minuto antes, ni un minuto después. El recepcionista principal del hotel me saludó como a una vieja amiga. Hubo un ligero tic en el músculo de su mandíbula cuando vio que esta vez había traído a un hombre diferente. Pero lo disimuló rápidamente. Parecía que todos en el hotel hablaban inglés, así que el hecho de que ni Barry ni yo habláramos alemán no importaba. Frau Horch había reservado, a petición mía, habitaciones separadas para nosotros. Si Barry estaba decepcionado, no lo demostró. Esta vez, yo estaba totalmente a cargo, y me hizo preguntarme cómo había dejado que Tom tomara el control la última vez. Sí, él hablaba alemán, pero después de todo era mi misión. Sin embargo, si Tom sugería este restaurante para almorzar o aquel bar para tomar una copa, era más una decisión que una sugerencia. Quizás sintió que yo estaba en un estado vulnerable. Ya no más. Había vuelto a Alemania como una nueva mujer, capaz de tomar el control de mi vida. Barry estuvo de acuerdo con mi sugerencia de que tan pronto como regresáramos, conduciríamos hasta Leeds e iríamos a ver a Tessa juntos. Iba a reclamar a mi hija de vuelta. Pero primero tenía el pequeño asunto de reclamar mi infancia.

Le di a Barry un tour guiado por la ciudad, incluso llevándolo al museo de cerámica. Él también se rió al ver el jarrón griego con su atleta generosamente dotado. Los hombres, todos son iguales. Me imaginé el deleite con el que el artista lo pintó. Pero dudo que incluso él —porque asumí que sería un "él"— pensara por un momento que aún provocaría risas varios miles de años después. Almorzamos. Barry comió como un caballo mientras yo picoteaba una ensalada, demasiado nerviosa por lo que me esperaba. Él sabía que estaba distraída, inquieta, pero en lugar de preguntarme si estaba bien cada cinco minutos, como había hecho Tom, me dejó en paz, y se lo agradecí.

Volvimos al hotel a las cinco. Dormí durante cuarenta minutos y luego me duché y me preparé. Frau Horch me había advertido de antemano que, aunque no era una ocasión formal, debía vestirme elegantemente. Así que opté por un vestido que compré el día que vi a Shelley por última vez: un vestido verde oscuro, con la espalda baja y cruzado por delante. Me maquillé, pero no demasiado, espero.

Estoy lista con veinte minutos de antelación, una primera vez, me imagino que diría Barry. Llamo a su puerta un par de minutos antes de las siete. Lleva un traje blanco. Un traje blanco, por el amor de Dios, el colmo de la moda en 1978. Me desespero, pero es demasiado tarde para hacer algo ahora; tendré que aceptarlo. —Te ves preciosa —dice. No puedo devolverle el cumplido.

Entramos en el vestíbulo a la una y un minuto, y efectivamente, Frau Horch nos está esperando, con aspecto un poco molesto. No dice nada más allá de lo necesario. Barry y yo nos quedamos en silencio, intimidados por su brusca eficiencia. No es más que un viaje de diez minutos hasta la

casa del señor Spitzweg. Frau Horch nos conduce a la sala de estar. Está amueblada con tanto gusto, sillones orejeros, estanterías hasta el techo llenas de libros encuadernados en rojo, pero también el televisor más grande que he visto en mi vida y, junto a él, un mueble lleno de DVD. —El señor Spitzweg estará con ustedes en breve —dice el ama de llaves. No se queda el tiempo suficiente para escuchar mi agradecimiento.

Los DVD son sorprendentemente de Hollywood, películas protagonizadas por Bruce Willis, John Travolta, Meryl Streep. Nada en alemán.

—Menudo palacete, esto —dice Barry.

—Por favor, Barry, no uses expresiones como esa delante de nuestro anfitrión.

—Escúchate. ¿No eras tú la que siempre decía que había que ser fiel a uno mismo y todo eso?

—Cambiarás de opinión cuando lo conozcas.

—No, no lo haré. No cambio mi forma de ser por nadie, desde un rey hasta un mendigo —dice, golpeándose el pecho con el pulgar—. Lo que ves es lo que hay.

—Ah, mis invitados han llegado. Buenas noches —No lo habíamos oído entrar y nos giramos para ver al señor Spitzweg deslizándose por la sala de estar en su silla de ruedas.

Barry junta los talones, inclina la cabeza y dice: —Buenas noches, señor Spitzweg.

Casi tengo que morderme un pañuelo para no reírme.

El señor Spitzweg dice: —Tengo que decir que usted no es el caballero que esperaba.

—Herr Spitzweg —digo, dando un paso adelante—. Este es mi marido, Barry. El hombre que conoció, el caballero, era, es, un amigo mío. Oh, él, eh, le envía sus mejores deseos.

—Muy amable de su parte, sin duda. Bueno, Elizabeth, Barry... —Se gira hacia cada uno de nosotros mientras dice nuestros nombres. Lleva una chaqueta azul oscuro, una corbata amarilla y unos pantalones chinos con pliegues muy marcados—. Bienvenidos a mi casa. Gracias por venir desde tan lejos para verme. Y por favor, deben llamarme Joseph.

—Es una hermosa ca... casa la que tiene aquí, señor Spitzweg, Joseph.

—Gracias —El señor Spitzweg, Joseph, aprovecha esta oportunidad para contarnos su historia. Había comenzado su negocio de zapatos antes de la guerra, pero, como era de esperar, murió durante la guerra. Pasó varios años en un campo de prisioneros de guerra ruso, regresando a casa

solo en 1950, cinco años después del fin de la guerra. Reunido con su hermano, Bruno, relanzaron el negocio. Poco a poco ganó impulso y para finales de los años setenta había prosperado, haciendo a los hermanos muy ricos en el proceso. Miro a Barry. Durante los años setenta, Barry había sido lechero, conserje de escuela y, después de casarse conmigo, dependiente en una ferretería. Qué vidas tan diferentes llevamos. Aunque, debo reconocer, fue agente inmobiliario por un breve periodo. Mientras el señor Spitzweg está hablando, Frau Horch regresa con unos aperitivos de aspecto delicioso—. ¿Les apetece un poco de champán?

Por supuesto que sí.

Frau Horch nos sirve una copa de champán a Barry y a mí, pero no a su jefe, me doy cuenta. Él nota que lo he notado. Se da una palmadita en el bolsillo del pecho. —Medicina.

Por supuesto.

—Elizabeth, ¿trajiste ese certificado?

Se lo paso y él lo mira fijamente durante un rato, y me doy cuenta de que en los dos meses desde que lo vi por primera vez, parece más frágil, con las cuencas de los ojos más marcadas y los pómulos más pronunciados.

Joseph desliza su silla de ruedas hasta quedar directamente frente a mí, muy cerca. Ha llegado el momento. De repente me ruborizo y las palmas de mis manos se humedecen. Se inclina hacia adelante desde su silla de ruedas. —Elizabeth, ¿te preguntaste cómo obtuve tu número de teléfono?

No, nunca se me ocurrió pensarlo.

—Hace dos semanas, tuve una visita. Se sentó en la misma silla en la que estás tú ahora, y me suplicó que hablara contigo. Dijo que eres una mujer muy especial, y aunque nunca podrían estar juntos, te amaba más que a nadie que haya amado jamás. Sabes a quién me refiero.

—¿Dijo eso?

—Sí, lo dijo, Elizabeth. Lo dijo dos veces, una en inglés y, creo que por si acaso, lo repitió en alemán. Tal vez pensó que yo estaba senil.

—Oh, Tom, qué tonto eres.

—Elizabeth, necesitas ser valiente ahora.

Barry se pone de pie.

—No —dice Joseph—. Por favor, ahora no. —Barry se sienta de nuevo dócilmente. Joseph se vuelve hacia mí otra vez—. Elizabeth ha recorrido un largo camino buscando la verdad. Está lista y es lo suficientemente fuerte. Lo ha sido desde el minuto en que nació.

Joseph gira su silla de ruedas para enfrentar a Barry. —Barry, me gustaría hablar a solas con su esposa ahora. ¿Le importaría?

Puedo ver el orgullo masculino herido. —Bueno, en realidad...

—Está bien —digo yo.

—¿Estás segura, Liz?

—Sí. —Miro al señor Spitzweg—. Sí, lo estoy.

El señor Spitzweg presiona un timbre móvil y segundos después, Frau Horch reaparece. Barry es conducido fuera como un colegial rebelde, con la cabeza gacha, arrastrando los pies. De nuevo, tengo que contenerme para no reír.

La puerta se cierra.

—¿Qué... quiere decir con que desde el minuto en que nací?

Nuestras miradas se encuentran, y después de unos momentos me doy cuenta de que está empezando a llorar. Solo somos este anciano moribundo y yo. Todo lo demás ha dejado de existir. Estoy completamente bajo su influencia, como hipnotizada.

—Joseph, sea lo que sea, por favor... por favor, dígamelo.

—Lo haré. Pero primero, quiero que sepas, Elizabeth, que realmente lo siento.

—¿Por qué? Dígamelo.

—Escucha ahora, escucha. —Saca un pañuelo del bolsillo interior y se seca los ojos—. Estuve casado durante cuarenta años. Mi querida esposa murió hace cinco años. Tuvimos tres hijos encantadores. Ahora, nunca les diría esto, y nunca se lo dije a mi esposa, así que eres la primera en saberlo, Elizabeth; yo estaba desesperado por tener una niña. Verás, estuve casado antes. Pero solo por unos meses. Mi primera esposa desapareció hacia el final de la guerra, una época en la que era fácil desaparecer. Cuando regresé de Rusia en 1950, la busqué. Pero nunca la encontré. Pensé que tal vez estaba muerta. Decenas de miles de civiles alemanes murieron en esos últimos meses y semanas. Pero, verás, en realidad no la estaba buscando a ella, nunca la amé, ni ella a mí. Pero quería corregir un error y devolver a la bebé, que ella y yo adoptamos ilegalmente, a sus

verdaderos padres.

—Dios mío.

—Nunca encontré a la bebé, y aunque lo hubiera hecho, no sabía quiénes eran sus verdaderos padres. Pero, al final, unos cincuenta años después, esa niña me encontró a mí. Sí, Elizabeth. Esa bebé eras tú. Y mi esposa...

—¿Mi madre en Inglaterra?

—Sí.

—¿Cómo... cómo lo supo?

—Elizabeth, dijiste que el nombre de tu madre era Barbara Marsh y que su apellido de soltera era Lüpertz. El nombre de mi primera esposa era Clara Barbara Lüpertz. Las firmas en tu certificado: la mía y la de ella.

—Pero esa no es mi fecha de nacimiento, nací dos meses antes.

—La fecha en el certificado es la fecha en que te adoptamos.

—¿Adoptaron?

Baja la mirada y se tira del lóbulo de la oreja. —Te robamos.

—¿Usted fue mi padre, mi padrastro?

—Brevemente. Lo siento. Mi esposa te alejó de mí. Nunca la perdoné. Eras una bebé en las ruinas de Alemania. Pero sobreviviste y ahora estás aquí.

—¿Y el número? ¿Cincuenta?

—Eras el bebé número cincuenta adoptado de ese centro, todo un hito. Nunca le dije a mi hermano o a mi cuñada que nosotros habíamos adoptado a mi bebé. Naturalmente, asumieron que Clara realmente había dado a luz. Verás, ellos habían perdido a su bebé en adopción, así que pensé que estaba siendo sensible al no contarles mi historia. Además, me avergonzaba. Fue solo cuando apareciste con el certificado que recordé ese número, el número cincuenta. Así que, al día siguiente de que te fueras, le pregunté a Hannah si el centro donde nació su hija perdida le había asignado un número a su bebé. Ella también había olvidado el número. Entonces recordó que su bebé era la número cincuenta en nacer allí. Y fue entonces cuando, después de todos estos años, lo supe. Siempre lo había sospechado, pero esperaba que no fuera cierto. El bebé que Clara y yo

robamos era de ella y de mi hermano.

—¿Estás diciendo que mis verdaderos padres son tu hermano y su esposa?

—Sí, Elizabeth, eso es lo que digo. ¿Te gustaría conocer a tus verdaderos padres, Elizabeth?

El mundo se detiene. Las facciones apergaminadas de Joseph se difuminan. Tengo que luchar por respirar. —Sí —susurro—. Sí, por favor.

Saca su timbre de nuevo y presiona el botón dos veces.

—No, ¡espera! No puedes referirte a... no puedes querer decir ahora mismo, en este instante.

—Nunca estarás preparada para un momento como este, Elizabeth. Bien podría ser ahora.

—Quiero a Barry.

—Aún no. Has esperado toda tu vida por este momento, Elizabeth. Ahora, tienes que hacerlo sola.

Con eso, suelta mi mano y gira su silla de ruedas alejándose de mí. —No me dejes —digo en voz baja mientras sale de la habitación. Y así me quedo sola, en esta habitación grande y lujosa, con mi corazón amenazando con explotar. Intento ponerme de pie, pero mis rodillas ceden. Me obligo a levantarme. Tengo que estar de pie. Y entonces llega el suave golpe en la puerta. No respondo, no tengo voz.

La puerta se abre lentamente. Una visión en púrpura entra. Una mujer pequeña y frágil, una desconocida. No puedo verla bien, mi visión aún está borrosa. Alguien está detrás de ella, un caballero mayor con un traje azul oscuro. La mujer da unos pasos tentativos hacia mí. —Hola. Mis rodillas flaquean, porque allí, frente a mí, está mi propio rostro reflejándose. Mayor, más frágil, más sabio, sus ojos bordeados de rojo, pero yo soy ella, y ella es yo. Mi madre, mi verdadera madre de carne y hueso. Ambas dudamos, a unos metros de distancia, y entonces, como la apertura de una compuerta, me precipito hacia ella, aullando de alegría, de angustia, y caigo en sus brazos. Y nos abrazamos. La abrazo, a mi propia madre, como nunca había abrazado a nadie antes. Inhalo su aroma, su esencia, y ya la amo con una intensidad aguda que no creía posible. Me giro y miro a mi padre, mi verdadero padre, y veo su amor por mí. Él da un paso adelante y nos rodea con sus brazos a su esposa y a mí, y sé que nunca quiero soltarlos.

Epílogo

Enero de 2003

Sostengo la mano de Barry mientras la vicaria recita las oraciones. Permanecemos de pie, con las cabezas inclinadas, alrededor de la pila bautismal. La vicaria, Dios la bendiga, tiene que alzar la voz para competir con el llanto de Sophie. Tessa mece a Sophie en sus brazos, intentando callarla y besándola en su cabeza de suave pelusa. A ambos lados de Tessa están las dos jóvenes y el joven que ha elegido como padrinos de mi nieta.

—Buenos días y bienvenidos todos a esta ocasión tan especial en la que bautizamos a Sophie Hannah Swingle y la recibimos en la familia de Dios.

Mi madre, Hannah, vestida con un atractivo vestido azul pálido, se seca los ojos, y siento una oleada de afecto hacia ella. Mi padre, Bruno, está de pie a su lado. Lo veo tomarle la mano. Todavía no me acostumbro a llamar a esta sofisticada y hermosa mujer alemana "mamá" o, como a veces la llamo, Mutter. Temo que el esfuerzo de venir desde Alemania haya sido demasiado para ambos. Sus dos hijas, mis hermanas, los cuidan en cada paso. Sin embargo, dudo que vuelvan a hacer el viaje de nuevo. No importa, porque Barry y yo volamos con frecuencia para visitarlos. Su hogar es ahora como un segundo hogar para nosotros. Ambas hijas viven cerca y los cuidan. Joseph, tristemente, perdió su batalla contra el cáncer. Murió en paz, sabiendo que finalmente había corregido sus errores y que mis padres lo habían perdonado.

Sophie está en silencio ahora, con los ojos cerrados, cálida y acurrucada contra el pecho de su madre. Mi madre me llama Helga. Es el nombre con el que nací. Todavía experimento un pequeño estremecimiento de placer cada vez que me llama así. Barry sugirió que lo hiciera oficial, así que ahora mi nombre es Elizabeth Helga Swingle. Por fin tengo el segundo nombre que siempre he deseado.

Tessa dio a luz en agosto. Barry y yo nos apresuramos a Leeds para el nacimiento y apenas llegamos a tiempo. Qué parto tan fácil resultó ser. Sophie Hannah Swingle simplemente se deslizó al mundo sin alboroto, y el mundo fue de repente un lugar mejor por su llegada. Abracé a mi hija y le dije que la amaba. Barry nos llevó de vuelta, y a mitad de camino a casa le sugerí, de manera bastante natural, que podía volver a mudarse si quería. Asintió, pero no dijo nada. Creo que no confiaba lo suficiente en sí mismo para hablar.

Sophie lleva un faldón de bautizo ligeramente descolorido pero aún hermoso. Perteneció a mi madre, usado para sus dos hijas. Amé a mis hermanas tan pronto como las conocí, Claudia y Zoya. Entre ellas y Hannah, me contaron todo sobre su crianza, sus pasatiempos, vacaciones y educación. Absorbí hasta el último detalle, la infancia que podría y debería haber sido mía. Me mostraron docenas de fotografías que documentaban el paso de los años dentro de una familia feliz, feliz pero consciente de que alguien faltaba, una familia atormentada por el hecho de que no estaba del todo completa, atormentada por su fantasma.

—Pueblo de Dios, ¿acogeréis a esta niña y la apoyaréis en su nueva vida en Cristo?

—Con la ayuda de Dios, lo haremos.

Todavía pienso a menudo en mi padre, mi padre inglés, y sé que me amó como si fuera su propia sangre, que nunca le importó que yo fuera hija de otro hombre. Y mi pobre madre, siempre la villana en mi mente, me he dado cuenta de que fue tanto una víctima como cualquiera de nosotros.

Barry rastreó la historia del regimiento de mi padre. Había estado en Stuttgart al final de la guerra, una ciudad en ruinas, devastada por nuestras bombas. Suponemos que allí conoció a una joven vulnerable que llevaba un bebé y tal vez se enamoró de ella. ¿Alguna vez esta mujer le dijo que el bebé, yo, no era suyo? Probablemente no, porque imagino que para entonces yo me había convertido, en su mente, en su bebé. Dudo que mi padre lo supiera alguna vez. Ahora sé que el marido que mi madre mencionó mientras estaba en la residencia, con el que se casó en 1943, no era mi padre sino su primer marido, Joseph.

La vicaria pide a Tessa que dé un paso adelante con la bebé. —Cristo te reclama como suya. Recibe la señal de la cruz —. Dibuja la señal de la cruz sobre la frente de mi nieta, y Sophie abre los ojos y mira a la vicaria como diciendo: ¿Por qué has hecho eso?

—Sophie Hannah Swingle, yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Un rayo de sol invernal cae en cascada a través del gran vitral sobre nosotros. Pequeños charcos de color flotan sobre las antiguas baldosas de piedra. Es extraño: todos estos años he tenido motivos para llorar y nunca lo hice. Ahora que no tengo nada por lo que llorar, estoy constantemente en lágrimas.

Cruzo la mirada con Tom y él me guiña un ojo. A su lado está el nuevo novio de Tom, un hombre negro alto y deliciosamente atractivo, considerablemente más joven que Tom. Tom es feliz y me alegro mucho por él.

La vicaria enciende una vela. —Brilla como una luz en el mundo para la gloria de Dios.

Ha sido un largo viaje para Tom; ha sido un largo viaje para todos nosotros, especialmente para mis verdaderos padres. Sus hijas siempre supieron que tenían una hermana en alguna parte, una niña robada a su madre y padre, apenas unas semanas después del nacimiento. Mis padres nunca perdieron la esperanza de que algún día se reunirían con su hija perdida. Yo era esa hija perdida. Ya no estoy perdida.

FIN

Nota histórica

El programa *Lebensborn* fue un plan ideado por Heinrich Himmler. Mujeres jóvenes y atractivas eran alojadas en un hogar donde se encontraban y procreaban con ejemplares selectos de las SS, con la idea de producir numerosos bebés arios perfectos. Estos bebés, en la mayoría de los casos, serían luego adoptados por familias política y racialmente puras. El primero de diez centros en Alemania abrió sus puertas en 1936. Al final de la guerra, alrededor de 8.000 bebés habían nacido en los hogares del *Lebensborn* .

Existían numerosos centros del *Lebensborn* en otros territorios ocupados por los alemanes, particularmente en Noruega. El producto más famoso del programa, nacido en Noruega en noviembre de 1945, fue Anni-Frid Lyngstad, integrante del grupo ABBA.

Una Nota del Autor

Gracias por comprar y leer *La Hija Perdida* . Espero que lo hayas disfrutado. Si es así, por favor considera dejar una reseña en Amazon. ¡Muchas gracias!

Canción de Tristeza (pasa la página para leer el primer capítulo) está disponible en Amazon en formato de tapa blanda y está disponible para preordenar en Kindle. Pasa la página para leer el primer capítulo. Si hay suficiente interés en España, traduciré el resto de mis libros.

No dudes en contactarme por correo electrónico: rupert@rupertcolley.com .

La serie *Amor y Guerra* se compone de novelas independientes, pero están agrupadas porque todas tienen lugar en el siglo XX. Puedes leerlas en cualquier orden, pero aquí está la lista completa de todas mis novelas en inglés:

The Love and War Series

Set in WW2 Germany:

The Lost Daughter
Song of Sorrow
The Mist Before Our Eyes
My Brother the Enemy

Set in WW2 France:

The White Venus
The Woman on the Train
The Darkness We Leave Behind

Set elsewhere:

The Black Maria (Soviet Union)
Anastasia (Hungary)
Elena (Italy)

The Searight Saga
Set in England:

This Time Tomorrow (WW1)
The Unforgiving Sea (WW2)
The Red Oak (2002)

rupertcolley.com

Canción de Tristeza

La Serie de Amor y Guerra

R.P.G. Colley

Versión en inglés con derechos de autor Rupert Colley 2020

Versión en español con derechos de autor Rupert Colley 2024

¿Y si un violín pudiera contar la historia de sus dueños a lo largo de un siglo?

Un violín. Una maldición. Cien años.

Alemania, 1871. Un violín de pura perfección. Creado con amor por su artesano y destinado a hacer una fortuna para él y su familia. Su esposa, Katharina, es engañada por un poderoso empresario y sus sueños de una vida mejor quedan hechos añicos.

Desconsolada, Katharina desea que su marido nunca hubiera creado su obra maestra y, en un arrebato de ira, lanza una maldición sobre el instrumento. Durante los siguientes 100 años, cualquiera que toque el violín de su marido morirá prematuramente.

Y así comienza el conmovedor viaje del violín a través del siglo.

Ocho historias entrelazadas ambientadas en la brutalidad del siglo XX.

Desde las trincheras de la Primera Guerra Mundial hasta la maldad del nazismo; la Segunda Guerra Mundial y el horror del Holocausto, hasta el ascenso y caída del Muro de Berlín. Las fortunas suben y bajan en un terrible estribillo...

Amor no correspondido, amigos traicionados, terribles secretos revelados, familias destrozadas. ¿Podrá la pureza sublime de la música que produce el violín salvarlos? ¿Quién sobrevivirá a la maldición del violín?

Ocho personas dispersas a lo largo del siglo, cada una maldita por un solo violín y su eterna Canción de Dolor.

Ficción histórica con corazón y drama.

Primer Movimiento: Hacedor de Violines

A veces creo que puedo verlo, una silueta en la distancia. Me inclino hacia adelante, entrecerrando los ojos, tratando de ver a través de la neblina de calor que se eleva desde el camino. Quiero gritar su nombre, quiero que me vea. Pero no, no es él; nunca lo es.

Me crié en el campo, a unos cien kilómetros al sur de Leipzig. El sendero al final de nuestra pequeña casa se dividía en dos. En el punto donde los dos senderos se cruzaban había un pequeño montículo de hierba, y sobre esa hierba había una pequeña cruz de granito. Siempre que el clima y el tiempo lo permitían, solía sentarme en la hierba y apoyarme contra la cruz para mirar a lo lejos, arrancando mechones de hierba y deshojando las margaritas. Y todo el tiempo, mirando fijamente el sendero, esperando. Esperando eternamente.

Veintiún años después, una parte de mí sigue esperando.

1.

Un pequeño pueblo en Alemania, octubre de 1871

Leopold regresa temprano de su taller, abriendo la puerta principal de par en par. Estoy cortando una cebolla, tratando de parpadear para alejar el escozor mientras tarareo los primeros compases de "Zadok the Priest". Está allí parado con su pequeño sombrero de pico con una pluma, jadeando, trayendo consigo el frío del exterior. Algo en el inusual brillo de sus ojos me inquieta. Dice mi nombre en un tono al que no estoy acostumbrada. Mi cuchillo se cierne sobre la tabla de cortar. Sé que mi esposo tiene algo que decir; espero que sea algo bueno, pero una pequeña punzada de ansiedad me atraviesa. —Sí, ¿qué pasa, Leo? Dilo, sea lo que sea.

—Oh, mi amor.

Y ahora estoy realmente preocupada. Leo no emplea nombres cariñosos a menos que haya algo que realmente le aflija.

Coloco cuidadosamente el cuchillo sobre la mesa mientras él se acerca a mí con los brazos extendidos. —Oh, mi amor, mi amor.

—Basta de tonterías y dime qué pasa.

—Oh, tú de poca fe. Nada está mal. Al contrario, por una vez en nuestras vidas, Dios nos sonríe y nos llena con Su resplandor. —Habla rápidamente, las palabras se atropellan—. Después de todo este tiempo, ha sucedido. Por qué, siento Su abundante...

—Leo. —Casi estoy gritando—. ¿Es sobre el violín? En el nombre del cielo, solo dímelo.

Ahora se detiene como si recordara que aún no sé qué maravilloso evento lo ha cautivado. Su agarre en mis manos se aprieta. —Sí, el violín. Katharina, mi querida, lo he logrado. Es la perfección. Lo sé.

Intento sonreír, intento parecer complacida. El delicioso momento de expectativa se pincha porque hemos estado aquí muchas veces antes. Cada vez que mi querido y engañado esposo termina un violín, piensa que es perfecto, que es el mejor que ha hecho.

—Oh, Kath, es perfecto; es el mejor que he hecho jamás.

—Sí, Leo.

—Este se venderá, mi amor, y hará nuestra fortuna. Puedo sentirlo aquí —añade, golpeándose el pecho—. Cambiará nuestras vidas. Vamos, Kath, detente un momento.

No me había dado cuenta de que había reanudado mi tarea de picar la cebolla y, de hecho, la estaba cortando con mucho ímpetu. Mi pobre marido vive de sueños. Es la viva imagen del optimismo. Olvida el catálogo de decepciones y falsas esperanzas que han marcado su vida laboral hasta ahora. Apenas sobrevivimos con los ingresos de su oficio; el alquiler está atrasado y la sombra de las deudas nos acecha constantemente. La fabricación de violines es una ocupación precaria. Un violín solo se vende a padres con aspiraciones, y aun así, la mayoría se conforma con comprar cualquier trasto para sus hijos. Todos los fabricantes de violines buscan el Santo Grial: un violín del que se enamore un violinista de primera de una gran orquesta y esté dispuesto a pagar una fortuna por él.

—Perdona, Leo. ¿Qué decías?

Él se da la vuelta, luchando por contener su emoción, revoloteando a mi alrededor como una polilla. Este violín, declara, agitando los brazos, es el que estaba destinado a producir, el que pondrá su nombre en el mapa, el que lo convertirá en el fabricante de violines más cotizado de

toda Alemania. Tengo zanahorias que cortar, patatas que pelar, un niño de seis años hambriento que alimentar; tengo poco tiempo para estos sueños, pero no digo nada, no me atrevería a interrumpir. Se sienta a la mesa, tamborilea con los dedos sobre la superficie, se pone de pie otra vez, aún hablando de nuestro glorioso futuro, la casa en la que viviremos, las vistas al lago desde la terraza, el canto de los pájaros en los árboles, lejos de esta ciudad sucia y sus calles inmundas y niños salvajes. A menudo se refiere a esta casa que solo existe en su imaginación. Tiene cada habitación planeada, desde la gran mesa del comedor hasta las camas con dosel, desde el reloj de pie hasta el suelo de baldosas en el vestíbulo. ¿Serán todos los hombres como niños?

Dudo en recordarle a Leo que el señor Hauff, nuestro casero, vendrá a fin de semana, esperando cobrar el alquiler. Llevamos casi tres meses de retraso, y todo lo que tengo es para pagar dos semanas. Las preocupaciones me corroen, dejándome exhausta. Corremos el riesgo de ser desalojados, pero no deseo pinchar el globo de felicidad de Leo, así que de nuevo me muerdo la lengua. También dudo en preguntar, pero debo hacerlo, si Hans, su agente, ha visto esta última obra de arte y, si es así, qué opina de ella.

—No, no, aún no. Vendrá mañana por la mañana. Debemos asegurarnos de que la casa esté limpia para su visita.

Por supuesto, cuando Leo dice *debemos asegurarnos* , lo que realmente quiere decir es *debo asegurarme* . Sonrío y niego con la cabeza. No me importa.

Leo lo nota. —¿Qué? —dice, con un deje de irritación en su voz—. ¿Qué es tan gracioso?

—Estoy segura de que a Hans le encantará, Leo. No te preocupes.

2.

Me encuentro junto a la estufa esperando que hierva el agua para prepararle el café a Hans Lüpertz. Leo camina de un lado a otro, incapaz de contener su agitación, mientras Hans se pone las gafas e inspecciona el violín.

—¿Y bien? —dice Leo—. ¿Qué te parece?

Hans levanta la mano como diciendo: «Paciencia». Leo camina hasta la ventana y se queda allí, enfurruñado, mirando a la calle, con las manos tras la espalda, sus dedos inquietos. El sol de la mañana dibuja su silueta. Puedo ver el peso de las expectativas oprimiéndolo. Nuestro futuro puede depender de esto. Todos lo sabemos, pero Hans no puede decir más que la verdad. Si el violín no es perfecto, lo dirá, como de hecho ha hecho muchas veces antes. Entonces se irá, y como siempre, me tocará a mí consolar a mi marido, compartir su decepción y, poco a poco, con

suavidad, restaurar sus fuerzas para que pueda intentarlo de nuevo. Es, por desgracia, un escenario familiar.

Ciertamente parece un instrumento impresionante; el cuerpo es de un color rojo oscuro; su barniz brilla y resplandece. Hans desliza suavemente el arco sobre la cuerda de Re, luego sobre las otras, una por una. Toca una breve sonata de Bach, una que siempre utiliza como parte de su evaluación. Busco en su rostro alguna pista. Coloca el arco sobre la mesa y pulsa las cuerdas con sus dedos. Inspecciona las barras, lo afina ligeramente. El agua hierve. Reduzco el calor bajo la olla. No me muevo, demasiado consciente de no romper el hechizo. Hans coloca suavemente el instrumento sobre la mesa de la cocina y se frota la nuca. Un ligero movimiento de cabeza. Contengo la respiración. No soporto ver la angustia de mi marido; en su lugar, observo el agua hirviendo, el vapor elevándose mientras espero el veredicto.

—Dios mío, Leo —dice.

—¿Sí? ¿Qué? ¿Qué pasa?

—Leopold, mi querido amigo, declaro que esta vez tienes razón: esto es lo más cercano a la perfección que un hombre terrenal puede alcanzar.

Me doy la vuelta. Leo está inmóvil como una estatua, mudo como si fuera incapaz de comprender. Me mira desde el otro lado de la habitación, sus ojos se llenan de lágrimas, y mi amor por él se filtra por cada una de mis fibras. Parece más pequeño de alguna manera, como si el veredicto de Hans lo hubiera asustado. Se vuelve hacia su amigo. —¿Estás... estás seguro?

Hans se quita las gafas, y noto la marca en el puente de su nariz. Abre la boca para hablar, pero entonces él también ve la emoción que recorre a mi marido. Nuestra emoción es contagiosa; comprende lo que esto significa para él, para nosotros. Se acerca a Leo y pone su mano en su hombro. —Sí, amigo mío. Has producido un instrumento que un ángel tocaría con gusto.

Por un momento, temo que mi marido pueda desmayarse. Agarra una silla y se sienta a la mesa. Se seca las lágrimas con el dorso de la mano. Yo también me siento, con las piernas débiles. Leo y yo estamos tan acostumbrados a la decepción, a ser siempre los segundos, que esto no parece real. Tomo sus manos entre las mías. —Nunca he dudado de ti, mi amor.

—Lo sé.

—Sabía que este día llegaría. —Miro a Hans—. Gracias —digo. Ya no tengo que temer la visita del señor Hauff. Tendrá su alquiler, todo, si no esta semana, o la próxima, ciertamente pronto.

Hans se une a nosotros en la mesa. Los tres contemplamos el violín que yace allí, la madera pulida reflejando la luz. Para mis ojos y oídos inexpertos, es solo otro violín que se siente y suena igual que todos los demás que Leo ha hecho a lo largo de los años. Pero Leo y Hans saben que es diferente.

—Es verdaderamente una obra de arte, Leo —dice Hans—. No recuerdo haber visto tanta perfección en un violín.

Leo se ha recuperado. Ríe y sonríe; se da una palmada en la rodilla. Los dos hombres hablan con entusiasmo; especulan sobre lo que podría pasarle al violín, sobre el viaje que podría emprender. Todos sabemos que un buen violín viajará más lejos y verá más del mundo y vivirá más que cualquiera de nosotros, simples mortales. Hans formulará un plan, dice: se asegurará de poner el instrumento frente a algunos de los mejores violinistas del país. —¿Lo has fechado?

Leo niega con la cabeza. —Te estaba esperando —dice.

—Entonces hazlo ahora; marquemos esta ocasión auspiciosa.

Leo encuentra su pluma estilográfica. Toma una etiqueta y sumerge la punta de su pluma en el tintero. Escribe su nombre con floritura: Leopold Schilling. Hace una pausa. —¿Qué fecha es hoy?

—Doce de octubre.

Leo asiente y escribe 12.10.1871. Le pasa la etiqueta al agente.

—Doce de octubre de 1871 —dice Hans moviendo la cabeza—. Imagina dónde estará dentro de cien años.

—Mil novecientos setenta y uno —digo.

—No parece posible, ¿verdad? Parece tan lejano.

Leo se frota las manos. —Entonces, ¿tienes a alguien en mente?

Todavía estoy contemplando el año 1971 cuando detecto un ligero cambio en el aire. Hans se aclara la garganta. Pone su mano sobre la manga de Leo. —Ha surgido algo, Leo —echa un

vistazo incómodo a ambos—. Verán, tengo que salir de la ciudad por un tiempo. No sé por cuánto —añade, anticipando nuestra primera pregunta—. He recibido noticias de mi hermana. No está bien —hace una pausa, se tira de la perilla—. Debo ser franco aquí. Creo que se está muriendo. Tiene tuberculosis. Los médicos dicen que es solo cuestión de tiempo. Su inútil marido ha huido. No tiene a nadie más.

—Lamento oír eso —digo.

Leo murmura algo similar. Cruzamos una mirada. Ambos apartamos la vista rápidamente, pues somos conscientes de la corriente egoísta en nuestras condolencias. Escuchamos con expresiones fingidas de preocupación mientras Hans describe la miseria de su hermana. —Tengo que pedirles que sean pacientes, Leo. Puede que no regrese en semanas, tal vez meses. Está en manos de Dios.

—Por supuesto, por supuesto. Lo entendemos.

Sí, lo entendemos, pero todo en lo que puedo pensar es en la llegada en unos días del Herr Hauff exigiendo su renta, sonrisas presuntuosas y palabras educadas enmascarando su irritación.

La puerta se abre de golpe, y una ráfaga de vida y vitalidad irrumpe: nuestro hijo de seis años, Eduard. Se sube a mi regazo. —Mamá, mamá, encontré algo...

Aspiro su maravilloso aroma. Puede que lleve ropa heredada, pero es ropa heredada limpia. Puede que no pueda vestir a mi hijo con nada más elegante, pero no dejaré que eso excuse la falta de limpieza. Todos tenemos estándares. Eduard se retuerce en mi regazo; dice que tiene algo emocionante que contarme. —¿Qué es, cariño? —pregunto.

—Encontré un pájaro muerto. Un mirlo, mamá, afuera.

—¿Muerto, dices? —dice Hans, tirando de su solapa.

—Oh, sí —dice el pequeño Eduard—. Totalmente muerto.

Leo se ríe. —¿En contraposición a qué? ¿Parcialmente muerto?

—No seas tonto, papá.

Hans se va. Me besa en la mejilla y abraza a Leo, felicitándolo de nuevo por el violín. —El año

que viene por estas fechas —dice en voz alta—, estarás bebiendo champán en esa terraza tuya.

Leo se ríe. Me doy cuenta de que nunca le preparé a Hans su café.

Cinco minutos después, estamos de pie fuera en la calle, formando un círculo alrededor del pájaro muerto. No es un mirlo, sino un cuervo. Eduard nos había llevado afuera, casi saltando de emoción, pero ahora, mientras estamos sobre la lamentable criatura y la miramos, guardamos silencio. Leo sacude la cabeza. Eduard está conteniendo la respiración. Sus plumas se mueven con la brisa, un toque de sangre coagulada en su pico. El día se ha nublado. Tiemblo. Hoy habíamos llegado a una línea, y ahora estábamos en esa línea, anticipando la vida mejor que nos esperaba allí. El violín de Leo nos había traído hasta aquí. Debería estar feliz. Debería estar agradecida. Busco la mano de mi marido, buscando su contacto, su tranquilidad. Miro hacia abajo al cuervo, y a pesar de todo, una sombra pasa sobre mí, una sombra tan negra como las plumas del cuervo muerto.

Canción de Tristeza está disponible en Amazon.